

Juan Antonio MÓDENES CABRERIZO

*FLUJOS ESPACIALES E ITINERARIOS BIOGRÁFICOS:
LA MOVILIDAD RESIDENCIAL EN EL ÁREA DE BARCELONA*

Departament de Geografia
Facultat de Lletres
Universitat Autònoma de Barcelona
1998

Tesis doctoral dirigida por:
Anna CABRÉ i PLA

AGRADECIMIENTOS

No por ser un recurso reiterado en casi todos los inicios de las tesis doctorales (a veces, en los finales), deja de tener sentido agradecer y dejar constancia de todas aquellas personas que han participado, de una u otra forma, a que este barco llegue a buen puerto tras una larga, fatigosa, pero al cabo fructífera y enriquecedora, singladura.

Esta investigación se ha realizado en el Centre d'Estudis Demogràfics con el que he estado vinculado, cada vez de una manera más intensa, desde 1990, primero como alumno de su curso de posgrado, después como becario de investigación y últimamente como miembro de su plantilla. El Centre es, en esencia, un grupo de personas, de intereses y procedencias variadas, con las que se comparten muchas horas y experiencias, tanto dentro como fuera del trabajo. De todos ellos he aprendido muchas cosas, que me han servido tanto en mi faceta de investigador, como en la de persona. Sólo por esto último vale la pena estar y trabajar en un sitio como el *Centre*.

La responsable de que este centro de investigación sea así, mestizo de personas, ideas, métodos e intereses, pero solidario en los esfuerzos y afanes del día a día, creo no estar equivocado si digo que es Anna Cabré. Ella ha sabido transmitir su manera de ser al grupo humano que dirige, y mucho de lo que soy como trabajador en la ciencia y aledaños se debe a ella. Su pasión por la demografía me la ha sabido transmitir a mí, que aunque de natural receptivo a todo lo humano (menos a lo divino), siempre me había caracterizado por dar la "visión geográfica" en toda discusión o disputa de ideas. Con ella he sido capaz de ampliar mi capacidad de reflexión social, en su amplio sentido, en mi valioso bagaje de geógrafo. Algo de todo ello tiene que reflejarse de una u otra manera en la tesis.

En los inicios de mi trabajo en el *Centre* me puse en contacto con el análisis de la movilidad de las poblaciones. Isabel Pujadas, Ramon Arribas y Enric Mendizábal me guiaron en esos primeros pasos y lograron que sintiera que mi modesta contribución de entonces era valorada y estimada. Por motivos de vecindad de despachos, de Enric y Ramon sigo beneficiándome de su cercanía, humana e intelectual. Siguiendo con este bloque de agradecimientos a geógrafos, no puedo olvidarme de Pilar Riera, en cuyas clases de doctorado empecé a perfilar los temas que en el futuro incorporaría a esta tesis. En ella quiero personalizar mi agradecimiento al Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona, que me acogió como alumno de doctorado y en dónde he encontrado buenos compañeros. Quisiera destacar también aquí al profesor Antoni Durà, con el que comparto objeto de estudio y charlas sobre nuestra pequeña pasión por los procesos de movilidad residencial en el área de Barcelona, quizá no todo lo frecuentes que me gustaría.

Muchos de mis compañeros han colaborado directamente en varias fases de redacción. Enric Mendizábal tiene que volver a aparecer, porque suyas fueron unas valiosas sugerencias a una versión preliminar de la tesis, de lectura difícil. Andreu Domingo ha sido siempre un referente por su continuado interés por la marcha del trabajo de los jóvenes investigadores del *Centre*. Marc Ajenjo me facilitó extraordinariamente el acceso a la información de la Encuesta Sociodemográfica y me ha resuelto muchas dudas en el procesamiento de la información, en lo que también me ha ayudado Julio Pérez. Mi saqueo continuo a los fondos de nuestra biblioteca ha sido graciosamente consentido por Candi Abella, nuestra documentalista y bibliotecaria. Luisa Agudo me ha ayudado en la corrección de las últimas versiones, de manera paciente y animosa.

Otra manera de ayudarme ha sido en la realización del resto de mis obligaciones en el *Centre*, a veces hasta el punto de suplantarme. En este punto, tengo que referirme a nuestra gerente, Hermínia Pujol, que en momentos clave ha conseguido que mi dedicación a la tesis no empañara la buena marcha de mis otras responsabilidades. A ello también ha contribuido todo el equipo de administración del *Centre* que ella coordina. Los profesores y alumnos del programa de postgrado en Demografía organizado por el *Centre*, y del que soy coordinador, han sido comprensivos muchas veces que no les he atendido como ellos merecían.

No quisiera dejar de citar a aquellos otros compañeros y profesores con los que he trabajado estrechamente en algún momento de los últimos años o me han dado muestras de su confianza: Amand Blanes, Montserrat Solsona, Àngels Pascual de Sans, Esther Sánchez, Jordi Pascual i Ruiz, Rocío Treviño, Pau Miret... No puedo citar a todo el mundo, pero todos los miembros del *Centre*, a quienes veo diariamente, saben que les aprecio y les agradezco la consideración que siempre me demuestran. Esta tesis tuvo un antecedente parcial en forma de memoria de tercer ciclo. Los miembros de la comisión que la evaluaron me hicieron sugerencias acertadas que he intentado recoger. Aparte de Anna Cabré, eran miembros los profesores del Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona, Rosa Ascón y Oriol Nel.lo.

Si no hubiera podido efectuar dos estancias de estudio en el extranjero esta tesis no habría sido igual. En Liverpool me acogieron y me dieron sabios consejos bibliográficos los profesores Peter Gould y Robert Woods. En París, la profesora María Eugenia Cossío me ofreció la gran oportunidad de conocer de cerca el trabajo de varios especialistas en el uso de encuestas para el estudio de la movilidad residencial. No puedo olvidar que durante cuatro años la *Direcció General d'Universitats* de la Generalitat de Catalunya financió mi integración en el *Centre d'Estudis Demogràfics* mediante sendas becas de formación de personal investigador.

Y a Tere Menacho, su cariño y comprensión porque cree que vale la pena.

ESTRUCTURA DE LA TESIS DOCTORAL

PARTE I: Introducción y contextualización disciplinar.

- Introducción. Origen. Fuentes.
- Marco Teórico, Estado de la Cuestión
 - Uso residencial y estructura espacial de las áreas metropolitanas
 - Movilidad de la población.
 - La movilidad residencial urbana desde las diferentes disciplinas
 - Individuo, temporalidad y movilidad residencial
 - La organización de la oferta residencial
 - Estrategias, segregaciones e itinerarios residenciales

PARTE II: La organización espacial de los flujos espaciales en el área de Barcelona.

- Constatación y estimación de la desconcentración en la RMB.
- Intercambios migratorios en la RMB: más allá de la desconcentración.
- Definición de las áreas y de los centros de relación migratoria local metropolitana.
- Distancia e intensidad de la vinculación migratoria

PARTE III: Itinerarios biográficos, itinerarios espaciales y redistribución espacial.

- Itinerarios biográficos de la movilidad residencial.
- Redes sociales, proximidad residencial y estrategias residenciales
- Itinerarios espaciales de la movilidad residencial.
- Movilidad residencial y distribución espacial de la población.
- La influencia de la posición social en los itinerarios residenciales.

CONCLUSIONES.

BIBLIOGRAFÍA

8. CONCLUSIONES.

8.1 La intensidad de la movilidad residencial es reducida.

8.2 Los años ochenta: dominio de las coyunturas desfavorables.

8.3 La escasez de movimientos de ajuste residencial

8.4 Un ciclo familiar poco complejo y la estabilidad residencial de los hogares formados, motores de la baja intensidad de la movilidad residencial.

8.5 La formación de pareja y la emancipación, únicos momentos de intensa relación entre historia familiar e historia residencial.

8.6 Diferente sensibilidad residencial de hombres y mujeres ante las fracturas de la vida en pareja.

8.7 Las transiciones en la dinámica de los hogares provocan alteraciones de vivienda antes, al mismo tiempo y después del acontecimiento.

8.8 El cambio residencial implica a la red familiar cercana: las situaciones de fragilidad familiar.

8.9 El mismo origen local de los miembros de la pareja motiva la resistencia a cambiar de municipio

8.10 La accesibilidad generalizada de la ayuda cotidiana ofrecida por los padres entre las parejas jóvenes, como efecto de la baja movilidad migratoria de hijos y padres.

8.11 La posición social y económica de los padres ayuda a modificar las decisiones residenciales de los hijos.

8.12 El localismo residencial queda relativizado al considerar la movilidad total durante la vida y da pie a la redistribución desconcentradora de la población.

8.13 Destinos urbanos cuando se comienza y en situaciones de fragilidad familiar, destinos periféricos en los movimientos de ajuste residencial.

8.14 La posición social hace variar el momento del ciclo de vida en que se produce la suburbanización.

8.15 La redistribución de la población es igual de intensa en todo el territorio: la desconcentración es cuestión de grandes números, no de comportamientos.

8.16 El principal efecto demográfico de la redistribución espacial es la desconcentración de la capacidad reproductiva de la población

8.17 La demanda residencial en el futuro y cambios en el mercado de la vivienda: disminución de demanda primaria y aumento de la oferta de vivienda de segunda mano

8.18 Una aportación al análisis de la crisis residencial de finales de los ochenta y primeros noventa y algunas consecuencias demográficas

8.19 Una interpretación de la intensificación actual de la movilidad residencial o para qué puede emplearse los resultados de esta tesis.

III

1. INTRODUCCIÓN.

1.1 Tema

La movilidad define las poblaciones actuales. Tanto el tiempo de las personas como la configuración física del espacio en el conjunto del territorio ocupado por el ser humano, pero sobre todo en la ciudad, está determinado por la necesidad de que sean posibles flujos tanto de personas como de mercancías e información. La extensión del fenómeno urbano ha llevado a un incremento de estos flujos.

El aumento de la movilidad ha conllevado una ruptura de las ubicaciones. Cada vez es más difícil asignar localizaciones espaciales a los distintos elementos que configuran el espacio geográfico, no sólo porque éstas evolucionan en el tiempo (la vida de las personas, el tiempo histórico) sino porque la indeterminación locacional que implica la movilidad conduce a la ambigüedad en las asignaciones de lugares a los objetos y a los individuos. Así en economía, cada vez es más difícil concretar un único lugar de producción de multitud de objetos, por no decir toda la revolucionaria gama de los nuevos servicios comerciales y financieros. ¿Quién puede calcular exactamente el valor de la producción anual de un país, de una región, de una ciudad? Los individuos, al mismo tiempo, asocian su actividad a diversas ubicaciones que varían en ritmos anuales, semanales y diarios. No es posible asignar un lugar único a cada individuo. La respuesta a la pregunta clásica de cuántos habitantes tiene una unidad territorial necesita cada vez más una respuesta del tipo: "¿En qué momento del año o de la semana o del día? y también ¿haciendo qué actividad? Se multiplican los lugares de referencia de los individuos pero respondiendo a una separación espacial de los lugares donde se pueden practicar las diferentes actividades que configuran la vida: trabajo, estudio, vida familiar, dormir. (Mendizábal, 1996a)

Por tanto, el concepto que emana de la expresión "el lugar donde vive una persona" va quedando poco a poco vacío de sentido. De la constatación de este hecho surge la expresión "espacio de vida", utilizada muy frecuentemente en el estudio de las poblaciones urbanas. *Espacio de vida* sería el territorio dibujado por el conjunto de actividades cotidianas que realiza un individuo. Aunque útil, esta definición no deja de ser ambigua: qué actividades se incluyen, cuáles pueden considerarse como cotidianas y cuáles no, etc.

Dejando a un lado el resto de componentes del espacio geográfico, los individuos se mueven, cambiando sus localizaciones, y lo hacen cotidianamente. De hecho, las sociedades modernas basan su mera existencia en la aceptación de la necesidad de un movimiento continuo. Día tras día

se suceden actividades, repetidas, que, de manera rutinaria se llevan a cabo en lugares separados, conformándose de este modo los "espacios de vida" de la población. Ahora bien, el espacio de vida de un individuo no es, en general, estable. Así como la vida de los individuos se define por la movilidad, igualmente los puntos de referencia del espacio de vida no son permanentes. Cambiamos de empresa, o bien la empresa cambia su localización obligando a sus empleados a modificar los recorridos diarios relacionados con el trabajo. Cambiamos a los hijos de escuela, o bien el cambio es obligatorio cuando cambian de etapa educativa. Cambiamos de hipermercado para aprovechar ofertas o para incrementar el ocio asociado a la compra explotando la novedad del cambio. Nuestros amigos y familiares trasladan su residencia y nos obligan a modificar el momento, la ruta, el ritmo y, a veces, el motivo de nuestras visitas. Incluso es posible que llegemos nosotros a cambiar de lugar de residencia, la localización de nuestra casa.

Parece evidente que la expresión "¿Dónde vive tal persona?" la mayoría de las veces se utiliza como sinónimo del lugar (municipio, ciudad...) donde se ubica su *vivienda*. Es decir, el sitio donde se realizan las actividades diarias relacionadas con el funcionamiento de un hogar, donde se habita, donde ordinariamente "se vive". La vivienda es sede de muchas de las principales funciones que desarrolla el individuo. En primer lugar, es el marco espacial que define al hogar o personas que conviven bajo el mismo techo y comparten los gastos de manutención. En la inmensa mayoría de los casos las personas que conforman un hogar guardan lazos de parentesco entre sí, es decir, son una unidad familiar. El modelo clásico estaría constituido por una pareja a la que se añaden con frecuencia la descendencia, a veces algunos ascendientes e incluso colaterales o personas con otros lazos familiares o no familiares. La vivienda, pues, constituye el lugar donde se desarrolla buena parte de las actividades relacionadas con la vida familiar (alimentación, educación, ocio...) o estrictamente personal (aseo, vestido, dormir...).

La vivienda es un lugar de interacción social clave en la vida de los individuos (Dard, Kaufmann, 1995). En primer lugar, es donde se expresa la intimidad de la familia y del individuo. Constituye la frontera con el mundo exterior. Pero también es donde ese mundo exterior entra en relación con el individuo, de distintas maneras según la edad, el sexo, la cultura o los recursos económicos. Es un lugar de tensión y enfrentamiento, porque los otros (instituciones, grupos o individuos) intervienen sobre ella, principalmente por estar inscrita en un territorio que está administrado y está lleno de redes de relaciones que le afectan. Dard y Kaufmann dan la siguiente definición de vivienda: "...lugar organizado por la circulación de personas, de bienes, de actividades, de comunicaciones, ...lugar continuamente reconstituido por la producción de intercambios entre el interior y el exterior" (p.41-42).

Ciertamente la vivienda no es la misma a lo largo de la vida de los individuos, ni tampoco de los hogares. Son diversos los motivos que llevan a efectuar esta *movilidad residencial*. A veces son los

padres que cambian y obligan a seguirles. Otras veces el cambio responde a la creación de un nuevo hogar: un joven se emancipa y se instala en otra vivienda diferente de la de sus padres que, a menudo, compartirá con otra persona al constituir una pareja. Si esa pareja da paso al nacimiento de nuevos miembros del hogar es posible que sea necesario cambiar a otra más amplia. A su vez, cuando los hijos comienzan a emanciparse y de nuevo queda la pareja inicial sola acaso se planteen un nuevo cambio para ir a residir a una casa más cómoda. Éstas y otras transiciones familiares pueden llevar aparejadas una sucesión de cambios de vivienda, una cadena que respondería a una lógica de evolución familiar.

Pero no sólo la lógica familiar gobierna la movilidad residencial. A menudo intervienen multitud de otros factores. La insatisfacción con la vivienda que se ocupa puede deberse a sus propias características, como su calidad o el tipo de tenencia o el contexto ambiental donde se ubica. Un cambio del lugar de trabajo puede transformar en imposible la gestión del espacio de vida sin un cambio del lugar de residencia. Una evolución ascendente (o descendente) en la escala social puede traducirse en un cambio en las aspiraciones residenciales. La vivienda no es sólo un objeto de consumo duradero, sino también un objeto clave (como el coche, la ropa...) de representación social. Se configuraría, pues, un *itinerario de cambios residenciales* que responde a la biografía de los individuos y de los hogares donde se insertan.

Los cambios de vivienda implican, por tanto, cambios espaciales del pivote fundamental en torno al cual se construye el espacio de vida. Estos traslados pueden ser más o menos largos, de lo cual depende que haya obligación de modificar el resto de puntos estructuradores del espacio de vida. Éste sería un criterio, como se verá, para diferenciar las verdaderas migraciones, desplazamientos del lugar de residencia en que cambia totalmente el espacio de vida, y la llamada movilidad residencial local o intraurbana en que el desplazamiento del lugar de residencia no implica necesariamente el cuestionamiento del resto de actividades cotidianas (Lewis, 1982:15-17).

Este tipo de movilidad local no es ni mucho menos exclusivo de las grandes áreas urbanas, de los ámbitos metropolitanos. En todas partes, los jóvenes suelen independizarse residencialmente en un momento u otro, en todas partes los cambios de vivienda acompañan los avatares biográficos de los individuos. Sin embargo, es en las áreas urbanas caracterizadas por un gran número de habitantes, la extensión espacial del poblamiento, la integración de múltiples unidades administrativas en un área de relación cotidiana que coincide con un fraccionamiento funcional del espacio y, residencialmente, con una división social reflejada espacialmente, donde la movilidad residencial local tiene un papel fundamental en la evolución del poblamiento. Efectivamente, algunas áreas crecen (sobre todo ubicadas en la periferia), otras pierden población (sobre todo en las áreas centrales) como producto de la agregación de multitud de decisiones individuales sobre cambios de lugar de residencia. Además, las decisiones que toman los individuos y los hogares se

ven condicionadas por multitud de factores de la misma estructura urbana, entre los cuales no son los menos importantes, la percepción y la realidad de la estructura urbanística del área urbana, la estructura de precios y de tipo de vivienda, etcétera. Es decir, la movilidad influye en el poblamiento urbano que se configura y éste es una de las variables fundamentales en el proceso de decisión del cambio residencial. De ahí la importancia de conocer cuáles son los *itinerarios residenciales espaciales* que son la expresión geográfica de los itinerarios biográficos.

En este marco de ideas se inserta el tema de la presente tesis doctoral. El título "Flujos espaciales e itinerarios biográficos..." responde a ello. La movilidad residencial metropolitana se ha estudiado principalmente como una cuestión de agregar los movimientos en flujos identificados entre un origen y un destino. En este trabajo también se tratará esta vertiente de la cuestión para fijar la estructura territorial de la movilidad residencial en nuestro ámbito espacial de estudio. Sin embargo, para comprender los mecanismos que intervienen en este fenómeno no basta con dibujar la estructura espacial de los principales flujos existentes. Ni siquiera bastaría con añadir algunas características ofrecidas por las estadísticas corrientes, como la edad, la situación profesional, etc. Pero pretendo que el dibujo de esta estructura territorial sirva como marco donde situar las respuestas a otras preguntas igualmente interesantes.

¿En qué medida están relacionadas la experiencia residencial de la población metropolitana con la experiencia individual y familiar y con la estructura social? ¿Es posible ver que diferentes encaminamientos espaciales se corresponden a diferentes encaminamientos familiares y laborales? En otras palabras, ¿a una etapa familiar corresponde un cambio residencial típico? Y complementariamente, ¿hay lugares en el ámbito metropolitano de Barcelona que son más frecuentados por un determinado tipo de hogares, ya sea en relación a la edad de sus miembros, al tipo de familia o a su capacidad económica? ¿Hasta qué punto el espacio residencial metropolitano está especializado de esta manera y no cabría hablar de segregación? Estas preguntas completan los intereses que dirigen la presente tesis. Aunque no contestadas en toda su extensión, al menos el objetivo fundamental será el de introducir de una manera útil nuevos elementos al estudio de las migraciones residenciales y especialmente en el ámbito metropolitano de Barcelona.

1.2 Organización de la investigación

La tesis se inicia con la presente introducción, en la que pretendo explicar y justificar el tema, el porqué de mi interés por el mismo desde mi entrada en el Centre d'Estudis Demogràfics. Sin salir de la presente introducción pretendo extenderme algo más en los principales conceptos que aparecen a lo largo de la tesis, ya que muchos de ellos son imprecisos, extensamente utilizados en el habla habitual o bien presentan sinónimos o expresiones similares que cabe comentar. Finalizo la

introducción con un repaso de las principales hipótesis de trabajo. Estas han surgido de la reflexión personal a lo largo de los últimos años en contacto con la literatura que sobre el tema de la movilidad residencial como actividad social y familiar ha ido apareciendo en los últimos cuarenta años.

La tesis continúa con la exposición del marco teórico. Como la mayoría de apartados de este tipo se trata de una confrontación entre las ideas intuitivas de uno con las líneas de investigación, los resultados principales y el desarrollo teórico de otros. He intentado mostrar un amplio abanico de investigaciones y aportaciones sobre los diferentes aspectos de esta tesis que han ido apareciendo, sobre todo en los últimos años en los países anglosajones, en Francia, en Italia y en España. Supongo que se notará, lo confieso, mi predilección por los enfoques existentes actualmente en Francia en que hay todo un cuerpo de conocimiento sobre el comportamiento residencial de la población en relación con el desarrollo de los diferentes ciclos de vida del hogar, la reconstitución de los papeles dentro del hogar, las conexiones del hogar con las redes familiares próximas, el papel de la vivienda en la vida urbana y la influencia del medio urbano en que colaboran intensamente geógrafos de la población y urbanos, sociólogos urbanos y de la familia, demógrafos, antropólogos... Esta línea de investigación es apoyada desde las instancias gubernamentales mediante la puesta en marcha de programas de financiación como el "Programme interdisciplinaire de recherche sur la ville (PIR-Villes)", el "Plan Construction et Architecture" y otros. Uno de los frutos más interesantes de este apoyo y que da lugar a una amplia e interesante literatura sobre el tema es la organización regular de encuentros científicos que abordan distintos aspectos relacionados con la movilidad residencial, la vivienda y las transformaciones familiares¹.

Si comparamos la literatura anglosajona con la francesa, es posible llegar a interesantes y curiosas conclusiones. Por ejemplo respecto al tema de la inmovilidad residencial. Aunque es posible ver aspectos negativos y positivos en que la población intente o tenga que restringir su movilidad residencial, se observa cómo los anglosajones subrayan lo negativo (inadecuación de la vivienda con las necesidades familiares, guetización y segregación, precarización de la tenencia) mientras que los franceses, sin olvidar los aspectos negativos ligados sobre todo a la inmovilidad de los habitantes del parque público de viviendas en alquiler, nos introducen en un conjunto atractivo de elementos positivos (proximidad residencial ligada a la continuidad de las redes familiares, apego al lugar y continuidad de las estructuras sociales tradicionales, etc.). ¿Se trata del resultado lógico de la existencia de realidades sociales y urbanas diferentes o también podemos pensar que hay maneras diferentes de ver, si no iguales, procesos comparables? Un último apunte: los últimos trabajos sobre movilidad residencial en Estados Unidos introducen una visión más positiva de la

¹ Por ejemplo entre 1992 y 1993 se organizó un seminario sobre segregación residencial que produjo nueve sesiones de trabajo cuyos resultados se encuentran en el libro editado por Brun y Rhein (1994).

inmovilidad, mejor, están descubriendo elementos negativos en la acumulación de movimientos residenciales a lo largo de la vida de un hogar.

En el marco teórico, introduzco algunas reflexiones previas sobre el uso residencial de los ámbitos metropolitanos, para pasar rápidamente a exponer aquellos elementos que me resultan más interesantes de la evolución de los conceptos de migración y de movilidad residencial. También he querido repasar como se ha abordado el tema de la movilidad residencial desde las diferentes disciplinas sociales, insistiendo en aquellos enfoques particulares de cada una de ellas. El movimiento migratorio tiene lugar dentro de unas coordenadas espaciales, pero también tiene una referencia temporal a distintas escalas en relación al individuo: tiempo histórico o de calendario, edad y ciclo de vida, desarrollo de la generación de pertenencia o interrelación entre el tiempo externo y el interno. En este apartado detallo las principales aportaciones en torno al estudio de la movilidad residencial como un acontecimiento o acontecimientos que se han de vincular con el desarrollo del ciclo o ciclos de vida del individuo y sus principales etapas: emancipación, formación de unión, consolidación familiar, disolución de la pareja, jubilación y vejez. Hago hincapié en la falta de un modelo lineal general de aplicación universal, por lo que cada vez más se hará más incorrecto hablar de ciclo de vida en singular y deberemos decir algo así como desarrollos vitales en plural. En definitiva, hago un repaso a cómo se construye la demanda residencial en función de las circunstancias en que se encuentra el individuo o el hogar a lo largo de su vida. A continuación intento ver cómo la demanda individual se combina para explicar las diferencias de intensidad migratoria que se observan a escala territorial. En el último apartado del marco teórico, introduzco elementos que tienden a destacar la conexión existente entre los diversos movimientos que realiza el individuo dentro de un proyecto que contempla la relación de éste con su contexto espacial y residencial. Se formulan decisiones compuestas y con duración larga en forma de estrategias que generan unos itinerarios residenciales que se construyen en paralelo con la evolución familiar y social y que pueden reconstruirse en el espacio mediante la sucesión de desplazamientos, itinerarios que coadyuvan a la evolución de la organización residencial de las áreas urbanas.

La parte dedicada a la investigación empírica quiere mantener en lo posible un hilo unitario en toda su extensión, evitando en lo posible la sensación de independencia de sus diversas partes, ya sea por el contenido, por el tratamiento o por las fuentes empleadas. Sin embargo, puede hacerse una distinción entre dos grandes ámbitos de análisis o "partes". La primera considera una aproximación más tradicional a la movilidad residencial, utilizando como fuente los intercambios migratorios municipales y priorizando las relaciones territoriales sobre las características de los individuos que se mueven. Acabamos esta parte ofreciendo y comentando indicadores de movilidad residencial global, es decir, considerando todos los cambios de vivienda y no sólo los migratorios. En la segunda parte, abordamos el estudio de la movilidad residencial en forma de itinerarios, de relación

con la experiencia familiar y en su plasmación espacial. La evolución de los individuos y de los hogares en su tiempo vital y las diferencias de posición respecto a la escala temporal y social explican la formación de una demanda residencial expresada de varias maneras y en diferentes ocasiones. La demanda residencial interactúa con el territorio en que viven los individuos y hogares, produciendo movimientos residenciales de distinto tipo según se mida por la distancia, el tipo de hábitat de manera que, un punto importante en todo este trabajo, a lo largo del ciclo de vida se dibujan unos encadenamientos de desplazamientos residenciales que dan paso a interesantes resultados si tenemos en cuenta variables de análisis adecuadas, como la edad, la categoría socioeconómica, la situación familiar, situación de actividad de ambos cónyuges, etcétera.

Las conclusiones vienen a ser la aportación que, desde el caso concreto de Barcelona, podemos hacer al corpus de conocimiento que se está generando en este momento sobre movilidad residencial, perspectivas biográficas y espacio urbano en distintos países y también en el nuestro.

1.3 Hipótesis.

Partimos de las siguientes ideas:

a) La intensidad de la movilidad residencial de los habitantes del área de Barcelona ha sido muy baja durante los años ochenta.

b) La situación de los ochenta representaba una etapa muy negativa, debida a factores coyunturales, en un marco de baja movilidad, debida a la estructura dominante de propiedad de la vivienda.

c) La sensibilidad coyuntural de la intensidad de la movilidad residencial es mayor en los movimientos no relacionados con la dinámica familiar.

d) La historia residencial de los habitantes de Barcelona tendía a reducirse a los cambios estrictamente necesarios para asegurar la emancipación familiar formando una pareja.

e) En el contexto de un Estado del bienestar poco desarrollado en lo que se refiere a la ayuda a la vida familiar. la importancia del apoyo en la red familiar y social de los habitantes de Barcelona, sobre todo entre las parejas jóvenes, condiciona la preferencia por ubicar las viviendas cerca del lugar de residencia anterior.

f) A pesar del pequeño número de movimientos que constituyen las historias residenciales y de la preferencia por las ubicaciones locales, distintos sectores del espacio urbano tienden a especializarse en sujetos móviles diferentes, en función de su edad y su posición en el ciclo de vida familiar. Pueden ser la base para la existencia de itinerarios espaciales reales, si aumentase significativamente la movilidad residencial.

g) La redistribución de la población es un fenómeno importante si superamos el corto plazo y lo enfocamos a lo largo de la vida de las personas. La redistribución de la población también comporta la redistribución de su capacidad reproductiva.

1.4 Interés y antecedentes personales.

Si nos limitamos a los últimos años, puede decirse que mi primer contacto con la investigación sobre movilidad residencial tuvo lugar justo al iniciar mi relación con el Centre d'Estudis Demogràfics en el año 1990, cuando cursaba el programa de postgrado en Demografía. Dentro del paquete de diferentes prácticas que se ofrecieron a los alumnos había una colaboración en un proyecto dirigido por Isabel Pujadas en el que trabajaban como investigadores Ramon Arribas y Enric Mendizábal. El informe final, encargado por la Mancomunidad de municipios del Área Metropolitana de Barcelona, llevaba por título el de "Moviments migratoris intermunicipals de la Regió Metropolitana de Barcelona" (Pujadas *et al*, 1991) y era una aproximación a la estructura demográfica y territorial de los flujos migratorios metropolitanos, así como a su evolución en un período de intensificación de la suburbanización y la metropolización en el área de Barcelona, utilizando datos censales y de registro padronal. En este trabajo se llegaba a varias conclusiones. La progresiva desconcentración de la población y la importancia de la pérdida de población del municipio de Barcelona para explicar el sistema migratorio eran, quizás, las más clásicas y previsibles. Sin embargo, en el informe se apuntaban otros elementos de gran interés que me han servido de estímulo posteriormente y hasta el presente. Por ejemplo, que la expulsión neta de población se extendía al resto de municipios del continuo central y a otros municipios urbanos de la primera y segunda coronas. Es decir, la estructura migratoria en las áreas metropolitanas es bastante compleja y supera la simple dicotomía entre un centro y una periferia. Se indicaba también que las relaciones migratorias son más intensas cuanto más cercanos están el origen y el destino. Los individuos tienden a minimizar el recorrido de sus desplazamientos migratorios, como si la ubicación de la anterior residencia todavía les retuviera. La migración no es sólo un desplazamiento físico del hogar, sino que también tensiona y mueve el resto de relaciones: relaciones laborales, de ocio, de compra, es decir el espacio de vida, pero también relaciones familiares, de amistad, emocionales... Podríamos decir, parafraseando lo de "yo soy yo y mis circunstancias", que una migración es un desplazamiento de vivienda "y sus circunstancias", de

las “instancias” que “rodean “ la vivienda y el hogar o individuo que la ocupaba. El desplazamiento en estas condiciones es más fácil cuanto menor es la ruptura espacial. En una segunda fase, este hilo de reflexión me llevó a pensar que el estudio de la movilidad residencial se podría plantear desde una premisa inicial: los individuos desean minimizar el número de movimientos residenciales.

Otro elemento básico que se asomaba en el informe citado era el de la existencia de barreras sociales en los flujos migratorios. El informe sólo trataba datos agregados y territorializados por lo que se observaban fronteras entre unidades espaciales en que la estructura social de la población era muy diferente, a pesar de la cercanía geográfica. De aquí a pensar que la observación de las condiciones individuales puede decirnos cosas sobre la elección de los destinos migratorios en un área urbana sólo media un paso. Igualmente se indicaba que las categorías sociales más altas estaban sobrerrepresentadas entre los migrantes metropolitanos, su intensidad móvil es superior, al igual que se indicaba la importancia del ciclo de vida, sobre todo la formación de nuevos hogares, para explicar la mayor parte de los movimientos migratorios observados.

A pesar de las interesantes conclusiones a las que se llegaba con los datos disponibles, en algunas cuestiones, viéndolo retrospectivamente, quizá se podría haber insistido más o bien reivindicar su necesidad de análisis con otro tipo de datos. ¿Qué relación hay entre movimientos migratorios y cambios de vivienda? ¿Era el nivel de movilidad observado normal, bajo o alto en relación con otros contextos urbanos? ¿Qué se podía decir sobre la reiteración de cambios residenciales por los mismos individuos? Confieso que ni por asomo se me plantearon estas dudas en aquel momento, bastante tenía con asimilar la cantidad de conocimientos y experiencia que trabajar en aquel informe me brindaba.

Otras investigaciones posteriores realizadas siempre en el marco del Centre d'Estudis Demogràfics me permitieron seguir vinculado a la cuestión de los movimientos residenciales dentro de la región de Barcelona. Entre finales de 1991 y de 1992 participé en un informe encargado por la oficina de redacción del Plan Metropolitano de Barcelona sobre la evolución del poblamiento y de la población de la región metropolitana desde 1950 (Arribas, Módenes, 1992; Arribas, Pascual, 1994) en una investigación laboriosa que aprovechando la fuente del *Nomenclátor* abordaba un análisis submunicipal. La principal aportación estriba en la realización de una biografía sistemática de la evolución de las distintas unidades de poblamiento de la región en unos años en que se combinaba un proceso de rápido crecimiento por inmigración exterior, hasta mediados de los años setenta, con un incipiente y progresivamente creciente proceso de suburbanización que inicia sus primeros pasos allá en los años veinte y treinta de este siglo en su versión más “moderna” de urbanizaciones de segunda residencia. Las biografías eran físicas (se estudiaron los procesos de agregación y separación, no sólo por motivos urbanísticos sino también “estadísticos”) y cuantitativas (se calcularon indicadores de evolución de la población, de las viviendas y de hogares). Estos últimos

indicadores permitían ver aspectos interesantes directamente relacionadas con mi tema de estudio. En primer lugar, la progresiva transformación de muchas urbanizaciones y otras entidades de segunda residencia en unidades de poblamiento de residencia principal, de manera que era posible seguir temporalmente el fenómeno. En segundo lugar, se intuía la intensa relación existente entre dinámica migratoria metropolitana y transformaciones de los hogares en un análisis territorial: el indicador de personas por hogar disminuía más rápidamente allá donde se producía una salida neta de individuos que en las entidades inmigratorias. La ampliación del estudio efectuada en 1993 revelaba otro dato de sumo interés: entre 1986 y 1991 no disminuía el número de hogares en municipios emigratorios como Barcelona, Badalona, l'Hospitalet de Llobregat, sino que aumentaba ligeramente. Los procesos migratorios metropolitanos están intensamente vinculados con los mecanismos evolutivos de los hogares, de ruptura y creación. En estos municipios la intensa emigración es un producto neto de la ruptura de hogares, debida a la emancipación de los jóvenes nacidos en los años sesenta y primeros setenta.

Junto con Ramon Arribas emprendí más tarde una serie de pequeñas investigaciones sobre la situación demográfica de tres comarcas de la región metropolitana de Barcelona a partir de la información ofrecida por la Encuesta de la Región Metropolitana de Barcelona de 1990 de l'Institut d'Estudis Metropolitans (Módenes, Arribas, 1993, 1994a 1994b). Fue mi primera aproximación a una información sobre migraciones suministrada mediante encuesta. La principal novedad fue trabajar con datos sobre movilidad residencial a escala mayor que la municipal, ya que se preguntaba sobre el último movimiento al barrio de residencia, entendiéndolo cada sujeto a su conveniencia. Igualmente se preguntaba sobre los motivos del cambio residencial: se observaba el predominio de la formación de pareja entre los jóvenes y la mejora del régimen de tenencia en el resto de edades adultas, aunque se observaban ligeras diferencias según el tamaño del municipio de residencia, ya que en los municipios pequeños cobraba mayor importancia relativa cuestiones ligadas a la calidad de la vivienda y del entorno. Releyendo aquellos textos es posible observar una cierta ambigüedad en las conclusiones. Estando situadas las tres comarcas estudiadas en la periferia de la región metropolitana se observaba un porcentaje alto de recién llegados (durante los años ochenta), aproximadamente un cuarto del total. Son migrantes metropolitanos, lo cual me llevaba a considerar el hecho de la elevada movilidad como rasgo de las poblaciones metropolitanas. Sin embargo, cuando se tenía en cuenta el lugar de la residencia anterior se obtenía que aproximadamente el 20% de los inmigrantes procedentes del resto de España veinte o treinta años atrás no había cambiado de barrio de residencia desde su llegada a Cataluña; aparecía así una elevada bolsa de inmovilidad residencial que en un primer momento interpreté como un indicador social negativo, aunque posteriormente, como se verá en esta tesis, he reconsiderado. En estas investigaciones se confirmaba el localismo acentuado de los movimientos migratorios: en todos los tramos de edad el anterior lugar de residencia más frecuentado era el mismo municipio, excepto en los menores de treinta años en que la mayoría no había cambiado de vivienda. Bien es verdad que en el tramo 30-49

el siguiente lugar de residencia anterior en importancia era Barcelona, confirmando la integración metropolitana de las comarcas estudiadas.

A lo largo de las anteriores investigaciones surgieron algunas inquietudes que, en parte, se concretaron en una pequeña investigación (Arribas, Módenes, 1994) ganadora del Primer Premio de Investigación "Gausac" promovido por el Grup d'Estudis Locals y el Ayuntamiento de Sant Cugat del Vallès, un municipio de la región metropolitana de Barcelona. La motivación inicial del estudio era profundizar en el tema de los itinerarios de evolución urbanística de las entidades de población metropolitanas a partir de la comparación de tres municipios adyacentes pero morfológica y socialmente bastante heterogéneos: el mencionado de Sant Cugat del Vallès, Cerdanyola del Vallès y Rubí. Se trabajó para ello con material elaborado para la investigación sobre el poblamiento metropolitano, sumándole datos estadísticos sobre movilidad migratoria. Se observaba también una interesante heterogeneidad de los emigrantes e inmigrantes a cada municipio, heterogeneidad que se basaba tanto en la edad como en indicadores de tipo social (instrucción). En las conclusiones hablamos de tipos de demanda residencial que acudían a ofertas específicas con localizaciones también específicas. Si el tipo de demanda residencial evoluciona con el individuo, los lugares donde debe o puede o quiere acudir para satisfacerla también tienen que cambiar. Surge así la idea de que deben existir unos itinerarios residenciales espaciales, distintos en función de las características de los individuos y que podrían ser agrupables y explicables de manera razonada en función de variables de edad y de categoría social.

Comenzada en 1993, durante el último semestre de 1994 y hasta su presentación en marzo de 1995 trabajé en la elaboración de mi memoria de doctorado en Geografía Humana. Su título es "Anàlisi geodemogràfica de les àrees de relació migratòria local a la Regió metropolitana de Barcelona" (Módenes, 1995a). El punto de arranque de esta investigación se sitúa en el departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona. En el curso de doctorado que la doctora Pilar Riera impartió en el año 1992-93, unos compañeros de Girona presentaron los principales resultados de una investigación que bajo la dirección de Margarida Castañer desarrollaban para el Pla Territorial General de Catalunya (Departament de Política Territorial i Obres Públiques, 1992). Su objetivo era estudiar las áreas urbanas de relación diaria a partir de los datos de movilidad habitual. El trabajo me resultó fascinante, como se puede entender ya que dicha investigación se ha convertido en un "clásico" de la geografía catalana de los últimos años. Y se me ocurrió que sería interesante recoger el tema de las áreas de relación, que por otra parte ya ha sido extensamente tratado para la región metropolitana en investigaciones anteriores (Esteban, 1989) sobre mercados de trabajo locales, y mirar qué pasaba si en vez de movilidad habitual introducíamos movilidad residencial. La memoria confirma que de una manera aproximada las áreas de relación migratoria (que también podría haber denominado residencial) y sus centros vienen a corresponder con los obtenidos para los mercados de trabajo. La investigación quería demostrar, además, otras

cosas. Por ejemplo, constatar que se ha de superar la simplificación de la estructura migratoria metropolitana como si todo se limitara a la salida de población desde el centro a una periferia homogénea y falta de historia propia. También quería apuntar que, a pesar de la importancia que se ha dado a los procesos de suburbanización y desconcentración de la región de Barcelona, el nivel de movilidad residencial es bastante bajo y que quizá no solamente sea achacable al dominio extraordinario del régimen de tenencia en propiedad. Y la memoria vuelve a insistir sobre la idea de los itinerarios residenciales, esta vez observando las edades medias de inmigración y emigración de los municipios metropolitanos. Así decía en las conclusiones:

“... se dibujan potencialmente unos itinerarios territoriales paralelos a los diversos momentos del ciclo de vida familiar. Estos itinerarios nos hacen pensar ... en la formación de una nueva segregación espacial de la población metropolitana, reproducida en los nuevos espacios urbanos, en la que la vivienda sería el catalizador en función de la edad y de la capacidad económica de los habitantes.” (Módenes, 1995a: 108).

“ La edad será entonces un criterio de diferenciación residencial y, de una manera parcialmente encabalgada, lo será también la categoría social del migrante. (...) Las principales etapas de los itinerarios tendrán asociados espacios residenciales propios, a menudo en contacto los unos con los otros. Éste será el tipo de segregación residencial que surge como interesante dentro del mundo de la movilidad residencial y de la estructura urbana metropolitana (...). (idem: 127).

En las conclusiones de la memoria, que de hecho constituyen un capítulo con cierta autonomía dentro de la investigación, reflexionaba sobre otro punto que me comenzaba a inquietar: los elementos que influyen en la demanda y en la oferta residencial. Intentaba hacer un repaso más o menos sistemático a los que pensaba, y pienso, que son más importantes, aunque a nivel general y sin pretender especificar a detalle microespacial la reflexión, lo cual creo que es bastante útil para centrar el tema. Respecto a la oferta residencial hablaba de la necesidad de considerar la saturación del suelo edificable para prever el ritmo de futuros crecimientos, del potencial del abundante parque de vivienda secundaria de la región de Barcelona y de la incógnita de la vivienda “desocupada” según la ofrecen los Censos de Vivienda. Por lo que respecta a la demanda residencial insistía en separar la influencia de la estructura demográfica sobre todo en lo que respecta al número de jóvenes que constituyen un grupo potencial de fuerte demanda y también en lo que respecta al papel que la población vieja puede tener para liberar viviendas de segunda mano al mercado (Garrido, 1993). A continuación hablaba de posible demanda retenida de los jóvenes lo que introducía el tema del análisis más sociodemográfico de la demanda residencial. Al hilo de reflexiones de Ana Cabré (Cabré, 1991a) intentaba apuntar cómo futuros cambios en otras variables demográficas, principalmente una recuperación de la nupcialidad y de la fecundidad, podían influir en el nivel y en el calendario de la movilidad residencial. También aparecían entonces conceptos como el de estrategia residencial, al hablar de la percepción del medio urbano y del papel del núcleo familiar. Las ideas que aparecen en estas conclusiones se sistematizaron mejor en mi contribución al V Congreso de la Población Española (Módenes, 1995b).

En la primavera de 1995 me incorporé al equipo de investigación que en el CED abordaba una explotación específica de la Encuesta Sociodemográfica por encargo del Instituto de Estadística de Andalucía, dirigido por Montserrat Solsona, del que formaban parte Marc Ajenjo y Rocío Treviño, y al que se fueron incorporando sucesivamente Marta Luxán, Jordi Pascual i Ruiz y Eva Jiménez, aparte de mí mismo. Me encargué de la redacción del capítulo “Migraciones y movilidad residencial” del informe final (Solsona *et al.*, 1997). Con este trabajo, empecé a familiarizarme con los contenidos de la Encuesta Sociodemográfica aunque no pudimos trabajar con los datos primarios. Algunos de los temas expuestos en esta tesis y de los enfoques escogidos tienen un antecedente claro en aquel informe, mientras que otros son producto de reflexiones posteriores sobre los resultados obtenidos.

La última investigación efectuada antes de embarcarme de pleno en los trabajos de esta tesis doctoral se desarrolló entre el segundo semestre de 1995 y el primer trimestre de 1996. Constituía también un informe dentro de la asesoría demográfica que el Centro de Estudios Demográficos efectuaba para la oficina del Plan Territorial Metropolitano de Barcelona (Arribas, Módenes, Sánchez, 1996). Nos planteamos estudiar el impacto que la movilidad residencial metropolitana había tenido durante los años ochenta sobre la estructura demográfica y social de la población de la región de Barcelona. Los principales resultados constataban cómo la estructura migratoria vigente derivaba en una retención del envejecimiento en los municipios inmigratorios y una aceleración en los municipios más emigratorios por el trasvase de población adulta-joven, infantil y de futuros padres y madres. Asimismo, se evidenciaba una relación entre inmigración de adultos centrales y aumento de residentes de las categorías más elevadas, lo que de paso confirmaba la relación existente entre edad y posición socioeconómica. Estas constataciones vienen a confirmar la existencia de rutas y espacios migratorios particulares según las características de los individuos. Pero en este informe se recogían otras ideas interesantes. En primer lugar, que existe una cierta homogeneidad en el nivel emigratorio de los distintos componentes del territorio metropolitano a diferencia de la heterogeneidad observada en los niveles inmigratorios; la “huida” del centro para ir a vivir a la periferia sólo es verdad como consecuencia del peso demográfico del centro, pero no si hablamos de comportamientos diferenciales de movilidad. El informe presenta una introducción en la que se efectúa una reflexión teórica sobre el papel de la edad de los individuos en la formación de la demanda residencial, tanto a nivel general como después concretando en el ámbito de la región metropolitana de Barcelona. La demanda residencial cuando se convierte en flujo migratorio agregado produce distintos niveles de selectividad, de mayor propensión a la emigración: selectividad por edad, selectividad socioeconómica y selectividad territorial. Si planteamos la selectividad en la inmigración, por edad o por posición social, en realidad comenzamos a hablar de una cierta segregación residencial. Igualmente, se puede encontrar en este informe algún apunte sobre el distinto impacto que las restricciones a la movilidad residencial tiene en los individuos según su edad o su posición: en los jóvenes que no han constituido todavía su hogar suele producir un

retraso en el movimiento, en adultos maduros de bajo poder económico puede generar una renuncia a efectuar ningún desplazamiento residencial.

Durante el año 1997, aunque no directamente vinculado a ningún proyecto de investigación de larga duración, he continuado recibiendo información en mis actividades paralelas a la realización de la tesis. Este año me ha permitido compartir más tiempo de investigación con Anna Cabré, concretamente en la realización de una pequeña investigación sobre los cambios recientes en la población metropolitana de Barcelona (Cabré, Módenes, 1997) y en las conversaciones previas a la definición de varios proyectos de investigación conjuntos del CED para el año 1998 y siguientes. De estas charlas he constatado la importancia de dos temas: el papel clave que tiene el estudio de los comportamientos residenciales, incluso más allá de su plasmación espacial, en la comprensión de los principales procesos demográficos, como son la natalidad y la nupcialidad. El tipo de acceso a la vivienda influye decididamente en el calendario y en el nivel de la natalidad y en el calendario, el nivel y el tipo de unión en el caso de la nupcialidad. Y en este conjunto de relaciones es fundamental la consideración de los flujos de colaboración intergeneracional no sólo entre padres e hijos, sino entre las tres generaciones de abuelos, padres e hijos, presentes en un número mayoritario de redes familiares. Estos flujos consisten en ayuda cotidiana, flujos financieros y transmisiones de patrimonio, así como referentes biográficos de comportamiento. Del resultado de esta dinámica hogar - vivienda, de cómo se beneficien los nuevos hogares de la ayuda prestada por la red familiar, y de la influencia de las condiciones exteriores surgirán las estructuras espaciales de la movilidad. Los procesos de redistribución de la población acarrearán también interesantes cambios en la distribución de la capacidad reproductiva o en la generación de oferta residencial por efecto de la dinámica demográfica. En esta tesis haremos algunos apuntes a estos procesos sobre todo a los referidos a la oferta residencial, aunque requerirá futuras investigaciones.

Estos son a grandes rasgos las principales etapas de elaboración de las ideas que aparecen en esta tesis y de las preguntas que intentaré responder. He procurado reflejar aquellos pasos que pueden seguirse con la producción que, de una u otra forma, está a disposición del público. Otras fases, se me ocurren en estos momentos los períodos de "creación" coincidentes con mis estancias en Liverpool o en París, son más difíciles de sintetizar y transmitir, aunque son posibles de vislumbrar sobre todo en la exposición del marco teórico.

1.5 Fuentes estadísticas

En la presente tesis pretendemos estudiar un fenómeno geodemográfico que no ha sido tradicionalmente tratado principalmente por la ausencia de información estadística adecuada. En efecto, las estadísticas se han interesado por la movilidad residencial *migratoria* por cuanto es la que

afecta a la variación del tamaño de las poblaciones. Sin embargo, la decisión de recoger datos de desplazamientos del domicilio habitual, sea cual sea el punto de destino, requiere un cambio en los objetivos de la recogida de la información.

No se debe olvidar que la disponibilidad de las fuentes y la información que recopilan no es fruto del azar, sino que responden a determinadas necesidades políticas y administrativas para disponer de datos. En demografía, las cuestiones obvias que requieren control son los mecanismos de renovación de la población y la descripción de sus variables básicas. Dentro de este paquete básico, sí ha entrado saber cómo la población se distribuye en un momento dado en el territorio hasta la escala de vivienda. Los censos de población y vivienda suelen recoger esta información. Sin embargo, nunca se ha mostrado interés por saber la dinámica de cambio de vivienda en su conjunto.

De hecho, como indica Myers (1990b), el interés estadístico por la población y el interés estadístico por la vivienda se han mantenido normalmente apartados, sin encontrarse. Y éste ha sido uno de los motivos de la falta de un interés disciplinar por aunar ambos campos de estudio. Si en los últimos tiempos, en diferentes países y desde distintas disciplinas, se está construyendo un nuevo campo de estudio es, en parte, gracias a la existencia de nuevas fuentes estadísticas que permiten ese engarce. Pero, ¿por qué aparecen esas nuevas fuentes? El mérito debe atribuirse a la iniciativa concreta de investigadores que han levantado e interpretado encuestas específicas, con muestras pequeñas, en donde se han introducido las preguntas que han posibilitado los nuevos análisis: desde la ya famosa investigación de Rossi (1995) que ha dado lugar a una interesante tradición en los Estados Unidos a las encuestas que recogen información biográfica retrospectiva, como la Triple Biografía en Francia. Estas iniciativas han fructificado posteriormente en el reconocimiento por las instituciones estadísticas oficiales de estos temas, la ampliación de las fuentes tradicionales o la creación de nuevos instrumentos específicos que alcanzan al universo completo. Y éste ha sido el caso de la Encuesta Sociodemográfica de 1991, una herramienta promovida por el Instituto Nacional de Estadística, que deseáramos que tuviese una continuidad en nuevas ediciones, continuidad que depende del fruto que obtengamos de esa primera edición. Otras novedades recientes enlazan directamente con el tema de la dinámica de cambios de vivienda, como la previsión de publicación estadística durante 1998 de todos los movimientos residenciales, migratorios o no, por parte del Institut d'Estadística de Catalunya.

Hecha esta pequeña introducción repasemos brevemente las fuentes de estudio de la movilidad residencial en España, esencialmente migratorio como venimos diciendo. Podemos dividir las fuentes existentes en la actualidad entre aquellas dedicadas al recuento y descripción de los migrantes, las que se dedican a las migraciones y las nuevas fuentes que permiten el estudio de todos los cambios de vivienda. Puede profundizarse en este tema en Vinuesa *et al.* (1994:125-184), donde además se indican los indicadores adecuados a cada tipo de información estadística.

1.5.1 Información censal y padronal sobre migrantes.

La información sobre el fenómeno migratorio en los censos ha evolucionado desde un interés exclusivamente centrado en las migraciones de larga distancia hasta incluso recoger información sobre todos los cambios de vivienda. Tradicionalmente se recogía información sobre el lugar de nacimiento, que era publicada en la forma de contingentes de desplazados entre provincias. En el censo de 1970 se introdujo una pregunta sobre el lugar de residencia (municipio) diez años antes lo que permitía una evaluación más próxima de los flujos migratorios. En el censo de 1991 esta pregunta se triplica en los horizontes temporales de 10, 5 y 1 años antes. El inconveniente principal es que no se recogen *todos* los movimientos migratorios producidos en esos intervalos temporales, por varias razones:

- Puede haber fallos de memoria del entrevistado.

- Se obvian los cambios de municipios producidos entre la fecha del horizonte y el momento censal. Este sesgo es más grave cuánto más alejado se encuentre dicho horizonte. Esta ha sido la causa inmediata de repetir el horizonte temporal, originariamente pensado para recoger la movilidad migratoria desde el momento censal actual, para maximizar los cambios migratorios recogidos por unidad temporal.

- Sólo puede preguntarse a los ya nacidos en la fecha del horizonte anterior.

- Los movimientos migratorios de los que han muerto en el intervalo analizado no pueden recogerse por definición. La interferencia de la mortalidad es más grave en las edades avanzadas, por cuanto es posible que los que hayan fallecido hayan experimentado movimientos migratorios con mayor probabilidad que los que sobreviven.

Otra pregunta sobre experiencia migratoria, usada en primer lugar en el Padrón de 1975 y repetida en el de 1986 y en el Censo de 1991 es sobre el momento de la última llegada al municipio de residencia y el lugar de procedencia. De esta manera, tenemos información sobre la última migración (aunque en 1991, p.ej., sólo si se ha migrado en los 10 años anteriores) que podemos datar en el momento concreto en que se produjo. De esta manera, puede ampliarse la capacidad del investigador de clasificar a los individuos según el año de llegada. Los inconvenientes más evidentes son:

- Los fallos de memoria se concretan en el año de llegada, especialmente si no representa una fecha significativa para el entrevistado (año de la boda, migración de larga distancia...).

- Dificultad de construir tasas de movilidad porque no se sabe con exactitud cuál es la población sometida a riesgo.

En resumidas cuentas, censos y padrones recogen información de las personas en observación y a expensas de sus posibles fallos de memoria. La datación temporal de las residencias anteriores identifica en realidad a las personas que se han movido y no sabemos en realidad todas las veces en que lo ha hecho. Por ello, la información censal recopila *migrantes* y no migraciones. Más que una información de flujos poblacionales nos encontramos ante datos estructurales, de stock. Tenemos una característica más de la población: que se ha trasladado de municipio de residencia en determinado intervalo temporal.

La multiplicación de preguntas con distintos horizontes temporales permite reconstruir de una manera aproximada y parcial las trayectorias de movilidad migratoria, tanto temporales como espaciales. Esto es posible si se utiliza la información en soporte informático que permite relacionar las distintas preguntas entre sí para un mismo individuo. Naturalmente, es imposible recoger todos los cambios migratorios sino una trayectoria apoyada en los distintos hitos temporales: nacimiento (variable según el sujeto), 1981, 1986, 1990 y 1991, al que se podría añadir el año de llegada al municipio si se ha migrado desde 1981 y no coincide con los últimos cuatro hitos. El lugar de última residencia anterior puede no coincidir con el del hito temporal inmediatamente anterior lo que delataría otro cambio migratorio.

En la tesis se han utilizado datos padronales y censales de migraciones en el capítulo tercero sobre la estructura espacial de los flujos migratorios en la región metropolitana de Barcelona. Concretamente, del padrón de 1986 para el quinquenio 1981-1985 y del censo de 1991 para el quinquenio 1986-1990. Las preguntas seleccionados de ambos cuestionarios han sido, entre varias opciones, la número 11 del padrón y la 17 del censo². Ambas inquieren sobre el último año de llegada al municipio de residencia en ambos momentos censales. La elección de estas preguntas se ha producido fundamentalmente por un motivo de coherencia metodológica: es la única pregunta sobre desplazamientos migratorios con datación temporal que recoge el padrón de 1986. Por ello, se ha descartado del censo de 1991 la residencia en fechas anteriores, especialmente en 1986.

En base a estas preguntas se han considerado todas aquellas personas en 1986 declararon que habían llegado al municipio de residencia por última vez entre 1981 y 1986 y todas aquellas que en 1991 declararon que habían entrado entre 1986 y 1991, siendo los municipios de origen y destino pertenecientes a la región metropolitana de Barcelona. Si sabemos el lugar de residencia

² La explotación del censo de 1991 y del padrón de 1986 fue realizada por el Institut d'Estadística de Catalunya en respuesta a varias peticiones realizadas por el Centre d'Estudis Demogràfics y la Dirección General de Planificación y Acción Territorial.

anterior y el lugar de residencia en un punto temporal concreto podemos construir una matriz migratoria origen-destino. De hecho podemos reconstruir la distribución espacial en la fecha anterior de la población existente tanto en el padrón como en el censo. Implícitas en nuestro análisis espacial de los flujos migratorios, se encuentran dos matrices de migrantes para los 162 municipios, sin contar el nuevo municipio de Badia del Vallès, creado en 1993, de la región metropolitana de Barcelona. Las matrices resumen, por lo tanto, todos los flujos migratorios establecidos entre los municipios de la región, más los que llegan del resto de Catalunya, del resto de España y del extranjero. Los flujos espaciales agregados entre cada municipio constituyen la unidad básica de información utilizada en el capítulo 3.

1.5.2 Estadísticas de variaciones residenciales o migraciones.

Esta estadística deriva de las rectificaciones anuales que se producen del padrón municipal de habitantes. Al igual que existe la obligación de comunicar y registrar oficialmente los nacimientos y las defunciones, también existe la obligación de registrar los cambios de domicilio. En 1962 comenzó la explotación estadística de esta fuente mediante la publicación en los Anuarios estadísticos del INE de las matrices de migraciones interprovinciales. Si la calidad de esta fuente fuera máxima se dispondría de un recuento de todos los movimientos migratorios, por lo que ya no tendrían efecto los sesgos propios de la información censal: no depende de la memoria retrospectiva del entrevistado, las migraciones infantiles son cubiertas, la mortalidad del migrante no impide que quede registrada el cambio de municipio. Sin embargo, los problemas de esta fuente radican en el mecanismo de comunicación del cambio de domicilio y en la fiabilidad de esa información. Existe un subregistro de las migraciones debido a la no declaración del cambio de residencia y, por otro lado, suele producirse un desajuste cronológico entre el momento real de la migración y el momento de la declaración. En muchas ocasiones, la declaración sólo se realiza cuando es necesario para realizar un trámite administrativo o la obtención de un servicio público. Es habitual que algunas personas nunca se registren como residentes de derecho del municipio en que tienen su vivienda habitual, mientras no les es necesario. Incluso, es posible que se registren migraciones ficticias sobre todo a municipios donde se encuentra la vivienda secundaria, por ejemplo cuando fiscalmente sea más ventajoso.

Se publica información anual tanto por el Instituto Nacional de Estadística como por los institutos de las comunidades autónomas, con periodicidad anual desde mediados de los años ochenta. El INE también ha publicado estadísticas de variaciones residenciales de años anteriores, no presentadas en su momento. El Institut d'Estadística de Catalunya tiene una publicación anual desde 1987, con detalle municipal y con una desagregación por las características demográficas básicas. Sin embargo, se echa de menos, aunque sea difícil presentarlo en papel, un

enriquecimiento de la información sobre orígenes y destinos de las migraciones y un incremento de la desagregación demográfica.

1.5.3 Información disponible sobre cambios de vivienda.

La principal fuente existente en España se encuentra en la Encuesta Sociodemográfica que trataremos seguidamente con más detalle.

En el censo de 1991 en las tres preguntas sobre el lugar de residencia con fecha anterior fija (año 1990, pregunta 14; 1986, 15; 1981; 16) se introdujo como novedad la posibilidad de consignar la residencia en el mismo municipio pero en otro domicilio (opción 3). Ello permite el inicio del estudio de la movilidad residencial en su globalidad. Aunque toda esta información ha sido grabada³, sólo se ha publicado algo sobre el intervalo de un año 1990-1991, de manera somera y dividida en diferentes tablas. Se ha publicado en la tabla 36 del volumen del Total Nacional los cambios de vivienda acaecidos desde 1990 que no supusieron una migración, con detalle provincial. Para obtener la movilidad residencial total se han de añadir los cambios migratorios entre 1990 y 1991 recogidos en la tabla 38 de los sucesivos volúmenes autonómicos y provinciales del Tomo II.

Podría pensarse que también se nos habilita la posibilidad de construir itinerarios de dinámica residencial que completen la de los itinerarios migratorios. Sin embargo, cuando el sujeto ha vivido, por ejemplo, en las tres fechas anteriores (1981, 1986 y 1990) en otro domicilio del mismo municipio que el ocupado en 1991 nos es imposible saber si se trata de una misma vivienda, es decir, el individuo sólo habría cambiado entre marzo de 1990 y marzo de 1991, o bien, se trata de viviendas diferentes, lo que significaría un amplio abanico de cambios de vivienda desde 1981. Por ello, sólo podemos intuir la datación temporal del último cambio de vivienda (migratorio o no), al comparar el domicilio entre fechas sucesivas. Incluso cuando el domicilio aparece en fechas sucesivas como el mismo que el de 1991 no hay que descartar la existencia de un cambio intermedio con retorno posterior. De hecho, es posible detectar retornos al domicilio de 1991 cuando en una fecha anterior a la fecha en que aparece otro domicilio se consigna el mismo domicilio que el actual. El fenómeno del retorno domiciliar, muy extraño, es interesante de estudiar en algunos casos como los jóvenes en pleno proceso de emancipación familiar y residencial.

³ La grabación de la información de las preguntas 14, 15 y 16 se ha realizado mediante la creación de nueve variables, tres por cada horizonte temporal. Una recoge las cinco opciones de movilidad residencial (no había nacido, sin cambio de domicilio, cambio de domicilio pero no de municipio, cambio de municipio en España, inmigración exterior) y las otras dos el origen de la migración (código de provincia y código municipal, en el caso de migraciones internas; código fijo de origen fuera de España y código de país, en el caso de la inmigración exterior?)

En otras encuestas generales pero de alcance territorial más concreto también aparece información sobre cambios de vivienda. Las Encuestas Metropolitanas de Barcelona se elaboran desde 1985 con periodicidad quinquenal y hasta la fecha se han realizado tres ediciones. En las de 1985 y 1990 se incluían preguntas sobre movilidad residencial al nivel del municipio y del barrio de residencia. En la edición de 1995 se ha incluido una pregunta más sobre cambio de vivienda en los últimos cinco años, que relacionada con el resto de la información permitirá completar las investigaciones que se basan, como ésta, en la Encuesta Sociodemográfica. Otro ejemplo similar es el representado por la Encuesta de Condiciones de Vida de Madrid.

Podemos recurrir también a otra fuente típicamente demográfica para conseguir información sobre movilidad residencial. En el Movimiento Natural de la Población, en la sección sobre Matrimonios, existen una serie de tablas sobre el lugar de residencia de los novios antes y después del matrimonio y los que no cambian de municipio, según el sexo del novio, para todos los municipios de más de 10 mil habitantes. Se deduce de ello, los individuos, novios, que se casan cada año. La inmensa mayoría de ellos efectúa un cambio de vivienda paralelo al acontecimiento nupcial. Comparando los novios residentes en cada municipio antes y después de la unión, con los que permanecen en el municipio, obtenemos una cifra de emigrantes y de inmigrantes por nupcialidad, separadamente para hombres y para mujeres. De manera que podemos saber qué parte de la movilidad ligada a las uniones matrimoniales se convierte en migración, la atractividad de los municipios de este tipo de movilidad, la movilidad diferencial por sexo, así como comparar esta información con las estadísticas globales de migración o de movilidad residencial. Respecto a la Encuesta Sociodemográfica tiene la ventaja de que ofrece un detalle territorial más amplio (en la publicación) que, si se recurre a los datos primarios, se extiende a la totalidad de municipios. Las variables grabadas del Boletín estadístico de matrimonios permite pensar en la elaboración de matrices origen-destino de migración por nupcialidad. Otro tema muy interesante que puede abordarse con esta fuente es el de la endogamia residencial o propuncuidad de la nupcialidad, tomando como unidad el municipio.

Además de toda la información sobre evolución de la oferta de vivienda y de las características de éstas, en distintas escalas espaciales, hay que tener en cuenta la existencia de información que permite poner en relación los cambios de vivienda con las características de la vivienda anterior y posterior al cambio. En la Encuesta Sociodemográfica hay información sobre algunas características de la vivienda, aparte de la información sobre sus ocupantes: si era vivienda familiar o establecimiento colectivo, tipo de tenencia. En el cuestionario del Censo de Población y Viviendas de 1991 existe una información muy interesante sobre características físicas de la vivienda ocupada en el momento censal que son objeto de publicación pero no llegan a relacionarse con la movilidad residencial. Así puede pensarse en un trabajo a partir de datos primarios del censo, en que se relacione la movilidad, por ejemplo en el último intervalo contemplado 1990-1991, con datos como tipología constructiva

de la vivienda de destino (individual o multifamiliar), edad de la vivienda, superficie, tenencia en que podemos distinguir las viviendas en propiedad totalmente pagadas, con pagos pendientes o producto de cesión o herencia. Mediante el juego entre el momento del cambio, la edad del sujeto, la edad de la vivienda y el tipo de tenencia puede, por ejemplo, hacerse estimaciones sobre el volumen de cambios de vivienda hacia viviendas en propiedad de primera y de segunda mano. Además hay información sobre instalaciones que son de menor interés. En 1991 se han grabado a la par la información de población y de vivienda, suministrando ficheros derivados de explotación distintos (de individuos, de hogares y de viviendas). Estos tres ficheros son perfectamente interrelacionables.

1.5.4 Encuesta Sociodemográfica.

Son conocidas las potencialidades de esta encuesta como suministrador de información retrospectiva sobre los entrevistados en distintos temas relacionados con su desarrollo vital (referencias bibliográficas). En este apartado comentaremos las variables utilizadas en nuestra investigación y las variables derivadas creadas por nosotros y que nos han servido para construir los indicadores utilizados.

Las variables utilizadas provienen principalmente de los apartados siguientes de la Encuesta Sociodemográfica: Miembros del Hogar, Padres, Hermanos, Matrimonios y uniones maritales estables, Hijos, Lugares de residencia, Viviendas . Al final, únicamente no se ha utilizado ninguna variable del apartado Estudios Académicos y Otros Estudios. De los apartados relacionados con Actividad (Biografía de actividad y Actividad Actual) sólo se han utilizado dos variables derivadas construidas por el INE.

Del apartado Miembros del Hogar se ha utilizado finalmente sólo información relacionada con el sujeto de la entrevista: año de nacimiento y sexo. Del apartado Padres se han utilizado las variables relacionadas con el fin de la convivencia con el sujeto, el sexo de ambos, el año de defunción y el lugar de residencia actual. En referencia a Hermanos finalmente sólo se ha usado la información sobre su residencia actual. De los Matrimonios y Uniones maritales se ha utilizado información de las sucesivas uniones, especialmente por lo que respecta a las fechas de inicio y disolución y el motivo de ésta. De Hijos se ha incluido lo relacionado con el año de nacimiento de éstos (o de entrada en convivencia), el año de fin de la convivencia y el lugar de residencia actual.

Se han explotado extensamente los datos de los apartados Lugares de residencia y Viviendas. Únicamente se ha dejado fuera la información sobre motivos. No era uno de los objetivos iniciales de la tesis introducimos en la valoración subjetiva de la movilidad por parte de sus

protagonistas, pero la codificación usada por el INE de las respuestas abiertas nos ha desalentado de incluirla en nuestro análisis. Fundamentalmente, porque aplica una clasificación distinta a los movimientos migratorios y a los cambios de vivienda.

En efecto, uno de los mayores inconvenientes de la Encuesta es que segrega en apartados diferentes la información sobre cambios de vivienda de la de los movimientos migratorios. Ello trae como resultado la segunda y, sin duda, mayor pega de la información de la Encuesta. Mientras que disponemos de información sobre todos los lugares de residencia, los municipios, en que ha habitado el sujeto, sólo se recupera la historia de las viviendas ocupadas desde 1981. Seguramente, el motivo principal de sólo recopilar información de las viviendas de la década de los ochenta, se tiene que relacionar con la falta de conciencia del interés de obtener de información retrospectiva completa, que sí se tenía a nivel general para la experiencia migratoria. De todas maneras, no hay que descartar el temor a que preguntar a la población sobre todos sus cambios de vivienda diera lugar a un elevado porcentaje de errores debidos a problemas de memoria que devaluaran la calidad de la información obtenida. Sin embargo, no creo que el motivo sea la necesidad de ahorrar preguntas en el cuestionario o en el futuro tratamiento informático de los resultados por cuanto fácilmente podría haberse diseñado un único apartado en que se recogiera la historia residencial de la población y en el que se podrían distinguir fácilmente la movilidad intramunicipal de la migratoria.

El grueso del esfuerzo de creación de información derivada se ha centrado en crear variables que recogiesen el calendario o la edad a la que tenían lugar diferentes acontecimientos. Las variables derivadas principales en esta línea recogen la localización temporal de la emancipación residencial o familiar. Por otro lado, se han creado variables anualizadas (entre 1981 y 1991) recopilando la situación o la dinámica en los siguientes temas: existencia de cambios intramunicipales o intermunicipales, edad a cada año, tamaño del municipio de residencia, entrada de hijos en convivencia, estadio de la dinámica de hogar del sujeto, personas en el cambio efectuado cada año si procede, estabilidad o no de vivienda y destino del desplazamiento si es el caso.

En total el fichero primario de la E.S.D. tiene 2.686 variables definidas, de las que se seleccionaron 869 como candidatas a ser utilizadas en algún momento de la investigación. Aunque sólo una parte de éstas han sido utilizadas realmente, se han creado aproximadamente otras 250 variables derivadas de uso frecuente, y otra multitud que multiplica la cifra anterior en distintas fases de prueba y evaluación de la información de la encuesta.

En el anexo 1 se relacionan las variables utilizadas y se puede ver aproximadamente cuál ha sido nuestro proceso de trabajo.

2. APORTACIONES TEÓRICAS Y EMPÍRICAS AL ESTUDIO DE LA MOVILIDAD RESIDENCIAL EN ÁREAS URBANAS.

2.1 Uso residencial y estructura espacial de las áreas metropolitanas⁴

2.1.1 *Lo metropolitano: una realidad de definición complicada.*

¿Qué es un área metropolitana? Esta es una pregunta clave a la que hay que dar respuesta si se quiere proseguir en una investigación sobre la movilidad residencial “metropolitana”. Se intentará ofrecer una respuesta operativa para el propósito tratado, que no es precisamente descubrir la naturaleza del fenómeno metropolitano sino explorar una de sus manifestaciones fundamentales, tal es la movilidad.

Hablar de áreas metropolitanas supone la superación del concepto de ciudad como la simple superficie continua ocupada por edificaciones. En la actualidad, atenerse a definiciones morfológicas del hecho urbano tiene poco sentido. Las relaciones cotidianas de personas, materia e información superan el marco de la ciudad tradicional. Las definiciones del ámbito de relación cotidiana de la ciudad deben tener un carácter funcional, deben ser de tipo sistémico (Salvador *et al.*, 1997).

Pero la definición de área metropolitana es siempre ambigua. El conjunto de interdependencias que caracteriza un complejo metropolitano no supone necesariamente la existencia de un área de límites indiscutibles. Según el criterio escogido la extensión del área metropolitana así definida sería diferente. Serra (1991) apunta una serie de criterios de delimitación, agrupados en tres conjuntos: criterios clásicos, criterios funcionales y criterios de estructuración territorial.

Los criterios clásicos son los que aparecen normalmente en la literatura sobre el tema. Recibirían tal etiqueta los criterios basados en delimitaciones morfológicas de la realidad urbana como, por ejemplo, la definición de las aglomeraciones urbanas en base a la contigüidad del espacio construido. Ejemplos de estos criterios de delimitación los podemos encontrar en Pumain *et al.* (1992), tanto de tipo oficial como producto de investigaciones no oficiales.

⁴ Cuando había cerrado la última versión de la tesis ha salido publicada una nueva aportación colectiva en que figuran varias reflexiones sobre el hecho y los límites de los metropolitano y, por extensión, lo urbano (Monclús, 1998). Destaca especialmente, en relación a este apartado, el artículo de Oriol Nel.lo (1998), “Los confines de la ciudad sin confines. Estructura urbana y límites administrativos de la ciudad difusa”.

Otro tipo de criterios clásicos los constituyen, según Serra, los que buscan la delimitación de espacios urbanos homogéneos más allá de la contigüidad física. Los indicadores más utilizados han sido los de densidad de población, para diferenciar el espacio urbano de un espacio supuestamente rural. La búsqueda de la frontera entre lo urbano y lo rural también se identifica en el uso de indicadores sobre tipo de ocupación de la población o sobre la dedicación de los puestos de trabajo localizados. Estas delimitaciones han sido muy utilizadas en la definición de las SMA (Standard Metropolitan Areas) norteamericanas desde su constitución inicial en los años cuarenta.

En estas definiciones americanas también se introdujeron criterios para fijar el grado de interdependencia entre las unidades periféricas y la ciudad central. El más usual es la movilidad habitual intercambiada por motivos de trabajo o estudio. En la práctica a menudo se reduce a saber el porcentaje de la población ocupada en cada unidad periférica que trabaja en la ciudad central.

Si se desarrolla la línea de los criterios de interdependencia, siguiendo la reflexión de Serra, llegamos a otro gran grupo de criterios, los funcionales. Estos criterios profundizan el análisis de los flujos de todo tipo que se establecen en el territorio como indicadores de la intensidad de las relaciones territoriales. Estos flujos estarían en conexión con las funciones urbanas y servirían para que la ciudad central ejerciera esa función sobre el territorio circundante. Por un lado estarían los flujos de personas (debidos a trabajo, a estudio, pero también a las compras o al ocio), pero también se pueden incluir los flujos de mercancías (buscando espacios de producción homogéneos) o de comunicación (llamadas telefónicas). Esta familia de criterios no sólo se han utilizado para la delimitación de áreas o regiones metropolitanas, sino, quizá ante todo, para el estudio de la jerarquía de las redes urbanas o para la identificación de áreas de cohesión urbana en otras escalas, de menos alcance que el metropolitano (Casassas, Clusa, 1981).

Serra habla por último de un grupo de criterios basados en la estructuración territorial. En realidad, estos criterios sirven más para diferenciar distintos tipos de espacios dentro de la región metropolitana. Un ejemplo sería la consideración de la red viaria y de las infraestructuras de transporte y comunicación.

Esteban identifica tres factores básicos de las relaciones metropolitanas: las que se basan en la actividad, en el transporte público (que facilita la movilidad cotidiana) y las relaciones que se establecen a partir de la localización de la vivienda. Apunta que el *commuting* está perdiendo valor como indicador de las relaciones metropolitanas. Diríamos nosotros que, en primer lugar, por la universalización de los desplazamientos espaciales relacionados con el trabajo independientemente del lugar de residencia. La existencia de *commuting* no diferencia espacios urbanos integrados o

metropolitanos de otros territorios menos integrados, sino que es una herramienta para dividir *todo* el territorio en áreas de relación (que algunas serán metropolitanas o integrantes de espacios metropolitanos de mayor extensión). Juli Esteban apunta, por su parte, que las relaciones de movilidad habitual se yuxtaponen a otras relaciones cada una de las cuales actúan a escalas espaciales diferentes, definiendo por ello ámbitos de tamaño distinto.

En esta línea se inserta la reflexión en torno a la definición de área metropolitana que realiza Ribas i Piera (1991). Destaca el aumento de las relaciones sectoriales no territorializadas, que agruparían comunidades humanas de intereses con una localización difusa. Las regiones metropolitanas sólo recogerían, con sus límites imprecisos, una parte de las relaciones cotidianas o frecuentes en que se enfrasca el ser humano.

Por último, Pumain *et al.* (1992) realizan una serie de críticas a las delimitaciones que normalmente se realizan de la realidad metropolitana. La primera es que la mayoría de definiciones al basarse en criterios de *commuting* en verdad hacen referencia sobre todo a cuencas de empleo. Otro conjunto de críticas se dirige a la tendencia a polarizar el territorio entre áreas metropolitanas y áreas no metropolitanas. En las áreas no metropolitanas se tiende a olvidar el papel de la red de ciudades que reproduce, a escala menor, muchos de los comportamientos territoriales vinculados con lo metropolitano.

2.1.2 Espacios metropolitanos, estructuras internas y distribución socio-residencial.

En las áreas metropolitanas existe una ocupación residencial diferencial del espacio que, morfológicamente, se refleja en el tipo de vivienda, el tamaño, la calidad, tanto de la vivienda como del vecindario, la dotación de equipamientos públicos y privados, pero que en la raíz responde a una diferenciación social del espacio residencial.

En la literatura sobre el tema normalmente se efectúa la oposición entre la ciudad central y la periferia. Hay que tener en cuenta que estas comparaciones internas tienen que basarse la mayoría de las veces en la división administrativa en vigor en cada caso. Pero no debe olvidarse que la estructura interna de las áreas metropolitanas es compleja. El territorio periférico tiene historia: existen núcleos antiguos ocupados por viejas clases medias, polígonos residenciales construidos en décadas pasadas, urbanizaciones habitadas por las nuevas clases medias... (Vilagrasa, 1997).

Hay algunas características comunes entre los modelos, supuestamente divergentes, americano y europeo. En los centros metropolitanos conviven los grupos socioeconómicos más altos con la población que tiende a la marginación. No es del todo cierto que los centros metropolitanos norteamericanos sean el escenario exclusivo de los procesos de guetización de los grupos étnicos no anglosajones. En algunas ciudades, como Detroit, el centro efectivamente apenas reúne espacios residenciales de la clase media alta y alta; en otras, como Nueva York, nunca se ha perdido este tipo de ocupación residencial y se ha reforzado desde principios de los años ochenta. En el ámbito más fácilmente comparable con la realidad europea, en Manhattan, han tendido a localizarse las nuevas clases medias ligadas a las actividades de gestión y financieras, flujos que alimentan la gentrificación de los antiguos barrios populares (Harris, 1991).

En los barrios exteriores densos de Nueva York, fuera de Manhattan, se concentraban en los años cincuenta las clases trabajadoras. El ámbito análogo en ciudades europeas, como por ejemplo Barcelona, son los municipios adyacentes al núcleo central. En las ciudades norteamericanas se ha tendido a que estas periferias inmediatas pierdan a las clases medias y a la concentración de las capas más pobres y vinculadas a las minorías étnicas. En las ciudades europeas, más aún en Barcelona, la estabilidad residencial ha sido más elevada por lo que se ha mantenido una cierta mezcla entre clases populares y capas medias y medias-bajas (comerciantes, pequeños empresarios autónomos). Sin embargo, la sucesión hacia una cierta marginalización puede derivarse de la presión residencial ejercida por la nueva inmigración exterior y por la desaparición (por movilidad pero también por defunción) de los antiguos hogares obreros. Este proceso se ha experimentado en las periferias internas de grandes ciudades del norte de Europa como Londres y París, mientras que el centro ha perdido la diversidad social y se ha polarizado hacia las clases altas, profesionales, técnicos y altos burócratas (para el caso de París véase Garden, 1996).

En las ciudades americanas como Nueva York se distingue una corona interior metropolitana fuera de la extensa ciudad central con características físicas de baja densidad, vivienda unifamiliar e intensiva suburbanización sesgada hacia las capas altas y más pudientes. En los años cincuenta, en marcha todavía la desconcentración de las antiguas ciudades industriales, esta especialización de los nuevos espacios suburbanos era máxima, reflejando el papel pionero de las nuevas capas medias surgidas del desarrollo de postguerra. La ocupación de las periferias fue imitada por las clases medias y trabajadoras especializadas, respondiendo también a la inmigración masiva de población negra procedente del sur de los Estados Unidos que ocupaba sus antiguos vecindarios de la ciudad de Nueva York. Era la consolidación del *white flight* y de la segregación racial en el espacio urbano. Los elementos más favorecidos de la sociedad se desplazaron aún más lejos hacia la periferia exterior y

provocaron un cambio en la estructura social de las antiguas unidades de poblamiento, que anteriormente ofrecían una elevada mezcla social (Harris, 1991). Como resultado en la actualidad existe una relativa tendencia a la homogeneización del espacio periférico, tanto morfológicamente (vivienda unifamiliar) como socialmente (capas medias con cierta especialización en los segmentos más altos) frente a la primera periferia de la ciudad, mientras que el centro consolida su gentrificación y se ha especializado en hogares jóvenes de ocupados en las nuevas ocupaciones terciarias, que van superando en número, a la antigua burguesía tradicional.

El esquema americano, anterior a la extrema suburbanización y segregación del espacio residencial, es parecido a grandes rasgos al que podemos encontrar en un área metropolitana actual europea como la de Barcelona. La principal diferencia es que en nuestro caso se ha conseguido que el centro retenga una proporción mayor de residentes de clase media. En la primera periferia, los municipios de la extinta Corporación Metropolitana, existe un fuerte predominio de las clases populares, mientras que la segunda corona, la periferia exterior, la composición social es equilibrada (Subirats *et al.*, 1992).

¿Será ésta la evolución de ciudades como la de Barcelona? Algunos autores como Subirats (1991) indican que se tiende a una homogeneización social del centro basada en la "exportación" (nótese la connotación de este término que indica el poco control sobre su movilidad de los protagonistas) hacia el área periférica de los grupos económicamente más débiles. Ello conduciría a una disminución de la diversidad intraurbana en el centro metropolitano (identificado con el municipio de Barcelona, "nuestro Manhattan") y el crecimiento de las diferencias interurbanas (entre este centro y sus periferias). La permanencia de la diversidad en el centro se prolongará solamente por la persistencia (acotada en el tiempo) de una población vieja, fijada en sus viviendas y con niveles de renta bajos. Otros autores ven la evolución de una manera sensiblemente diferente. Así Estébanez y Pérez Sierra (1990), reflexionando desde la realidad de Madrid de los años ochenta en la salida de la crisis de los setenta y primeros ochenta, ven que el destino de la ciudad central es la especialización como lugar de producción, dentro del proceso de terciarización de las actividades económicas, especialmente en actividades financieras y de alta gestión empresarial, además de las burocráticas y políticas, mientras que "el parque de vivienda deteriorada que espera el cambio de uso, será ocupado [mientras tanto] por población marginal (económica, étnica o de edad)". Estos autores apuntan un panorama ciertamente pesimista en que la ciudad central sería pasto del despoblamiento, su población estaría envejecida, habría un aumento del parque de oficinas, incluso hacen referencia al dominio de la violencia (no hay que olvidar que están reflexionando desde la realidad de los ochenta, más dura que la actual). Sorprende que no incluyan en el cuadro la posible influencia de los movimientos de retorno al centro de las clases más favorecidas, es decir, la gentrificación; ni tampoco parecen tener fe en la eficacia de los controles políticos para evitar una sustitución excesiva de los usos residenciales. La periferia se convierte en el espacio residencial por excelencia, espacio

segregado entre las áreas ocupadas por los técnicos medios, relacionados con la nueva demanda tecnológica y físicamente caracterizada por un desarrollo suburbano, y el territorio ocupado por los suburbios densificados de hogares trabajadores, llenos de bloques de vivienda en que se pierde la convivencia colectiva y se potencia la vida individual (sobre todo en las formas de ocio basados en la casa).

Ahora bien, la principal diferencia de nuestro modelo metropolitano estriba en la mayor estabilidad residencial y espacial de nuestros habitantes. Aunque sin llegar a los extremos raciales de las ciudades norteamericanas, en nuestra ciudad barcelonesa durante la etapa de crecimiento e inmigración, también se fraguó una cierta diferenciación por origen geográfico, una de cuyas manifestaciones es, por ejemplo, el uso de la lengua. Esta fragmentación, evidente en la primera corona inmigratoria, se ha reproducido a las generaciones hijas que durante buena parte de su vida inicial han residido en los mismos barrios de acogida que sus padres, los cuales han optado por la inmovilidad en una respuesta combinada a la formación de comunidades sociales satisfactorias (Riera *et al.*, 1992) y a la crisis económica de los setenta y ochenta. Se han reproducido las pautas de uso cotidiano local de la lengua (aunque no de su conocimiento y de su uso no local). El futuro de la movilidad residencial de estas generaciones hijas, su preferencia por el mantenimiento en el medio local o no, tendrán un evidente papel en el reforzamiento de la integración y homogeneización cultural iniciada en estos nuevos habitantes (Subirats, 1991). Y esta respuesta residencial se basará en buena medida en los progresos económicos que consigan y en la reducción de la necesidad de mantener vínculos de solidaridad (familiar y social) muy inscritos en el espacio residencial. Sin embargo, el aumento de la movilidad de los jóvenes (o mejor el incremento de la distancia entre la localización de la vivienda y el lugar donde permanece su familia de origen) puede beneficiar la cohesión social y cultural del conjunto, pero perjudicar el bienestar vital de parte de los miembros de las redes familiares. Efectivamente, como muy bien apunta Anna Cabré (1991a), es más perjudicial para las ciudades centrales el envejecimiento de la población que la pérdida de población. La emigración de los hogares que se forman aumenta la distancia respecto de los padres, los cuales envejecerán mayoritariamente en las viviendas que ocupan en el centro. Se tendrán a romper las estructuras de solidaridad de base familiar y vecinal necesitadas por éstos, que aunque todavía vivas sufren de la disolución de esas redes familiares extensas pero locales. Quizá los hijos que marcharon serán sustituidos por otros jóvenes (posiblemente con mayor capacidad económica) pero no será lo mismo, no se podrán restablecer esas redes. Por suerte, como veremos, en los años ochenta éste era un proceso que todavía no había llegado a extremos de gravedad gracias a que nuestra población estaba muy arraigada en sus lugares de residencia.

Acabemos con la opinión de Indovina (1990) sobre la evolución de las estructuras territoriales, residenciales y económicas, de los espacios metropolitanos justo en el cambio de milenio. Piensa él que existe una suburbanización de la población fuertemente coaccionada, opuesta a otras tendencias que contradicen la desconcentración. Hay una concentración de empresas de alto valor añadido (I+D, alta tecnología, terciario avanzado) a pesar de las aparentes facilidades deslocalizativas que ofrece la telemática y la informática. Las actividades de gestión y mando son actividades típicamente urbanas, de los centros de las ciudades, producto de un proceso de acumulación y especialización de funciones, que no está cambiando. Si las regiones metropolitanas pasan a una fase de desarrollo extensivo de la distribución de la población, las actividades directoras tienen un comportamiento completamente inverso. En definitiva, la tendencia es hacia un uso extensivo del territorio, la ciudad difusa, la región metropolitana, el territorio de la suburbanización de la población, y hacia un uso intensivo de los centros metropolitanos, de la ciudad en la definición de Indovina. La ciudad concentrada se ubicará en el interior de la ciudad difusa.

2.2 Aproximaciones a la movilidad residencial de la población.

2.2.1 Migraciones y movilidad residencial.

El estudio de la movilidad espacial es central para el estudio de las poblaciones urbanas. La movilidad espacial comprende todos los desplazamientos de los individuos sobre el espacio urbano en conexión con el cumplimiento de sus obligaciones y deseos. Los flujos de personas se añaden a los flujos de información y de mercancías que caracterizan las sociedades modernas.

Abordar la movilidad espacial de la población es introducirse en una perspectiva dinámica, de flujos, frente a una visión estática, de estado de la población. Todas las vertientes, todos los puntos de vista que se pueden adoptar en su estudio conducen inexorablemente a considerar el cambio, el movimiento. Es decir, hay que integrar la dimensión temporal que es la base sobre la que se asienta el proceso de cambio (los acontecimientos ligados con la movilidad "transcurren" a lo largo del tiempo), pero también una poderosa explicación (la movilidad se explica por restricciones, condicionantes o ventajas relacionadas con el paso, el uso y la gestión de las diferentes dimensiones temporales).

En efecto, cuando se realiza una clasificación de los diferentes tipos de movilidad relacionados con los habitantes de un espacio, en nuestro caso urbano, aparece el tiempo como una variable clasificatoria principal, en íntima conexión con el espacio (en forma de distancia) y con la función. Así

se considera siempre una movilidad habitual, que se puede definir (Mendizábal, 1996b) como los desplazamientos que las personas efectúan para poder ejecutar todas sus actividades y que ponen en relación distintos lugares en forma de un sistema espacial. La movilidad de base diaria liga el domicilio con el lugar de trabajo o estudio (movilidad obligada o pendular) y, hasta hace bien poco, de compra. La de base semanal afecta cada vez más a la compra de primera necesidad, que a su vez ha visto aumentar su radio de desplazamiento. En este mismo punto, también han aumentado los desplazamientos a los lugares de ocio de fin de semana: vivienda secundaria, estaciones de esquí, parajes ecológicamente atractivos, etc. Por último, puede distinguirse una movilidad ocasional en relación con la prestación de algunos servicios sanitarios, culturales o de ocio sin una base temporal determinada.

Cuando el desplazamiento efectuado implica un cambio definitivo de la vivienda utilizada como residencia habitual, se está ante un desplazamiento residencial, una migración. La movilidad residencial tendrá evidentemente una periodización temporal menos frecuente. Por ejemplo, es relativamente pequeña la parte de la población que cambia de vivienda cada año. De hecho, como se verá, el marco temporal más idóneo para el estudio de la movilidad residencial es la vida de las personas o, alternativamente, de los hogares que forman. Sin embargo, es el tipo de movilidad que tiene unas consecuencias territoriales más perennes, en cuanto a impacto físico y condicionante del resto de la movilidad mencionada.

Los conceptos de movilidad residencial y migraciones no han sido, ni lo son en realidad, sinónimos perfectos. Actualmente se reserva el término migración al desplazamiento residencial de larga distancia en que no sólo se cambia de vivienda sino también el resto de ámbitos cotidianos, fundamentalmente el lugar de trabajo (Lewis, 1982). Sobre todo, implica una salida del entorno local, del municipio rural o del área urbana donde se residía. La movilidad residencial se destina a la dinámica de cambios de vivienda que no conlleva una transformación total en los ámbitos de relación, que, por ejemplo, no tiene por qué implicar un cambio del lugar de trabajo. Implícitamente pues, la distancia de desplazamiento es corta, especialmente dentro de áreas urbanas. En este caso la movilidad residencial puede ser inter o intramunicipal ya que el valor funcional de los límites administrativos municipales en ese contexto cada vez es menor.

Sin embargo, haciendo historia del uso de los conceptos de migración y movilidad se observa un proceso de sustitución (Brun, 1993). El uso del concepto de movilidad se extiende poco a poco a costa del de migración a partir de los años sesenta, en relación directa con los significados simbólicos y sociales que el cambio de domicilio, a larga o corta distancia, arrastraba. Así, según Brun, "el concepto migración se concebía como un fenómeno menor si no excepcional, accidental y que introducía una perturbación en el orden social ordinario. En nuestros días, la movilidad es percibida

como un hecho banal, como un componente normal de la sociedad, si no como una norma. La movilidad sería a la vez un signo y un factor de modernidad" (Brun, 1993: 4). Es decir, la evolución del tratamiento de los desplazamientos humanos en geografía, en sociología y también en demografía, ha estado en función del cambio de los significados sociales. Mientras que en las décadas pasadas, el movimiento migratorio evidenciaría un fracaso o la imposibilidad de seguir en el lugar de origen, en la actualidad movilidad residencial se haría cada vez más sinónimo de movilidad social (Blum, Gorce, Thélot, 1985; Fielding, 1992; Courgeau, 1995). El desplazamiento residencial se hace de manera paralela a transformaciones vitales que evidencian la integración positiva de la persona en las pautas de comportamiento y actividad de la sociedad: emanciparse, formar pareja, tener hijos, mejorar los ingresos. Al contrario, la inmovilidad o la sedentariedad significa actualmente para muchos una inadaptación a los ritmos de la sociedad actual o, también, puede reflejar una estrategia voluntaria de defensa.

El deslizamiento de las connotaciones en torno del mundo de la movilidad residencial también se evidencian en los años cincuenta en Estados Unidos. El período de crecimiento posterior a la Segunda Guerra Mundial, los "treinta gloriosos" de los franceses, afectaron profundamente las estructuras sociales, sus mecanismos de funcionamiento y las traslaciones espaciales de los procesos de ajuste, adaptación y mejora. Así, cuando Rossi (1955) inicia su investigación trascendental sobre la movilidad residencial en el área metropolitana de Filadelfia, lo hace con la intención de descubrir qué tensiones y problemas arrastrarían a los habitantes a dejar sus barrios, sus *communities*, para ir a vivir a otros lugares rompiendo su marco de referencia social y espacial. Y descubre que buena parte de la movilidad residencial es implícita a aspiraciones de mejora de la vivienda conforme se avanza en el ciclo familiar.

Sin embargo, posiblemente se han llevado al extremo las connotaciones positivas que acarrea el estudio de la movilidad residencial. En multitud de estudios hasta la actualidad se ha ido identificando movilidad residencial urbana con progreso familiar y mejora de la posición social de los hogares y con reducción de la conflictividad social. En palabras de Brun, el uso del término de movilidad para todos los desplazamientos en el espacio, significa de manera casi automática introducir implícitamente un juego de correspondencias entre este desplazamiento geográfico y otros tipos de movilidad, en especial la social. Se ha asociado movilidad a apertura, libertad o progreso, e inmovilidad a cautividad, aislamiento o gueto, y seguramente se ha traspasado el límite entre el uso conceptual y el uso metafórico de los conceptos. Se añaden valores a situaciones que en multitud de ocasiones son soluciones alternativas (moverse o no moverse) perfectamente lógicas. Inmovilidad como renuncia a cambiar de contexto social y espacial cuando éste está connotado negativamente es, sí, pasar este límite. Inmovilidad cuando significa imposibilidad de formar un nuevo hogar o de cambiar una vivienda precaria sí creo que expresa un problema. Como indicativo del cuestionamiento del valor

positivo de la movilidad residencial se puede citar la crítica subyacente en la bibliografía actual sobre el tema en Estados Unidos, cambio de actitud ya observado y citado por Pitrou (1977).

La evolución de los conceptos de movilidad y migración, sucintamente comentada, ha llevado en efecto a una separación de los campos de aplicación. La migración queda como un hecho físico, mensurable, con un lugar de origen y un lugar de destino claros, identificables en el territorio. Migración se relaciona, pues, con desplazamientos efectivamente realizados, objetivables en cierta medida. Mientras que cuando se habla de movilidad, uno se refiere más a distintas características de los individuos y rasgos de comportamientos que condicionan o no, incitan o no a efectuar un movimiento residencial. Son campos secantes, pero no intercambiables.

El concepto moderno de movilidad residencial comenzó también asociándose con el desarrollo de la economía regional. Poco a poco, se produjo un cambio del objeto de estudio. El interés se desplazó desde las propiedades colectivas del espacio hacia las propiedades individuales de los migrantes. Paralelamente se deja de querer construir un sistema causal completo como exigirían los modelos clásicos de economía regional. Por contra, se profundiza en la observación empírica, en la búsqueda de correlaciones. Es más fecundo explicar las supuestas anomalías del comportamiento migratorio que no se ajustan a lo esperado. "A la noción de polo atractivo o repulsivo, definido por un pequeño número de atributos económicos globales, se añade –complementando más que corrigiendo– la idea de que la propensión a la movilidad funciona selectivamente según los individuos" (Brun, 1993:10).

La evolución de los estudios de movilidad y migraciones en las últimas décadas deja translucir una tendencia de fondo: se abandona el capital económico como factor determinante y se fija la atención progresivamente en el "capital social" de que disponen los individuos. Es decir, se han integrado las relaciones familiares y sociales en las decisiones y prácticas residenciales. Esto, como se verá, ha exigido una gran renovación metodológica y estadística. Pero también conceptual. Al abrigo de esta evolución se han aplicado a los estudios de movilidad conceptos interdisciplinarios como el de ciclo de vida o el de estrategia residencial. Surgen de una crítica severa a los modelos espaciales en que la movilidad es una decisión libre y racional, pero también a los discursos que niegan cualquier libertad de actuación al individuo bajo el peso opresor de las estructuras sociales y económicas.

En definitiva, en los últimos años, cuatro son las ópticas utilizadas en la explicación de la movilidad residencial en el interior de las áreas urbanas. La primera se basa en el estudio de la demanda residencial y recabaría las razones que llevan al cambio (p.ej. ciclo de vida). Los criterios concretos de elección de la nueva vivienda constituirían el objetivo de la segunda óptica. La tercera se centraría en la oferta residencial, y también en la especificidad histórica y local del parque. La cuarta

conectaría el individuo y el hogar con las redes sociales próximas, especialmente la familiar, en la constitución de estrategias familiares de búsqueda de vivienda y de elaboración de una trayectoria residencial (Vervaeke, 1992).

2.2.2 Movilidad residencial, espacio de vida y movilidad cotidiana.

El uso normal de los términos migración y movilidad residencial, que a menudo sí son intercambiados, suele reservar el término migración al cambio de residencia habitual que supera la frontera de una unidad administrativa local (municipio). El resto de desplazamientos formaría a estos efectos la movilidad local o intramunicipal. El porqué de este criterio de distinción radica en dos explicaciones. La primera conceptual, se supone que cada municipio (o unidad política local, distrito, etc.) equivale a una unidad funcional autónoma o de poblamiento, por lo que un traslado de uno a otro significaría una modificación del patrón normal de vida o, al menos, la necesidad de haber recurrido a otro mercado local de la vivienda. El segundo criterio es de tipo factual. La mayor parte de las estadísticas han dispuesto como unidad espacial mínima de presentación y difusión de los datos al municipio y, en el caso de las estadísticas de migraciones, se ha mantenido el municipio como unidad de referencia para identificar traslados espaciales.

En las áreas metropolitanas, seguir con el estudio de los movimientos intermunicipales tiene cada vez una utilidad menor. La misma definición de área metropolitana implica la integración funcional de los municipios que forman parte de ella. Son pocos, por tanto, los elementos que diferencian un movimiento residencial intramunicipal de otro que vaya a un municipio vecino e incluso a un municipio situado a 10 kilómetros de distancia. Quizá sí sea interesante diferenciar entre estos cambios de corta distancia y otros más lejanos pero dentro del área metropolitana. Estos últimos aunque internos al ámbito funcional metropolitano de tal manera que incluso se podrían calificar de movilidad intraurbana, seguramente afectarían a más elementos que la vivienda dentro del sistema espacial cotidiano del individuo.

Si el concepto de migración ha quedado tradicionalmente ligado a un fenómeno de ruptura, de tensión, que significa un cambio de rumbo en la vida de los individuos, se comprende la distinción entre migración y movilidad residencial local más en uso actualmente. ¿Significa el cambio de vivienda una salida del ámbito de relación cotidiana del individuo? El individuo no está solamente ligado a un único lugar, aquél donde está situada su vivienda, sino que diariamente recorre diferentes localizaciones en función de su trabajo o de su estudio, del lugar donde estudian sus hijos, de donde viven sus amigos y familiares, de donde compra normalmente y de donde se divierte en los

momentos de ocio. Los individuos no viven en un sitio sino que cuentan con un "espacio de vida" que se podría definir como "la porción de espacio donde el individuo efectúa sus actividades. Esta noción engloba además de los lugares de paso y de estancia, todo el resto de lugares con los que el individuo se mantiene en contacto" (Courgeau, 1988b:17). Así pues, este espacio de vida estaría formado por los lugares afectados por la movilidad cotidiana, por el sistema de relaciones del individuo.

Si el cambio de vivienda obliga a una transformación total del espacio de vida (o, también, si el desplazamiento de una de las localizaciones del espacio de vida obliga a tal cambio de vivienda y del resto del espacio de vida) se trataría de una auténtica migración. Si el cambio de vivienda no impide la continuidad de aproximadamente el mismo espacio de vida no se trataría en este caso de una migración sino de un movimiento residencial local (Lewis, 1982:17). En el interior de las áreas metropolitanas, la práctica totalidad de la movilidad residencial responde a este último tipo. Por tanto, la movilidad residencial en este contexto ha de explicar el cambio de vivienda aunque no varíe ni el lugar de trabajo ni el resto de actividades diarias o cotidianas. Es decir, la movilidad se ha de explicar por la funcionalidad de la vivienda: reflejo de la independencia del individuo respecto la familia de origen, asentamiento espacial de la pareja y el hogar, apuesta de localización en el interior de un área urbana crecientemente compleja y bien económico con connotaciones de representatividad social.

Sin embargo, estas definiciones, que son muy atractivas, son poco operativas en lo práctico. ¿Cómo definir el espacio de vida? ¿Cuándo y cómo decidir que un traslado de la residencia significa una ruptura total del espacio de vida? Sólo con encuestas muy especializadas sería posible abordar este tema. La serie de Encuestas de la Región Metropolitana de Barcelona, en sus ediciones de 1985, 1991, y la última de 1996 en fase de análisis y publicación de resultados, permiten profundizar en esta cuestión, como ha dejado de manifiesto, sobre todo en lo que se refiere a la definición de los espacios de vida de los habitantes metropolitanos los trabajos de Enric Mendizàbal (Mendizàbal, 1996). Con las estadísticas existentes disponemos de los movimientos entre municipios sin otro añadido que algunas características como la edad o el sexo. La encuesta sociodemográfica española permite una leve aproximación a la cuestión.

Indudablemente, existe una relación de doble sentido entre movilidad residencial y espacio de vida. Si hemos clasificado los movimientos residenciales en migración y en movilidad local en función de si cambia o no el espacio de vida, el ámbito territorial de relación cotidiana de los individuos, es cierto también que la modificación a lo largo de la vida de los individuos de su espacio de vida puede condicionar un cambio residencial. Así ocurre, por ejemplo, con un traslado del lugar de trabajo o cuando un joven entra en una universidad alejada del domicilio de los padres. Ahora bien, como se

verá, no es tanto el traslado espacial de las otras actividades como la transición en sí tanto en el ciclo laboral o de formación de los individuos lo que puede inducir a un cambio de residencia. Puede que sea más importante la posible mejora económica que represente el nuevo trabajo que su nueva localización espacial a la hora de explicar un paralelo cambio de vivienda.

En este sentido, la movilidad residencial y la movilidad obligada por trabajo dentro de las áreas urbanas pueden funcionar como mutuos sustitutos. El incremento de la motorización de la población, junto a la mejora de los transportes públicos permiten efectuar desplazamientos diarios de un gran alcance espacial con un menor uso de tiempo. En momentos en que el coste del acceso a la vivienda se incrementa es posible que un número mayor de personas prefiera entrar en una relación pendular en vez de afrontar un cambio de vivienda. Éste sería el caso posiblemente de la región metropolitana de Barcelona, donde el espectacular auge de la movilidad habitual por motivos de trabajo desde finales de los ochenta ha coincidido con dificultades para acceder a la vivienda. Pero también, ambos tipos de movilidad pueden crecer al unísono si, por ejemplo, un aumento de la suburbanización (por un fácil acceso a la vivienda unifamiliar en propiedad) obliga a la población a efectuar un mayor número de desplazamientos obligados.

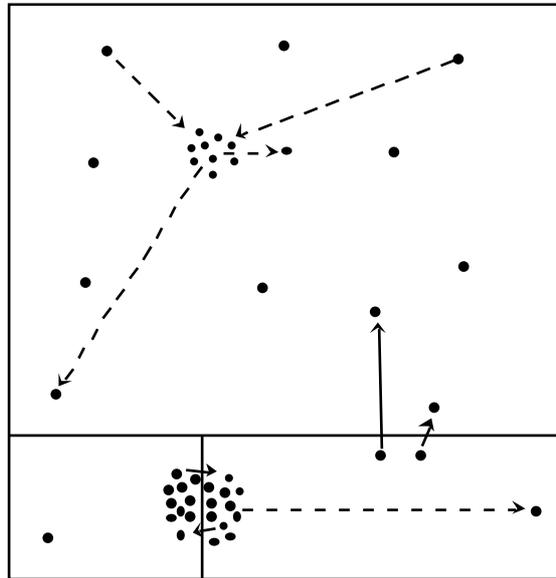
2.2.3 Estructuras espaciales y tipos de movilidad residencial

Tradicionalmente los únicos cambios residenciales estudiados han sido los que han superado una frontera administrativa. El objeto de estudio inicial nada tenía que ver con los temas aquí tratados. El primer interés se situaba en estimar la población que había inmigrado de otros lugares, generalmente por motivos laborales. En función del ámbito espacial de referencia puede estudiarse las migraciones internacionales cuando se supera una frontera estatal; migraciones internas, en el interior de un estado... El estudio de las migraciones interiores, en el caso de España, se ha centrado normalmente en los flujos interregionales e interprovinciales, casi siempre considerables como flujos de larga distancia. Hasta hace bien poco el análisis de los movimientos intraprovinciales no ha tenido predicamento, hasta que el desarrollo urbano y los procesos de expansión espacial hacia las antiguas periferias rurales manifestó la necesidad de estudiar estos nuevos flujos migratorios que rompían con las tendencias tradicionales.

Las disponibilidades estadísticas han influido en la consideración exclusiva de la movilidad residencial migratoria, tanto en los movimientos de larga distancia (donde tal limitación es del todo lógica) como en los de corta distancia y las migraciones metropolitanas. La redistribución espacial de la población de los ámbitos metropolitanos solamente ha tenido en cuenta aquellos movimientos que traspasaban los límites administrativos municipales, los únicos recogidos en las estadísticas.

La unidad mínima de información en los estudios del cambio espacial en las poblaciones metropolitanas ha sido obligatoriamente durante mucho tiempo el cambio de municipio, excluyendo todo el resto de cambios de vivienda. Conceptualmente, como hemos visto anteriormente, esta distinción no tiene pleno sentido. En el Gráfico 2.1 se aprecia claramente que la malla administrativa local distorsiona el objeto de estudio más que introducir niveles de complejidad en el análisis. Movimientos ligados a motivos relacionados con la vivienda o la evolución familiar pueden significar un cambio de municipio, especialmente en las conurbaciones urbanas, mientras que algunos cambios de vivienda con origen y destino en el mismo municipio quizá haya que estudiarlos desde el prisma de las migraciones laborales campo-ciudad (piénsese en el ejemplo proporcionado por el municipio de Lorca en la provincia de Murcia, cuya extensión es equivalente a la de la provincia de Guipúzcoa). Si queremos estudiar desde la geografía los procesos de cambio residencial y sus repercusiones espaciales deberemos elegir como unidad mínima de información el cambio de vivienda. A partir de aquí deberíamos efectuar las agregaciones de la información pertinentes para el objeto de estudio específico de nuestra investigación.

Gráfico 2.1. Efecto del tamaño de las áreas, la forma y la distribución de la población en la definición de la movilidad residencial como migración (línea continua) o movilidad intramunicipal o local (línea discontinua).



Fuente: Basado en Lewis, 1982: 10

Si la malla administrativa utilizada para la recolección de los cambios de vivienda llamados migraciones dividiere el territorio en entidades de igual superficie y la población estuviese equidistribuida en esa malla, podríamos decir con seguridad que la influencia de usar los cambios migratorios respecto al total de cambios residenciales sería de escala y distancia del desplazamiento. Pero, desgraciadamente, esta no es la realidad existente en nuestro contexto, sino que se ajusta más a lo que refleja el gráfico anterior. Decididamente, la división municipal entorpece el estudio de la movilidad residencial, si, y recalco este "sí", si solamente utilizamos los movimientos entre municipios.

Ahora bien, no solamente la malla administrativa perturba la caracterización correcta de la separación conceptual de los movimientos residenciales. Los habitantes son conscientes de la existencia de la división municipal y de la influencia sobre todos los aspectos de su vida. En algunos casos, la decisión de la ubicación de la nueva vivienda se realiza para aprovechar supuestas ventajas ofrecidas por la mera existencia de dos entidades políticas diferenciadas, como por ejemplo las ventajas fiscales de declarar una vivienda secundaria como principal. A veces, dichos movimientos sólo existen en las estadísticas y son ficticios.

El territorio, por otra parte, no es una realidad transparente para la población que reside en él. No se utiliza en toda su extensión, normalmente uno se mueve por los lugares comprendidos en el espacio de vida cotidiano. Y es este espacio de vida el que se conoce profundamente, de donde se recibe la mayor parte de la información territorial y es el espacio con el que el individuo se siente más identificado, más seguro. El cambio residencial en el interior de las áreas urbanas es más probable que se produzca en el interior de ese espacio de vida, no sólo porque es el que optimiza las relaciones espacio-temporales cotidianas sino porque es de donde recibe información continua, veraz y privilegiada, no sólo a través de él sino también del resto de los miembros del hogar y de la red familiar y social próxima.

En ocasiones, el cambio residencial se produce más allá de ese espacio de vida cotidiano. Pero normalmente se produce dentro de un radio cercano a la vivienda anterior, minimizando la transformación de las condiciones de vida habituales. Se pueden identificar así diversas escalas espaciales donde se ubica la búsqueda residencial: el barrio anterior, el municipio, el espacio de vida, el territorio que permite mantener aproximadamente las mismas rutinas de relaciones habituales... El límite exterior de este campo residencial puede considerarse como una barrera espacial en la decisión del cambio de vivienda.

Las barreras pueden ser de tipo temporal, físico, sociales y urbanísticas. Las de tipo temporal se refiere a la distancia máxima a la que puede buscarse una nueva vivienda sin perjudicar el acceso cotidiano al resto de pivotes del espacio de vida. Esta barrera será menos rígida en función del número de pivotes que cambian de ubicación al mismo tiempo que la vivienda: un cambio del lugar de trabajo puede causar un cambio residencial sin límite de distancia. De todas maneras la barrera temporal afecta a la decisión final pero no necesariamente a la percepción y conocimiento territoriales del espacio urbano donde se reside. El resto de barreras afectan en primer lugar al conocimiento que se tiene del territorio lo que limita espacialmente la decisión.

En efecto, en la investigación llevada a cabo con motivo de mi memoria de tercer ciclo identificaba soluciones de continuidad espaciales en las relaciones migratorias entre municipios que no podían achacarse simplemente al efecto negativo de la distancia sobre las intensidades de dichas relaciones. En algunos casos se apreciaba la influencia que un obstáculo físico, orográfico, para explicar la falta de intercambios migratorios. La barrera orográfica se traducía en una ausencia de comunicaciones fáciles y, seguramente, había representado históricamente una frontera entre distintos ámbitos de relación (áreas tradicionales de mercado, unidades político-administrativas) que se reproducen en el presente.

La posición social del demandante de vivienda limita las posibilidades de la elección residencial. Como las áreas urbanas suelen presentar un cierto nivel de segregación social en el espacio, suelen

dibujarse barreras en los desplazamientos residenciales de unas a otras zonas dominadas por distintos niveles en la escala social. A menudo estas barreras cobran una gran fuerza cuando separan inmediatamente dos sectores socialmente opuestos. Las barreras funcionan siempre en los dos sentidos de la escala social, aunque naturalmente serán percibidas como una limitación por los que están en la parte inferior de la pirámide social. Pero los habitantes de clase alta evitan las zonas que asignan a una clase inferior por propia voluntad y porque se ven obligados a obviarlas desde el punto de vista de la representación social, en la que la vivienda es un factor importante. Otros autores mencionan la importancia del mantenimiento de la cohesión residencial para el mantenimiento de la cohesión social y la reproducción de clase.

Por último podemos identificar unas barreras de tipo urbanístico. El espacio construido en las grandes ciudades no permite el conocimiento profundo de todo el territorio urbano. Los espacios de vida, de conocimiento cotidiano se construyen sobre sólo una parte de él. Centro urbano (representación, ocio, comercio no cotidiano, gestiones administrativas), barrio de residencia, lugar de trabajo son los lugares reiterativos por donde discurre el quehacer diario. Sin embargo, en ocasiones, sobre todo en nuestros ratos de ocio (actividades culturales o de compra) nos planteamos visitar nuevos lugares. Es entonces cuando la masa del espacio construido se opone a dicho deseo ofreciéndonos un elevado coste temporal o una ausencia de alternativas de transporte. En nuestra investigación sobre las áreas de relación migratoria en el espacio metropolitano barcelonés se reflejaba perfectamente esta situación. Municipios situados al norte del continuo urbano central apenas tenían relación con los municipios situados al sur (por ejemplo, Badalona con l'Hospitalet de Llobregat, que sin embargo socialmente tienen parecida composición). Los grandes municipios de la primera periferia extienden por lo general sus campos de relación emigratoria en sentidos opuestos al del centro metropolitano. En este sentido la mejora de la red de transporte intraurbano significa abrir nuevos espacios ("terras incognitas") a la curiosidad, a la experiencia y al conocimiento del habitante urbano. En el caso de Barcelona la paulatina (por no decir lenta) extensión de la red de transporte público y la más dinámica mejora de las vías rápidas dedicadas al transporte privado han abierto realmente todo el espacio metropolitano, al menos el central, a la posibilidad de experiencia diaria de sus habitantes. ¿Se habrá conseguido una integración de los distintos espacios de relación migratoria local?

2.2.4 Definiciones temporales.

Un problema para la definición de la movilidad residencial viene representado por la duración de la estancia en la vivienda. ¿Cuál es la duración mínima para considerar un cambio de vivienda como un movimiento residencial? Parece evidente considerar que sólo los cambios que afectan a la residencia habitual merecen entrar dentro de los estudios de movilidad residencial (Courgeau, 1988b:13).

No siempre todos los cambios de la residencia habitual implican una duración prolongada de la estancia en la vivienda anterior. Piénsese en la movilidad estacional, tanto de tipo tradicional (transhumancia, ocupación sucesiva de diversos alojamientos rurales en algunas zonas ganaderas de montaña) como moderno (técnicos de multinacionales que se trasladan periódicamente de unas sedes a otras). Ahora bien, dentro de la movilidad residencial urbana hay un tipo específico que plantea problemas parecidos: se trata de la emancipación de los jóvenes. En multitud de ocasiones este proceso de independencia no es simple. A una primera salida se sucede un retorno a la casa de los padres, por ejemplo tras la universidad, o bien tras un fracaso en una primera cohabitación en pareja, o por la pérdida de un primer empleo. En este caso no se trata tan sólo de contabilizar o no cada movimiento residencial del joven, sino también de saber en qué momento puede hablarse definitivamente de que se ha producido su emancipación residencial.

El estudio de la temporalidad en la movilidad residencial no se agota sólo con el tratamiento de la duración y sucesión de residencias habituales. Como se irá viendo, todo el proceso de la movilidad residencial está condicionado por las diferentes dimensiones temporales entre las que destaca la edad del individuo y la pertenencia a una generación concreta, sin olvidarnos de la coyuntura exterior en que se enmarca.

La edad de los individuos y la generación de pertenencia en el momento en que efectúan un cambio de vivienda o migran están en relación con los motivos existentes. Igualmente, cuando se diferencia un movimiento de corta distancia, dentro del espacio de vida, de otro cambio residencial de larga distancia, se está haciendo alusión a dos complejos causales totalmente distintos. En la raíz de estos términos (edad, distancia) hay ya una primera aproximación al estudio de la causalidad de los movimientos migratorios.

2.2.5 Movilidad residencial y motivaciones.

Tal como dice Long (1991), el estudio teórico de la movilidad espacial de la población puede dividirse en dos grandes líneas de investigación. Una línea sería la estructural, basada en el paradigma del desarrollo, que intenta explicar la evolución temporal de la intensidad de los diferentes tipos de migraciones, de la que son buena muestra los estudios de Zelinsky (Zelinsky, 1983a). Otra línea, es de tipo más coyuntural e individual constituida por tres grandes subconjuntos: el estudio de la influencia de las etapas y transiciones del ciclo de vida, el estudio de los procesos de toma de decisiones residenciales y el estudio de las tensiones y preferencias residenciales en el individuo. En esta investigación sobre los cambios residenciales en el interior de un área metropolitana, se abordará esta segunda gran línea de investigación. Sin embargo, no está de más hacer un pequeño repaso a las distintas maneras de abordar el complejo asunto del porqué de las migraciones.

Haciendo una introducción rápida al tema, históricamente la interpretación de los movimientos migratorios se puede realizar desde tres puntos de vista (Lewis, 1982: 99-125):

a) Un análisis simple de los movimientos migratorios como un componente más de la *dinámica de las poblaciones* en que la migración no sería una variable dependiente sino más bien independiente, explicativa de los procesos de crecimiento y cambio estructural de las poblaciones.

b) El análisis agregado de los movimientos migratorios ha tendido a considerar las migraciones, sobre todo las de larga distancia, como un proceso de adaptación de la población a las condiciones socioeconómicas de los lugares de origen y de destino, dentro de un esquema explicativo *push-pull*, es decir, considerando aquellos factores que atraen al lugar de destino y los que repelen o expulsan flujos desde el lugar de origen. En estos esquemas explicativos los atributos de los territorios serían adjudicados directamente también a sus habitantes. No se pretende, por tanto, entender el comportamiento individual sino la totalidad del sistema de movimientos. El desarrollo de esta perspectiva a todas las escalas espaciales conduce a análisis en que los flujos migratorios se relacionan con un conjunto de variables territoriales, ya sean económicas, sociales, urbanísticas, ambientales, etc. Se trataría de un enfoque objetivo, siendo uno de los métodos más utilizados la construcción de modelos de regresión, en los que indicadores (agregados) de intensidad migratoria se relacionan con otros indicadores territoriales.

No faltan aproximaciones en que se pretende bajar, desde una perspectiva objetiva, al nivel individual. Se estudiaría la manera en que el individuo recoge la información pertinente de su entorno

para su proceso de decisión migratoria, suponiéndole un comportamiento racional y maximizador en un análisis de coste-beneficio.

c) Puede identificarse también una *aproximación normativa* a la movilidad espacial de la población. En este caso las creencias personales, aspiraciones y obligaciones serían las variables fundamentales. Los elementos de estructura (sexo, edad, clase social) son importantes sólo porque están en la base de los motivos personales, más inmediatos. En esta corriente se enmarcan las investigaciones sobre movilidad residencial urbana en que se destaca el papel del ciclo de vida, aunque influido por la categoría socioeconómica y las características de las viviendas. La historia reciente de la literatura sobre causalidad de la movilidad residencial, con perspectiva individual, siguen esta línea y nosotros también basamos buena parte de nuestra aportación en ella.

d) El cuarto tipo de aproximaciones explicativas tiene que ver con explorar el *proceso de decisión* de los migrantes, en un enfoque que se podría denominar *behaviorista*. Este enfoque ha tenido un desarrollo especial en los estudios de movilidad urbana, sobre todo en los países anglosajones (Aitken, 1991, citado en Brun, 1993). El proceso de decisión estaría formado por dos estadios básicos: decidir si migrar o no y elegir el lugar de destino. Como se ve, el campo del análisis explicativo de la movilidad se extiende también al de la no movilidad, principalmente en aquellos casos en que un traslado sería lo esperado.

Aunque estos diversos niveles de análisis pueden considerarse como un continuo, reflejando un aumento en la capacidad de especificar las razones de la migración, hay que remarcar que todos los elementos juegan, en un grado u otro, al unísono. En realidad, el acto de migrar responde a un complejo causal que sólo puede ser desvelado si se adopta no uno sino diversos enfoques (Germani, 1965).

Una de las maneras más evidentes de organizar las diferentes aproximaciones a la causalidad de las migraciones es distinguir entre las construcciones teóricas agregadas, o "macro", frente a aquellas que insisten en el nivel individual, o "micro". Este sencillo esquema organizativo viene argumentado por Stillwell y Congdon (1991b) en su repaso a la literatura sobre modelos migratorios. Las aproximaciones macroteóricas trabajan con estadísticas agregadas de movimientos migratorios, con flujos territorializados de emigración e inmigración. Según estos autores este enfoque es más apropiado para situar las migraciones en los marcos contextuales del mercado de la vivienda o, en su caso, del mercado de trabajo. Se utilizan e interrelacionan, de diferente manera y escalas espaciales, indicadores de movilidad de la población con indicadores contextuales, como tasas de paro, de ingresos, ambientales, de precios de vivienda, etc.

La “microteoría” migratoria, en palabras de Stillwell y Congdon, analiza los procesos que subyacen a la “decisión” de un migrante potencial de permanecer en su vivienda o cambiarse a otra. Se estudian las influencias que coadyuvan a esa decisión, la elección del destino y las interrelaciones entre el cambio residencial y otros cambios vitales y de *status*. Las variables incorporadas suelen referirse a las trayectorias vitales demográficas y familiares, a las características de la vivienda anterior, preferida y realmente ocupada tras el cambio y también se suelen incluir características globales ambientales.

No debería haber una separación completa entre ambas perspectivas ya que “...debe reconocerse que los flujos migratorios reales consisten en la suma de decisiones hechas por individuos y que las teorías que destacan la determinación de las decisiones migratorias individuales también se apoyan en la validación de los modelos macro” (Stillwell, Congdon, 1991b: 6). Sin embargo, los que han recurrido a uno y otro enfoque han tendido a hacer hincapié en las diferencias, a lo que ha ayudado el alineamiento disciplinar. En efecto, los enfoques agregados han sido los preferidos por los economistas y por muchos geógrafos. Las teorías micro han sido coto cerrado de sociólogos y psicólogos sociales, que han desarrollado todo un cuerpo de teorías sobre el comportamiento residencial, sobre la naturaleza de la elección migratoria. Desde la geografía y desde la demografía intentaré aproximarme a este campo de trabajo científico.

Un paso previo, importantísimo, en el análisis de la causalidad de la movilidad residencial es considerar directamente los motivos que aducen los migrantes mediante encuestas. Las respuestas, generalmente abiertas, pueden agruparse después según los criterios personales del investigador. En Bruyere (1985) se encuentra una propuesta que ha sido adaptada por Mendizábal (1992) para estudiar la causalidad de la movilidad residencial en la Región Metropolitana de Barcelona, de donde extraemos la siguiente tabla

En la movilidad residencial dominan dos conjuntos de incentivos: la dinámica familiar, sobre todo en nuestro caso, el inicio de la vida en pareja, y la mejora de la vivienda en la larga etapa posterior. La mejora del régimen de tenencia, tan importante en otros contextos espaciales, sólo afecta a aquellos que no han entrado en el dominante mercado de propiedad. En esta tesis intentaremos analizar especialmente los ese 30% aproximadamente de movimientos que se ven motivados por algún cambio en la ubicación familiar del sujeto o en la estructura del hogar donde se inserta. Sin embargo, también seremos capaces de situar temporal y biográficamente el resto de movimientos en la evolución vital de los individuos, que muchas veces responden también a necesidades diferentes en relación a transformaciones familiares. Tal como concluye Castells (1974) del repaso a una serie de investigaciones sobre el tema, la decisión residencial está influida por tres variables principalmente: la renta, el ciclo de vida y la dimensión de la familia.

Tabla 2.1: Distribución (%) de motivos del último cambio de barrio. Región Metropolitana de Barcelona. 1990

No ha cambiado nunca de barrio.....	19,3
Razones familiares.....	29,4
Formación de nueva pareja.....	18,3
Ampliación de los miembros del hogar.....	0,4
Reducción de los miembros del hogar.....	1,7
Otras razones familiares.....	5,2
Migración de arrastre o acompañamiento (p.ej. hijos de padres migrantes).....	3,8
Razones de trabajo.....	15,9
Proximidad al lugar de trabajo.....	5,0
Traslado forzoso del lugar de trabajo.....	4,0
Más oportunidades de encontrar empleo.....	6,9
Razones de vivienda.....	30,7
Mejora de la vivienda.....	11,5
Mejora del entorno.....	3,9
Mejora del régimen de tenencia.....	11,0
Mejora del acceso al mercado de la vivienda.....	2,8
Derribo de la vivienda anterior.....	1,5
Otros motivos.....	3,2
No sabe o no contesta.....	1,5
Total	100,0

Fuente: Mendizábal, 1992. Tabla: I.12. pág. 14.

El estudio de la causalidad de las migraciones, y concretamente de la movilidad residencial, se complementa con el estudio de las motivaciones que conducen a la elección de la localización espacial de la vivienda, aunque cada vez se levantan más voces reclamando la “naturaleza indivisible de las decisiones al respecto de migrar y la elección del destino” (Stillwell, Congdon, 1991b: 7) . Tal como dice Rhein (1990b) citando el trabajo de Mackett y Johnson (1985), los resultados de la línea de investigación dedicada a la determinación de la localización precisa de la nueva vivienda han sido mucho más mediocres. Este déficit es aún más grave por cuanto la insatisfacción con el barrio es uno de los tres grandes conjuntos de motivos normalmente apuntados. Es decir, en la misma decisión del cambio de vivienda hay una intensa participación del ámbito residencial exterior, tanto como respuesta negativa a la localización anterior como el deseo de aproximarse a un medio nuevo más apreciado.

Podemos considerar un sentido amplio del término localización, siguiendo a Rhein. Localización es un lugar preciso pero también remite a la elección de un tipo de vivienda (p.ej, individual frente a colectiva) o de tejido urbano (periferia densificada o suburbanizada).

Una de las normas de localización generalmente aceptadas es la influencia que la localización del trabajo tiene sobre la de la vivienda. Pues bien, la relación entre ambas no parece del todo establecida, y los resultados son bastante contradictorios, en parte porque se suelen utilizar escalas espaciales diferentes (Mackett, Johnson, 1985). Lo complicado es introducir en el análisis de la localización el conjunto de experiencias e interpretaciones espaciales en que se mueve el individuo y el conjunto de miembros del hogar. La integración de todas las interrelaciones espaciales daría lugar al concepto de *utilidad de situación* (Wolpert, 1965), o composición de todas las utilidades en relación con cada relación con el territorio conseguidas por una localización concreta. El individuo tendería a maximizar esa utilidad de situación. Sin embargo, como apunta Rhein, es difícil dar a ese concepto una formulación operacional y, según las aportaciones empíricas existentes, la utilidad de situación no es un factor decisivo en la decisión de cambiar de vivienda. La interrelación del hogar con el territorio urbano cambia, y la utilidad de situación es, por tanto, algo dinámico, cambiante. Y no parece que estas variaciones influyan en la movilidad residencial. Castells (1974: 214) comenta que está demostrado que la distancia respecto al trabajo suele aumentar tras un desplazamiento residencial.

Rhein, en el artículo citado de 1990, hace un repaso a otras aportaciones teóricas sobre la decisión de la localización: modelos de accesibilidad económica y renta, modelos de maximización fiscal y de servicios públicos.

Es difícil realizar una simplificación de la decisión espacial siguiendo solo uno o unos pocos criterios. Tampoco la organización del espacio experimentado por el hogar puede reducirse a esquemas sencillos, tipo centro-periferia, suburbio-espacio densificado. Detrás de la decisión entre localizaciones diferentes, se encuentran otros problemas que resolver: el coste y financiación de la vivienda, las relaciones y el uso de la red familiar y social, estrategias patrimoniales o estilos de vida (Brun, 1990, Fagnani, 1990). En definitiva, siguiendo a Brun (pág. 311), la localización de la vivienda no es un objetivo en sí mismo (por lo que no tiene una causa en sí misma), sino que es un medio que interviene como árbitro entre las grandes categorías que actúan como fines o retos finales (la profesional, la patrimonial, la familiar) en un plazo no inmediato. El lugar concreto elegido, para ser satisfactorio, debe ser percibido por el individuo como "su" territorio, tiene que permitir la imbricación de diferentes clases de lazos entre el espacio y el individuo u hogar en cuestión.

2.2.6 Selectividad de la migración.

La esencia del estudio de la movilidad residencial implica pues la explicación de los motivos que inducen a los habitantes de un área urbana a cambiar la localización de su residencia habitual. Hemos visto también que cuestionarse el porqué de la movilidad significa también hacerse la pregunta del porqué de la no movilidad. En realidad, de una manera u otra se intenta explicar la causa de que la movilidad afecte sólo a una parte de la población. Es decir, cómo es que hay una selección de los migrantes respecto al resto de la población. Y esta cuestión es más interesante por cuanto las características de todo tipo (estructurales, económicas, geográficas) de la subpoblación migrante no coincide en general con la de la población total.

Existe, pues, una selectividad de los migrantes. Ésta puede ser de varias clases: selectividad demográfica, selectividad social y económica, selectividad geográfica.

Se habla de *selectividad demográfica* porque las personas que se cambian de vivienda suelen estar concentradas en unos determinados tramos de edad, ya que la propensión a migrar varía con la edad de los individuos y es mayor en los adultos jóvenes, más o menos entre los veinte y cuarenta años de edad. Este mayor grado de movilidad residencial responde a una sucesión de transiciones importantes que tienen que llevar a cabo: integración en el mercado laboral, emancipación de la casa de los padres, formación de una familia independiente. Con anterioridad a esta etapa altamente móvil se sitúa la primera infancia, cuando el individuo depende del comportamiento de sus padres y, con posterioridad a la misma, ya con mucha menor importancia, los cambios residenciales ligados a la salida de la población activa. Este modelo esquemático de movilidad a lo largo de la edad se ha observado más o menos en la mayor parte de los contextos espaciales y también tipos de migración (Rogers, Willekens, 1986). Esta constatación sirve de apoyo a las explicaciones de la movilidad basadas en el ciclo de vida de los individuos y hogares.

Aunque menor, también hay que considerar la selectividad por sexo, que localmente puede tener importancia (municipios rurales de montaña) su gran impacto en las pirámides de población. Es menos importante en la movilidad residencial urbana por cuanto la mayor parte de los movimientos los efectúan hogares ya constituidos, en cuyo núcleo existe una pareja heterosexual, o implican el desplazamiento de los dos miembros para constituir uno nuevo. Sin embargo, en los movimientos de solitarios domina uno u otro sexo según la edad en el momento del desplazamiento: hombres entre los jóvenes, mujeres entre los viejos.

Las variables que entran en juego para el estudio de la *selectividad socioeconómica* son el nivel de estudios, el nivel de ingresos y la categoría profesional. Estas variables, junto con la edad, condicionan las actitudes ante la movilidad y la capacidad económica de ejecutarla. Influyen en cómo los individuos responden (personalmente) cuando llegan a una etapa de su ciclo de vida fuertemente

relacionada con un movimiento residencial. Y no tan solo en el hecho de si se efectúa el movimiento o no, sino también en qué momento (si el calendario del movimiento es diferente respecto otros subgrupos) y, sobre todo, en la dirección o lugar de destino del desplazamiento, sobre los que afecta también la edad. No sólo influyen las circunstancias personales del individuo o del hogar sino también los antecedentes familiares y la fortaleza de las relaciones familiares, de amistad o de otro tipo. En este caso, la existencia de redes intensas familiares puede condicionar la actitud respecto la localización actual de la vivienda, posiblemente en la forma de no incrementar innecesariamente la distancia existente entre la vivienda anterior y la nueva.

Por lo tanto, la selectividad de la movilidad residencial no se limita sólo a una cuestión de quién migra y quién no, sino que se cuestiona si cada migrante, identificado por su edad o su categoría socioeconómica o por la existencia en proximidad de otros familiares, tiende a un tipo de desplazamiento espacial diferente. Es decir, existe también una *selectividad geográfica*, que en efecto ha sido normalmente uno de los objetos de estudio principales. Un primer nivel de selectividad geográfica se refiere a la diferente intensidad en las personas residentes en distintas áreas que efectúan un cambio de vivienda o emigran, o complementariamente en las personas que acuden a diferentes áreas de destino. Es importante distinguir los factores que influyen en esta selectividad espacial. Así puede deberse a condiciones ambientales y urbanísticas que inciten a emigrar o a inmigrar (calidad y oferta vivienda, clima social, equipamientos), a factores de estructura de la población (mayor presencia de grupos potencialmente emigrantes) o incluso a la disposición y tamaño de las unidades administrativas en el caso de que únicamente se estudien las entradas y salidas y no la movilidad residencial interna a cada unidad (Courgeau, 1973). A una selectividad digamos absoluta (una unidad espacial es globalmente más o menos atractiva, más o menos repelente que otra) hay que añadir una selectividad geográfica relativa. Aunque exista una igualdad aproximada en los niveles de movilidad en todo el territorio analizado, es posible que al analizar detalladamente los flujos de entrada y salida se aprecie que están seleccionados demográfica y socialmente de manera distinta respecto a las poblaciones de base. Es posible que individuos con

ciertas características comunes se comporten espacialmente de manera similar y que cada subconjunto definido de migrantes efectúe desplazamientos en los que se descubra una lógica espacial diferente: preferencia por localizaciones periféricas o centrales, preferencia por núcleos o sectores con oferta inmobiliaria de muy diferente valor, encadenamiento de un número mayor o menor de sucesivos movimientos migratorios. En definitiva, la selectividad geográfica de la movilidad residencial llama a un estudio de las trayectorias o itinerarios espaciales a partir de la constatación de la complejidad estructural de la población, pero también de la dinámica de evolución del individuo y del hogar dentro de los distintos marcos estructurales. Es decir, puede que los diferentes cambios de vivienda y, también, las sucesivas localizaciones espaciales sean el reflejo de la dinámica de cambio de la población del área urbana. El estudio de la movilidad residencial cuando se conjuga el estudio de la selectividad en los tres niveles enunciados es un instrumento que permite aproximarse a la dinámica de las poblaciones urbanas, como por ejemplo al estudio de la segregación urbana.

2.3 La movilidad residencial urbana desde las diferentes disciplinas

La movilidad residencial metropolitana es un tema en el que convergen varias disciplinas de las ciencias sociales. No es de extrañar, puesto que la cantidad de elementos que se unen para describir y explicar este fenómeno proceden de la geografía (flujos, áreas de relación), la demografía (estructuras de la población, transiciones vitales, dimensiones temporales), la economía (ingresos, construcción, ocupación laboral) o la sociología (clase social, contactos personales, redes familiares). Y no sólo se distingue cada disciplina por los temas de estudio sino también por la metodología empleada, por las técnicas utilizadas (Baccaïni, 1991).

La movilidad residencial se estudia, como la globalidad del campo de las migraciones, desde dos aproximaciones (véase también apartado 2.2.5). Un punto de vista agregado en el que se analizan los datos ofrecidos por las estadísticas comunes en forma de *flujos totales* de salida y entrada de las distintas unidades espaciales. Y otro punto de vista que intentaría relacionar cada individuo migrante (o no migrante) con el resto de *características individuales* que se crean oportunas. Por ejemplo, edad, sexo, pero también estado civil, categoría socioeconómica, número de hijos, migraciones anteriores, etcétera. Muchas de estas características pueden obtenerse a partir de una explotación adecuada de las fuentes comunes, como el censo de población. Otras sólo pueden obtenerse de encuestas específicas de migraciones o más generales, sobre características sociales y demográficas. En cuanto al tratamiento del tiempo, éste puede ser considerado como diferentes

cortes o puntos de referencia a los que se refieren todos los datos (análisis transversal) o bien se trata de seguir la evolución del fenómeno de la movilidad a lo largo del tiempo exterior y interior a los individuos (análisis diacrónico y longitudinal).

2.3.1 Movilidad residencial y geografía

La geografía se interesa por las *corrientes migratorias*, es decir, por los flujos migratorios identificados por un origen y un destino espaciales. La principal razón es que constituyen uno de los indicadores reveladores de las interacciones existentes entre los lugares, ya que este flujo de migrantes siempre es un fenómeno geográficamente localizado y que relaciona dos porciones de espacio. Por ejemplo, la búsqueda de áreas de relación migratoria, de campos migratorios, se inscribiría en esta idea. Pero también la geografía estudia la movilidad *per se*, interesándose por los factores que hacen que un lugar sea más o menos atractivo para la migración. Así, estudia las tasas y saldos migratorios, busca tipologías espaciales, analiza no sólo las relaciones sino también los efectos de barrera, etc.

Sin embargo, en la práctica sólo se utiliza el nivel agregado y pocas veces, sobre todo por falta de datos, se considera el nivel individual. El uso del nivel agregado representa un tratamiento transversal de los datos, es decir, sincrónico. Las distintas dimensiones temporales suelen estar mal recogidas, siendo lo más común la comparación de datos agregados en diversos cortes diacrónicos separados por un lapso de tiempo. No obstante, en geografía también se ha introducido la variable tiempo dentro de los análisis evolutivos sobre procesos migratorios. Hägerstrand ha sido pionero en este tipo de aproximación y quizá uno de los primeros en hablar de trayectorias espaciales, producto de la combinación de varios desplazamientos entre distintos tipos de núcleos de población, a lo largo de la vida de las personas (Hägerstrand, 1947 citado en Mendizábal, 1996a).

La relación entre un lugar de origen y un lugar de destino introduce la noción de distancia. La mayoría de los modelos espaciales desarrollados en geografía, así como en bastantes modelos econométricos, la introducen como variable fundamental. Quizá el más importante en este sentido sea el modelo gravitatorio, que formalizaba las regularidades observadas por Ravenstein (1885), especialmente la disminución de la inmigración a un centro según aumenta la distancia respecto al lugar de origen y en proporción con la población de éste.

El modelo gravitatorio propone, pues, que "la migración entre dos puntos es simplemente una función del tamaño [poblacional] de dos lugares y la distancia entre ellos" (Speare, Goldstein, Frey, 1975: 164). Es una ley empírica, ya que no puede ofrecer el por qué de este tipo de interacción. La distancia se introduce como variable independiente que se utiliza para explicar o predecir el tamaño

de cada flujo. Pero es igual de interesante considerar la distancia como una variable dependiente, de tal manera que la recorrida por los migrantes dependería de ciertas características de éstos y de ciertas características de los lugares afectados. Incluso, como Baccaïni ha mostrado, es posible considerar que el tipo de migración efectuado, valorado por la distancia recorrida, puede influir en el desarrollo del ciclo de vida de los individuos y, en particular, en el resto de su historia migratoria (Baccaïni, 1991: 79).

La aplicación de los modelos gravitatorios clásicos a la movilidad residencial metropolitana es especialmente deficiente. En primer lugar, el modelo asume que entre dos puntos se producen flujos simétricos en ambos sentidos, algo no observado nunca en la movilidad intraurbana. Sí se cumplirá en el caso de que la oferta de vivienda fuera constante en el tiempo, de que la proporción de viviendas vacías y el tamaño del hogar fueran el mismo en todas las unidades y si la propensión a migrar fuera también igual. Más importante aún, es imposible que la estructura de la población sea homogénea en las distintas partes de un área metropolitana (Speare, Goldstein, Frey, 1975: 163-164). Los modelos gravitatorios obvian las características internas de las poblaciones, ni indagan en su proceso de decisión migratoria. Con el paso de los años, se hacía cada vez más evidente que estos modelos (ni el conjunto de modelos geoeconómicos) no podían explicar los comportamientos que se desviaban de la norma: el rechazo a migrar, la migración en dirección contraria. En las nuevas formas de movilidad migratoria se ha hecho patente la poca aplicabilidad (Brun, 1990: 308).

La distancia y el tipo de unidades espaciales consideradas justifican las clasificaciones migratorias frecuentemente utilizadas en geografía. Aparte de la distinción entre migración y movilidad residencial local que ha sido comentada con anterioridad, se habla de migraciones internas, cuando se consideran las migraciones dentro de un territorio; interiores, cuando se habla del interior de un estado o país; y en fin, internacionales, cuando afectan a varios estados. La movilidad residencial metropolitana puede considerarse como un ejemplo de migraciones internas, en este caso en el interior de un área metropolitana.

Para la geografía el objeto de estudio es siempre el movimiento residencial, más que la persona. Y de la agregación no se busca un colectivo de migrantes, sino un colectivo de movimientos, de flujos, que en realidad lleva al concepto de campo migratorio, esto es, un área espacial en la que hay una coherencia de flujos migratorios, ya sea por tener un único origen o destino, porque no hay intercambios con el exterior, etcétera (Thumerelle, 1985).

En esta escala de análisis, desde las aproximaciones geográficas se insiste en la relación entre movilidad residencial y estructuras urbanísticas. En realidad, la geografía se ha interesado históricamente poco por el tema de la vivienda y, menos todavía, por la relación entre vivienda y movilidad (Le Goasoz, Madoré, 1993b), que se ha dejado bastante como campo de estudio de urbanistas y de economistas. Sin embargo, en los últimos años se ha empezado a explorar las características habitacionales de las distintas unidades urbanas o intraurbanas y su relación con la estructura y la dinámica social. En este punto, la dinámica, se introduce como variable explicativa fundamental la movilidad residencial, a la que se considera el instrumento al alcance de los individuos para pronunciarse ante las estructuras residenciales, a menudo muy diferenciadas y con significados sociales distintos.

La pérdida de hegemonía de las aproximaciones modelizadoras provenientes de la economía para estudiar la movilidad residencial desde la geografía y el contacto con los enfoques y las técnicas de otras ciencias sociales como la sociología o la antropología ha llevado a un significativo, y positivo, cambio en la metodología y los resultados conseguidos por los geógrafos, tal como recoge Brun (1990) en quien basamos estos párrafos finales. Se rechazan las aproximaciones taxonómicas, la separación rígida entre descripción e interpretación, y se pretende una mayor cercanía con el protagonista de los movimientos residenciales, el individuo, o en su caso el hogar. Aparecen como temas geográficos la decisión de la localización residencial, las aspiraciones residenciales, las representaciones y los usos del espacio. Es este espíritu más cuidadoso con los comportamientos individuales el que lleva al estudio de los territorios construidos por la movilidad de la población (no sólo residencial), como por ejemplo de sus espacios de vida, y no tanto de las dependencias entre unidades espaciales, más o menos artificiales, por motivo de los intercambios migratorios que se producen entre ellas. Los movimientos de las personas construyen e interpretan territorios, esto es lo que hay que estudiar y no cómo los seres humanos se mueven entre divisiones políticas, más o menos ajenas a su vida cotidiana. Un ejemplo en que se estudia el conjunto de significados de la movilidad residencial y las relaciones de todo tipo, incluso afectivo, con los lugares de origen y destino, donde la voz protagonista está en los propios individuales es la labor de Antoni Durà (1995, 1997) sobre los emigrantes y los inmigrantes metropolitanos del municipio de Santa Coloma de Gramenet.

La geografía se esmera más por encontrar significados en los movimientos espaciales, por ver la funcionalidad de la movilidad residencial en el transcurrir de la vida de los sujetos. El creciente interés por la causalidad de la movilidad residencial es un paso apreciable en este sentido. El geógrafo se interesa cada vez más por aquellas situaciones que se salen de la "norma", que no pueden ser explicadas por los grandes modelos simplificadores, lo que obliga a recurrir a

explicaciones de tipo sociológico o cultural. Así mismo, cada vez más pone en cuestión las grandes divisiones clásicas entre movimientos de larga y de corta distancia por lo que respecta al tipo de cambios y las causas que los envuelven. Se tiende, con mayor frecuencia, a un uso en todas las escalas espaciales del concepto de estrategia residencial, en su sentido más geográfico, el que la interpreta como el proceso vital de construcción de espacios de referencia, localizaciones a las que se integra el individuo o que se rehuyen.

2.3.2 Movilidad residencial y demografía

En demografía también se suele utilizar el nivel agregado y el tratamiento transversal de la movilidad residencial. Esta ciencia estudia los mecanismos que explican la dinámica del crecimiento y de la estructura interna de las poblaciones, consideradas éstas como colectivos humanos referenciados tanto temporal como espacialmente y con capacidad de reproducción de sus individuos, de ser duradera. Es por ello que la migración interviene como factor que influye en el cambio cuantitativo al aportar o extraer habitantes y en el cualitativo ya que no suele afectar por igual a todos los individuos.

En base a estas apreciaciones, Shryock *et al.* (1976) concretan las tres vertientes de interés de los demógrafos por las migraciones. En primer lugar, la migración es uno de los componentes del crecimiento de las poblaciones. Afecta al número de habitantes, la velocidad del crecimiento, pero también a la estructura interna de las poblaciones (Livi Bacci, 1993).

En segundo lugar, la migración es el vehículo por el que se produce la redistribución de la población en las distintas áreas espaciales. Aquí coincidiría en el interés de la geografía, pero la demografía está más preocupada por los efectos en las poblaciones de origen y de destino que por estudiar la estructuración territorial de los flujos. Livi Bacci argumenta que el territorio en los estudios demográficos tiende a aparecer como una característica más de los individuos o subpoblaciones y su estudio no significa un fin en sí mismo, como demuestra la tradicional división acrítica en demografía entre migraciones internas y migraciones internacionales siguiendo las fronteras estatales.

El tercer elemento de atención por la demografía implica comprender y explicar *la selectividad demográfica y social*, en relación con todo el complejo causal con que está relacionada (véase apartado 2.2.6).

Los demógrafos estudian las *interferencias* entre el fenómeno migratorio y el resto de fenómenos demográficos (fecundidad, mortalidad, nupcialidad). La influencia se produce de dos

maneras. Por un lado, las influencia se producen mediante la aportación de migrantes en edades de mayor riesgo en los otros fenómenos. Por ejemplo, la inmigración de jóvenes provoca a medio plazo un incremento del número de matrimonios y de nacimientos (y a la inversa con la emigración), la inmigración de jubilados europeos a la costa mediterránea española provocará un aumento del número de defunciones.

Por otro lado, la migración puede provocar un cambio en las propensiones, en la *intensidad* de ocurrencia del resto de fenómenos, la emigración diferencial en el campo provoca el descenso en la nupcialidad en el sexo menos móvil. También influye en el calendario de ocurrencia: la imposibilidad de efectuar la emancipación residencial y de acceder a una vivienda puede provocar el retraso del comienzo de la unión en pareja. Estas aproximaciones están siendo sistemáticamente tratadas por el investigador francés Daniel Courgeau (1980, 1988b). Un ejemplo cercano del análisis de las interrelaciones entre migración y comportamiento demográfico es el trabajo de Anna Cabré, sobre la tremenda influencia de la inmigración en la dinámica y la estructura actual de la población catalana, alterando de manera significativa el comportamiento fecundo y nupcial de las generaciones presentes, lo que le lleva a acuñar el concepto de *modelo catalán de reproducción* para integrar los procesos y los efectos de la interconexión de todos los componentes demográficos (Cabré, 1989, 1992a)

En cuanto a la metodología utilizada, además del estudio agregado y transversal de los datos, en demografía se realiza también un análisis longitudinal de la información. Para ello es imprescindible considerar las dimensiones temporales del fenómeno de la movilidad residencial: el tiempo histórico, la edad de los individuos y la pertenencia a una generación. El análisis diacrónico estudia la evolución de los indicadores de movilidad a lo largo del tiempo, superando la mera comparación de cortes sincrónicos. El análisis longitudinal (o generacional) pretende seguir el comportamiento de los individuos a lo largo de su duración de edad y puede efectuarse incluso disponiendo de datos agregados, encadenando información que en origen tenía una estructura transversal pero que trataba la edad de los individuos de manera paralela al año de calendario. Mediante la información aportada por encuestas o entrevistas en profundidad se puede realizar el análisis retrospectivo, una recopilación de información longitudinal desde el presente hacia el pasado, que es clave para la reconstrucción de las trayectorias espaciales y biográficas de la historia migratoria individual.

El uso de la metodología y las herramientas demográficas al estudio de las migraciones acarrea diferentes problemas que han sido sintetizados por Leguina (1973). Un primer conjunto de problemas vienen de la ambivalencia del uso de migrantes o de migraciones en los indicadores demográficos. Un migrante es un individuo que ha realizado un cambio o varios cambios espaciales durante un período de tiempo. Es decir, la migración es un fenómeno renovable, hablando demográficamente. Una migración es un desplazamiento concreto. A veces, las fuentes disponibles

no permiten escoger adecuadamente uno de los dos sistemas de cuantificar el fenómeno. Un segundo conjunto de problemas viene dado por el carácter abierto del fenómeno demográfico, afecta a diversos territorios y poblaciones, a diferencia de la fecundidad y la mortalidad (excepto cuando estos fenómenos interaccionan con una migración). El cálculo de las tasas, indicador demográfico básico, sufren de esa ambivalencia y dificultad de referenciar los acontecimientos migratorios a la población que realmente provoca o se ve afectada.

La demografía, sobre todo en los últimos años, se está caracterizando por el uso de fuentes de datos individualizadas, en las cuales se conocen las características concretas de cada persona y la relación entre diversas variables puede realizarse desde la mínima escala del individuo hasta cualquier nivel de agregación. Como se verá esto se consigue a través de la extensión de las encuestas de historias de vida en que se recoge información retrospectiva sobre multitud de temas, entre ellos la movilidad residencial, de los entrevistados. De tal manera que es posible "identificar cómo los miembros de la población de una cohorte homogénea se diferencian a lo largo del ciclo de vida según las decisiones individuales, inducidas o voluntarias, que ellos llevan a cabo" (Lelièvre, 1992b: 26). El uso de datos individualizados permite llevar a cabo de una manera mucho más eficaz el estudio de la diversidad, de las situaciones que no siguen la supuesta norma que se desprende cuando se considera sólo información que no puede desagregarse no tanto espacialmente como individualmente. Esta aproximación a la diversidad se realiza tomando como base el concepto de ciclo de vida, siendo la edad de las personas y la relación en cada momento de la movilidad residencial con el resto de transiciones vitales el motor de esta visión. Así, la nueva aportación de la demografía significa que la movilidad residencial interactúa con otros fenómenos demográficos y sociales, interacción que tiene lugar en el marco de la evolución vital de los individuos. En realidad, Courgeau, Lelièvre y los otros estudios demógrafos de las trayectorias vitales están proponiendo un nuevo paradigma demográfico en que el objeto de estudio no serían los acontecimientos (nacimientos, defunciones, migraciones, uniones) sino el análisis simultáneo de su interacción a lo largo de la biografía completa de los individuos (Courgeau, Lelièvre, 1996).

2.3.3 Movilidad residencial y sociología

La sociología comparte con la demografía el interés por la dinámica y la estructura familiar. Desde la demografía interesaría conocer cómo la movilidad residencial es un instrumento de creación de nuevos hogares, especialmente a través del estudio detallado de todas las circunstancias que

rodean la emancipación familiar y residencial. Igualmente se estudia cómo la fecundidad, la salida de los hijos, la desintegración de la pareja interactúan con los cambios de vivienda. Ahora bien, las relaciones dentro del hogar, dentro de la pareja, o la red de parentesco influyen en las decisiones de movilidad y localización, mediante la construcción de estrategias residenciales (véase apartado 2.6.1). El concepto de estrategia introduce una visión a la vez temporal de estas interrelaciones (Bonvalet, Gotman, 1993a: 9). Éste sería el punto de interés concreto de la sociología, especialmente de la sociología urbana y de la familia, para con la movilidad residencial. Por otro lado, desde la sociología se estudia la movilidad residencial como indicador de la movilidad social, con lo cual se establece cierto paralelismo entre los conceptos de trayectoria social y trayectoria espacial (Le Goascoz, Madoré, 1993b).

Estos desarrollos recientes desde la sociología de la familia y la urbana soslayan las deficiencias en las primeras incursiones de la sociología en este campo (Zelinsky, 1983b). Se ha intentado integrar el análisis familiar con dimensiones sociales mayores, es decir, relacionar las pequeñas redes sociales con el análisis de las estructuras socioeconómicas (de aquí el estudio de las estrategias). De la misma forma, la existencia de una cierta atemporalidad histórica en la investigación sociológica se ha mitigado mediante el recurso a las historias de vida y familiares en las cuales se apela constantemente a las circunstancias de las distintas coyunturas.

De todas maneras, la sociología se ha interesado menos por la movilidad residencial en sí que por la interrelación entre la vivienda y el comportamiento social. La vivienda es vista como un hecho físico, bien de consumo irrenunciable, y como el primer nivel de interacción social. José Luis Leal (1979) y, recogiendo y ampliando las ideas de éste, Cortés Alcalá (1995) han recogido la tradición sociológica sobre el tema y la han aplicado a la realidad española.

Cortés Alcalá plantea varias vertientes de análisis sociológico de la vivienda. En primer lugar, la necesaria como alojamiento y como lugar para vivir en sociedad. La vivienda constituye un garante de la intimidad del hogar, el elemento que sirve para definir más nítidamente el grupo familiar, pero también es la herramienta de integración en los distintos niveles de agrupación social. Textualmente, Cortés expone que "...la Sociología se ha centrado en el análisis de los procesos sociales que se desarrollaban en torno a la vivienda, estudiándola como indicador de bienestar social, espacio de la estructura familiar, generadora de divisiones sociales que estructuran las clases sociales, objeto de movilización y conflicto social, y espacio de consumo en el que se reproduce la fuerza de trabajo" (p. 123). Cortés denuncia la supeditación de la investigación sociológica a los intereses de las administraciones públicas, lo que ha motivado la claudicación ante los métodos de la Economía.

La sociología de la vivienda está integrando poco a poco la dimensión espacial, que añade a las perspectivas tradicionales: políticas de vivienda, vida familiar e integración en la comunidad. Esta integración está dando paso a una sociología de la residencia en que se combinen la dimensión social y espacial de la vivienda, y las familias y el resto de colectivos sociales como unidades de investigación. Se produce una interfase interesante entre sociología y geografía, en torno a los estudios de vivienda, en que la localidad, el lugar aparece como elemento relevante (Kemeny, 1992, citado en Cortés Alcalá, 1995). De hecho, esta nueva perspectiva sería una actualización de los estudios de ecología urbana, superando la dedicación exclusiva al análisis agregado. La ecología humana describía el cambio en la ubicación espacial de las comunidades urbanas mediante los procesos de *sucesión*, en relación con el ciclo de vida útil de la vivienda y la transformación de su valor en el mercado. La interrelación con la vivienda se concretará en el concepto de *filtración* (véase apartado 2.5.2), creado por los estudios de la economía de la vivienda, que estudia la dinámica de la ocupación de la vivienda a lo largo del tiempo (Leal, 1979).

2.3.4 *El interés de la economía y el urbanismo por la movilidad residencial urbana*

La economía, en especial la economía urbana y regional, también se ha interesado largamente por el tema de la movilidad residencial urbana. La movilidad aparece con fuerza cuando se aborda el análisis de la oferta y la demanda de vivienda, siendo la movilidad residencial uno de los mecanismos de ajuste. La economía se interesa, pues, por la *evolución del mercado de la vivienda y de sus precios*, así como por el esfuerzo económico que significa para las personas que quieren acceder a él. La principal división del mercado de la vivienda es entre vivienda de propiedad y vivienda de alquiler, pero cabe matizar entre personas que acceden a la propiedad (pagan cuotas hipotecarias) y ya propietarios, entre alquiler controlado y social y alquiler libre, etcétera. El Estado suele favorecer el acceso a la vivienda y preferentemente a la vivienda en propiedad para lo que pone en marcha distintas políticas de apoyo al individuo o al constructor, pero también la diferente fiscalidad local o regional inciden sobre la elección residencial. Igualmente se estudia la relación entre intensidad y tipo de la movilidad residencial y el ciclo económico general (Rhein, 1990a; Sands, 1992; Strassmann, 1992).

Desde el urbanismo, la movilidad residencial se introduce al hilo de la *planificación urbana*, al considerar la demanda que generarán las nuevas actuaciones en vivienda. También importa considerar las pautas de crecimiento formal de la ciudad en relación con la organización interna de la población urbana (Chinitz, 1991).

La diversidad de matices que presenta el estudio de la movilidad residencial es evidente, aunque no siempre convergen las distintas ópticas y a menudo se mantienen separadas. Sin embargo, diferentes enfoques pueden responder a distintas realidades. Así, según Rhein, el hecho de que en Estados Unidos el mercado de la vivienda esté poco segmentado y que haya conocido un crecimiento más lineal, menos discontinuo, hace que los investigadores americanos se hayan centrado más en los procesos de movilidad residencial intraurbana como factor del reparto espacial de los diversos tipos de población y de hogares. Sin embargo en Francia, el mercado de la vivienda es más desigual y la oferta se ha producido sin continuidad, por lo que las estructuras demográficas son espacialmente muy variadas. Por ello, se ha prestado mayor atención a la estructura urbanística y de vivienda como explicación del reparto de la población (Rhein, 1988:135-136).

En los últimos años se observa un interés por poner en común las distintas experiencias llevadas a cabo en cada disciplina como demuestra el caso de Francia (Bonvalet, Merlin, 1988a; Bonvalet, Fribourg, 1990; Lelièvre, Lévy-Vroelant, 1992a; Bonvalet, Gotman, 1993a; Le Goascoz, Madoré, 1993a; Brun, Rhein, 1994; Ascher, 1995), el de la línea de la *Housing Demography* (Myers, 1990a) o el de la sociología de la residencia (Cortés Alcalá, 1995).

2.4 Individuo, temporalidad y movilidad residencial

Para profundizar en las motivaciones y las consecuencias de la movilidad residencial se ha hecho imprescindible introducirse en la temporalidad del fenómeno de la migración. No importa sólo situar los flujos migratorios en una fecha determinada, sino también comprender las relaciones entre el individuo y las distintas dimensiones del tiempo que le afectan.

La dimensión temporal que está más próxima al individuo es la edad. El individuo evoluciona tanto biológica como socialmente desde el momento de su nacimiento hasta el momento de su muerte. Durante su vida se suceden una serie de acontecimientos o transiciones que marcan esta evolución: pubertad, emancipación residencial, matrimonio, paternidad, actividad laboral, jubilación, vejez... El hecho de que la mayor parte de estas transiciones estén ordenadas cronológicamente según la edad del individuo motiva el uso del concepto de *ciclo de vida*.

El ciclo de vida es, sin embargo, un término bastante vago, porque se refiere prácticamente a todas las actividades humanas: familia, vivienda, trabajo, educación. Por eso existe la tendencia a referirse a cada uno de estos grandes conjuntos como subdivisiones del ciclo de vida general. Así se habla de ciclo de vida familiar, ciclo de vida laboral, ciclo de vida residencial, ciclo de vida migratorio... Esta concepción en la que las transiciones de cada conjunto se sucederían las unas a las otras dentro de un marco temporal que es la vida de los individuos, tiende a resaltar el carácter voluntario de los

ciclos. La evolución dentro de cada ciclo respondería a una continuidad biográfica previamente diseñada por los individuos o los hogares. Que haya una continuidad biográfica significa que los individuos actúan a largo plazo, son conscientes del pasado y de las previsiones del futuro para actuar en el presente (Mulder, 1993: 18). Éste es un punto importante de discusión: el grado de libertad respecto a los condicionantes exteriores que poseen los individuos cuando tienen que decidir la realización de las transiciones del ciclo de vida. En el campo de la movilidad residencial es un elemento básico muy debatido (Forrest, 1987).

El carácter programado que muchos autores suponen a la evolución de los diferentes ciclos de vida ha hecho que en inglés a los diferentes subciclos se les aplique también el término *career*, término adoptado de los estudios del mercado de trabajo. Una *career*, carrera, sería una ruta hacia la consecución de un fin, *goal-achievement* (Voets, 1994). Actualmente, cuando se utiliza el marco del ciclo de vida se es consciente de la presencia de dos fuerzas actuantes. Una proviene de la mencionada consistencia biográfica y se expresa mediante un sistema de preferencias normativas. El sistema de preferencias asignaría unas transiciones y unas interrelaciones entre fenómenos propias de cada edad, pero no tienen en sí una existencia temporal real. Si se quiere es un conjunto de valores que intuitivamente está construido como un corte transversal por edad. El individuo absorbe las normas sociales exteriores y se expresa mediante su comportamiento a lo largo de su vida. El vehículo intermedio son las preferencias personales.

La otra fuerza está formada por las oportunidades y por las restricciones exteriores que actuarían en una escala macro sobre el comportamiento individual. Estas oportunidades y restricciones se concretan en la dimensión del tiempo histórico y aluden a factores como la estructura social, la coyuntura económica, factores políticos. Las oportunidades constituyen el abanico de opciones abierto a la decisión de los individuos, mientras que las restricciones están formadas por todas las presiones y obstáculos que producen acciones contrarias o diferentes a las actitudes de los individuos. Para Graham (1985), oportunidades y restricciones tienen una vertiente individual que se concreta en los “medios” que tiene a su disposición y otra vertiente contextual en forma de “posibilidades” a las que puede acceder el hogar. La integración de estas variables de macroescala con el análisis más micro ofrecido por el concepto de comportamiento individual ligado a etapas del ciclo de vida ha sido dificultosa y es uno de los problemas en el momento de realizar desarrollos teóricos útiles (Zelinsky, 1983b).

Los factores exteriores que influyen en el comportamiento de los individuos pueden referirse a la estructura social y económica, o bien, a la coyuntura cambiante en cada momento del tiempo histórico. También hay que considerar elementos más próximos al individuo como por ejemplo sus lazos familiares. Las normas personales son en buena parte transmitidas por los padres o consensuadas con la pareja, la cual también arrastra su propia influencia paterna. A su vez la red familiar puede funcionar como una restricción o como una oportunidad al alcance de los individuos.

La acción conjunta de las normas individuales, es decir, qué se cree que se debería hacer en cada momento de nuestra vida, a cada edad, y la influencia exterior, se traduce en el comportamiento real, a lo largo de la vida, de los individuos. He aquí una tercera dimensión temporal, la expresión real de los acontecimientos ligados a un individuo o una generación que es, en cada momento, la intersección entre un momento del tiempo histórico y una edad de los individuos. Este producto final puede estar más o menos de acuerdo con el proyecto normativo pero sí ha de tener una cierta coherencia biográfica. Es impensable que el comportamiento final sea la mera actuación de las restricciones y condicionantes exteriores. Aunque la fuerza del contexto exterior parezca a veces insuperable, siempre ha tenido que confrontarse en un grado u otro con un conjunto de preferencias individuales.

Este conjunto de dimensiones enmarca el proceso de decisión y las motivaciones residenciales. La producción del movimiento residencial está determinado en parte por la voluntad individual pero está condicionado por elementos externos que empujan al cambio. Las normas sociales que están recogidas en el concepto de ciclo de vida difícilmente pueden considerarse como elementos de libertad individual. Podemos recurrir en este punto a Jon Elster (1997), que ha estudiado, desde el punto de vista de las decisiones microeconómicas, los conflictos motivacionales que se producen en el seno de las personas y el manejo de dichos conflictos, proponiendo un nuevo campo de estudios que denomina *egonomics*. Según Elster las decisiones que se efectúan cumpliendo las normas sociales son irracionales. Los individuos no introducen la racionalidad cuando deciden efectuar algo marcado por la convención, sencillamente aceptan realizar lo que se espera de ellos. Las normas sociales se cumplen irracionalmente, por mor de evitar algunas consecuencias emocionales, como la vergüenza, el miedo, la sensación de rechazo, de marginación...La racionalidad, la reflexión y la contrastación de los pros y los contra, se produce en aquellas decisiones exclusivamente personales menos estereotipadas. Elster aporta que el análisis de las conductas debe realizarse sobre la suma de tres elementos: la norma social, la racionalidad y las emociones. En este apartado, comentaremos el ciclo de vida familiar como marco de la norma social de movilidad residencial. El papel de la racionalidad y las emociones pueden también rastrearse en los estudios de las estrategias residenciales (apartado 2.6.1) y de adscripción emocional a determinados territorios (apartado 2.6.3).

En la literatura anglosajona (Elchardus, 1984; Duncan, Hill, 1985; Mulder, 1993) se emplea el concepto de *life course*, curso o trayectoria de la vida, porque el de ciclo de vida tiene, debido a su desarrollo conceptual inicial, excesivas connotaciones normativas. Esta aproximación “examina la divergencia de experiencias a lo largo de las distintas trayectorias vitales y su secuenciación, combinación y calendario. Los individuos son considerados en términos de los efectos duraderos de las experiencias previas como de las circunstancias actuales” (Kendig, 1990: 137). Igualmente, aparte de normativo, el concepto de ciclo de vida, tendía en sus comienzos a caracterizar un único modelo de desarrollo evolutivo. Se aludía en exceso a un estereotipo ligado a las clases medias urbanas (Warnes, T., 1992; Forrest, 1987). El concepto de trayectoria vital haría más referencia a un progreso, no necesariamente general ni predeterminado, a través de diferentes estadios en las diferentes historias vitales. Se estudiaría una cadena de elecciones residenciales producto de la interacción de los ciclos parciales, de tal manera que importa más el cambio entre las distintas fases, la evolución diacrónica, que las relaciones sincrónicas entre cada fase familiar y el tipo y localización de vivienda. Esta trayectoria vital puede referirse a los individuos pero también a los hogares.

También en la literatura francesa se critica el uso demasiado rígido del concepto de ciclo de vida (Pitrou, 1982). Se ha constatado cómo aumenta la flexibilidad de situaciones respecto las etapas del ciclo de vida fijadas socialmente. El ciclo de vida era investigado en sus comienzos como reflejo de la norma social y las prácticas reales eran dejadas de lado, se convertía en una sucesión convencional, estereotipada, de lo que sería un “ciclo de vida medio”. El ciclo de vida medio reflejaría una visión positiva de la evolución de los individuos y los hogares en que toda la vida sería un progreso ascendente en todos los sentidos para iniciar una curva descendente hacia el final. Sin embargo, la realidad muestra que hay multiplicidad de recorridos, crisis, interrupciones y nuevos comienzos. Las poblaciones observadas, aunque consideradas en subpoblaciones según el año de nacimiento, son siempre heterogéneas (Courgeau, Lelièvre, 1989: 167). La pregunta clave sería, relacionando el concepto de ciclo de vida con el de análisis generacional o longitudinal, si existe algo que pueda ser identificado como comportamiento por edad propia de una generación, es decir, de un colectivo de individuos nacidos en un mismo momento histórico y que avanzan conjuntamente en edad. Tal como expone Hooimeijer (1990), la aproximación generacional al estudio de la movilidad residencial se compone de dos vertientes: el análisis del cambio de los comportamientos entre generaciones sucesivas y, por otra parte, la exploración de la diversidad de un mismo grupo generacional.

Los distintos ciclos de vida o carreras parciales se interrelacionan entre sí, interactúan y forman un complejo de influencias recíprocas. Cobra relevancia en este momento la distinción entre estadios y transiciones del ciclo de vida (por ejemplo, estar casado y casarse, tener hijos y tener el primer hijo,

etc.). Cada estadio de una historia influye en el tipo de necesidades o actitudes en el resto: estar casado facilita el hecho de tener hijos, ser ejecutivo influye en el hecho de vivir en un barrio residencial de casas individuales en un ambiente agradable. Por otro lado, son las transiciones vitales las que crean o eliminan la demanda de un cambio en el resto de historias. Son a partir de las transiciones, de los cambios que se pueden observar las interrelaciones entre las diferentes historias de vida. (Clark, Onaka, 1983:48. Ahora bien, es difícil establecer una relación de causalidad unidireccional entre diferentes historias vitales, es más conveniente adoptar un punto de vista complementario en el que se destacan las interacciones de doble sentido (Courgeau, 1988a).

Por último, no hay que olvidar el resto de temporalidades que afectan al individuo. Los ritmos diarios, semanales, estacionales, anuales, en definitiva la gestión de ese tiempo de que disponen los individuos es de capital importancia.

2.4.1 Ciclos de vida y movilidad residencial

Uno de los principales ciclos vitales, o por lo menos, sucesión de transiciones, más importantes en los individuos y en los hogares, es el ciclo de vida residencial. Un individuo a lo largo de su vida probablemente realizará diversos cambios de vivienda, algunos cuando todavía, en casa de sus padres, es una persona dependiente y posteriormente cuando forma su propio hogar (Courgeau, 1984, 1985; Kendig, 1990).

Así, el primer movimiento residencial autónomo coincide con la emancipación residencial, al que habrá que añadir otros desplazamientos ligados con la formación de una o sucesivas parejas, las necesidades derivadas del hecho de tener hijos, el divorcio o disolución de la pareja, la etapa post-parental, la jubilación...

Esta cadena de cambios de vivienda puede ser más o menos larga en relación con diferentes factores: las pautas de formación, mantenimiento, reducción y disolución de los hogares; la calidad, variedad de la oferta inmobiliaria y el esfuerzo económico necesario para acceder a ella; el número de personas trabajando en el hogar y la estabilidad laboral; el grado de integración familiar y vecinal del hogar, etc. Todos estos elementos influyen en la necesidad o el deseo de los individuos y los hogares de cambiar de vivienda. Constituyen, pues, los factores estructuradores de la demanda de vivienda. Los estudios centrados en la demanda de vivienda comenzaron fijándose en la edad de los individuos y de los hogares, para posteriormente considerar clasificaciones simples y estáticas del ciclo de vida, y actualmente a considerar el concepto más dinámico de curso de vida (Kendig, 1990: 134).

La primera vez que el concepto de ciclo de vida fue integrado en un estudio de movilidad residencial se debió a Rossi (1955). En una investigación efectuada sobre las pautas de movilidad de diversas categorías de hogar (en función de su situación económica y el tipo de vecindario) de Filadelfia (Estados Unidos) llegó a la conclusión de que la mayor parte de las transiciones residenciales estaban íntimamente ligadas al desarrollo de la vida familiar de los hogares. Rossi no estudió la formación de nuevos hogares, sino la movilidad de hogares consolidados. El aumento del número de individuos del hogar y la tensión que se traslada a la utilidad de la vivienda estarían en la clave del proceso de decisión migratorio. Rossi reconoce la existencia de un número significativo de cambios residenciales forzados, totalmente involuntarios, debido a la desaparición o a la expulsión de la vivienda anterior. Pero, para el resto, el proceso de decisión es voluntario, influido por las necesidades marcadas desde el ciclo de vida familiar.

A partir de este momento cambió la consideración que con anterioridad a los años cincuenta se daba a la movilidad residencial, sobre todo la intraurbana, en los Estados Unidos. El hecho de que una familia cambiase de vivienda y que se trasladase a otro barrio era visto como un fracaso de la vida en comunidad local, caracterizada por la estabilidad residencial del vecindario. El mito en la sociología urbana americana a caballo de la segunda guerra mundial de la estabilidad temporal de la residencia es más curioso por cuanto la sociedad americana acababa de salir de uno de sus mayores períodos de gran inmigración, la mayor parte de la cual tenía como destino las grandes ciudades del Este y de California. Contemporáneamente, en Francia y en otros países europeos recién salidos de la Segunda Guerra Mundial, el problema era totalmente diferente. La guerra había paralizado la construcción de nueva vivienda, ya dañada por la crisis económica de los años treinta y por el incremento en la rigidez del mercado de alquiler, y el problema ya no era tanto que la población pudiera continuar sus trayectorias residenciales, sino sobre todo la independencia residencial de las nuevas parejas.

Mientras que en Francia cobraba importancia todo lo referido a la oferta de la vivienda, en los Estados Unidos prosiguió el desarrollo de la relación entre ciclo(s) de vida y movilidad residencial, es decir, el análisis de los factores que influyen en la demanda residencial. A la constatación de la importancia de la evolución temporal de los hogares, siguió la construcción de tipologías en las que se reflejaban distintas sucesiones de un ciclo de vida familiar rígido y unidireccional (Lansing, Kish, 1957, Abu-Lughod *et al.*, 1960).

El cambio de vivienda se realiza para poder efectuar o mejorar la realización de alguna de las transiciones vitales del individuo. La trayectoria residencial es paralela e interactúa con otras trayectorias, la familiar, la laboral, etc., que conforman la experiencia global a la que se llama curso de la vida o *Life course* (Kendig, 1990: 133). Mulder utiliza el término de *triggering career* para designar aquel subciclo vital para cuyo desarrollo se efectúa, concretamente, una transición en el ciclo de vida residencial. Podríamos traducir esta expresión como ciclo motivador o causal, porque en él deberíamos buscar la razón que explica el movimiento en las modificaciones de ese ciclo paralelo. Sin embargo, no hay una relación causal estricta, sólo en una dirección. El movimiento residencial se efectúa porque se va a realizar una transición, por ejemplo, en el ciclo familiar, pero esta transición quizá no se produciría sin el cambio residencial (Mulder, 1993: 25). Según cuál sea el ciclo causal así será el destino, la dirección y la distancia recorrida en el movimiento residencial. Mientras que la evolución en la vida laboral y educacional comporta casi siempre un movimiento de larga distancia, con una transplatación del espacio de vida, la evolución familiar y del tipo de vivienda implica movimientos cortos, sin cambio en el espacio de vida.

Las interrelaciones no se producen con sólo uno de los aspectos de la historia vital de los individuos. Siempre hay otras circunstancias que influyen en el desarrollo de la vinculación entre la historia residencial y el resto de trayectorias, condicionando de alguna manera el resultado final. A los subciclos que influyen, ofreciendo las restricciones y los recursos a la migración, sobre la relación entre el ciclo motivador y el ciclo residencial, Mulder los denomina *conditioning career* (trayectoria condicionante). Pueden observarse dos interrelaciones principales que pueden observarse: la interferencia entre fenómenos y la influencia de las etapas del ciclo de vida familiar (influencia sobre el momento de la transición residencial) y laboral (influencia sobre el tipo de residencia deseado) sobre las duraciones de residencia (Courgeau, 1984; Mulder, 1993).

Es importante resaltar que son las transformaciones familiares, laborales, ambientales las que siempre determinan la existencia o no de movilidad residencial y el tipo de ésta. De hecho, este enfoque ha sido el dominante, desde el momento en que siempre la movilidad residencial se ha considerado como variable dependiente, explicada por otras, incluso dentro del esquema explicativo del ciclo de vida. Sin embargo, tal como apunta Courgeau, "...también puede considerarse otro punto de vista y explorar cómo ciertas formas de movilidad espacial modifican el ciclo de vida familiar" (Courgeau, 1988a: 187). O el ciclo de vida laboral, o formativo, etcétera.

De esta manera, la dinámica de la intensidad de la movilidad residencial en cada momento puede ser debida a dos causas. La primera se refiere a un *cambio composicional*, es decir, debido a la evolución de la estructura de la población que conduce a la redefinición del peso de los distintos subgrupos que cuentan con diferentes propensiones migratorias. Pero, estas propensiones pueden también variar con el tiempo debido a la influencia del contexto socioeconómico sobre las

preferencias individuales, es decir, a una transformación de las pautas sociales asociadas a un ciclo de vida normativo. Se le denomina *cambio de las propensiones*. Estos son los dos polos de cualquier estudio de dinámica migratoria en el tiempo histórico: la importancia de la estructura de la población y de las pautas de comportamiento marcadas por la edad y su dinámica generacional (Mulder, 1993).

¿Cuáles son los cambios en el ciclo de vida familiar que influyen en las decisiones de la historia migratoria? Es decir, ¿cómo se constituiría el modelo, más o menos normativo, de movilidad residencial a lo largo del desarrollo del hogar? En la literatura sobre el tema, unos cuantos momentos aparecen con frecuencia: la salida del hogar paterno o emancipación residencial, la formación de una pareja, la disolución de la pareja (sea por viudez, sea por separación o divorcio), el inicio y el aumento de la descendencia, la etapa post-parental cuando todos los hijos se han emancipado, que se interrelaciona con la edad de jubilación (Lelièvre, 1990a).

En cuanto a la relación con las características de la vivienda, los elementos referidos son difusos: la consecución de la vivienda de propiedad previo paso por una vivienda de alquiler, las preferencias u obligaciones de tamaño de la vivienda y de su localización en función del ciclo de vida familiar. La relación entre vivienda y movilidad residencial no es autónoma de las relaciones que ambas mantienen con el ciclo de vida familiar. En la literatura, más bien aparece que las preferencias habitacionales están íntimamente ligadas a la etapa evolutiva de la familia. Así la preferencia por viviendas de alquiler, pequeñas, en el centro de las áreas urbanas no es independiente del tipo de hogar en que se encuentra el individuo, porque son los solitarios, las parejas sin hijos u hogares monoparentales, los que con más frecuencia prefieren estas viviendas. En la literatura anglosajona ha surgido una metáfora gráfica de las sucesiones residenciales: la *housing-career ladder*, trayectoria residencial en forma de escalera. Existiría una cadena de etapas típicas empezando con la coresidencia en casa de los padres hasta ser un propietario con la hipoteca pagada, con bastantes “peldaños” intermedios en forma de ser inquilino o estar pagando una hipoteca. Esta escalera se relacionaría con los cambios familiares y laborales. No sería una ruta fija, ya que habría hogares que se saltarían peldaños, otros que entrarían directamente en fases más avanzadas, otros con movimientos descendentes u horizontales, en relación con cambios laborales o familiares, etc., (Forrest, 1987; Kendig, 1990). Repasemos cada una de las etapas más importantes de los individuos y hogares y veamos cómo se han interpretado en relación con la movilidad residencial que se genera.

2.4.2 *Emancipación residencial y movilidad*

El momento en que el individuo deja el hogar paterno tiene una íntima relación con la historia migratoria. Esta transición familiar automáticamente se ha de traducir en una transición residencial, ya que no existe la primera sin la segunda y, por tanto, debería existir una exacta coincidencia temporal.

La emancipación residencial forma parte del proceso de autonomización del individuo respecto de la familia de origen y de integración directa en las estructuras sociales. Este proceso consta de tres componentes: la emancipación familiar, o formación de un nuevo hogar independiente, la emancipación laboral, o independencia económica respecto la economía paterna y la emancipación residencial, o separación respecto la residencia de los padres (Garrido, Requena, 1997; Leal, 1997). Siendo los tres necesarios para definir el paso a la fase de adulto, en la práctica no coinciden en el tiempo y es posible que una de las tres transiciones se dé sin el concurso de las otras dos: trabajar y vivir soltero en casa de los padres, vivir en una residencia de estudiantes costada por los padres, haberse casado en la adolescencia y convivir la pareja en uno de los dos hogares de pertenencia... Este rico campo de estudio, el del paso de ser joven a ser adulto, está siendo muy cultivado por muchos sociólogos y demógrafos, también en nuestro país (Vallés, 1992; Miret, 1997; Fernández Cordón, 1997)

Por tanto, sería posible adoptar una clasificación de las emancipaciones residenciales en dos grupos. El primero reuniría todas aquellas en que existe como mínima una independencia económica (la vivienda puede ser autofinanciada por el joven o la nueva pareja), aunque no exista constitución de un nuevo hogar. El segundo, minoritario en nuestro contexto, tendría un elevado grado de vinculación con el hogar paterno (falta de independencia económica, financiación paterna de la vivienda, períodos rotatorios de residencia) en relación con la falta de una fuente independiente y estable de ingresos. Sin embargo, en nuestro contexto se produce una intensa involucración de los padres y del resto de la red familiar en el proceso de emancipación familiar, sobre todo en el modelo clásico en que como resultado se forma una nueva pareja. La red familiar ayuda a la financiación inicial de la vivienda, condiciona la localización de ésta y, sobre todo, permite el atraso de la emancipación residencial manteniendo al joven en casa hasta que las condiciones residenciales sean las idóneas aunque la emancipación económica de éste sea ya un hecho, lo cual no necesariamente ocurre en otros países occidentales (Heath, Miret, 1996; Serrano, 1997, Leal, 1997).

En este apartado se hará un repaso a los conceptos y los puntos de interés en relación con las implicaciones residenciales y migratorias de la emancipación abordados en la literatura sobre el tema, sobre todo en referencia a la emancipación que representa una independencia total del hogar

paterno. La emancipación residencial es estudiada como una fase aislada dentro del ciclo de vida residencial, y es así como se encuentra en la mayoría de estudios.

Como se ha dicho anteriormente, la emancipación residencial no es una transición que se pueda abordar de una manera diáfana. La emancipación residencial no se efectúa con un único cambio residencial (Godard, Blöss, 1988; Bonvalet, 1990a; Ygnace, 1990), sino que a veces coincide con lo que los investigadores franceses denominan una etapa de "turbulencia residencial". Bonvalet en su investigación sobre los itinerarios residenciales en la región de París (Bonvalet, Bringe, Riandey, 1988) distingue entre la primera salida de la casa de los padres y el momento en que el individuo vive ya en una vivienda con vocación de ser definitiva (por más de un año). Más aún, cuando quiere situar un punto para iniciar el estudio de la trayectoria residencial de sus encuestados distingue tres posibilidades: la emancipación residencial, digamos, definitiva; la fecha de matrimonio o los 25 años de edad (este límite indica sobre todo la precocidad tradicional de la emancipación en Francia y en otros países europeos). Un 20% de sus encuestados, un 36% de las parejas, nacidos antes de la Segunda Guerra Mundial, iniciaron su vida en pareja cohabitando en alguna de las casas de los padres, lo que en nuestro contexto sería una cifra impensable, pero no en una situación de escasez de vivienda como la vivida en la última posguerra francesa. ¿Puede decirse que estas personas no estaban emancipadas? Además, un 4% de su muestra nunca dejó la casa de los padres, es decir, su integración social se produjo de otra manera que no incluía la búsqueda de una vivienda propia, ni el modelo de emancipación por matrimonio, ya que el 54% de éstos son solteros.

Un elemento en común en las diferentes investigaciones es la constatación de un aumento en la edad media de la emancipación residencial con el tiempo (Mulder, 1993). Este aumento respondería, en primer lugar, al mayor número de jóvenes que prolongan su ciclo formativo, con una entrada masiva en la universidad. Esta situación sería propia de países como Francia (Blöss, Godard, 1990) o España (Leal, 1997). En los países anglosajones y otros, como los Países Bajos, la entrada en la universidad significa a menudo el inicio del proceso de emancipación residencial, ya que es común no cursar los estudios en la universidad local. En cambio, en Francia y España la universidad implica, más bien, el retraso de la entrada en el mercado laboral y, por tanto, de la independencia económica. De hecho la universidad se convierte en estrategia alternativa a la ausencia de un trabajo adecuadamente remunerado y es, quizá, la mejor vía para obtener un empleo más estable a largo plazo (Padilla, 1997).

La dificultad de acceso al trabajo no es propia sólo de los universitarios, ya sea la universidad causa o consecuencia de la no actividad. El retraso y la precarización afecta cada vez más a los que han optado por el ingreso directo en el mercado laboral. En parte se debe a una difícil situación de coyuntura económica que se prolonga y apunta, quizá, a un proceso de reestructuración de los procesos productivos por el que se limita el período de actividad de las personas. De una manera u otra, las dificultades de acceso estable al mercado de trabajo inciden en un retraso significativo de la emancipación residencial (Blöss, Godard, 1990; Leal, 1997). Estos autores hacen la siguiente reflexión: “La línea de ruptura desde el punto de vista de los comportamientos de emancipación no pasaría entonces entre los que tienen un empleo y los que no, sino entre los que tienen un empleo estable y todos los demás” (Blöss, Godard, 1990: 211).

Estos autores en otro artículo anterior (Godard, Blöss, 1988) apuntan que la continuidad de la cohabitación con los padres se relacionaría con una valoración de la capitalización en formación y con un proceso de ensayo/error tanto en el mercado escolar (piénsese en la proliferación de la oferta post-universitaria) y en el mercado de trabajo, basado en el consentimiento de los padres. Por ello, para estos autores, la edad de la emancipación se relaciona en primer lugar con la posición del padre en el mercado de trabajo (op. cit.: 36). Por ejemplo, la emancipación sería más rápida cuando padre e hijo trabajan (la solidaridad paterna puede reforzar una existente capacidad del hijo) o ninguno de ellos lo hacen (ausencia de ayuda en ningún sentido). Por contra, cuando sólo uno de los dos trabaja la ayuda mutua obliga a la prolongación de la coresidencia. La emancipación aparece para muchos como una decisión de consenso familiar. En la tradición francesa, es común esta integración analítica de la emancipación en la dinámica de la familia de origen, mientras que los investigadores anglosajones favorecen el análisis de las necesidades autónomas de los jóvenes (Grundy, 1992).

Es importante tener en cuenta la diversidad de los procesos y las personas al estudiar la emancipación residencial. No sólo interviene la posición ocupacional del joven, sino también la categoría socioeconómica de la familia de origen, o lo que casi siempre es lo mismo, del padre. Otros aspectos de la familia de origen también influyen, como por ejemplo el número de hermanos del joven lo que posibilita o no la concentración de la ayuda prestada, o la historia residencial anterior de los padres (Ygnace, 1990). Habría, y será comentado más adelante, una cierta reproducción de las historias residenciales.

Godard y Blöss (1988) constatan que, en encuesta tras encuesta, la familia sigue figurando en la actualidad como un valor positivo para los jóvenes. Sin embargo, en estas mismas encuestas se expresa el deseo, ya desde los más jóvenes, de vivir independientemente. Se podría interpretar como la existencia de una tendencia de fondo hacia una emancipación lo más rápida posible. Aunque en retraso paulatino, en los países anglosajones la emancipación residencial es bastante rápida. A pesar de las restricciones coyunturales más o menos intensas, Mulder (1993) identifica un cambio

preferencial hacia un rejuvenecimiento de la emancipación que se basaría en un aumento del deseo de autonomía, una reducción de las emancipaciones ligadas a la formación de pareja y un deseo, genérico y vago, de independencia y libertad. Sin embargo, en España no dejan de formularse explicaciones que vinculan el retraso de la emancipación con la mejora de las condiciones de convivencia en el hogar paterno (Leal, 1997).

Más cercano a nuestro contexto me parecen las observaciones de los autores franceses citados anteriormente. Aluden a un posible cambio en la norma o pauta sociocultural de manera que la emancipación residencial debería retrasarse hasta que se reunieran un mínimo, cada vez mayor, de condiciones favorables (Blöss, Godard, 1990). Es decir, se estaría implantando el deseo de evitar las salidas del hogar paterno que lleven a situaciones residenciales y económicas frágiles, cercanas a la marginalidad. Según estos autores hay que profundizar en los distintos modelos culturales de emancipación. Existirían diferentes criterios éticos y culturales a partir de los que para cada categoría social, sexo, generación un joven debe abandonar su familia. La norma social habría cambiado sobre todo en el tema de la vivienda. Mientras que actualmente los jóvenes aceptan pasar por todas las vías institucionales, y no institucionales, de acceso al trabajo, no lo harían con la vivienda, la parte que más corresponde a su vida privada. En este caso, preferirían quedarse en casa de los padres hasta poder comportarse como todo el mundo y habitar viviendas "normales" (Godard, Blöss, 1988: 48).

Sería común a todo el ámbito occidental el aumento de la emancipación residencial para ir a vivir en solitario. Este desdoblamiento del papel de la emancipación entre una vía que conduce a la independencia absoluta e individual del joven y otra encaminada a reproducir el hogar familiar de origen, mediante la coresidencia con la pareja, lleva a Mulder (1993) a hablar de la existencia en el momento de la emancipación de estrategias residenciales, es decir, de una visión de la vida futura más allá del corto plazo que conduce a una coordinación de las diferentes carreras o desarrollos vitales. Según Mulder existirían dos grandes grupos de estrategias. El primero, que cabría denominar como tradicional, tendría como objetivo formar una familia que reproduzca el modelo social existente en el más corto plazo posible. El segundo sería mucho más flexible y el objetivo sería atrasar lo más posible el momento de establecerse definitivamente, de "sentar la cabeza" (*settling down*) y en el que dominan las actitudes individualistas, sea dentro de un hogar solitario o en una pareja. Esta diferenciación de estrategias influirían en el carácter de la emancipación residencial y también en las etapas sucesivas: preferencia de vivienda en alquiler o propiedad (individualista frente a tradicional), la intensidad y el calendario de la fecundidad (menor número y retraso de los hijos en la vía individualista). La tendencia sería que la vía individualista de formación de hogares ganaría peso poco a poco (Goldscheider, Waite, 1987).

Las transformaciones de las estrategias de emancipación acarrearán nuevas presiones en distintos ámbitos, entre ellos en el mercado de la vivienda. El aumento de los hogares jóvenes de solitarios incrementa la escasez de la vivienda de alquiler, segmento dedicado precisamente al alojamiento de hogares jóvenes, sobre todo los que están en situación poco boyante (Godard, Blöss, 1988). Mulder (1993), por su lado, constata que existe una fuerte asociación entre el tipo de hogar constituido y el tipo de tenencia de la vivienda inicial. Las parejas casadas comprarían su primera vivienda en una alta proporción, lo que haría aumentar la estabilidad residencial posterior. Los cohabitantes se asemejarían a los solitarios y tenderían en mayor medida al alquiler, es decir, estas opciones incrementan la propensión a la movilidad residencial. Hay que destacar el hecho de que el impacto de la emancipación residencial sobre el mercado de la vivienda es mayor que en otras transiciones porque no se libera una vivienda en el cambio. No permite, como veremos, la formación de cadenas de viviendas vacantes, importantes para la vitalidad de la oferta (Grundy, 1992). Finalmente, cabe citar la observación de Mulder (1993) de que a una escasez cuantitativa de viviendas para jóvenes en las décadas anteriores a los sesenta, se ha sucedido una escasez cualitativa, ya que la oferta de vivienda no ha acompañado la diversificación de las estrategias de emancipación.

2.4.3 Movilidad residencial y nupcialidad, formación de pareja

La formación de pareja, sea de manera oficial mediante un matrimonio, o sea de manera más individual mediante la cohabitación está íntimamente ligada con la emancipación residencial. Es decir, hasta cierto punto, no tendría sentido diferenciar el repaso de ambos momentos del ciclo de vida familiar. Sin embargo, dos elementos justifican el que sí se hayan diferenciado. En primer lugar, es una tendencia creciente el que emancipación residencial y la unión en pareja sean dos transiciones disociadas, por lo que las circunstancias y, sobre todo, las consecuencias en la movilidad residencial tienden a no ser coincidentes. En segundo lugar, la integración de los individuos en hogares nucleares influye en la producción de una trayectoria residencial posterior significativamente distinta de la que seguirán las personas que permanecen siempre en solitario.

Desde que comenzaron los estudios de movilidad residencial urbana mediante la perspectiva del ciclo de vida familiar se consideró la formación de pareja como una etapa clave. De hecho, en la mayor parte de los modelos de ciclo de vida residencial paralelos al ciclo de vida familiar, el matrimonio constituía la primera transición, la que iniciaba el desarrollo de ambos ciclos, es decir, se identificaba con el inicio de la vida autónoma de los individuos y como el nacimiento de los hogares, lo cual no

estaba en demasía apartado de la realidad. Era eso, un modelo. En muchos de estos esquemas el primer período del ciclo de vida de los hogares coincide con una pareja antes de tener el primer hijo (Abu-Lughod *et al.*, 1960). Con la crítica de este modelo inicial de ciclo de vida, en que se recoge la norma social imperante en los años cincuenta y propia de la clase media blanca norteamericana, aparecerá el matrimonio, la formación de pareja o unión sexual, según el caso, como una etapa avanzada en el ciclo de vida residencial de los individuos. La emancipación residencial se “emancipa” de la formación de pareja, aunque en muchos casos siga apareciendo como una etapa “obligada” de un único modelo de ciclo de vida residencial (Lewis, 1982; Warnes, T., 1992).

La nupcialidad (formal o no) acarrea casi siempre un movimiento residencial, de uno o ambos miembros de la pareja. Existe una simultaneidad temporal de transiciones en el ciclo familiar y en el ciclo residencial. Normalmente, como para el resto del ciclo de vida familiar, se ha interpretado esta coincidencia temporal como existencia de una fuerte causalidad desde la unión en pareja hacia el movimiento residencial. Casarse producía dos migraciones, debido a la necesidad de que la nueva pareja se instalara en una vivienda autónoma respecto de las de los padres. Sin embargo, esta determinación es criticable. Por un lado, históricamente se ha observado que en muchas ocasiones la entrada en una unión marital no ha tenido que significar un desplazamiento espacial para al menos uno de los dos miembros. En el sistema tradicional de familia troncal rural, la vida en común de la pareja se iniciaba en la misma vivienda que la de los padres del marido o, según el caso, de la mujer. Sólo uno estaba obligado a migrar. Más aún, había una continuidad residencial y la formación de la nueva pareja no significaba demanda de nueva vivienda. Si bien también hay casos de familias troncales en el medio urbano, aquí lo que ha dominado durante toda su historia, hasta fechas recientes, ha sido una estructural falta de viviendas, agravada en episodios coyunturales como crisis económicas o guerras. En estas ocasiones como ya se ha comentado que ocurrió en Francia tras la segunda guerra mundial (Bonvalet, Bringe, Riandey, 1988) o como se ha vivido también entre nosotros, una estrategia altamente seguida era no renunciar a la vida marital y compartir la vivienda con los padres de uno de los cónyuges.

La falta de correspondencia entre formación de pareja y movilidad residencial tiene otros aspectos. Cada vez más habrá que separar el binomio formación de la unión y matrimonio. Para un número cada vez mayor de casos, la formación de una unión, es decir, el inicio de la cohabitación no termina en matrimonio. Y una pareja cohabitante generalmente no se comporta residencialmente igual que una pareja casada. Dejemos este comentario de momento. Lo importante aquí es que para una cantidad significativa de parejas el acontecimiento matrimonio no tiene ninguna incidencia en su historia migratoria, sencillamente porque no existe. Pero la ausencia de consecuencias del acto de casarse también afecta a parejas que sí se casan pero que han protagonizado una experiencia

cohabitante anterior. Es perfectamente posible, por tanto, que la transición entre pareja no oficial a pareja oficial se haya producido sin que medie una paralela transición residencial. De igual manera, el incremento, como se decía en el apartado anterior de la emancipación de solitarios significa en bastantes casos que la unión marital se inicia en la vivienda que ocupaba uno de los miembros como solitario lo que reduce a uno los cambios residenciales necesarios (Mulder, 1993). La pérdida de correspondencia entre matrimonio (e incluso inicio de la cohabitación) y movimiento residencial para los dos miembros refleja la pérdida de funcionalidad del matrimonio como vía de autonomización residencial y social de los individuos, mediante la unión en pareja. Y contrariamente el matrimonio gana como exponente de otras transiciones del individuo: estabilización y consolidación económica del individuo o de la pareja, consolidación misma de la pareja en el inicio del nacimiento de la descendencia, etc. Estos nuevos contenidos del matrimonio puede que se traduzcan en transiciones residenciales posteriores a la mera emancipación o unión, como expresión de esa consolidación.

Sin embargo, nunca hay que perder de vista la interrelación entre matrimonio y cambio residencial. Para la inmensa mayoría de los casos sigue habiendo una coincidencia temporal. Así a comienzos de los años setenta en Francia para un 67% de los matrimonios se producía en ambos miembros un cambio residencial en el mismo año, desplazándose un 72.2% de los hombres y un 93,6% de las mujeres (Bastide, Girard, 1974). También en Francia, actualmente sólo el 4% de las parejas jóvenes conviven con alguno de los dos hogares de origen (Cuturello, 1988). Quizá el problema no es tanto la pérdida de poder causal de la nupcialidad sobre la movilidad residencial, sino, como dice Courgeau (1988a) siempre que aborda este tema, que la causalidad no es exclusivamente unidireccional y que el comportamiento migratorio anterior y contemporáneo de los individuos también afecta a la intensidad y el calendario de la nupcialidad. Así el matrimonio es más rápido entre los emancipados que entre los que continúan en casa de los padres. Tradicionalmente, la necesidad de una migración de larga distancia por razones laborales de uno de los miembros, sobre todo el hombre, implicaba la celebración rápida de matrimonio para que la mujer “pudiera” acompañarlo en ese movimiento residencial y vivir juntos en la nueva localización.

El matrimonio influye también sobre la movilidad residencial posterior. En una primera aproximación de conjunto al tema se diría que las personas emparejadas son más móviles que las personas sin cónyuge (Bonvalet, 1993). Sin embargo, esta mayor movilidad se resume, sencillamente, en que como mínimo casi todos los casados han efectuado un movimiento residencial en coincidencia con el momento de contraer matrimonio, mientras que la mayoría de los que permanecen solteros en edades avanzadas (agricultores de áreas marginadas, enfermos crónicos, etc.) no han tenido necesidad o no han podido dejar nunca la vivienda en que convivían con sus padres. Pero si se considera la historia migratoria a partir del momento del matrimonio se pone de manifiesto la extraordinaria estabilidad residencial que caracteriza a las personas casadas, con tasas

de movilidad inferiores a la mitad de las del conjunto de la población (Courgeau, 1985). Hay que diferenciar, por tanto, movilidad por matrimonio de movilidad de los casados. Ya hemos dicho que la movilidad anterior al matrimonio tiende a aumentar, lo que en parte incide en una disminución de la necesidad del desplazamiento residencial que coincide con el matrimonio (Mulder, 1993).

Por tanto, una de las consecuencias de la elección del matrimonio es que aumenta la estabilidad residencial y, por tanto, el arraigo en la vivienda y en el lugar de residencia. Esta estabilidad se ve favorecida por la mayor propensión de los hogares de parejas casadas a comprar la vivienda en la que habitan ya sea en el momento de matrimoniar (como en España) ya sea más adelante (como es común en la mayoría de países). Por otro lado, los cohabitantes tienden más a iniciar y a prolongar su estancia en el sector de alquiler. Ya Bonvalet y Merlin (1988b) resumían los resultados de diferentes observaciones en la afirmación de que los cohabitantes usan viviendas diferentes de las de las parejas casadas de misma edad, tanto en la localización espacial, el tipo de inmueble como el tipo de tenencia. Las relaciones internas en la pareja y los significados distintos que se atribuyen por unos y por otros a la unión influyen en las decisiones residenciales de una manera evidente. Sería otro ejemplo de las dos estrategias vitales a partir de la emancipación enunciadas por Mulder (1993) pero que aparece, menos explícitamente, en otros estudiosos de las relaciones entre hogar y vivienda (Bernard, 1995). Los cohabitantes querrían mediante la elección del alquiler salvaguardar también en el tema habitacional la libertad y el deseo de no comprometerse que se les supone. La seguridad en el futuro percibida por los que se casan se traduciría en una apuesta por la propiedad como estrategia económica (no deja de ser una inversión financiera), y como reflejo de un deseo de integración y representación social.

Sin embargo, es legítimo plantearse esta cuestión de otra manera. ¿No sería precisamente que el deseo o la necesidad de comprar la vivienda influye en el tipo de unión elegida? ¿No será que los que escogen, pongamos que de acuerdo con la pareja, en otros países un planteamiento de inversión, estabilidad residencial y, posiblemente, reproducción de prácticas familiares estén condicionados a contraer matrimonio como premisa para esa estrategia? Hay que tener en cuenta que comprar una vivienda implica una estrategia consumidora de tiempo (tiempo para ahorrar, tiempo para pagar la hipoteca, tiempo para alcanzar una estabilidad laboral mínima de ambos miembros de la pareja) y de recursos que sólo se puede basar en una extremada seguridad de la solidez de la pareja. ¿No es el matrimonio la forma más socialmente aceptada de formalizar ese compromiso de mutua confianza en el interior de la pareja y, quizá todavía más importante, entre la pareja y la red familiar que apoya esa opción residencial? Hagamos la relación definitiva: ¿No representará el hecho de comprar una vivienda un condicionante para optar por casarse? Ahora pensemos en un país como España en que la inmensa mayoría del parque de viviendas tanto nuevo como de segunda mano es en propiedad y donde el mercado de alquiler cumple un papel marginal en el mercado de vivienda principal y sólo es importante como alojamiento turístico de temporada. La mayoría de las parejas se

verían casi obligadas a acceder desde buen principio a la vivienda en propiedad para iniciar su vida en común. ¿No se les estará obligando, por tanto, hasta un cierto punto a casarse? ¿No sería un factor explicativo adicional de la realmente baja cifra de parejas cohabitantes en nuestro país? ¿No se explicaría también en parte el retraso de la nupcialidad? Porque como dice Dieleman (1995) no precisamente para el caso español "...sólo cuando las relaciones personales y la situación laboral de los hogares han alcanzado una relativa estabilidad, los hogares pueden y desean hacer los elevados compromisos financieros de comprar una casa." (p.3). ¿Qué pasa cuando este proceso es casi necesario realizarlo antes (no después) de la formación de la pareja? Como se verá más adelante, este apunte sobre la realidad española se integra con otros para explicar el bajo nivel de la movilidad residencial urbana con respecto a otros países.

En resumen, el predominio absoluto de la vivienda en propiedad en España ha tenido dos claras consecuencias en el tipo de evolución familiar de los hogares. Por un lado, ha obligado a un retraso generalizado del momento de formar la unión que desde principios de los años ochenta se traduce en tasas coyunturales bajísimas de nupcialidad. La boda no se produce hasta haber comprado la casa y ésta depende de haber conseguido un cierto ahorro y una estabilidad laboral de ambos miembros de la pareja (Iglesias de Ussel, 1993). Pero por otro lado ha condicionado la elección multitudinaria de la vía matrimonial porque es el mejor método para ofrecer seguridad de la estabilidad de la unión a las respectivas redes cercanas de parentesco, que arriesgan parte de su capital en la obtención de la vivienda.

Es interesante observar en relación a la movilidad residencial urbana de los que se casan (o forman pareja) la diversidad de los orígenes. Diversidad que puede ser social, espacial, económica, familiar. Lo que más se observa es una cierta correspondencia entre estas características por parte de los dos cónyuges. Es decir, puede hablarse de una cierta homogamia entre los cónyuges. Esta homogamia es también residencial, se convierte en endogamia, ya que los cónyuges suelen vivir próximos espacialmente antes de unirse (Bonvalet, Bringe, Riandey, 1988) o han tenido experiencias en cuanto al tipo, tenencia y calidad de la vivienda semejantes (Bonvalet, 1993), lo que en definitiva no deja de ser una expresión más de la homogamia social.

2.4.4 Movilidad residencial y construcción y consolidación de la familia

En el apartado anterior se ha apuntado que la fase de hogar constituido significa una menor movilidad residencial para los individuos que lo constituyen. La estabilidad residencial es en comparación con la etapa ligada a la emancipación y la formación de la unión. Sin embargo, que haya estabilidad no significa que no se produzcan movimientos residenciales. Durante el período que sigue a la formalización e independencia residencial de la unión se construye la mayor parte de la descendencia, es decir, se tienen los hijos y, en multitud de ocasiones, sobre todo, fuera de nuestro país, se realiza la transición desde la vivienda de alquiler hacia la vivienda en propiedad.

En los primeros estudios de la relación entre la evolución del hogar y la movilidad residencial se estudió ya la diferente incidencia de las distintas etapas evolutivas. Así Chevan (1971) cuando estudia la experiencia migratoria en función de la duración del matrimonio en el área de Filadelfia observa un descenso de la movilidad con el transcurso del tiempo. Los primeros años de matrimonio son los que sufren las mayores presiones sobre la vivienda ejercidas por el nacimiento de los sucesivos hijos, al igual que es el momento en que se definen las relaciones definitivas entre el hogar y el tipo de vivienda. No sólo hay que estudiar los factores de fase –estar casado o no– sino también de duración –cuánto hace que se está casado– (Speare, Goldstein, Frey, 1975: 130). El número total de hijos tenidos (o su efecto agregado a nivel generacional según varíe el indicador de descendencia final) afecta a la demanda de vivienda en dos sentidos: altera el tamaño total del hogar y el número de años vividos en convivencia con los hijos (Sweet, 1990: 46).

Es de suponer, por tanto, que todo lo demás igual, a mayor descendencia final, a mayor número de hijos tenidos, más movimientos migratorios habrá tenido un hogar. Las parejas sin hijos son las que menos movimientos residenciales suelen hacer, mientras que conforme aumenta el número de hijos, lo hace ligeramente el número de desplazamientos (Lelièvre, 1990b: 79). Sin embargo, parece más importante la cercanía en el pasado de un nacimiento para esperar un aumento de la movilidad. En la investigación realizada en Providence (Estados Unidos) por Speare, Goldstein y Frey (1975) se establece que la tasa de movilidad de una pareja que ha tenido un hijo en los dos años anteriores más que triplica la de una pareja cuyo último hijo nació 16 años antes. Los hijos constituyen un motivo de replanteamiento de las condiciones de alojamiento del hogar ya sea para ampliar el espacio habitable o para mejorar la calidad del entorno. Naturalmente, cuanto peor ajustada esté la vivienda al tamaño del hogar (medido mediante un indicador de densidad habitacional) mayor será la

propensión a desplazarse. Esta necesidad de realizar un ajuste residencial se hace más patente con el nacimiento del primer hijo, momento en que es normal realizar la transición de una vivienda dedicada a una pareja sola a una vivienda dedicada a una pareja con hijos. Así en dicha investigación la tasa de movilidad de los que esperan un primer hijo o lo han tenido en los dos años anteriores dobla la de las personas que hace tres a cinco años que lo han tenido. El efecto del nacimiento del primer hijo en Estados Unidos sobre la movilidad residencial parece ser independiente del tipo de tenencia de la vivienda (Speare, Goldstein, Frey, 1975: 160), aunque la globalidad de cambios relacionados con ajustes en el tamaño de la familia tienen más incidencia entre los individuos que viven en alquiler, mientras que los individuos que viven en propiedad se mueven más por razones de movilidad social.

Sin embargo, ulteriores investigaciones mostraron que es discutible señalar el momento de la boda o el momento del nacimiento del primer hijo como puntos de inflexión entre una etapa de elevada movilidad y otra de relativa estabilidad. Así Clark y Onaka (1983) señalan que “los estudios que incluyen [el factor ciclo familiar], ...muestran que las frecuencias relativas de cambios en el empleo o en el tamaño de la familia como razones del cambio residencial son muy pequeñas” (p.48). Suele indicarse que el momento clave del ciclo residencial se alcanza cuando se accede por primera vez a la propiedad de la vivienda. Con anterioridad se produce un encadenamiento de movimientos en el sector de alquiler, iniciado quizá antes de la unión y continuado después, que no se continúa tras efectuar la compra con la misma intensidad. Dieleman (1995) estudia “el paso de vivir en alquiler a ser propietario como el acontecimiento más importante en el proceso de movilidad” (p.3). Por tanto, el estudio de la intensidad y del calendario del acceso a la propiedad es un elemento importantísimo para valorar la intensidad actual y futura de la movilidad residencial. Así Bonvalet (1990b) señala que dos tercios de los individuos encuestados que directamente acceden a la propiedad, es decir, sin pasar por otro tipo de tenencia anterior, no efectuaron otro cambio posterior. La propiedad es un factor de estabilidad residencial de las familias independientemente del momento en que se accede a este régimen de tenencia. En Francia en la generación 1926-35 sólo una quinta parte pasó directamente de casa de los padres a una vivienda en propiedad. En España estas cifras, para generaciones actuales, seguramente serán muy superiores. Sin embargo, en todo el ámbito occidental es algo común que cada vez se accede en edades más jóvenes a la propiedad de la vivienda donde se habita.

Uno puede interrogarse, a la vista de lo dicho hasta ahora, si no existe una interferencia del comportamiento de fecundidad sobre el acceso a la propiedad. Varios autores se han interesado por el tema (Cuturello, Godard, 1982; Bonvalet, 1990b; Lelièvre, 1990a; Mulder, 1993). Lelièvre observa resultados contradictorios ya que el hecho de no tener hijos parece facilitar el acceso a la propiedad, pero igualmente descendencias grandes (tres hijos) no constituyen un obstáculo serio. Bonvalet da por descontado la existencia de una seria interferencia entre ambos procesos porque los dos tienen lugar al mismo tiempo, es decir, en la etapa de desarrollo familiar. Esta interferencia cabría analizarla

bajo dos supuestos. El primero que exista una substitución entre los dos comportamientos, es decir, que los que tienen hijos (varios) no accedan a la propiedad o que los que acceden a la propiedad no tengan hijos. Descarta esta aproximación; ya se ha visto que Lelièvre siguiendo esta hipótesis no llega a ninguna conclusión. El otro supuesto de aproximación prevé la existencia de una estrategia de calendario.

Los dos procesos, constitución de la descendencia y acceso a la propiedad, no se sustituirían sino que se sucederían en el tiempo. Hay dos posibilidades. El acceso a la propiedad puede efectuarse una vez cumplida toda la fecundidad o bien se atrasa la fecundidad hasta que se haya accedido a la propiedad. Estas dos opciones se relacionan con la existencia de dos períodos privilegiados de ahorro en las parejas, coincidentes con las etapas anterior y posterior respectivamente a la constitución y crianza de la familia. En el caso de Francia, ambos son aprovechados para acceder a la propiedad o cambiar de vivienda en propiedad. Esto significa que las familias en Francia que acceden a la propiedad (dejemos de lado las que nunca lo hacen) se deben de dividir en dos subgrupos: uno de movilidad residencial más intensa, ligado a un acceso tardío a la propiedad, y otro de movilidad más reducida, los que acceden a la propiedad de inmediato. El acceso tardío permite un largo período de doble ingreso (condición indispensable es que los dos miembros tengan un empleo estable) que puede dedicarse a ahorrar para la compra o mejora de la vivienda (Mulder, 1993). En España, como se va apuntando poco a poco, las condiciones del mercado de la vivienda condicionan una experiencia de emancipación familiar ligada al acceso a la propiedad. El esfuerzo temporal y económico que requiere esta operación influye en un retraso no tanto de la constitución de la descendencia como de la constitución independiente misma del hogar. El retraso de la descendencia es inmediato e incrementado por la carga financiera que arrastra desde el mero inicio el nuevo hogar.

Cuturello y Godard (1982; citado en Cuturello, 1988 y Lelièvre, 1990a) proponen un esquema de cuatro tipos de organización del ciclo de vida familiar en relación con el acceso a la propiedad para el caso francés, en el que relacionan las ideas anteriores con la posición social del hogar:

1. Los que acceden a la propiedad tras más de 10 años del nacimiento del último hijo, cuando las cargas familiares son menos pesadas. En este tipo estarían sobrerrepresentados los obreros.

2. Los que acceden entre 5 y 10 años después del último nacimiento. Los gastos de la infancia se acumulan con los de la vivienda.

3. Los que acceden entre 0 y 5 años después del último nacimiento. Es el grupo típico de los cuadros superiores como en el grupo anterior.

4. La relación es inversa: se accede a la propiedad antes de comenzar la constitución de la familia, aprovechando el período de actividad profesional de la mujer para constituir un patrimonio.

Mientras tanto, el matrimonio está libre de otras restricciones financieras. Esta opción sería la elegida por los técnicos y cuadros medios.

Nótese como no mencionan otra posible alternativa: la adquisición de la vivienda antes de la constitución de la pareja, que sería la opción mayoritaria en España, independientemente de la categoría social.

Mulder apunta que el hecho de acceder a la propiedad puede incidir en una reducción de la descendencia final de las familias. También constata que objetivamente se ha de esperar que a una menor descendencia final tenga que corresponder una disminución de la movilidad residencial final de los hogares

2.4.5 Separación y divorcio.

La disolución de la pareja por motivos no biológicos, es decir, sin que medie la defunción de al menos uno de los cónyuges está aumentando paulatinamente en el ámbito occidental, y España no es ninguna excepción aunque tanto cuantitativa como cualitativamente tiene un impacto diferente en términos de movilidad residencial. En los modelos clásicos de evolución residencial de las familias no se contemplaba esta transición que representa una ruptura del ciclo lineal. La toma de conciencia de su importancia coincide con el aumento de los divorcios en la sociedad occidental. Los estudios de movilidad residencial paulatinamente han ido integrando este fenómeno cada vez más extendido. Así, en el caso de Holanda donde está bastante estudiado el impacto de la disolución matrimonial sobre la movilidad residencial, se constatan como cifras previas que durante los años ochenta los divorcios representan ya más del 40% de los matrimonios cada año, de tal manera que se prevé que en el cambio de siglo un 12,5% de los hogares esté formado por divorciados (Dieleman, Schouw, 1989; Van Noortwijk, Hooimeijer, Dieleman, 1992). En Francia la relación divorcios/matrimonios pasa del 30%, mientras que en 1995 se alcanzaba el 25% en Cataluña y el 16% en España (Solsona, Houle, Simó, Treviño, 1997).

En principio una separación matrimonial implica un desplazamiento espacial para como mínimo un miembro de la pareja. En realidad, el movimiento se produce antes de la fecha de la separación legal o la sentencia de divorcio, por lo que el impacto sobre la movilidad es anterior casi siempre a la constatación estadística de la disolución. El impacto sobre el mercado de la vivienda a corto plazo es bastante mayor que en otro tipo de desplazamientos por cuanto en muchas ocasiones no se libera una vivienda (donde permanece uno de los cónyuges) mientras que sí se demandaría una nueva (para el otro). Sin embargo, este incremento directo de la demanda neta no siempre es así. Por ejemplo, en España donde suele ser el hombre quién sale de la vivienda conyugal hay un

importantísimo retorno al hogar paterno, por lo que el divorcio no afecta apenas al mercado de la vivienda (Garrido, Requena, 1997: 19). Sí que permanece el hecho de que se produce como mínimo un movimiento migratorio.

Sin embargo, en los países donde la extensión del divorcio es mayor, como el caso citado de Holanda, el impacto a largo plazo es bastante inferior al impacto a corto plazo. A la larga hay un cierto porcentaje de parejas disueltas que vuelven a unirse, que se unen con otra persona, mueren... A la larga, más de seis años, se estima que sólo un 30-35% de los divorciados ejercen una demanda real extra sobre el mercado de la vivienda (Dieleman, Schouw, 1989: 243). En España, aunque esta proporción sea semejante, hay que retener siempre que la incidencia del divorcio y la separación es todavía bastante inferior.

No cabe duda de que, independientemente de la demanda final agregada que represente la divorcialidad, hay en primer lugar una presión evidente sobre ciertos segmentos del mercado de la vivienda y, por supuesto, una elevación de la intensidad migratoria de los individuos, en relación con la disolución y la posible entrada en una nueva pareja.

El divorcio implica una ruptura en la trayectoria residencial de los individuos, por cuanto se rompe la evolución del hogar, no sólo de los que tienen que desplazarse sino también del miembro no móvil. El destino inicial de los desplazamientos suelen ser viviendas de peor calidad o con un régimen de tenencia más frágil que la vivienda de origen, si es que no vuelven a una situación de dependencia residencial. Según Van Noortwijk *et al.* (1992) las disparidades entre las condiciones de vivienda de la población divorciada y la del resto de la población (a igualdad de edad, por ejemplo) “no provienen solamente de las diferencias de ingresos [porque como media los divorciados o separados suelen estar en peor situación económica], de la composición del hogar [más reducida] o del grado de urbanización [ya que los divorciados suelen ser más frecuentes en medios urbanos], sino igualmente del simple hecho de su situación de familia” (p.77).

El hecho de ser divorciado implica un empeoramiento de las condiciones de vivienda, ya que la mayoría pasan de una situación de propietario a otra de inquilino, de vivir en una casa quizá unifamiliar a hacerlo en una vivienda plurifamiliar, etc. Los hogares de divorciados “tienen que comenzar de nuevo en el mercado de la vivienda en los escalones más bajos, mientras que los hogares que han permanecido en la vivienda anterior puede que tengan que realizar un movimiento de ajuste a la

nueva situación del hogar más tarde” (Dieleman *et al.*, 1985: 236). Es normal que tras el divorcio se recurra a alojamientos provisionales, a la familia o amigos, para en ese momento iniciar la búsqueda de una vivienda más estable y ajustada a las nuevas necesidades e ingresos. Posteriormente, un nuevo desplazamiento acompaña a una nueva unión.

A diferencia de lo que se supondría, en nuestro contexto europeo la mujer tiene prácticamente la misma probabilidad que el hombre de dejar el domicilio conyugal (Festy, 1990, Lelièvre, 1990a), más del 50% en el caso francés. Tras cinco años más del 75% han dejado el antiguo domicilio conyugal. La edad en el momento de la disolución favorece la permanencia de la mujer en el hogar anterior, en relación con la presencia de hijos. También, la clase social influye. Parece, al menos en Francia, que las parejas de clase media-baja acaban separándose más frecuentemente que el resto. Sin embargo, es más probable que las mujeres divorciadas de clase media-baja no efectúen ningún movimiento residencial tras la separación. Posiblemente, la frecuencia entre ellas de una nueva unión sea menor. En España parece evidente la sobremasculinidad en este tipo de movilidad residencial. La extensión de la propiedad funciona como salvaguarda para la mujer en estos casos. La precaria inserción laboral y la ausencia consecuente de autonomía financiera de buena parte de las mujeres podría favorecer la consideración del acceso a la vivienda en propiedad como una especie de seguro de disolución. Estaríamos ante una estrategia más o menos consciente de comportamiento residencial⁵.

2.4.6 Jubilación y vejez

Tras una fase de relativa estabilidad residencial que coincide con el período de crecimiento de los hijos, se inicia tras el proceso de emancipación de estos un nuevo período de recuestionamiento de las necesidades residenciales que lleva a una parte significativa de los hogares a un movimiento residencial. Esta afirmación se ve reflejada en los modelos clásicos de evolución residencial, aunque como hemos visto más arriba, esta etapa sucede a una estabilidad cada vez menos extendida. La última etapa de movilidad residencial suele comenzar aproximadamente a los 50-55 años, cuando acaba la emancipación residencial de los hijos y se inicia la salida del mercado laboral (Bonvalet, 1990c). Ambas circunstancias condicionan los proyectos de retiro y si ese proyecto lleva consigo un

⁵ Esta hipótesis me ha sido comunicada por Anna Cabré en el transcurso de diversas conversaciones en torno a la presente tesis y futuras investigaciones que se desarrollarán en el Centre d'Estudis Demogràfics sobre las interrelaciones entre comportamiento demográfico y desarrollo familiar.

cambio residencial. A ello hay que sumar una circunstancia nunca planeada pero que influye en la toma de decisiones residenciales inducidas: la viudez. Dada la esperanza de vida a los cincuenta años, esta "etapa" puede cubrir perfectamente bastante más de un tercio de la vida de las personas. Se comprende que dominará una extremada complejidad interna de situaciones, en especial si se piensa en el abanico de edades. ¿Qué tienen en común una pareja que decide retirarse a la vivienda secundaria cuando ambos tienen 60 años, con una mujer viuda que con 85 años deja de vivir en solitario para acogerse en casa de uno de sus hijos? (Warnes, A.M., 1992, 1995).

La partida de los hijos deja a la pareja ante una vivienda que puede superar sus necesidades de espacio o que empieza a ser demasiado grande para su mantenimiento. Hay pocos estudios efectuados sobre esta fase evolutiva, en parte previa a la jubilación. Una excepción es el estudio de Lundin (1992) para Suecia, en que evidencia que en este país la mejora de la calidad de la vivienda y la extensión de la propiedad aumenta la estabilidad en ese momento. La jubilación de los miembros de la pareja, una vez emancipados los hijos, les desvincula de su movilidad obligada diaria por motivo de trabajo y les permite cuestionar la localización de la vivienda, así como también ciertas características de tamaño, calidad y tenencia. La viudez, especialmente a edades muy avanzadas, exacerba la precariedad residencial de los individuos lo que induce al abandono de la vivienda para ir a una institución de acogida o a casa de algún familiar directo. Sería el cambio residencial que cierra la trayectoria residencial de los individuos, tras el que se regresaría a una condición de dependencia, al menos residencial.

Si en el caso del divorcio, también un cambio familiar generalmente no planeado, la movilidad inducida suele ser de corta distancia y urbana, en el caso de la movilidad en edades avanzadas, especialmente tras la jubilación, la movilidad intraurbana tiene una importancia menor. En primer lugar, se ha de considerar que muchas parejas no se mueven. Cribier (1990) muestra que de una generación de parisinos nacidos entre 1906 y 1912 no ha cambiado de vivienda un 40% desde el momento del retiro. Un 35% ha dejado la aglomeración de París hacia los lugares de origen u otros destinos como las zonas marítimas. Por tanto, un 25% ha realizado algún movimiento intrametropolitano.

La mayoría de los desplazamientos intraurbanos se concentran en un período inmediatamente posterior a la jubilación. Están más unidos a la solución de un problema de vivienda o a situaciones de fragilidad familiar o económica, a diferencia de los movimientos de retorno o retiro. Los migrantes intraurbanos suelen ser mujeres solas, personas de pequeños ingresos o personas mal alojadas (Bonvalet, 1990c). La finalidad inmediata del cambio es sobretodo acercarse a vivir cerca de los hijos

si estos están en la periferia, encontrar una vivienda que sustituya la que se ocupó cedida por la empresa, ir a vivir a una vivienda secundaria, dejar una vivienda incómoda para una edad avanzada (Cribier, 1990).

2.4.7 Nuevas etapas, nuevos ciclos.

Como hemos visto en los apartados anteriores, el incremento de nuevas etapas y de nuevas situaciones familiares, invalida las consideraciones rígidas y estáticas de las relaciones entre desarrollo familiar, demanda de vivienda y movilidad residencial.

Aparecen nuevos estadios familiares, nuevas transiciones, nuevos encaminamientos de los individuos a través de las posibilidades de estructuración de los hogares. La diversidad de la población candidata a efectuar movimientos residenciales se ha incrementado y ha hecho más complejo el análisis. No sólo ha variado el número de posibles situaciones familiares y de transiciones entre ellas, sino también la relación que cada fase familiar mantenía con un tipo de vivienda. Así, parece una tendencia universal el incremento de la tasa de propiedad en las familias nucleares aunque estas disminuyan poco a poco. Paralelamente, la preferencia por una vivienda en alquiler ha disminuido aunque los hogares más propensos hayan aumentado. Es decir, hay que analizar no sólo los cambios en el tiempo de las estructuras familiares y de las principales pautas de evolución familiar, sino cómo cada tipo familiar cambia sus preferencias por los distintos tipos de vivienda y localizaciones (Sweet, 1990).

Hay que reformular por tanto el análisis longitudinal de generaciones individuales. No tienen ya en común una única pauta de desarrollo familiar. Tampoco siguieron un único modelo las generaciones más antiguas. ¿Qué es lo que tienen en común los individuos nacidos en un mismo momento y que se prolonga a lo largo de sus vidas? No será un único comportamiento familiar y residencial, pero conservan la influencia de unos mismos acontecimientos sociales y económicos externos que les afectaron a la misma edad. Mantienen un parecido ambiente exterior. Y, sobre todo, la igualdad de edad hace que tengan que enfrentarse aproximadamente al mismo tiempo a diferentes retos vitales a los cuales darán respuestas, eso sí, diferentes: llegarán a una etapa en que tendrán que cuestionarse cómo y cuándo emanciparse, la formación de una pareja, el acceso a una vivienda... (Pitrou, 1982)

El concepto de curso de vida ofrece un marco adecuado para albergar la necesidad de estudios menos lineales. Futuros estudios sobre la creación de la demanda residencial por los hogares deberían tener en cuenta las causas y también las consecuencias de los movimientos ascendentes, descendentes y horizontales en las carreras residenciales, profundizar en las

cuestiones de calendario e interrelaciones entre las distintas evoluciones vitales y en el tema de las estrategias activas seguidas por los individuos en relación con sus trayectorias residenciales.

2.4.8 La estructura demográfica como componente de la demanda

¿Por qué unas áreas presentan más movilidad que otras? Esta pregunta es pertinente en un análisis de la movilidad residencial de áreas metropolitanas. También se la hicieron Speare, Goldstein y Frey (1975) en su investigación sobre el área de Providence (Rhode Island, Estados Unidos). En un capítulo consagrado a los determinantes zonales de la movilidad residencial llegan a la conclusión de que son las características individuales y no las ecológicas las que explicaban las variaciones, pequeñas, de los niveles de movilidad intraurbana, si se quiere, del porcentaje de individuos que en cada fracción de tiempo demanda una nueva vivienda.

En su investigación, indicadores territorializados de categoría socioeconómica, tipo de familia dominante, el cambio en ambos indicadores y la movilidad pasada tienen un poder de explicación relativamente pequeño en comparación con las características individuales. El nivel de movilidad de cada área depende de su combinación particular de subgrupos poblacionales con tendencias migratorias diferentes en función de la edad, la estructura familiar y características socioeconómicas. Sin embargo, no hay que descartar, pese a que su influencia sea menor los rasgos contextuales que elevan o disminuyen la propensión migratoria de todos los subgrupos presentes, sea cual sea su nivel particular, como ya observó Rossi (1955).

Por tanto, la explicación de las diferencias internas en las áreas urbanas en los niveles de movilidad ha de basarse en: 1) estudiar la composición de la población en los grupos propensos y no propensos a la movilidad y 2) variables contextuales que influyan en toda la población. Por ejemplo, podría ser interesante tener en cuenta la influencia de la situación de paro sobre la movilidad residencial metropolitana. Según este razonamiento un primer análisis valoraría el peso de la población con problema de paro sobre el total (o de hogares con al menos un parado, o de jóvenes parados en edad de emancipación, etc.). Un segundo nivel de análisis consideraría que la tasa de paro es un indicador de ambiente social que puede aplicarse a toda la población. Sin embargo, en ambos casos, la relación de "causalidad" partiría seguramente de considerar que una mayor presencia de paro refrena la intensidad de la movilidad residencial.

Aunque las características individuales y familiares dominan para explicar la movilidad, Speare, Goldstein y Frey (1975) encuentran que la movilidad pasada tiene una importancia mayor en las áreas densamente pobladas y el tipo familiar en las áreas periféricas. Recomiendan que las investigaciones que quieran incidir en los factores ambientales deberían estratificar las áreas de análisis a partir de medidas agregadas de características individuales (edad, estado civil, porcentaje de propiedad). De todas maneras, la influencia del ambiente social se ejerce siempre de una manera territorializada.

Para evaluar la demanda agregada de las distintas unidades espaciales las principales variables que hay que considerar son la estructura de edad de la población, la estructura de tenencia, la estructura familiar y el porcentaje de inmigración exterior. Un mayor porcentaje de jóvenes en edad de emancipación, un mayor número de viviendas en alquiler, un menor número de familias nucleares con la descendencia completa, un mayor número de inmigrantes exteriores conducen a un aumento de la movilidad agregada de un área. Es decir, aquellas áreas en que una mayor parte de su población corre el riesgo de realizar transiciones en su ciclo familiar o residencial o tiene una situación residencial precaria.

La mayor movilidad agregada de las áreas centrales metropolitanas respecto la periferia ha sido producto, por este orden, de su mayor población absoluta, de una composición de la población más favorable y, por último, de una propensión mayor a la movilidad por parte de los diferentes grupos. Efectivamente, las áreas centrales han concentrado la mayor parte de la población de los ámbitos metropolitanos y, por tanto, una parte proporcional de los migrantes totales tenían su origen allí. Hasta cierto punto era comprensible que al tratar el sistema de movilidad residencial metropolitano prácticamente se obviara el papel de la movilidad generada desde la periferia. Sin embargo, esta suposición tiene cada vez menos validez, ya que la misma estructura de la movilidad residencial incrementa la proporción de la población en el área periférica y, por lo tanto, el peso de los movimientos que se originan allí. ¿Cómo definir el resultado territorial de los flujos de movilidad residencial que se establecen en un área metropolitana en que, pongamos por caso, más de la mitad de la población no vive en la ciudad central? Los individuos que parten de ubicaciones situadas en la periferia es seguro que no ayudan a la desconcentración del área en el sentido tradicional de pérdida de población del centro metropolitano.

Tradicionalmente la desconcentración de población afectaba a personas u hogares en riesgo de moverse situados en el sector central que encontraban su nueva vivienda en localizaciones más periféricas y donde, una vez efectuado el desplazamiento, se convertían en hogares estables residencialmente. Estructuralmente, esto proceso implicaba la presencia de un porcentaje elevado de parejas de edad joven-madura junto con un gran número de niños en la periferia. Mientras que en

el centro existía la diversidad social que implicaba la presencia de grupos potencialmente móviles, en la periferia se instalaba una población potencialmente estable. El factor composicional parecía favorecer una intensidad de movilidad superior en el centro. Sin embargo, aunque el patrón por edad y familiar de los desplazamientos centro-periferia fuera estable, el mero paso del tiempo significaba que en la periferia, por un lado, un mayor número de jóvenes llegaba a la edad de emancipación y, por otro, se registraba un aumento de la mortalidad domiciliar, es decir, de la desaparición física de hogares instalados con anterioridad. Igualmente, tampoco han sido tan uniforme la composición de los flujos desde el centro a la periferia. La heterogeneidad presente en las poblaciones de origen se ha reflejado en su población migrante, por lo que la variedad de la población residente en la periferia ha sido relativamente elevada desde un comienzo. Incluyendo los subconjuntos de población con mayor propensión a la movilidad.

La composición actual de la población de las distintas unidades espaciales de un área metropolitana es producto de la historia residencial (Le Bras, Chesnais, 1976). Es producto tanto del tipo de individuos u hogares que se instalaban como de la concentración temporal de la llegada. En el caso extremo, la construcción de golpe de un nuevo polígono residencial en la periferia en que se reproduce un mismo tipo de vivienda significa, si la ocupación es completa al poco de su construcción, que la estructura de la población será totalmente homogénea. Si la construcción y la ocupación residencial es más lenta, aunque la oferta vaya dirigida a un mismo tipo de hogar, el mero transcurso del tiempo impregna a la población con una variabilidad aunque sea sólo en términos de la distribución por edad de los individuos. Evidentemente, es preferible la existencia de una cierta heterogeneidad estructural de la población en cada unidad residencial: la demanda de los diversos servicios, entre ellos la vivienda, se irá expresando poco a poco. En una unidad demográficamente homogénea (piénsese en la multitud de polígonos, municipios periféricos y ensanches actuales de las grandes ciudades en España), se necesitarán un elevado número de plazas escolares a corto plazo que luego quedarán vacías cuando los hijos crezcan; la emancipación de los hijos se produce en el mismo momento sin que exista un número significativo de viviendas libres (por mortalidad domiciliar, por segundas transiciones, suponiendo también que el suelo para nueva vivienda ya está agotado); el abandono de la unidad espacial de origen es un paso casi obligado. Igualmente los hogares de los padres envejecerán al mismo tiempo, lo que producirá por ejemplo que la oferta de vivienda de segunda mano por mortalidad domiciliar se producirá al mismo tiempo, unos cuarenta o cincuenta años después de la construcción de la zona urbana (suponiendo la extensión de la propiedad y una clase social media-baja), demasiado tarde para los hijos.

¿Qué elementos intervienen en la pretendida mayor preferencia a la movilidad de la población central? Si un mismo subgrupo poblacional, con unas preferencias y propensiones a la movilidad similares, presenta niveles de movilidad desiguales según su localización se ha de concluir que la diferencia debe achacarse al contexto espacial. En este estadio es importantísimo diferenciar el

simple cambio de vivienda del desplazamiento migratorio. Podríamos preguntarnos si similares individuos tienden a moverse con mayor intensidad y tienden más a desplazarse fuera del ámbito estrictamente local. La bibliografía sobre movilidad ha tendido, mientras no se ha hecho un análisis de cursos de vida apropiado a la diversidad de la población, a suponer que la mera localización de la residencia del individuo determinaba su predisposición a la movilidad. Sin embargo, hay que recordar que ni la periferia ni tampoco el centro son ámbitos homogéneos, ni social ni urbanísticamente. La misma complejidad que se ha configurado históricamente en las ciudades centrales se ha ido trasladando a las periferias metropolitanas, en algunos casos reproduciendo contextos muy similares: creación de espacios densificados, zonas de bloque multifamiliar, etc.

2.5 La organización de la oferta residencial

En el último apartado del capítulo anterior hemos comentado algunos elementos que explican la variabilidad espacial de la demanda de movilidad residencial. La historia pasada de la evolución urbana explica en parte la demanda agregada futura de vivienda y movilidad. Pero, ¿dónde se localizan los flujos de movilidad generados? La demanda de vivienda se expresa en movilidad residencial cuando encuentra una oferta que cubre parte o todas sus necesidades y/o expectativas. La oferta, claro está, se expresa en cantidad, calidad, precio, tipo de tenencia y localización de la vivienda dentro del marco metropolitano. En el presente capítulo abordaremos rápidamente algunos de los elementos más interesantes que hay que tener en cuenta.

2.5.1 Mercado de vivienda o mercados de vivienda en el área metropolitana

Mientras que el análisis de la demanda residencial a través de las diferentes trayectorias de vida puede realizarse a escala nacional o incluso internacional, este planteamiento es más problemático cuando se analiza la composición de la población o la oferta de vivienda.

En efecto, puede suponerse que la influencia del ciclo de vida familiar o laboral sobre el comportamiento residencial de la población, es decir, la definición de una norma social que sirve de referencia a la población puede servir para un marco espacial amplio que podemos hacer coincidir con un marco más o menos homogéneo como puede ser un Estado. Sin embargo, aunque puede

delimitarse la influencia que la estructura de la población, en sentido amplio, tiene sobre el nivel de movilidad de un ámbito estatal, traducido incluso en un indicador de nivel, este indicador sólo funcionará en ese marco general y será de imposible traslación a escalas inferiores. Si queremos pasar del marco estatal a nuestro marco metropolitano deberemos reformular por completo el cuadro de relaciones entre estructura de la población y nivel de movilidad y aun así no se podrá aplicar a una escala local.

Cuando en vez de considerar las diferentes expresiones de la demanda, ya sea en su vertiente individual o agregada, pasamos al estudio del papel de la oferta este problema se repite de nuevo. Aunque a escala estatal es posible, e incluso pertinente, considerar los mecanismos de producción de nueva vivienda, el tipo de vivienda producida y la cantidad de vivienda que en cada momento hay en el mercado, cuando se trata de explorar las razones que llevan a los migrantes metropolitanos a escoger unos destinos específicos no basta con la presencia de este marco general. Es preciso descender a la escala local para comprender como se configura la oferta de vivienda a la que accederán las personas que efectúan un desplazamiento en el mismo entorno local y los procedentes del resto del área metropolitana. Tal como dicen Moore y Clark (1990), "los factores que influyen en la oferta [tasas de nueva construcción, crecimiento del parque de viviendas, crecimiento del volumen de empleo a nivel local, la disponibilidad de financiación, controles públicos] dependen sólo en parte de factores que operan a nivel nacional. La mayor parte de las influencias que recibe la oferta están fuertemente localizadas y reflejan la volatilidad diferencial de las economías locales y los rasgos particulares de las decisiones políticas locales" (p. 204).

La diversidad de los mercados de vivienda se basa en un conjunto de características de la vivienda: precio, tipología constructiva, tipo de tenencia, antigüedad de la vivienda, heterogeneidad, velocidad de crecimiento del parque. Algunas de estas características se refieren tanto a la propia vivienda como al conjunto del parque, el contexto urbanístico donde se insertan.

El mercado de vivienda, es decir, el conjunto de unidades residenciales que en cada momento se ofrece al conjunto de personas u hogares que desea realizar un desplazamiento residencial, constituye la oferta de oportunidades residenciales. Éstas interactúan con las preferencias personales y las influencias contextuales, para producir la decisión concreta sobre la localización y el desplazamiento espacial consiguiente. El mercado de la vivienda tiene una estructura de concurrencia monopolista, ya que para localizaciones concretas no hay una oferta ilimitada de suelo edificable. La naturaleza territorializada de la oferta de vivienda provoca que haya una diferenciación espacial de productos (calidad y precio), cuyo acceso, sobre todo en la gama alta, está controlado. Hay una selección de la demanda de alto nivel que para protegerse y reducir la incertidumbre de la elección, está dispuesta a pagar un sobreprecio. Este proceso lleva a una segmentación efectiva de los mercados, que se convierte en segmentación estructural con traducción espacial dada la

durabilidad del bien vivienda, que hace permanentes diferenciaciones eventuales entre oferta y demanda (Mouillart, 1995).

El precio constituye quizá el principal elemento diferenciador de la oferta de vivienda. El esfuerzo económico que debe realizar un individuo para entrar a residir en una vivienda condiciona en última instancia la elección del resto de elementos de la oferta: la calidad, la tenencia, la localización... El precio de la vivienda tiene una serie de características que no poseen el resto de bienes económicos (Johnston, 1980: 185 y ss; Mouillart, 1995). En primer lugar, la vivienda tiene un valor de uso como cualquier bien. Sin embargo, algo distintivo es que, en condiciones normales de integración social, cualquier individuo u hogar está obligado a adquirir una vivienda (sea bajo el régimen de propiedad o de alquiler). Y el bien vivienda no puede ser sustituido por ningún otro bien⁶. Los únicos sustitutos son viviendas de diferente tamaño, de diferente tipo o en otra localización espacial. Como otros artículos de consumo, la vivienda añade al valor de uso un valor de *status*, es decir, es un bien de representación social. La naturaleza y la localización de la vivienda refleja en parte la posición del ocupante dentro de la estructura social. Así el precio no depende tan solo de los costes de producción como en otros bienes económicos, sino de su rareza relativa, de su situación específica y general y, también, de las condiciones de solvencia del tipo de demanda a la que va dirigida la vivienda. A corto y a largo plazo, la oferta de vivienda sólo aumentará significativamente, en ausencia de regulación, si aumenta la solvencia de la demanda.

La depreciación de la vivienda es menor que en otros bienes. El componente del precio correspondiente al suelo urbano donde se emplaza no pierde valor por su uso (sí, quizá por otras circunstancias exteriores debidas a la evolución urbana). Esto se apoya en la relativa inflexibilidad de la oferta de suelo urbano. Una consecuencia de este proceso de lenta depreciación y de la naturaleza duradera, en términos físicos, de la vivienda es que la esperanza de vida de la vivienda es bastante superior a la de otros bienes. A efectos de la vida de las personas suele ser un bien permanente. Por lo tanto, para muchas personas la posesión de una vivienda en propiedad es no sólo una manera de consumir sino también una alternativa de inversión. Cuando se compra una vivienda no sólo se paga por el coste de su uso durante un período indeterminado sino que también se paga un sobreprecio para asegurarse la propiedad de algo cuyo valor puede subir con el tiempo.

⁶ Algunas personas sustituyen la vivienda fijada en una localización por viviendas móviles (caravanas), o un servicio de alojamiento (hotel de cinco estrellas o pensión).

El precio de la vivienda refleja algo más que las condiciones intrínsecas de la vivienda. Sobre su precio influyen también diversas externalidades referentes a la localización relativa respecto uno o varios puntos de referencia, por ejemplo, la distancia al centro urbano, la accesibilidad temporal, la existencia de vías de transporte público o privado, la calidad de las viviendas del barrio, la disponibilidad de servicios públicos o comerciales, etc. Por regla general, las viviendas de similares características suelen situarse en similares emplazamientos, mediante la ubicación de la vivienda de alta calidad en relación con la de baja calidad. En esta separación espacial entre viviendas de diferente calidad se basa la existencia de segregación residencial.

La tipología de construcción es uno de los elementos que más diferencia morfológicamente unos mercados locales de vivienda de otros. Significa distinguir entre vivienda en bloque multifamiliar, vivienda unifamiliar y los híbridos intermedios como la vivienda adosada, la vivienda multifamiliar de baja densidad, la vivienda unifamiliar de casco antiguo, etc. El dominio de uno u otro tipo constructivo determina la densidad de ocupación residencial de cada unidad espacial. Esta densidad a su vez es un indicador de la calidad urbanística del lugar, aunque no hay una correspondencia directa entre tipo constructivo, tamaño, calidad y precio de la vivienda, sí suele funcionar una cierta jerarquía desde la casa unifamiliar hasta la multifamiliar de alta densidad.

Los modelos clásicos económicos para explicar la distribución de la vivienda en el espacio urbano señalan que la densidad de población tiende a ser mayor cuanto más cerca se está del centro metropolitano. Estos modelos también suponen que la calidad (precio o tamaño) también ha de aumentar con la distancia al centro. Sin embargo, la observación empírica contradice en muchísimas ocasiones esta última constatación, ya que como hemos dicho no existe una correspondencia exacta entre tipo constructivo y precio de la vivienda. La distribución social que esto implica no es por tanto tampoco lineal.

El tipo de tenencia de la vivienda es uno de los componentes del mercado de vivienda que más diferencia a España del resto de países occidentales. Mientras que el paso de una vivienda de alquiler a una vivienda en propiedad constituye la principal transición residencial en la mayoría de estos países, culminando en muchas ocasiones la trayectoria residencial del hogar, en nuestro país buena parte de los hogares más recientes nunca ha pasado por la condición de inquilino. La principal transición tiene lugar antes y coincide con la formación de un hogar estable. El desplazamiento tiende a ser entre la vivienda de propiedad de los padres a la propia vivienda poseída en propiedad.

Sin embargo, sí se observa en todo el mundo occidental una tendencia a largo plazo (interrumpida por accidentes coyunturales, como parece suceder en los últimos años) a un aumento

de la importancia de la propiedad en el mercado de la vivienda y en la estructura de tenencia de la población. Esto se debe a distintos motivos, todos ellos ligados a la condición de inversión de la vivienda. Para los grandes inversores el fomento de la construcción de vivienda de alquiler se ha convertido en una estrategia que no rinde suficientes beneficios, principalmente porque han ido apareciendo nuevos instrumentos financieros más rentables. Construir viviendas para vender y no para alquilar garantiza el reembolso más rápido de la inversión y con un beneficio mayor. Más aún, el acceso a la propiedad y la formación de una cadena de cambios residenciales es un poderoso motor de demanda para el resto de sectores productivos. Paralelamente, el aumento de renta de la población con el desarrollo económico ha comportado una apreciación de la propiedad como indicador del nuevo *status* social alcanzado por la familia, elección, que tiende a transmitirse y reproducirse en el comportamiento de los descendientes. También, la propiedad de la vivienda se ha convertido en la alternativa preferida para emplazar los ahorros que acumulan la mayoría de las familias.

La antigüedad de la vivienda tiene dos componentes: el mero recuento de años desde el momento de la construcción lo que significa una depreciación en valor financiero, es decir, su abaratamiento, y la sucesión de ocupantes de la vivienda. La vida media de una vivienda es superior a la vida media de los hogares que las ocupan, por lo que normalmente cada vivienda es ocupada por más de un hogar. Este hecho da pie a que el estudio de la vivienda se pueda realizar desde dos interesantes puntos de vista: el ciclo de vida de la vivienda y la filtración residencial. El primero corresponde a la observación del papel que una vivienda concreta cumple a lo largo de su vida útil: precio, tipo de tenencia, tipos de hogares alojados. El estudio de la filtración residencial se refiere al uso de los cambios de vivienda como un instrumento de mejora de las condiciones de habitación, suponiendo que la oferta de vivienda nueva supera en calidad a la demanda demográfica, lo que facilita la liberación en cadena de las viviendas existentes, el ascenso en el mercado de los sectores de hogares más desfavorecidos y la salida de las viviendas de peor calidad (Association Laboratoire Logement, 1991). Estos puntos serán tratados con más extensión en el apartado 2.5.2.

Un elemento propio del contexto espacial, del mercado local de la vivienda, es la velocidad con la que se ofrece nueva vivienda, mejor dicho, el grado de incremento del volumen total de viviendas. Estructuralmente, este factor está en relación directa con la disponibilidad de suelo urbanizable por construir o bien de parcelas sueltas en el interior del tejido edificado. Cuanto más antigua sea la ocupación de la unidad territorial tanto menor será el volumen de nueva vivienda ofertada. La antigüedad se relaciona con la densidad de ocupación urbana y, por supuesto, con la distancia al centro metropolitano o a los distintos subcentros. Es decir, a mayor distancia del centro mayor oferta de viviendas.

En un espacio metropolitano puede decirse que un valor positivo es la variedad de viviendas. La diversidad de la oferta permite abrir el campo de las oportunidades a la demanda residencial no sólo cuantitativamente sino sobre todo cualitativamente. De lo dicho en apartados anteriores se puede deducir que la demanda residencial no es unitaria. Depende de la edad de los individuos, de la finalidad de la vivienda deseada (emanciparse, crear una familia tradicional, etc.), de la posición socioeconómica de los individuos, del tipo de papel asignado a la vivienda en el proyecto vital... Cuanto más variada sea la oferta más fácil será que cada tipo de demanda se vea satisfecha y no quede en mera potencialidad. Si se ve satisfecha, si el individuo cree posible cumplir sus expectativas, se producirá el cambio de vivienda y, por tanto, un movimiento residencial. *Grosso modo*, se puede decir que la diversidad de la oferta residencial estimula la existencia de una mayor movilidad residencial. En caso contrario, habrá cambios potenciales no expresados, habrá retrasos en las transiciones residenciales y, posiblemente, en el resto de trayectorias vitales, tal como ya se ha apuntado anteriormente.

2.5.2 Aproximación demográfica al tratamiento de la oferta de vivienda

Desde una perspectiva geográfica no cabe duda que es imprescindible tener en cuenta cómo se interrelaciona la diversidad habitacional con la localización espacial para dar lugar a una oferta territorialmente diferente en el interior mismo de las áreas metropolitanas. La movilidad residencial se generaría por ello como un proceso de ajuste de los distintos tipos de demanda a la oferta de vivienda que más se adecua.

Desde la demografía, toma interés no sólo estudiar como se configura la demanda residencial en función de la edad y la posición familiar de los individuos. El conjunto de viviendas de cualquier área configura un agregado que se asemeja al de la población humana en muchos aspectos (Myers, 1990b: 15). A ese conjunto de viviendas espacialmente delimitado puede tratarse como otra población más, cuya dinámica se resume en procesos de construcción (nacimientos), demolición (defunciones) y reconversión (evolución con la edad).

Esta óptica de análisis de las restricciones y oportunidades que ofrece el stock de viviendas se ha desarrollado principalmente en países europeos como Francia. Multitud de autores, como deja de manifiesto Rhein (1988), han tratado la movilidad residencial principalmente desde el lado de la oferta de vivienda, de la estructura residencial urbana. El espacio construido ha sido considerado en función de su edad. Han puesto el acento en la relación que la edad del espacio construido tiene con la distancia al centro metropolitano. Y también en la que mantiene la edad de las viviendas con la edad

de sus ocupantes. Este nivel de análisis se coloca como un nivel intermedio en el esquema de causalidad que relaciona el reparto por grupos de edad y la movilidad residencial. Ejemplos son los trabajos de Chesnais y Nizard (1976), Le Bras y Chesnais (1976) o Bonvalet y Lefèbvre (1983), pero la preocupación por las relaciones entre oferta y demanda de vivienda se remonta a más atrás (Sauvy, 1946, 1957, 1960, 1969; Henry, 1949, 1950; Girard, Bastide, 1952)

En la literatura norteamericana se ha ido desarrollando el concepto de demografía de la vivienda (*housing demography*) a partir del esfuerzo de una serie de investigadores, entre los que destaca la labor de D. Myers. El libro *Housing Demography*, publicado en 1990 y coordinado por Myers (1990a) pretende ser un punto de partida para un nuevo enfoque a caballo de la sociología, la geografía y el urbanismo. Tal como dice Myers en el capítulo de introducción:

“El concepto de demografía de la vivienda es amplio, e incluye además del comportamiento residencial de la población la formación y composición de los stocks de vivienda. El concepto integra procesos estructurales de hogares, movilidad entre viviendas, localización en subáreas urbanas y características del mercado de la vivienda. Esta integración se concibe dentro de un marco longitudinal de cambio poblacional, comportamiento individual en el curso de la vida, ajustes en el consumo de vivienda mediante procesos de movilidad, cambios en los mercados de vivienda y cambios dentro de los vecindarios y otras subáreas espaciales” (p.13)

Tres son los fundamentos de esta aproximación. Una fijación en el estudio de las interconexiones entre el mercado de la vivienda y la población residente. Una atención adecuada a las dimensiones temporales mediante la exploración de los procesos longitudinales. Una dedicación a las pautas espaciales de distribución de la vivienda, dada su inmovilidad física.

Myers quiere revertir lo que él llama la misteriosa separación disciplinar entre vivienda y población, entre otras cosas porque la mayor parte de la información estadística se recoge al mismo tiempo en las operaciones censales y porque en los años cincuenta había una mayor integración entre ambos campos. Las razones de la separación son de índole social, institucional y de fuentes. En Estados Unidos, al contrario que en otros países europeos, la crisis de vivienda debido al descenso de construcción en los años de la segunda guerra mundial fue mucho más breve, ya que no resultó dañado el parque existente y solamente hubo un parón en la construcción de nueva vivienda. Los hogares de clase media, la mayoría de la población estadounidense, encontró la vivienda que buscaba desde finales de los cincuenta con el desarrollo suburbano. Los puntos de interés se trasladaron a cuestiones relativas a grupos raciales o a los menos favorecidos.

Una de las razones más importantes ha sido el obstáculo impuesto por las limitaciones de la información estadística disponible. Tradicionalmente se han ofrecido tabulaciones especiales de

población y de vivienda, en publicaciones diferentes. La labor de interconexión quedaba así bastante limitada.

La consolidación e institucionalización de las distintas disciplinas en la universidad también llevó a una separación de los campos de estudio. La vivienda quedó como un objeto para la arquitectura, la planificación urbana, la economía doméstica, la economía urbana y también la geografía. Sin embargo, estaba ausente de los estudios sociológicos y demográficos, que se centraron en la otra variable, la población. Otros motivos más particulares de la situación norteamericana ha sido la diferente prioridad dada en las ayudas oficiales a la investigación a la vivienda y a la población, donde ésta ha salido beneficiada. Esta situación ha generado una tradición de separación tal que, siguiendo otra vez a Myers (1990b: 8), "...cuando los demógrafos y los sociólogos se han aventurado en temas como la migración intraurbana o la diferenciación centro-periferia, los factores residenciales han sido casi siempre ignorados porque no están presentes en la bibliografía tradicional que sirve como fuente de antecedentes y teoría".

Varias razones han propiciado el reencuentro entre ambos objetos de estudio. El aumento del coste financiero de acceso a la vivienda para las clases medias y los procesos de gentrificación hicieron llegar a los ojos de los investigadores sociales la importancia de los temas de vivienda. El impacto del cambio estructural producido por la llegada a la edad adulta de las generaciones del "baby-boom" provocó que el problema demográfico se introdujera en la agenda científica de los no demógrafos. Estos procesos hicieron tambalearse en los Estados Unidos las viejas fronteras disciplinares, evolución que se ha visto reforzada por la mejora en la interconectividad de las fuentes estadísticas y la aparición de la *business demography* que al centrarse en estudios de gran escala, a menudo de unidades intraurbanas, ha hecho inevitable reconocer la importancia de colocar en una posición central del análisis a la vivienda.

La aportación de la demografía y de la sociología al estudio de la vivienda se centra, creo yo, preferentemente en dos aspectos: 1) cómo la constitución de la demanda a través del ciclo de vida y 2) cómo la formación de valores ligados al papel de la familia se expresan en un comportamiento residencial. La oferta de vivienda tiene que satisfacer una demanda, digamos mecánica, en relación con la dinámica de la estructura familiar, pero también un deseo de proyección social y simbólica a la que sirve la vivienda (Gotman, 1988c). El punto final sería ver cómo la oferta no sólo se adapta a la demanda sino que los agentes productores de vivienda condicionan tanto su evolución como los valores familiares relacionados. Pero este será un tema que trataremos más adelante.

Ahora nos concentraremos en repasar cómo se han aplicado técnicas de demografía al estudio de la vivienda. Análisis de cohortes de vivienda, análisis longitudinal, ciclos de vida de la vivienda son

actualmente habituales en los estudios sobre stocks y mercados de vivienda. Cuando se comienza a interrelacionar estructuras de la vivienda y dinámica poblacional surgen análisis de la distribución de la población por edad en cada tipo de vivienda, o la evolución de los tipos de hogar sucesivos en la vida de una vivienda, lo que da lugar a la teoría de la filtración residencial.

En cuanto a la evolución del carácter, el valor y el uso de las viviendas con la edad (de éstas) es interesante reseñar las conclusiones del estudio de Baer (1990). La primera de ellas es que cuanto más vieja es una vivienda más probable es que sea retirada, es decir, que el espacio donde se ubica sea reutilizado. La segunda es que los propietarios de las viviendas no observan siempre pasivamente la depreciación de éstas conforme envejecen: su actuación puede ser efectivamente pasiva, o bien pueden incrementar el mantenimiento o llegar a acciones más radicales como cambiar el uso, etc. Por último el tipo de tenencia es un buen elemento predictivo del cambio a lo largo del curso de vida de una vivienda. Por ejemplo, en los Estados Unidos, del hecho de que la curva de ganancias del hogar es ascendente y la curva de valor de la vivienda es descendente se puede deducir que la vivienda suele estar en propiedad hacia el final de su existencia (en los casos en que entra en el mercado de la vivienda siendo de alquiler).

Myers y Doyle (1990) exploran las relaciones entre tamaño de la vivienda y tamaño de la familia o lo que es lo mismo, fase del ciclo de vida familiar. Las conclusiones son aparentemente sencillas, pero se basan en una información básica muy interesante y muy bien trabajada. Demuestran que las unidades de habitación antiguas suelen acoger una población más vieja, dada la inercia de la duración de residencia, y que el cambio de ocupantes renueva la distribución por edad de la población.

Si la vida de la vivienda está unida a una sucesión de hogares y a la evolución de cada uno de ellos, la vida de los hogares, su evolución social, está unida a menudo a una sucesión de viviendas. Cuando estudiamos el proceso por el que un hogar cambia de vivienda no sólo es importante conocer las características de la nueva vivienda en relación con las de la anterior y, por supuesto, el tipo de movimiento residencial que este cambio ha supuesto. Es interesante también saber qué tipo de nuevo hogar accede a la vivienda que se ha dejado atrás. ¿Es del mismo tipo que los anteriores ocupantes cuando a su vez entraron a vivir en ella? ¿El envejecimiento de la vivienda ha influido en un posible cambio? De la interrelación entre los que se van y los que entran a nivel individual de la vivienda, *a lo largo del tiempo*, puede conocerse mejor los cambios en el mercado de la vivienda y en las unidades intraurbanas. El concepto de filtración residencial es básico en este contexto (Myers, 1990c).

El concepto de filtración residencial tiene una definición clásica en Ratcliff (1949) quien lo define como la situación en que un hogar deja libre una vivienda tras efectuar un desplazamiento residencial y la vivienda anterior es ocupada por un hogar perteneciente a una categoría inferior de ingresos, como consecuencia del descenso del precio de mercado de la vivienda producto de su envejecimiento. Se produciría por tanto un cambio descendente en la categoría social que ocuparía la vivienda. La definición clásica, según Myers (1990c) contiene tres dimensiones imprescindibles: la existencia de cambio de vivienda, el que los precios de la vivienda descienden y también disminuye el nivel de ingresos de los ocupantes sucesivos. Sin embargo, de los estudios clásicos sobre la filtración residencial Myers critica principalmente dos aspectos. El primero, que siempre se considere que como consecuencia de los cambios residenciales, las viviendas siguen un itinerario descendente en cuanto a su valoración y la categoría social que las ocupa. Argumenta que las primeras investigaciones sobre el tema coincidieron con un momento excepcional por lo que se refiere a la evolución del mercado de la vivienda en los Estados Unidos (recuperación de la construcción durante la postguerra, generalización del modelo residencial suburbano, condiciones de estructura demográfica muy concretas) cuyos rasgos fueron acriticamente generalizados. Para ello Myers opone la evolución gentrificadora de muchas ciudades norteamericanas, aparentemente contradictoria con los supuestos del modelo, pero que a su vez responde a unas condiciones coyunturales concretas. Haría falta, pues, un marco conceptual más amplio sobre la filtración residencial, que abarcara distintos tipos de evolución.

Aquí viene la segunda gran crítica de Myers y, seguramente, la más interesante para nosotros. No ha habido un buen tratamiento de las dimensiones temporales, como tampoco en otros aspectos de la movilidad residencial. La filtración sería un proceso longitudinal que une hogares con diferentes niveles de ingreso a viviendas con diferentes precios y niveles de calidad. La filtración residencial implica cambio en el tiempo tanto en la vivienda como en los ocupantes de la vivienda. El tiempo es importante al considerar como la oferta se adapta a la demanda. Se está delante de un proceso longitudinal, las viviendas son un bien de larga duración que llevan impresa la huella del período en que fueron construidas; la vida de los hogares es más corta que la de las viviendas lo que implica que éstas serán ocupadas como media por más de un hogar a lo largo de su historia. El análisis del stock de viviendas y su evolución implica la consideración de las tres dimensiones temporales del demógrafo: el tiempo histórico, la edad o etapa del ciclo de vida y la cohorte de pertenencia.

El estudio de la filtración residencial se ha realizado basándose casi exclusivamente en el descenso del precio consustancial con el envejecimiento de la vivienda. Se ha dejado de lado el estudio de la sucesión de ocupantes de la vivienda y el cambio de sus características (Myers, 1990c:

277). Tres aproximaciones se han hecho a esta perspectiva: el ciclo de vida de vecindarios, las cadenas de vacantes y la movilidad social vertical ligada a los cambios de vivienda.

La aproximación del ciclo de vida residencial para contemplar el carácter dinámico de la filtración fue elaborada en los años cincuenta y fijada por Hoover y Vernon (1959), en un estudio sobre varios barrios de la ciudad de Nueva York. Describieron una pauta de evolución en cinco estadios desde la creación del barrio: 1) parcelación y construcción, 2) transición de un uso extensivo a un uso intensivo del suelo, 3) reconversión y degradación, 4) reducción de población y 5) reestructuración. La vida de un barrio comenzaría con la construcción de viviendas unifamiliares habitadas por hogares jóvenes con hijos, pasaría por una etapa intermedia en que se construyen edificios plurifamiliares y, posteriormente, se degradaría cuando las viviendas unifamiliares se subdividirían para acoger a una población más pobre y marginal. Finalmente, se reduciría la densidad de población en función de la reducción del tamaño de los hogares (Gober, 1990: 235). Con el tiempo se ha hecho evidente que este modelo de cambio temporal fue desarrollado a partir de la observación en un único momento de la situación de diferentes barrios, por lo que no es verdaderamente un modelo longitudinal. Se confunde un análisis transversal con un análisis generacional del desarrollo urbano. Este último enfoque sí ha sido utilizado por varios autores, entre los que destaca Guest (1974). Guest no encontraba una reducción significativa del *status* de diversos barrios en un seguimiento longitudinal desde 1940 a 1970.

Tanto Myers (1990c) como Gober (1990) destacan la relativa estabilidad de la estructura urbana. Existe una elevada inercia que hace que las características iniciales de las viviendas se mantengan con el paso del tiempo. Por lo que respecta a las características de la población que reside en ellos, Gober señala la relativa independencia de la intensidad del cambio de la estructura social y familiar respecto de la movilidad residencial, de la renovación de la población. Así, respecto a la influencia de la movilidad residencial sobre la estructura familiar de las unidades urbanas, afirma que "...la movilidad residencial [es] el vehículo dominante de la evolución familiar, mientras que bajo otras condiciones, es el mecanismo para el mantenimiento de una estructura familiar constante" (Gober, 1986). En un barrio de viviendas unifamiliares en propiedad la población envejecería *in situ* y al mismo tiempo que las viviendas y con el transcurso del tiempo se produciría una transformación de la composición de la población (siguiendo el ciclo de vida familiar) en condiciones de baja movilidad residencial. Contrariamente, en un parque de viviendas multifamiliar, que en el contexto americano estaría en el sector de alquiler, habría una mayor circulación y renovación de los residentes pero con una mínima transformación de la estructura familiar: estas viviendas funcionarían como un parque de entrada para los hogares jóvenes, quienes cuando avanzan en su vida familiar protagonizarían rápidamente un nuevo cambio residencial hacia otra área y otro tipo de parque. ¿Cómo se puede aplicar el principio de la filtración residencial en Europa? En Europa las restricciones a la movilidad son

mucho mayores por lo que la aplicación del principio de la filtración no puede ser completa (Association Laboratoire Logement, 1991).

El estudio de las cadenas de vacantes y de cambios residenciales debidos a un incremento unitario de la oferta de viviendas merece una matización previa. La oferta de vivienda dentro del mercado tiene varios orígenes: la vivienda de nueva construcción, la vivienda que queda libre por defunción del último ocupante, la vivienda que queda libre porque los anteriores ocupantes se han mudado a una nueva. La vivienda nueva y la vivienda por mortalidad domiciliar constituyen lo que se ha dado en llamar oferta primaria, por cuanto su entrada al mercado no significa la salida de otra vivienda, lo que sí pasa cuando media previamente un movimiento residencial. En este caso, se trataría de oferta secundaria. También sería, por ejemplo, una oferta primaria la vivienda que queda libre cuando sus ocupantes salen fuera del mercado de vivienda (emigración, entrada en alojamientos colectivos sanitarios o geriátricos, etc.) o cuando dos personas solitarias comienzan a convivir (Akiri, 1991: 254). Si fuese por emigración, se trataría de oferta primaria en el ámbito espacial estudiado aunque no quizá en el ámbito territorial que abarcase el lugar de origen y el de destino.

Cuando una unidad habitacional de oferta primaria entra en el mercado, en muchas ocasiones es ocupada por un hogar que ya ocupaba una vivienda. Esta segunda vivienda queda libre, entra en la oferta secundaria, y es ocupada por otro hogar, que a su vez es posible que haya dejado otra vivienda, y así sucesivamente. Se genera de esta manera una cadena de vacantes residenciales en el que el propulsor es una unidad de oferta primaria, seguida por una sucesión de viviendas en oferta secundaria. En palabras de Filius *et al.* (1992) “una cadena de vacantes puede definirse como una secuencia de liberaciones de alojamientos por la movilidad de los hogares que produce la disponibilidad de viviendas de oferta primaria”. Toda oferta primaria tiene, por tanto, un efecto multiplicador sobre el número de viviendas vacantes del mercado. Y la longitud de la cadena depende del número de cambios de vivienda realizados a raíz de la primera oferta primaria. La cadena finaliza cuando una vivienda es ocupada por un demandante neto, es decir, que no libera a su vez ninguna vivienda al mercado: un hogar nuevo, un hogar inmigrante, un hogar cuya vivienda anterior ha sido destruida. La cadena de vacantes dura lo que tarda en aparecer la demanda primaria.

El concepto de cadena de vacantes (*vacancy chain*) no se originó en el campo de la movilidad residencial. Su uso está extendido en las ciencias sociales y, sobre todo, en los estudios sobre el mercado de trabajo. Existe una metodología para la evaluación de las cadenas de vacantes generadas por distintos tipos de oferta primaria. Se basa en las cadenas de Markov y en el cálculo de una matriz de probabilidades de que una vivienda de un tipo i sea ocupada por un hogar de una

vivienda de otro tipo j o por demanda primaria. En cada eslabón, cada aplicación de la matriz, una parte de la oferta secundaria es ocupada por demanda primaria hasta que desaparece toda la oferta (White, 1971; Scholten, Hooimeijer, 1984; Williams, Keys, Clarke, 1986; Akiri, 1991).

Las cadenas de vacantes han sido estudiadas sobre todo a partir de la oferta generada por nueva construcción. Filius *et al.* (1992) se refieren a esta limitación que afecta a la mayor parte de los estudios y referencias, incluido Myers (Bourne, 1981; Scholter, Hooimeijer, 1984.; Myers, 1990c). Pocas referencias han tenido en cuenta el efecto de la emigración de hogares (Bysveen, Knutsen, 1987; Akiri, 1991), de la mortalidad domiciliar (Filius, Dieleman, Hooimeyer, 1992) o la entrada en instituciones residenciales (Filius, 1994). Por lo que respecta al análisis de áreas urbanas Akiri (1991) se queja de que la mayoría las consideran como sistemas migratorios cerrados sin tener en cuenta los intercambios con el exterior.

La longitud de las cadenas y por lo tanto el impacto sobre el sistema de movilidad residencial difiere según el tipo de la oferta primaria. Cuanto mayor es la calidad de la vivienda inicial mayor es el número de movimientos que desata. Esta constatación en realidad deriva de la siguiente: cuanto más probable sea que un demandante neto acceda a la oferta primaria más corta será la cadena de vacantes. Por lo general, cuanto más larga es la cadena más se contribuye a la redistribución de las viviendas en toda la estructura residencial y se mejora más la calidad habitacional del conjunto de la población. Sin embargo, hay varios aspectos críticos al respecto. El primero que se supone un esquema rígido según el cual los hogares jóvenes no acceden a la oferta primaria de nueva construcción, aunque éste sí sería el caso en España. En España las cadenas de vacantes producidas por la vivienda nueva media deben de ser por ello mínimas. El segundo aspecto crítico viene referido por Myers (1990c). Señala que aunque las cadenas tienden a alcanzar progresivamente hogares de ingresos más bajos, este descenso no suele ser muy grande.

La cuestión verdaderamente importante en este tema es si la sucesión de cambios de vivienda sirve, como efecto agregado, para mejorar la vivienda de la población considerada. En la literatura anglosajona existe una visión optimista, de la que es muestra la consideración de las trayectorias residenciales de los individuos como una trayectoria de movilidad social vertical *upward mobility*, vehiculizada por la adaptación sucesiva de la vivienda. La oferta primaria de vivienda entraría en la cima de la jerarquía de precio y calidad del mercado, derivando hacia abajo con el tiempo, mientras que los hogares se forman en la base de la jerarquía de precio y calidad, escalando posiciones en el mercado

con el tiempo. Los hogares estarían subiendo por una suerte de escalera mecánica descendente (Bourne, 1981; Myers, 1990c). Esta idea implica varios supuestos que justifica la calificación de optimista, visto desde nuestro contexto territorial:

a/ Los hogares que se forman encuentran su primera vivienda en el segmento peor y más antiguo del mercado residencial.

b/ Los hogares tiene una progresión económica más o menos constante.

c/ Existe una pérdida lineal de jerarquía de las viviendas según avanza. En realidad, puede decirse que una vivienda de calidad y localizaciones diferentes tendrán evoluciones descendentes más o menos pronunciadas.

Aparentemente con poco contacto o mutuo conocimiento, en Francia una serie de investigadores también trabaja sobre los aspectos de la oferta y demanda residencial. Quizá el que más directamente trabaja a caballo de ambos puntos de vista es Lévy (1992). A diferencia de la nueva escuela norteamericana de la *housing demography* insiste menos en la consideración del stock de viviendas como una población que se puede estudiar mediante las tres dimensiones temporales de la demografía. Por el contrario, Lévy remarca el papel de las distintas escalas espaciales y de la dimensión local de los mercados de vivienda al valorar las relaciones entre oferta y demanda. Como en la *housing demography* se sitúa en el campo de relaciones entre tipos de hábitat y tipos de hogares, pero considerando siempre el nivel local y la comparación entre la situación de diversos contextos locales. Para Lévy "...la escala comunal (municipal) es la más apropiada para captar estas dinámicas, por cuanto las estructuras de la oferta varían localmente" (p. 300). Y define lo que llama "sistema local de hábitat": sistema de interrelaciones o interfaz entre la dinámica del stock de viviendas y la dinámica familiar cuyo motor es la movilidad residencial, la circulación de los hogares entre los diferentes tipos de hábitat a lo largo de sus vidas. La importancia del estudio de los tipos de hábitat, de vivienda agregada es que permite observar la diversidad social y el papel dentro de las trayectorias residenciales de los hogares.

Una idea básica es la de la complejidad y diversidad de los sistemas locales de hábitat: diversidad del *status* social del tipo de hábitat, diversidad de la función del tipo de hábitat en el sistema local de movilidad, complejidad en la organización de los sistemas locales. Un mismo tipo de hábitat, pongamos por caso la vivienda social de alquiler, puede jugar dentro de cada sistema un papel no exactamente igual y acoger segmentos distintos de la estructura social. La homogeneidad es la excepción y no la norma. Sólo existen similitudes por lo que respecta a las categorías poblacionales que están completamente excluidas del sistema.

En toda unidad espacial ha de existir un mínimo de diversidad de los tipos de vivienda. En caso contrario, no se puede hablar de sistema local autónomo y sí de integración en otro sistema quizá supramunicipal. Para que se pueda hablar de sistema tiene que haber un mínimo de dos sobre cuatro posibles grupos de tipos de hábitat, identificados por su función y no por su morfología física. En cada caso espacial, las funciones atribuidas a cada clase de parque las podría poseer un tipo distinto de viviendas.

Un primer grupo o parque sólo funciona con el exterior atrayendo población de fuera del municipio. Este parque se caracterizaría por un débil nivel de entradas y de salidas internas, interviene poco en el sistema local. Buena parte de la vivienda nueva juega esta función.

Existiría un parque de acogida de aquellos individuos que entran en el municipio y lo hacen en una vivienda provisional. Funcionaría como una especie de parque de reserva a la espera de encontrar mejores oportunidades en el municipio, de continuar allí su trayectoria residencial. Tendría un alto nivel de salidas internas pero bajo de entradas internas.

El tercero podría denominarse parque de tránsito, porque atrae hogares procedentes de otras fracciones del parque total del municipio. Tiene, por tanto, un alto nivel de entradas y de salidas internas.

El último tipo que reconoce Lévy sería el de fin de itinerario local, por cuanto constituye la última etapa de la trayectoria dentro del municipio. Se caracteriza por un fuerte nivel de entradas internas y un bajo nivel de salidas internas.

Esta sería la base organizativa sobre la que se generarían los sistemas locales. En algunos casos sólo existe un parque de acogida y un parque de fin de itinerario. En otros casos la importancia del parque relacionado exclusivamente con el exterior es preponderante. En cada caso cada parque, cada función del hábitat de las cuatro enunciadas es cubierta por un tipo de vivienda diferente. Y quizá lo más importante de todo, la función del tipo de hábitat en el sistema local evoluciona con el tiempo de acuerdo con la movilidad de los hogares y con la gestión política y local (Hoekveld, 1986).

2.5.3 Gestión del mercado, financiación de la vivienda y movilidad residencial.

Una de las características de los mercados de vivienda urbanos es su complejidad y segmentación, tal como ha quedado reflejado en el apartado anterior. Sin embargo, el acceso al

mercado de la vivienda está mediatizado por la intervención de los poderes públicos, intervención que puede ser muy intensa o prácticamente nula.

Durante el siglo veinte y sobre todo tras la segunda guerra mundial, los gobiernos de todos los países occidentales se han ido involucrando en los mercados de la vivienda con tres objetivos consecutivos: en primer lugar, garantizar una vivienda más o menos digna para la población, principalmente tras el parón constructivo de la Gran Depresión y la guerra que hizo desequilibrar la relación entre oferta y demanda residencial. En segundo lugar, se trataba de mantener el mayor grado de solvencia posible de la demanda residencial de tal manera que la construcción de vivienda nueva para vender o para el mercado de alquiler fuera una alternativa de inversión suficientemente atractiva, frente a otras actividades productivas o financieras. En tercer lugar, se procuró y se consiguió que la vivienda en propiedad fuera el objetivo último de los itinerarios residenciales de las nuevas clases medias que surgían con el *boom* económico de postguerra. La actuación gubernamental provocó el mantenimiento de elevados niveles de movilidad residencial, por cuanto, de media, cada persona tenía un itinerario relativamente denso.

Hasta la segunda mitad de los años setenta, el papel del Estado en los mercados de la vivienda era el de reductor de la incertidumbre tanto para la oferta como para la demanda (Mouillart, 1995). Procuraba reducir los riesgos inherentes a este mercado: riesgo de un desfase cuantitativo entre la intensidad de la oferta y el de la demanda; riesgo de que el precio de la oferta no pudiera ser cubierto por la capacidad financiera de la demanda. La incertidumbre se reducía también mediante la orientación de las decisiones de localización y con la estabilidad en el futuro de las condiciones del presente, sobre todo en lo que se refiere a la duración de las inversiones realizadas. El mantenimiento de un nivel constante de inflación reducía el peso futuro de las inversiones efectuadas, tanto por los constructores como por los compradores, mientras que el mantenimiento en un nivel bajo de las tasas de interés primaba la rentabilidad de la actividad constructiva.

Más concretamente, el Estado se involucró directamente como agente primario en el mercado de la vivienda. Construyó un parque social de alquiler que servía a la población como parque de entrada o de tránsito en sus itinerarios residenciales, en países como Gran Bretaña, Francia u Holanda. Por otro lado, facilitaba y promovía la transición a la vivienda en propiedad, mediante la implantación de una política de préstamos hipotecarios oficiales con tasas de interés muy bajas (préstamos PAP⁷ en Francia, programa

⁷ PAP: Programme d'Aide à la Propriété.

AHA⁸ en Estados Unidos) que permitía a amplias capas sociales un acceso relativamente fácil a la propiedad una vez alcanzado un cierto nivel de vida (en una época en que el crecimiento real anual de la renta de las familias sería inimaginable hoy en día). El parque privado de alquiler se mantenía porque era una buena inversión tanto para las empresas como para particulares.

El Estado en buena parte de los países donde se implantaron políticas de bienestar fue el encargado, por tanto, de diseñar un itinerario residencial modelo para la inmensa mayoría de la población. Fue el encargado de construir los distintos tipos de parque y de mantener los flujos de movilidad residencial entre ellos, que tomaban la forma de itinerarios biográficos a lo largo del ciclo de vida del hogar. La elaboración de instrumentos financieros de acceso a la propiedad, el control de la zonificación urbana, la construcción masiva de nuevas infraestructuras de transporte privado y colectivo, el aumento espectacular de la renta familiar en pocos años y el rechazo popular a las condiciones pésimas de habitabilidad soportadas en los años anteriores coadyuvaron a la extensión del modelo de casa unifamiliar y al inicio de la suburbanización masiva. Tal como lo recoge Myers (1990c) o Milovanovitch (1988), la suburbanización fue un fenómeno inducido por la acción estatal.

Tras la crisis económica de los años setenta y el abandono de las políticas económicas keynesianas hasta entonces en vigor, la desvinculación progresiva del Estado del funcionamiento de los distintos mercados llegó a la vivienda. El Estado ha ido dejando de lado su papel de reductor de la incertidumbre y ha modificado los objetivos y formas de intervención pública. Se ha ido volviendo a un funcionamiento normal, "natural", del mercado de la vivienda. En palabras de Mouillart (1995: 128), se pasa a un mercado caracterizado por una "actividad débilmente regulada en un esquema de interdependencia general que acuerda un lugar importante a los fenómenos de contaminación y de propagación de los desequilibrios (estancamiento en cadena de los mercados, reforzamiento de los componentes cíclicos en la evolución de los precios y la actividad)".

El Estado interviene en menor medida que antes en los precios que son transmitidos desde la oferta a la demanda. El Estado acostumbraba a subvencionar de hecho el precio de la vivienda mediante subvenciones directas o indirectas (fiscales, financieras). El precio real de la vivienda cada vez más depende de la interrelación desigual entre oferta y demanda: de las características de la oferta residencial relativas al terreno, el tipo de barrio, la categoría socioeconómica del municipio o

⁸ AHA: American Housing Administration.

subárea urbana, la calidad de la construcción y del espacio habitable, pero también de los atributos de la demanda, especialmente de su capacidad financiera.

Los individuos deben, en estas condiciones, luchar individualmente contra el riesgo en la elección residencial, sobre todo la demanda solvente. Este tipo de demanda “confrontada al riesgo ... está dispuesta a aceptar el hecho de soportar un precio de compra o de uso más elevado para protegerse” (Mouillart, 1995: 117). De esta manera, la segmentación del mercado se ve reforzada y prolongada en el tiempo por la estratificación de los componentes de la demanda. Se favorece así la constitución de espacios residenciales fuertemente jerarquizados según el nivel de ingresos de los hogares que ocupan las viviendas. La segmentación espacial de los mercados conduce a una discriminación de las clientelas y, en última instancia, a la segregación residencial.

En la nueva situación de los mercados de vivienda estos mecanismos de segregación se estabilizan con el tiempo y se acentúa su evolución cíclica. En la parte ascendente del ciclo se refuerzan las tensiones sobre los precios con el crecimiento de los ingresos de los hogares que concurren a un cambio residencial y, en consecuencia, aumentan los mecanismos de selectividad de la clientela. En la fase descendente, sólo se ofrece vivienda suficiente para la demanda solvente.

La Association Laboratoire Logement (1991) realiza un repaso crítico al papel de la intervención de los poderes públicos durante los últimos años en materia de vivienda y movilidad en Europa. La mayor parte de las ayudas se han convertido en deducciones fiscales que llegan a superar los dos tercios del total. Se concentran en los hogares que acceden a una vivienda en propiedad, e incluso han llegado a beneficiar a aquellos que efectúan una segunda compra. Pero la principal crítica radica en la poca capacidad redistributiva ya que las deducciones fiscales interesan a aquellos que deberían pagar más impuestos.

La intervención del Estado no se limita a las ayudas que pueda ofrecer sino que comprende todo el cuerpo de leyes y normas que tienen que ver de una manera u otra con el mercado de la vivienda. Strassman (1992), desde una posición liberal, realiza una comparación internacional del grado de intervención pública de los mercados de la vivienda, contando como tal el conjunto de normas que limitan la relación directa y libre entre oferta y demanda, y de cómo se ve afectado el nivel de movilidad residencial de la población. Para Strassman las diferencias internacionales en los niveles de movilidad residencial no sólo estarían altamente relacionadas con la dinámica particular en cada lugar del ciclo de vida, sino sobre todo con el tipo de intervención pública. Encuentra que cuanto

mayor es esta menor es el nivel de movilidad residencial de la población. En España el bajo nivel de movilidad se relacionaría con las restricciones que han imperado en el mercado del alquiler.

Por su parte, Mouillart intenta explicar los factores que explican la actual estabilización (una aparente ausencia de tensiones en el campo de la movilidad y la vivienda) en la actual situación de dejación de las responsabilidades del Estado. Este proceso coincide con la paulatina desaparición de los hogares que se desarrollaron al amparo de las anteriores políticas de vivienda social y ayudas directas, es decir, los beneficiarios directos del mantenimiento de las anteriores políticas. La apuesta de los agentes reguladores de la oferta por la propiedad ha coincidido con la extensión entre la población de la preferencia por este tipo de tenencia en perjuicio de otros sistemas, lo que ha facilitado la asimilación del cambio de objetivo de las políticas públicas. El acceso a la vivienda en propiedad ha sido posible gracias al desarrollo de las estrategias intergeneracionales de ayuda, a la potenciación de las redes familiares de ayuda mutua.

2.6 Estrategias residenciales: autonomía y socialización de la historia residencial.

2.6.1 Sobre el concepto de estrategia.

El concepto de estrategia tiene ya un uso extendido en demografía y sociología. Willekens (1991) utiliza el término estrategia, como concepto que sintetiza dos elementos: primero, que la mayoría de los individuos tiene una visión de su vida más allá del corto plazo, es decir, que hay una cierta planificación, la cual se expresa mediante la coordinación, segundo elemento, de las diferentes carreras o transursos vitales. Como destaca Brun (1990), estrategia tiene un origen claramente militar y hace referencia a la planificación de un comportamiento a largo plazo, compuesto de decisiones parciales tomadas una detrás de otra pero con un sentido homogéneo que les da la existencia de fines comunes. Hablar de estrategias se ha hecho común también en los estudios de movilidad residencial, como puede comprobarse por algunas producciones como la obra colectiva *Stratégies résidentielles* (Bonvalet, Fribourg, 1990a) que reúne las contribuciones en este campo de los mejores especialistas franceses en movilidad residencial. Los individuos durante su vida autónoma o en hogar se relacionan con el contexto exterior cuando desarrollan su comportamiento residencial. Tienen que tener en cuenta los condicionantes económicos y financieros, tanto por lo que respecta a la renta percibida como a la situación económica general, la situación de la oferta inmobiliaria, la estructura residencial del área en que vivan (Rhein, 1990b).

Al mismo tiempo, el individuo y los hogares tienen unas necesidades residenciales y de movilidad derivadas de los respectivos ciclos de vida, es decir, expresan una demanda residencial a lo largo de su existencia. La traducción efectiva en una práctica residencial tiene lugar a lo largo de este ciclo vital en el que se sortean y se aprovechan las restricciones y las oportunidades existentes en el mercado de la vivienda, la estructura urbana o el clima económico. La estrategia residencial sería el conjunto de acciones y decisiones para “sortear” y “aprovechar” restricciones y oportunidades.

En sociología, se ha introducido en primer lugar el uso temporal de la estrategia, es decir, la manera en que los individuos conscientemente gestionan el uso de su tiempo, tomando decisiones respecto a opciones alternativas y los condicionantes exteriores. Pero, tal como dice Brun, tan justificada está la existencia de una estrategia temporal como la de una estrategia espacial, de donde la existencia de una doble vertiente del concepto de estrategia residencial.

Garrido y Gil Calvo (1993b) ofrecen un interesante trabajo de reflexión sobre el concepto de estrategia en sociología y, en general, en las ciencias sociales. Distinguen entre un uso amplio y un uso restringido del término. Según la definición amplia, estrategia sería la selección de cursos alternativos (lo que llaman *recursos tácticos*) por su virtualidad para producir resultados futuros (*objetivos estratégicos*) en situaciones de *incertidumbre*. Una estrategia tiene, por lo tanto, tres características básicas. En primer lugar, existe un margen de maniobra, hay alternativas para la acción, aunque sea sólo entre actuar de una única manera posible o no actuar. La estrategia se organiza para cubrir unos objetivos a largo plazo, que son anticipados por el individuo, y estos objetivos finales no tienen que ser coherentemente formulados. Y una característica básica es que tiene que haber un mínimo de incertidumbre en el entorno; si no, no tendría sentido organizar una estrategia para optimizar el logro de un objetivo.

Con esta definición amplia, Garrido y Gil Calvo opinan que la investigación sobre los procesos estratégicos se confundirían con los de la acción racional. Para evitarlo, proponen otro requisito en la definición de estrategia: la necesidad de que exista interacción social. De esta manera, se produce un aumento de la incertidumbre; al entorno, se añade el desconocimiento de cómo se comportará el resto de los sujetos lo que interfiere en la acción racional del sujeto.

El núcleo esencial de la estrategia es la existencia de un margen de variación en las decisiones que se toman, y no tanto la definición clara e inequívoca de unos objetivos futuros estratégicos, los cuáles pueden ser inconscientes. El margen de variación posibilita la capacidad de cambio, opción y, también, incluso improvisación, frente a la rigidez de las restricciones deterministas. Lo esencial de la estrategia es, por lo tanto, que el individuo tiene un margen de libertad en la definición de su comportamiento.

De hecho, las tácticas concretas, las alternativas de acción efectivas, pueden contradecir los grandes objetivos finales. Haciendo mención de las estrategias familiares generales, Garrido y Gil Calvo apuntan que “las familias (...) no orientan sus actos por sus buenos deseos, sino que (...) los orientan por la experiencia previa, (...) por los resultados anteriormente producidos, coincidan o no con sus intenciones”.

Se introduce el papel de la experiencia pasada para explicar la elección de un determinado comportamiento. Esta experiencia y las alternativas seleccionadas pueden transmitirse en el tiempo e incluso “fossilizarse” en forma de una norma social. Por ello, opinan que en contextos históricos pasados en que aparentemente hay una evolución familiar rígida, sin alternativas, puede hablarse de estrategia porque “si no hay libertad de elección es precisamente para reforzar la elección obligatoria de la opción más estratégica, eficaz o adaptativa”.

Garrido y Gil Calvo destacan por último dos elementos que nos serán de utilidad. Primero, la flexibilidad del concepto de estrategia permite hablar desde diferentes planos de agregación y permite, por lo tanto, estudiar el conflicto entre estrategias colectivas (compartidas por todos los miembros del grupo) y estrategias individuales.

2.6.2 La aplicación del concepto de estrategia a la movilidad residencial.

La aplicación al campo de la población urbana del concepto de estrategia deriva de los estudios realizados por la Escuela de Chicago. La ciudad era el medio de la modernidad, de la nueva cultura basada en la movilidad y el crecimiento, y esto se traducía en su continuo crecimiento. Los habitantes participaban de esta actividad diseñando estrategias como respuesta a la deslocalización consustancial con la nueva vida urbana (Gotman, 1990a).

Bonvalet y Fribourg (1990b) aportan varios elementos a la definición de estrategia residencial. Se trataría de un compromiso aceptable entre las restricciones del mercado de la vivienda, económicas, financieras y los fines fijados por los individuos. Según esta definición la estrategia residencial sería más bien el resultado en sí, el conjunto de decisiones efectivas en forma de ubicaciones espaciales y momentos de cambio residencial.

En el mismo artículo se cita otra definición: la estrategia residencial trataría del manejo de los medios puestos en pie para conseguir un objetivo preciso en un sistema de restricciones. En este contexto, y según Godard (1990), la investigación debería centrarse en “la relación entre la lógica de desarrollo de la acción y la lógica de desarrollo de los móviles de la acción” (p.22). Es decir, estudiar el cómo, el cuándo, con quién y, finalmente, el por qué.

Como se puede observar, la delimitación de lo que es una estrategia residencial peca quizá de una excesiva ambigüedad. Se considera estrategia tanto el mismo resultado en forma de una trayectoria residencial espacio-temporal en relación con las características socioeconómicas de los individuos, como la identificación de proyectos residenciales, diseño previo de la experiencia residencial. Este proyecto, antes de enfrentarse a las restricciones y oportunidades exteriores, se ve condicionado “por la pertenencia social objetiva y percibida de una parte, las posibilidades existentes y la capacidad de efectuar el movimiento” (Gotman, 1990a).

Los principales puntos de debate se sitúan en dilucidar el grado de libertad de los individuos en el momento de efectuar la decisión y en la existencia o no de una coherencia biográfica en el conjunto de decisiones. Por lo que se refiere a la dependencia de las decisiones residenciales, Forrest (1987) diría que la mayor parte de la población, sobre todo las capas más desfavorecidas, no tienen un proyecto previo inicial porque están demasiado condicionados por las restricciones exteriores. Forrest estima que en Gran Bretaña los hogares más desfavorecidos, que tienen que recurrir obligatoriamente a la vivienda social, verían su historia residencial diseñada por las normas y procedimientos burocráticos. Sin embargo, parece razonable pensar que, aunque el abanico teórico de estrategias y alternativas residenciales sea más amplio cuanto más elevada la categoría social, un cierto nivel de incertidumbre y de elección queda en manos de todos los individuos. Más aún, tal como ilustran Pinçon y Pinçon-Charlot (1990) para el caso de París, la minoría formada por los grupos sociales más selectos también se ven condicionados fuertemente en su elección residencial, concentrándose en las mismas localizaciones principalmente para facilitar el mantenimiento del *status* social propio y de los hijos.

En definitiva, como apunta Gotman (1990a: 24), la misma idea de estrategia residencial da al habitante un poder real de decidir o al menos gestionar parcialmente su futuro. Se tendría la voluntad de compensar una visión anterior demasiado determinista que establecía la clase y el ingreso como las claves para dilucidar el tipo de vivienda, el de tenencia y la localización (Bonvalet, Gotman, 1993b) o que vería en la segmentación económica y espacial del mercado de la vivienda la explicación para la práctica totalidad de los movimientos residenciales urbanos (Brun, 1993). La diversidad social y económica, siguiendo a Brun, explicaría la diferente capacidad de poner en marcha estrategias propias, no el hecho de la existencia o no de determinación absoluta. El concepto de estrategia estaría conectado con la línea de pensamiento sobre la racionalidad limitada en la sociología de las

organizaciones (March, Simon, 1958), según la cual, el individuo sería incapaz de optimizar sus decisiones y tendería más bien a buscar su satisfacción (Gotman, 1990a).

En cuanto a la coherencia biográfica del conjunto de decisiones residenciales, es decir, a la existencia de un proyecto formado, las dudas son mayores. Autores como Godard (1990) prefieren estudiar cada momento clave en el desarrollo residencial por separado, estudiar en primer lugar la lógica de la coyuntura y, posteriormente, enmarcarlas en duraciones temporales más largas. No pueden presuponer la existencia *a priori* de una estrategia a largo plazo prefigurada. Por el contrario, Ygnace (1990), estudiando el mismo tema de la emancipación, cree que los individuos al tomar cada decisión están imbuidos en una dimensión temporal más amplia que la simple coyuntura. Concibe la estrategia residencial como un conjunto de puntos de un itinerario, los cuales pueden ser contruidos, decontruidos y significados en relación con el tiempo. Ygnace llega a decir que para la población “el *inmediato* residencial no existe” (p. 223). Aunque llega a reconocer que en muchos casos la explicación personal de cada movimiento residencial en relación al tiempo vital no es más que la justificación posterior de una decisión *ad hoc* de la localización residencial.

Varios autores, además de Garrido y Gil, relacionan las estrategias con el conjunto de alternativas entre las que puede escoger el individuo. Conninck (1990) es el que hace una referencia más directa a este tema y se interesa por “el margen de maniobra, el campo de lo posible a partir del que una familia o un individuo puede construir su estrategia” (p. 403). La mayoría de los análisis cuantitativos generales, según él, no pueden más que “diseñar los contornos en el seno de los que las estrategias concretas se desarrollan”. Conninck tendría por lo tanto una actitud más modesta de aproximación al problema. Sólo se vería capaz de identificar para cada categoría de hogares las posibilidades factibles tanto de tipo de vivienda como de localización, mientras que la reconstrucción de estrategias debería de realizarse a un nivel micro y cualitativo. Este “campo de lo posible” estaría configurado, en primer lugar, por las restricciones espaciales (por ejemplo, la pertenencia a un área de empleo que limita las localizaciones empleo-vivienda) y por las características sociológicas del individuo. Porque, como dice el autor, “una misma práctica [residencial] puede, siguiendo el campo de lo posible del individuo estudiado, relevar una obviedad o, al contrario, una movilización máxima de todos los recursos individuales y familiares de que dispone” (p. 417).

Gotman (1990a) realiza una interesante síntesis de los elementos que intervienen actualmente en la definición del concepto y en la investigación práctica de las estrategias residenciales. En primer lugar resalta que hoy por hoy éstas son vistas como “fenómenos de resistencia a la deslocalización en un contexto de deformación y de decrecimiento de las aglomeraciones urbanas” (p. 28). El habitante

urbano busca como valor la estabilidad residencial, la continuidad temporal de las prácticas de cotidianidad, a pesar de que efectúe un cambio de vivienda que implique un cambio de localización.

Es común el uso de temporalidades largas en el estudio del comportamiento residencial de los hogares, ya sea respecto al ciclo de vida de los individuos o de los hogares, o ya sea por lo que respecta a la consideración de las relaciones intergeneracionales para el diseño de las estrategias, lo que lleva a decir a Gotman (1990a) que el enfoque de la estrategia residencial permite que los estudios de las cuestiones residenciales (desde la geografía o el urbanismo) se abra a las cuestiones sobre reproducción (de prácticas, de uso de viviendas), un término caro a la demografía (Cabré, 1989). Los individuos tienen que ser estudiados siempre en evolución temporal y espacial al mismo tiempo. Se supera el contexto local, el tipo de vivienda habitado por el individuo en la coyuntura temporal concreta: se ha de contextualizar en la duración larga y en un marco espacial más amplio.

Pero quizá la innovación más interesante que comporta enmarcar el análisis de las prácticas de movilidad residencial dentro del concepto de estrategia es el cambio del papel de la vivienda. Así según Gotman, la vivienda ha pasado en las dos últimas décadas de ser contemplada como un elemento determinado (según la situación profesional o familiar del individuo) a jugar como elemento codeterminante, como factor explicativo de diferentes relaciones sociales como el trabajo o la familia. Sin embargo, la tendencia mayoritaria todavía contempla la pauta residencial formada por la sucesión de viviendas como producto del resto de circunstancias del individuo, siendo el lugar y la manera de residir una consecuencia natural del contexto social pero también de “estrategias vitales” de mayor calado y amplitud, como elección del tipo de vida familiar, de la carrera profesional preferida, etcétera, tal como lo expone Mulder (1993) y se ha recogido más arriba (véase p.60).

En esta línea, y como contraste, cabe citar la reflexión de Brun (1990) sobre el papel de la localización residencial. Esta sería siempre un medio en la actividad social, profesional y familiar de los individuos y no meramente un fin. Es un medio también en las estrategias de constitución de un patrimonio mediante la adquisición de una vivienda. La localización espacial es también una variable de apoyo para jugar con la superficie, el precio, la calidad de los equipamientos públicos o la densidad de las redes comerciales o de transporte.

De todas maneras, habría que distinguir entre lo que constituye la elección de la vivienda y la estrategia residencial. La primera constituye un proceso de decisión a corto plazo en que juegan las ventajas de la localización respecto al espacio de vida del individuo y es la vertiente más estudiada por los investigadores anglosajones: en relación con la insatisfacción residencial (Wolpert, 1965), ajuste residencial o adaptación familiar (Morris, Winter, 1975), influencia del ambiente tal como lo percibe el individuo (Zuiches, 1980), conexión con preferencias generales y el largo plazo (Voets, 1994). La estrategia residencial constituye un proyecto a largo plazo de relación del individuo con el espacio urbano, el mercado de la vivienda y la red familiar y social, teniendo en cuenta el "campo de lo posible" que marca su posición socioeconómica.

2.6.3 Estrategias residenciales y relaciones sociales.

La elaboración de un proyecto residencial o la decisión sobre movimientos residenciales sucesivos supera el simple marco personal. Tanto en los motivos que se tienen en cuenta como en la misma toma de la decisión no sólo se ven involucrados los miembros del hogar que reside en la vivienda. Igualmente el cambio de vivienda se realiza para satisfacer necesidades que incumben además a otros conjuntos sociales próximos al hogar.

Tal como dice Gotman (1990b), cualquier referencia a estrategia residencial equivale a referirse a complejidad, en los individuos que deciden, en los objetivos finales... Si bien su uso expresa la voluntad de los investigadores de compensar una visión normalmente determinista de la movilidad en función de la clase y los ingresos, el acento se pone en otro tipo de relaciones o dependencias, en los procesos de movilización de las familias (y los círculos de inserción social) para construir la historia residencial del individuo (Bonvalet, Gotman, 1993b). El individuo no ejecuta sus decisiones residenciales autónomamente. Para resumir, puede decirse que estas imbricaciones sociales se engloban en tres ámbitos: a) el hogar propiamente dicho; b) la red familiar y de parentesco; y c) los lazos sociales amplios (amistad, trabajo, contactos) y la vinculación al lugar de residencia.

El primer nivel de complejidad en la creación de una estrategia estriba en las relaciones dentro del hogar. En geografía la incorporación de la mujer al mundo del trabajo remunerado fuera de la vivienda ha producido toda una serie de investigaciones sobre el uso del tiempo y el espacio que las mujeres realizan en el medio urbano. En sociología, se replantean de qué manera este cambio de actividades se traduce en una transformación de la organización interna del hogar, en definitiva, en una reformulación de las relaciones de poder. Estos cambios influyen sin duda también en quién y cómo se diseñan o construyen los itinerarios y estrategias residenciales de los hogares. Si bien no puede decirse que la decisión sobre la localización de la vivienda no fuera tomada siempre en épocas anteriores por los dos miembros de la pareja, sí es cierto que hasta hace bien poco sólo se tenía que

considerar la ubicación del trabajo del hombre. Actualmente, por contra, es más normal que haya que integrar los intereses que se desprenden de la movilidad cotidiana de la mujer debido a su progresiva integración en el mercado laboral, prácticamente general en las generaciones más jóvenes.

Como producto de estos cambios posiblemente se esté formando un modelo de comportamiento en cierta manera paradójico. El hombre continúa, como media, empleando menos tiempo y energías en las tareas domésticas y de reproducción del hogar. Esta actitud le estaría costando que en las parejas “frecuentemente [se acuerde dar] prioridad a las necesidades [residenciales] expresadas por la mujer, ya que ella tiene éxito en hacer valer sus argumentos [para el diseño de la estrategia común], habida cuenta de sus múltiples obligaciones familiares y profesionales” (Fagnani, 1990: 399). Concretando, la intención de las mujeres trabajadoras sería reducir al máximo las restricciones espacio-temporales para compatibilizar trabajo fuera de casa y tareas domésticas, mediante la reducción de su tiempo diario de desplazamiento y, siempre accesoriamente, el del marido. Fagnani (1992) llega a la conclusión de que, en Francia, la mujer transigiría más sobre el tipo concreto y la tenencia de la vivienda que sobre la localización espacial de la misma, cuestión en la que el hombre saldría perdiendo. Uno y otro intentarían guardar lo que Fagnani llama “armonía conyugal”. La estrategia de minimización del gasto temporal de la mujer en desplazamientos se contradice a menudo con otras preferencias residenciales de la pareja. Por ejemplo, la extensión del modelo de una habitación por hijo obliga a la búsqueda de una vivienda grande unifamiliar que por regla general sólo se encuentra en localizaciones periféricas, lo que conlleva ciertamente una pérdida de las ventajas locacionales. Es entonces cuando aparece una doble estrategia: la preservación de las virtudes de una localización central a costa de la comodidad de la vivienda o el sacrificio de los intereses de la mujer por mor de acceder a una vivienda adecuada a las necesidades de la familia. La elección de una localización periférica permite cumplir con otro de los grandes objetivos residenciales: el acceso a la propiedad como estrategia de patrimonio.

Un último punto de discusión. Mulder (1993) apunta que el hecho de que los dos miembros de la pareja contribuyan con un sueldo facilita el acceso a una vivienda en propiedad. Pensando en el caso de España, ¿no puede pensarse que la necesidad de acceder a una vivienda en propiedad obliga a la presencia, continua y estable, de dos sueldos en el hogar?

El siguiente círculo de sociabilidad en el que se insertan las estrategias residenciales está constituido por las redes familiares de origen, de la pareja o del individuo en solitario. La decisión sobre la ubicación de la nueva vivienda tiende a facilitar en lo posible el mantenimiento de los lazos familiares existentes.

Esta constatación, reiterada en multitud de estudios sobre el tema, vuelve a contrariar el principio de la familia parsoniana, en el que el núcleo familiar sería un ente completamente autónomo, que ha efectuado una ruptura con las familias de origen siguiendo un proceso de adaptación a la nueva sociedad industrial (Parsons, 1955). Era una explicación factual a las transformaciones residenciales de las familias debidas al incremento de la movilidad que comportó el desarrollo económico de postguerra en los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar del éxito duradero de las tesis de Parsons, varias investigaciones han incidido, con más insistencia en los últimos años, en la persistencia en el medio urbano de redes de parentesco que habitan en proximidad y de la ayuda familiar como un hecho cotidiano. Un estudio pionero sobre el papel de las redes familiares de proximidad espacial en la vida de los hogares fue el de Young y Willmott (1957) llevado a cabo en un vecindario de Londres. En este estudio se demostraba la cercanía espacial de las viviendas de padres e hijos casados, especialmente con las hijas. Otro estudio a cargo de Courgeau (1972) estudiaba la intensidad y formación de las redes sociales en el medio rural francés y apuntaba, sin estudiarlo, la conexión con las decisiones migratorias. Las investigaciones actuales vienen a confirmar que autonomía residencial no significa aislamiento respecto del entorno familiar y social. En estos momentos es un lugar común la constatación de que la fragmentación residencial en hogares nucleares no ha significado la ruptura de las relaciones de parentesco, de una intensa interrelación del conjunto de personas unidas por un nivel intenso de parentesco. Si acaso la atomización moderna de las unidades familiares en pequeñas unidades residencialmente autónomas es, sí, uno de los principales motores de la relativamente elevada movilidad de la actualidad (Bonvalet, Merlin, 1988b).

Ya en el apartado dedicado a la emancipación respecto el domicilio de los padres se manifestaba que a menudo esta fase de la historia residencial se produce de acuerdo a los intereses no sólo del joven sino también de la familia de origen. La misma prolongación de la coresidencia es una coordinación de las estrategias del individuo y de la familia. En algunos casos el coste de la nueva vivienda es financiado por los padres o bien la emancipación se produce en una vivienda cercana al domicilio paterno para no perder ciertas ventajas de la anterior vida dependiente. Y este sistema de ayudas mutuas se extiende a todo lo largo de la vida de los individuos y hogares.

En una interesante investigación llevada a cabo en Francia por Bonvalet, Maison, Le Bras y Charles (1993) a partir de la encuesta *Proches et parents* se analiza precisamente la evolución de la dimensión media de esta red familiar (más otras relaciones sociales) siguiendo la edad de los individuos. Se distingue entre una red próxima (desde abuelos a hijos más consortes de éstos en sentido vertical y hermanos y cuñados en sentido horizontal, siempre de ambos miembros de la

pareja) y una red alejada (que comprende tíos, sobrinos y primos del individuo y consorte) que juntas configurarían la familia extensa respecto de la pareja, cuyo tamaño supera siempre las 45 personas, siendo mayor cuanto más joven es la pareja. Sin embargo, al inquirir sobre cuántos miembros de este conjunto son considerados como próximos o allegados a la pareja se obtiene una cantidad mucho menor: 5,5 personas de media, casi siempre pertenecientes a la red próxima. En el tema de la vivienda distinguen cuatro ámbitos de ayuda: búsqueda de la vivienda, ayuda financiera, herencia o cesión de vivienda o colaboración en trabajos de remodelación de la misma. De los datos aportados por la investigación mencionada se desprende que el recurso a la familia para acceder a la vivienda es más intenso en las generaciones más recientes, en todos los tipos de ayuda excepto en la cesión o herencia directa de la vivienda. El tipo de ayuda más recurrido por los jóvenes es la financiera (más del 50%) mientras que en los viejos era la cesión o herencia (casi el 50%). La ayuda menos utilizada es ahora precisamente la cesión o herencia y antes la ayuda para buscar vivienda. Pitrou (1977) que trabaja con datos de principios de los setenta y en medio urbano encuentra un nivel de ayuda recibida para la vivienda bastante inferior, especialmente para las generaciones comparables en el tema de la herencia. Paradójicamente los estratos sociales superiores recurren bastante más a la colaboración familiar para acceder a la vivienda, lo que contradice la idea de que la ayuda familiar intentaría paliar situaciones de fragilidad del hogar. Esta conclusión se mantiene tanto por Pitrou como por el equipo de *Proches et Parents*. Destaca en la parte de la escala social un mayor recurso a la ayuda financiera y, curiosamente, en el momento de encontrar la vivienda concreta (durante el proceso de decisión de la localización residencial). Sin embargo, cuando el acceso es a una vivienda en propiedad (minoritario entre las clases bajas francesas) el recurso a la ayuda familiar es considerablemente mayor (Pitrou, 1977)

La familia no es pues sólo un mero apoyo afectivo del hogar. La ayuda continuada y la disponibilidad de esta asistencia permanentemente son valoradas y utilizadas por la mayoría de los hogares. La disponibilidad de ayuda cotidiana (cuidar hijos, realizar ciertas compras o gestiones) o extraordinaria (cuidar algún enfermo), que complementa el recurso a la familia para acceder a un empleo o a una vivienda implica la existencia de una cierta proximidad espacial. Las pautas neolocales de constitución de los hogares no serían óbice para el contacto entre las distintas unidades residenciales que conforman la red familiar. Diferentes investigaciones (citadas en Cuturello, 1988) demuestran desde los años sesenta la búsqueda de la cercanía con los hogares de origen en las estrategias residenciales. En lo que ya no hay un tal acuerdo es si las decisiones locacionales de los nuevos hogares siguen una pauta matrilocal, es decir, la nueva vivienda se ubica cerca del domicilio de origen de la cónyuge (Young, Willmott, 1957) o bien no hay una predilección aparente por los ascendientes de uno u otro cónyuge, como parecen demostrar los trabajos más recientes (Roussel, 1976; Bonvalet, 1993). Actualmente la mujer no tendría el poder de atraer al marido hacia su lugar de residencia, pérdida que coincide con la integración de la mujer en actividades fuera del hogar, por lo

que la solidaridad de la madre sería a menudo imprescindible (Cuturello, 1988; Bonvalet, 1993), pero la opinión femenina seguiría siendo clave en la elección de la localización de la vivienda en función de sus nuevas necesidades.

A pesar de que la matrilocidad de la residencia se haya ido perdiendo y que la extensión de las áreas urbanas haya obligado a una cierta pérdida de la pasada cercanía residencial, no se puede negar el mantenimiento de los lazos madre-hija. Se recurriría a esta línea femenina para hacer llegar al hogar lo que se podría denominar “ayuda familiar y doméstica”, es decir, la ayuda cotidiana; en la línea masculina (padre-hijo) recaería el peso de la “ayuda financiera”. Este reparto desigual por sexo se mantendría idéntico en los dos sentidos, apoyo a los hijos o apoyo a los padres (Pitrou, 1977) y muy a menudo el sentido de la ayuda es vertical y no horizontal, en la línea directa de parentesco, por lo que las ayudas que comporta la dinámica residencial se insertan claramente dentro de relaciones y estrategias intergeneracionales. Dada la carga económica que representa la ayuda económica a la vivienda, este concepto suele estar más igualmente repartido entre las dos familias de origen, pero estas pueden movilizarse de diferente manera en función del sexo del hijo, tal como parece el caso de Francia (Cuturello, 1988). Esta asimetría cobra de nuevo un carácter temporal en función del momento del ciclo de vida de los hogares. Cuturello resume la tipología de estrategias de acceso a la propiedad y construcción de la descendencia (véase la página 78) en dos: estrategias voluntaristas, que permitirían acceder a la propiedad en edad joven y antes de tener los hijos; y estrategias pasivas, que supeditarían el acceso a la crianza y educación de los hijos (los dos períodos donde las puntas de ahorro son mayores). En la mayor parte de los casos de estrategia voluntarista, los hogares “tienen una red de ayudas financieras que viene exclusivamente de la familia del marido”, según Cuturello en una investigación parcial sobre procesos de construcción de la propia vivienda (Cuturello, 1988). En la inmensa mayoría de los casos de estrategia pasiva, la ayuda viene de la familia de la esposa. Esto se debería relacionar con el hecho de que los esfuerzos financieros suelen ser soportados por la familia del marido, quién si puede movilizar su red familiar suficientemente podría entrar en una estrategia voluntarista. La estrategia pasiva quedaría relegada, pues, a hogares en que el marido es incapaz de movilizar su red familiar y la ayuda llega de parte de la familia de la mujer, a menudo inercialmente a consecuencia de una herencia. La falta de poder de movilización del marido puede estar relacionada con no ser primogénito, por ejemplo, de manera que personalmente podemos apuntar aquí que la reducción del tamaño de la descendencia tendería a un acceso más rápido de ésta a la propiedad de la vivienda cuando se autonomice.

La familia, en definitiva, cobra una importancia capital para explicar el comportamiento residencial de los individuos, y su traducción en movilidad residencial, sobre todo en las primeras etapas que coinciden con la emancipación y con el acceso a la primera vivienda en propiedad. El

grado de involucración del parentesco y su capacidad de ayuda condicionan, aunque por supuesto no determinan, la calidad de la vivienda, el tipo de tenencia, la rapidez de la búsqueda y la adecuación con las expectativas previas, así como la localización espacial de la misma. Véase una introducción a la involucración de los padres en la entrada en el mercado de la vivienda de sus hijos para el caso de España en Serrano (1997).

En buena parte de la población, las primeras etapas del ciclo residencial se realizan en estrecha coordinación con la familia de origen. Incluso se podría dudar si el verdadero protagonista y responsable de la estrategia es el individuo u hogar que ocupa la nueva vivienda o que efectúa un desplazamiento residencial, o lo son la familia o familias de origen. Es en este sentido que se habla de *estrategias de instalación de la prole* (Cuturello, 1990) o de ayudas de promoción (social) de los hijos (Pitrou, 1977), ya sea ofreciendo los medios económicos o facilitando la acumulación de ahorro para la adquisición de una vivienda definitiva en una estrategia que se puede denominar de “contra-movilidad” (Pitrou, 1977) para que mantengan como mínimo el mismo nivel de vida y que se traduce también en no movilidad residencial. La ayuda a la vivienda, más otros tipos de ayuda, funciona como “un mecanismo acumulativo y ‘reproductivo’ eficaz, de una generación a la siguiente, para mantener la igualdad de los estatutos o incluso para mejorar el de la generación joven” (Pitrou, 1977: 64).

A menudo la estrategia residencial debe compatibilizarse o incluso consiste esencialmente en el deseo de constitución de un patrimonio mediante la propiedad de la vivienda donde se reside. Existe una tendencia común en los países occidentales a preferir habitar en vivienda de propiedad, tendencia que tiene una cierta tradición histórica. La propiedad es un objetivo deseado tanto por los habitantes que ven así consumada la apropiación del espacio doméstico, como por los poderes económicos y políticos, que han visto en la propiedad una vía hacia la estabilización social. La vivienda como patrimonio responde a los deseos de la clase media de transmitir seguridad y *status* entre las generaciones. Tal como pone de manifiesto Gotman (1990b) al hecho de ser propietario se le suponen ventajas prácticas y simbólicas. Entre las ventajas prácticas se encuentra el control sobre los gastos en la vivienda que no lo permite el alquiler y la consideración del importe de la vivienda como una inversión, ya que cuando sea necesario puede recuperarse mediante la venta, incluso con una cierta ganancia que lo convierte en una opción atractiva para emplazar los ahorros. En el contexto francés, la propiedad es una vía para mantenerse alejado de vecindarios y localizaciones conflictivos y con apariencia de guetos urbanos, relacionados casi siempre con los polígonos de vivienda pública de alquiler (H.L.M.)⁹. Entre las ventajas simbólicas se encontraría una identificación mayor con la vivienda, una mayor sensación de independencia, la capacidad de transmisión no sólo de un bien sino también de una memoria familiar que permite mantener una cierta continuidad intergeneracional.

⁹ HLM: Habitations à Location Moderée

También da más seguridad a la pareja al ofrecer una mayor estabilidad a los hijos. Los valores simbólicos son transmitidos de padres a hijos y permiten a Cuturello (1990) decir que, en Francia, existen líneas familiares de propietarios y líneas familiares de inquilinos, basados no en si el hogar de los hijos accede o no a la propiedad, sino en el calendario de dicho acceso. Una estrategia de retraso en el acceso correspondería probablemente a una línea familiar de no propietarios, en la que padres e hijos comparten una particular relación y atribuyen significados propios a la posesión de la vivienda. Esta diferente visión sin duda también cabría relacionarla con la capacidad del individuo de movilizar la red de parentesco directa en el momento de la adquisición de la vivienda, tal como se ha comentado más arriba.

Puede afirmarse por lo tanto que en los contextos espaciales donde hay una dualidad efectiva de los sistemas de tenencia (propiedad y alquiler) existe una “fuerte tendencia a la reproducción del sistema de tenencia de origen, el de los padres” (Cuturello, 1992b: 288). Esta reproducción se realiza mediante una cierta “familiaridad adquirida” con el tipo de tenencia, que influye en la elección de esa opción residencial de tenencia como preferencia individual y se expresa mediante estrategias concretas de ahorro o movilización de la red familiar. Según las investigaciones de Cuturello en Francia, los cónyuges del hogar nuclear constituyen una suerte de “alianza patrimonial” por cuanto existe la tendencia a que las dos familias ascendientes y el hogar de los hijos disfruten del mismo tipo de tenencia, especialmente en los hogares propietarios. En Francia, el tipo de tenencia tiende a estar correlacionado con la clase social. Los inquilinos suelen situarse en las capas más bajas y contar con menos recursos de los necesarios para entrar en una estrategia de propiedad. Por ello, puede hablarse entonces de una “asignación residencial reforzada”: por origen social y por tradición residencial (Cuturello, 1992b).

La familia también ayuda en el proceso de elección concreta de la vivienda, facilitando contactos y poniendo a disposición del hogar toda su red de relaciones sociales. Este apoyo en la búsqueda refuerza, por sí mismo, la tendencia a la proximidad residencial entre familiares, por cuanto la red de contactos está territorializada en torno de la localización del hogar, el de los padres o el de los otros familiares. Paradójicamente, como finalmente concluye Vervaeke (1992), el recurso a la red de contactos de la familia, amigos, etc. limita en cierta manera la libre afluencia de información sobre la totalidad del mercado de la vivienda del área de residencia, aunque incrementa la velocidad de la elección. Se contribuye así a la consolidación de la segmentación local del mercado de la vivienda.

La influencia de la familia en su sentido amplio supera el amplio marco de las relaciones personales, en que se exige la presencia física de los participantes en el intercambio. En muchas ocasiones, los individuos siguen una estrategia residencial que se basa en la transferencia de unos valores mediante el sistema educativo o a través de la experiencia vivida. Esta transferencia no necesariamente debe ser recibida directamente de los padres, sino que puede proceder de otros miembros de la red de parentesco o bien tener un origen más difuso, por ejemplo la vinculación afectiva e idealizada a un lugar. Así, Maison (1993) habla del papel de la “historia familiar intergeneracional” en el sentido de experiencia de vida, más allá del comportamiento residencial. Este factor se situaría en una posición intermedia entre los determinantes socioeconómicos de pertenencia a un grupo de edad, social o de ingresos y el puro azar de los comportamientos individuales. Su investigación, una encuesta realizada mediante entrevistas en profundidad, da una respuesta atractiva a todos aquellos comportamientos móviles divergentes de hogares pertenecientes a un mismo estrato social. La opción por una particular estrategia residencial puede deberse, como muestra Maison, a una transmisión diferida de preferencias a través de dos o más generaciones, a la par que cada movimiento residencial presenta un cierto grado de sobredeterminación, ya que en él concurren diferentes motivaciones que en los estudios cuantitativos se tienden a separar. En los casos de ausencia durante toda la vida de una familia de referencia, el territorio podría sustituirla y convertirse en expresión de un deseo de filiación, por lo que la sedentariedad residencial o también el deseo de retorno a ese territorio se convierte en ocasiones en un valor buscado y en absoluto negativo.

2.6.4 Vinculación al medio local y definición de la estrategia residencial.

Lo expuesto al final del apartado anterior nos lleva, precisamente, al tercer contexto de interconexión social del hogar que es el medio local donde se reside. Se puede plantear la hipótesis que la intensidad de uso, el nivel de conocimiento y la duración de la residencia ayudan positivamente a formular una estrategia residencial en la que el elemento principal fuera la consecución de la estabilidad espacial. La duración de la residencia, es decir, la estabilidad en el lugar es una situación que retroalimenta esa misma estabilidad. La permanencia en un mismo lugar produce un mayor conocimiento espacial y provoca un incremento de la valoración positiva, tanto en términos afectivos como objetivos del medio local, preferencia local que a menudo tiene que competir con las imágenes sociales más extendidas (valoración de las casas individuales periféricas o, sencillamente, un piso en un barrio reciente) como deja de manifiesto Buléon (1991). Si se acompaña por un proceso de mejora perceptible de las instalaciones y equipamientos, puede suceder como en la región metropolitana de Barcelona en que la valoración positiva del barrio de residencia ha aumentado entre 1985 y 1990 (Riera *et al.*, 1992).

La valoración positiva del propio barrio puede traducirse en una ausencia de la necesidad de recurrir a otros lugares del espacio urbano para satisfacer determinadas necesidades. Pero lo más probable es que la valoración positiva vaya de acuerdo con el uso exclusivo del lugar, a veces podríamos pensar que dependencia. Los estudios realizados sobre el espacio de vida en el ámbito metropolitano de Barcelona confirman el apego al medio local, a pesar de un continuado aumento de la movilidad habitual:

“El espacio de vida tipo muestra que la principal localización es el barrio de residencia del entrevistado, porque se encuentran en él una de cada tres posibles localizaciones de actividades, siendo la siguiente localización principal el resto de barrios del municipio” (Mendizábal, 1993: 86).

“...el principal ámbito de relación de los habitantes de la región metropolitana de Barcelona es un ámbito pequeño, a menudo reducido al propio barrio de residencia o, en todo caso, al municipio” (Riera *et al.*, 1992: 105).

Es este espacio próximo, vivido con intensidad diaria, conocido y valorado muy positivamente, el que el habitante metropolitano prefiere más para localizar su nueva vivienda, si quisiera o tuviera que cambiarse (Mendizábal, 1993: 87).

La intensidad y el radio de acción cotidiana de la población varía en función de la categoría socioeconómica y de la etapa del ciclo de vida. Los que han realizado estudios universitarios o tienen rentas más altas usan con más intensidad el resto de los ámbitos metropolitanos. Los de clase baja usan el medio local casi de manera exclusiva (Mendizábal, 1993). Las clases medias y altas consideran como propio todo el espacio metropolitano, mientras que el resto de la población no se ha apropiado del territorio metropolitano, todavía lo ve como algo extraño (Subirats *et al.*, 1992). Marina Subirats estudia concretamente la estructura y la localización de las redes sociales de contacto más intenso según clase social y llega a interesantes conclusiones, que vienen a confirmar los resultados de diversas investigaciones a nivel internacional (Requena, 1994). La clase trabajadora se relaciona más con otros miembros de la familia y con los vecinos, tienen una red social de tipo familiarista y localista. Buena parte de los integrantes de este grupo social, en Barcelona, proceden de la vieja inmigración de los años sesenta o anterior, han sido muy estables en sus barrios periféricos de asentamiento, donde han consolidado sus redes y su sentido comunitario, de tal manera que son el grupo social con menos deseo de cambiar de entorno geográfico. Por su lado, la clase media es un grupo menos familiarista, sus relaciones se basan más en la amistad que presenta una ubicación espacial menos local.

La posición social interactúa con la edad. Como pone de relieve Enric Mendizábal “...a medida que se forma el entramado familiar (pareja, hijos...), lo que sucede a medida que aumenta la edad, el alejamiento de la vivienda para realizar las distintas actividades va disminuyendo” (Mendizábal, 1993: 87). La clase trabajadora clásica suele estar formada por personas de avanzada edad, con pautas de

relación propias de generaciones antiguas. Las clases medias están cada vez más repletas de personas relativamente jóvenes que realizan las nuevas actividades del terciario. Incluso, Subirats apunta que las clases medias tradicionales y más envejecidas (comerciantes, artesanos) tienen una red social local. Por lo tanto, es posible que lo que para los autores citados es un efecto de la clase social y edad en realidad, como ya deja entrever Mendizábal, sea también un efecto generacional: las generaciones más recientes tienen un uso más amplio del territorio metropolitano, que presumiblemente conservarán aunque vayan envejeciendo. Este uso mayor del territorio se tiene que traducir en un conocimiento mayor y una más intensa disponibilidad a hacer compatible el mantenimiento de las relaciones sociales con la existencia de una distancia espacial más amplia de la que aceptarían sus padres.

En resumidas cuentas, la estrategia residencial que escogen los hogares desde su formación es una interacción de las preferencias personales de los individuos que lo configuran con las dimensiones social y demográfica del espacio donde se insertan. El recurso al concepto de estrategia supera la vieja oposición entre las "mentalidades" y las "estructuras", como perspectivas metodológicas de análisis social, y por ello de la movilidad residencial (Garrido, Gil Calvo, 1993b). La localización residencial que en cada momento resulta de la estrategia surge de la evaluación de la propia posición respecto a la estructura social y a la red familiar (Cuturello, 1990; Bonvalet, Gotman, 1993b). La interacción entre ubicación residencial y estrategia de relación familiar aparece como un factor clave del comportamiento residencial en los espacios urbanos. En la literatura actual aparecen nuevos elementos de esta interacción. El espacio doméstico más estricto se flexibiliza y puede trascender el simple espacio de la vivienda. Así sucede en los casos en que el divorcio de una pareja con hijos no rompe los lazos de relación cotidiana entre cada padre con sus hijos y entre los dos miembros de la pareja. La elección de la nueva residencia de la pareja que sale de la vivienda conyugal se ve condicionada en multitud de ocasiones por el deseo de mantener, aunque transformado, una especie de espacio doméstico para los hijos, buscando por ello la máxima cercanía posible. Generalizando este desarrollo particular, la movilidad residencial es, en cierta manera, un resultado de la evolución de las formas familiares de socialización, de interacción entre las personas y los grupos (Buisson, Mermet, 1990). Pero como las redes familiares tienden a minimizar los cambios internos y a maximizar la estabilidad (afectiva, económica), funcionan a su vez como una resistencia al aumento de la movilidad residencial. La minimización de la movilidad sería, finalmente, el objetivo último de la red en relación con las estrategias residenciales. (Pitrou, 1977: 56). Ya Castells (1974) afirmaba, rotundamente, que se había demostrado "la tendencia constatada de vivir lo más cerca posible del antiguo lugar de residencia" (p. 215).

Por ello, la sedentariedad constituye no sólo una estrategia posible, sino seguramente el deseo último de la mayoría de los hogares (Bonvalet, 1993), que si acaso se embarcan en una trayectoria residencial en busca de la máxima satisfacción residencial. ¿Qué factores la definen? Bernard (1995), a partir de datos de encuesta, los identifica significativamente como los factores que influyen en el momento de la elección residencial: el sistema de tenencia, el tipo de hábitat (tipo de vivienda) y la localización. Éste último sería el factor determinante, ya que aparece como el elemento más importante señalado por los individuos cuando hablan de la elección de su vivienda. Sin embargo, no se ha de olvidar que el objetivo último de las estrategias residenciales es minimizar la movilidad residencial, por lo que en multitud de ocasiones hay un proceso de racionalización de decisiones o situaciones no satisfactorias. La insatisfacción residencial surgiría, se manifestaría, y se traduciría en movilidad, sólo cuando el individuo o el hogar tiene los medios para reducirla efectivamente (Bernard, 1995:16). Y parece demostrarse para el caso de Barcelona, porque los individuos de categorías altas son los que tienen una percepción peor de su entorno urbano inmediato (Riera *et al.*, 1992: 108).

2.7 Itinerarios residenciales espaciales.

2.7.1 Sobre su definición.

En las páginas anteriores se ha comentado extensamente los conceptos de ciclo de vida y de estrategia en relación con la movilidad residencial. El ciclo de vida hace referencia a la sucesión de etapas familiares u de otras evoluciones vitales que implican el replanteamiento de la situación residencial de los individuos y de los hogares. El concepto de estrategia explora las decisiones residenciales que toman los hogares en una perspectiva longitudinal y de coherencia biográfica. Con el concepto de itinerario se muestra la traducción espacial de la secuencia de decisiones residenciales a lo largo de la vida del hogar.

Cuando se habla de itinerario o trayectoria residencial se están superponiendo diferentes significados. Suele hacerse alusión a una pauta espacial en que el elemento más importante sería la sucesión de localizaciones residenciales. Sin embargo, también el concepto de itinerario o trayectoria, mejor esta última en este caso, abarca el conjunto de cambios residenciales en que se adivina algún fin, pero sin necesidad de una explicitación espacial. Es decir, sería sinónimo del concepto ya comentado de ciclo de vida residencial. En este punto, se puede definir como la aplicación práctica de una estrategia residencial, y ésta como un proyecto consciente de trayectoria. Por ejemplo, una estrategia de acceso a la propiedad puede comportar una trayectoria residencial mínima con compra directa de la primera vivienda o una etapa intermedia en una vivienda de alquiler o en otra vivienda de propiedad pero de inferior calidad. En este sentido amplio, trayectoria residencial

también sería equivalente a *housing career* tal como lo utiliza Mulder (1993): parte del curso vital de los individuos correspondiente a la sucesión de viviendas en paralelo con la *household career* o ciclo de vida familiar, *labor career*, etc.

El itinerario espacial sería un grado más de concreción de la trayectoria residencial. O dicho de otro modo, sería la proyección práctica y efectiva en el territorio de la estrategia residencial confrontada con las restricciones y condicionantes del espacio urbano. Coincidiría con el concepto de *migration -o- mobility career*.

Resumiendo, la acepción primera, más difusa, del concepto de trayectoria residencial, que abarcaría la segunda, comprendería tres campos de interés: las transiciones de sistema de tenencia (alquiler, propiedad, otros), las transiciones según la tipología constructiva de la vivienda (unifamiliar, adosado, multifamiliar) y, propiamente, las trayectorias espaciales. Cabe mencionar que el concepto de trayectoria supera el marco de los estudios de la movilidad residencial y es de uso común en la investigación sociológica, especialmente de la movilidad social o dinámica de transiciones individuales entre grupos o categorías sociales (Le Goascoz, Madoré, 1993b). A partir de este momento, el interés de este apartado se situará en las investigaciones que han tenido el dibujo espacial del ciclo de vida residencial (itinerario en el sentido propio de la palabra) o en las características estrictamente habitacionales del ciclo de vida residencial.

El hecho de considerar los itinerarios implica que la mayor parte de los individuos reiteren sus traslados residenciales. En el mundo occidental han sido tradicionalmente los países anglosajones los que han contado con una movilidad más abundante y, lógicamente, ha sido allí donde se generó el interés por el estudio de las transiciones residenciales. Tal como menciona para Francia Haumont (1993), la idea de la existencia de un curso residencial en que además los hogares iban mejorando sucesivamente sus condiciones de alojamiento es algo reciente. Hasta hace bien poco la estabilidad residencial dominaba los dos polos sociales: el bloque aristocrático-burgués, centrado en sus barrios, y el bloque de los obreros, que carecían de la perspectiva de una movilidad social ascendente. Conforme la estructura urbana se ha hecho más compleja, ofreciendo una mayor cantidad y variedad de localizaciones residenciales y una mayor parte de la población ha aumentado su nivel de vida, en los países del sur de Europa es adecuado plantearse la existencia de itinerarios espaciales. Sin embargo, los itinerarios de movilidad residencial son hasta cierto punto independientes de la movilidad social (Castells, 1974: 215).

El estudio de los itinerarios residenciales suele considerar además, como información práctica de gran utilidad, el número de movimientos residenciales que los forman, así como las fechas de los traslados y las duraciones de cada una de las residencias. La reflexión sobre la influencia de los contextos externos, especialmente el social, se hace imprescindible (Bonvalet *et al.*, 1988). Los tipos de traslado no sólo varían en función de la edad o la situación familiar del individuo sino también de la experiencia migratoria anterior, del rango de orden dentro del itinerario del desplazamiento (Baccaïni, 1991). La dependencia entre movimientos sucesivos no hace más que confirmar la existencia de un hilo común que conduce a una estrategia residencial de conjunto.

2.7.2 Antecedentes y enfoques actuales en la definición de los itinerarios espaciales.

Durante los años cincuenta y parte de los sesenta, el desarrollo del concepto de itinerario residencial espacial reflejaba los mismos o parecidos defectos que el de ciclo de vida: rigidez y falta de diversidad. Cada etapa del (único) ciclo de vida familiar poseía unas mismas características residenciales, que conjugaban los tres elementos antes citados: tenencia, tipología constructiva y localización dentro del espacio urbano.

A este patrón responde uno de los primeros esquemas desarrollados. Una vez que, tras Rossi (1955), se difundiera la idea de que los sucesivos movimientos se adaptan a las necesidades del ciclo de vida familiar, se intentó concretar las necesidades residenciales que se aparejaban con cada estadio de ese ciclo. De este esfuerzo se desprende automáticamente un esquema en que se detallaba qué tipo de transición residencial representaba cada cambio en el ciclo. Un ejemplo significativo es el de Abu-Lughod, Foley, Winnick (1960) reproducido en la tabla siguiente:

Tabla 2.2. Ejemplo de ciclo de vida residencial ligado al ciclo de vida familiar. Estados Unidos, años sesenta.

Etapa del ciclo de vida	Necesidades/aspiraciones residenciales
1 Antes de tener hijos	Apartamento barato en el centro
2 Nacimiento de los hijos	Alquiler de una vivienda unifamiliar cercana a la zona de apartamentos
3 Crecimiento de los hijos	Propiedad de una vivienda suburbana seminueva
4 Período salida hijos	Como en 3, o traslado a un área con mejor <i>status</i>
5 Tras emancipación hijos	Estabilidad residencial
6 Últimos años	Residencia / apartamento / vivir con hijos

Fuente: Short (1978), recogiendo la propuesta de Abu-Lughod *et al.* (1960).

El esquema consta de un único camino residencial que coincide con la evolución de un hogar clásico formado por una pareja con hijos. Esta evolución reproduce una visión lineal, sin interrupciones o accidentes, ni alternativas. El itinerario residencial es también unidireccional: todos los hogares tienen las mismas aspiraciones o necesidades, todos los hogares efectúan los mismos cambios de vivienda y siguen un mismo itinerario en el interior de las áreas urbanas. Nótese que este itinerario muestra no sólo los emplazamientos, sino también la tipología y la tenencia. Los hogares pasan de vivir en edificios multifamiliares a ocupar viviendas unifamiliares para al final retornar quizá a una vivienda en bloque, más pequeña y acorde a sus limitaciones. Los hogares comenzarían su vida autónoma pagando un alquiler, comprarían por primera vez tras el nacimiento del último hijo y la venderían en la etapa de jubilación para, quizá, rentabilizar su valor monetario, posiblemente incrementado.

Por lo que respecta a la trayectoria espacial es evidente la rigidez de los desplazamientos en cada momento del ciclo de vida. Si bien puede que responda a la situación más o menos normal en Estados Unidos durante los años cincuenta, no deja de ser, como dice T. Warnes (1992), un modelo limitado al comportamiento de la clase media blanca, urbana y nativa. Nada se dice de la movilidad de los demás grupos étnicos, situados a menudo en la base de la escala social, o bien, de los hogares recién inmigrados, con pautas de inserción y protección que influyen notablemente en las trayectorias residenciales. En contraste, las trayectorias residenciales de las minorías étnicas han sido estudiadas por otros autores, entre ellos Clark (1972). Tampoco se menciona para nada el contexto familiar en que se inserta el hogar: las decisiones son tomadas exclusivamente en función de la situación interna del hogar. En el esquema reproducido se debe a Short la introducción de cierta flexibilización, propia de las interpretaciones desarrolladas al considerar la variedad social y familiar. Esta flexibilización consiste en la aparición de alternativas residenciales en algunas de las etapas, sobre todo porque se admite que la consolidación del hogar no implica la mejora constante de la posición socioeconómica. A pesar de ello, se sigue construyendo un único trayecto familiar y residencial que, eso sí, se identifica con una parte de la población: hogares urbanos no migrantes de clase media dentro del mercado privado de vivienda.

En estos modelos, cada etapa requiere un tipo de vivienda particular que se encuentra en una zona determinada del área urbana. El poblamiento urbano aparece muy empobrecido, y simplifican el desarrollo metropolitano estadounidense de postguerra. Sólo suelen manejar un centro, una periferia consolidada y una periferia en desarrollo. En el centro sólo hay apartamentos baratos y en la periferia sólo casas unifamiliares, más valiosas y amplias cuanto más hacia el exterior. Los trayectos se inician con un traslado al centro en el momento de formar la pareja y continúan con sucesivos desplazamientos centrífugos en la periferia, hasta el momento de la jubilación en que se contempla un posible regreso al centro (Lewis, 1982: 91).

Sin embargo, presentaron en su momento un avance evidente que consiste en demostrar que la elección de la localización puede dar pie a generalizaciones explicativas. El hogar en movimiento se dirige allí donde pueda satisfacer mejor las necesidades derivadas de su etapa familiar concreta, mediante una vivienda adecuada. La ubicación estricta se hace dependiente en estos modelos del tipo de vivienda buscada (tenencia, tamaño, tipo constructivo) para explicar el proceso de decisión de la localización (Rhein, 1990b).

Tabla 2.3: Relación entre transiciones en el curso de la vida familiar con la demanda residencial y tipo de desplazamiento asociados.

Transición del curso de vida	Necesidades y aspiraciones de vivienda	Distancia de los movimientos (frecuencia anual)	Edad (años)
1. Emancipación residencial	Bajo coste, contrato corto alquiler, centro ciudad, compartido quizá	Corta y larga distancia; frecuencia alta (1+)	16-22
2. Unión de pareja	Coste medio/bajo, contrato algunos años	Distancia corta; f.media (0,3)	20-25
3. Estabilidad laboral	Casa o piso de propiedad, hipoteca pequeña	Distancia muy larga; f. media (0,3)	23-30
4. Primer hijo (ingresos elevados)	Casa con 2 ó + hab., hipoteca media	Dist. corta; (desplazam. suburbano largo en grandes ciudades)	23-30
5. Primer hijo (ingresos bajos)	Casa o piso de propiedad pública	Distancia muy corta	21-28
6. Promociones laborales o herencia	Hipoteca más grande, más superficie	Dist. muy larga; f. baja (0,1)	30-55
7. Divorcio	Coste bajo, contrato alquiler corto	Distancia corta	27-50
8. Cohabitación y segundo matrimonio	Alquiler coste medio o hipoteca pequeña	Dist. corta y larga; f. baja (0,1)	27-50
9. Jubilación	Compra contado casa, coste medio o bajo	Dist. muy larga a zonas periurbanas	55-68
10. Viudez o descenso de ingresos	Coste bajo, alquiler o compartido en zonas bien equipadas	Dist. corta o retorno	70 +
11. Pérdida autonomía o enfermedad crónica	Coste bajo, alquiler, compartir, institución	Dist. corta; f. media (0,3)	75 +

Fuente: Warnes, T., 1992: 184.

El desarrollo actual de estos esquemas, que tienen un poderoso atractivo como sintetizadores de información, va abandonando el carácter normativo para pasar a ser una mera recopilación de transiciones de diferentes ciclos de vida (el curso de vida global) que afectan a la historia residencial. Pierden así la óptica demográficamente transversal del análisis puesto que el esquema reproducía un hogar ficticio que en el transcurso de su vida fuera comportándose residencialmente como lo hacían

los hogares de diferente antigüedad que tenían en común el encontrarse en observación cuando el investigador realizaba su labor. Los esquemas actuales incluyen transiciones excluyentes o alternativas, rupturas familiares, tipos de hogares diferentes, es decir, no exponen un único itinerario residencial, sino una variedad de posibilidades. Un ejemplo muy interesante de esta aproximación es la tabla de T. Warnes (1992) que identifica once posibles transiciones con efectos residenciales y el tipo de desplazamiento asociado más probable (Tabla 2.3). Pese a su voluntad de inventario, no deja de ofrecer opciones “normales” para cada transición. Queriendo compensar esta limitación potencial, a continuación se expondrá una selección de ideas sobre las consecuencias espaciales de la movilidad residencial urbana a lo largo de la vida de los individuos, recogidas de un conjunto nutrido de autores. Se seguirá aproximadamente un esquema temporal de evolución familiar, intentando incluir el máximo de heterogeneidad de situaciones y opiniones.

2.7.3 Las opciones espaciales y las etapas del ciclo familiar.

Respecto a la emancipación, Godard y Blöss (1988), ya anteriormente Le Bras y Chesnais (1976), y también diversos investigadores anglosajones confirman que los jóvenes solitarios tienden a ir a residir al centro de las ciudades, donde se encuentra un parque de viviendas antiguas y más fácilmente accesible. Los más tradicionales, los que se embarcan desde el comienzo en un proyecto de pareja, se inclinarían por otro tipo de vivienda, más periférica y más nueva. Sin embargo, las condiciones precarias de entrada en el mercado de trabajo obligarían a muchos jóvenes a apoyarse en el mercado de trabajo más cercano aprovechando su mejor conocimiento, es decir, en torno a la vivienda paterna, lo que condicionaría que cuando se emancipen su nueva vivienda también esté muy cercana. Así, Godard y Blöss (1988, también Blöss, Godard, 1990) se preguntan si la proximidad residencial de los jóvenes emancipados respecto de los padres no se tratará más bien de una proximidad por cautividad que de una proximidad por solidaridad. Muchos jóvenes quedarían “atrapados” en el mismo tipo de vivienda que los padres, puede que reproduciendo incluso pautas existentes de segregación social. Volveremos sobre este tema.

Un período clave es el del nacimiento de los hijos tras la unión. Los modelos clásicos elaborados en los Estados Unidos en los años sesenta que estudiaban las aspiraciones sobre el tipo y localización de la vivienda preveían que la pareja tras casarse viviría mientras nacían los hijos en una casa de alquiler, pero ya unifamiliar, cercana a la zona central de apartamentos. Posteriormente, se realizaría un cambio a una casa nueva en propiedad en la zona suburbana donde los hijos llegarían a

la edad de emancipación (Abu-Lughod *et al.*, 1960; Short, 1978). En definitiva, los primeros quince o veinte años del ciclo de vida familiar implicarían en el residencial un alejamiento del centro urbano hacia localizaciones cada vez más alejadas en la periferia (Van Arsdol *et al.*, 1968). Últimamente estas pautas residenciales se han reelaborado considerando distintos elementos de complejidad social: como ejemplo, el esquema propuesto por T. Warnes (1992) para Gran Bretaña en el que se diferencia si tras la unión, la persona principal del hogar entra o no en una etapa de estabilidad laboral. Si tal es el caso el hogar habitaría una casa o piso baratos de propiedad. Si no es así se debería contentar con un alquiler barato. Si con el nacimiento del primer hijo se está en una buena posición económica el hogar realizaría un desplazamiento suburbano hacia una casa pagada con hipoteca, de tipo medio; si la situación económica es frágil, el hogar tendría que optar por un piso o casa del parque social. Cambios posteriores se deberían a una promoción en la carrera laboral de los miembros de la pareja o serían fruto de una herencia. En Francia (Jacquier, Ballain, 1982) las pautas espaciales de la fase de desarrollo de los hogares no eran muy distintas. Muestra un itinerario típico (producto de la política de vivienda francesa de los años sesenta y setenta) en que la pareja accedía a una vivienda plurifamiliar reciente en parque social de alquiler situada en la periferia o de propiedad en las capas sociales mejor situadas, mientras que el progreso económico del hogar le conducía a una casa individual suburbana. Courtois y Desplanques (1990) en su investigación sobre la movilidad residencial en Ile-de-France concluyen que los adultos maduros, sobre todo en familia, tienden a realizar movimientos centrífugos (aunque sus observaciones las realicen sobre movimientos brutos y no relativizando mediante algún tipo de tasa) para alcanzar los municipios periféricos. Observan que cuanto mayor es el número de hijos, más avanzado está el hogar en su ciclo evolutivo, mayor importancia tienen los movimientos centrífugos. Mulder (1993) por su parte observa que el aumento del período previo sin hijos de los hogares aumenta la propensión de éstos a permanecer en el centro urbano, no tan sólo porque el movimiento suburbano lo realizarán más tarde sino porque aumentaría el enraizamiento residencial y aumentaría la resistencia a un cambio residencial posterior.

Courtois y Desplanques diferencian en su análisis también la situación de actividad de los dos miembros de la pareja. No se desprende ningún comportamiento diferencial por este concepto con los datos que manejan. Mulder (1993) insiste en que la existencia de un doble ingreso en los hogares se traduce en una mejora de la calidad media de la vivienda, lo que reduciría, en un contexto casi anglosajón como el holandés, la necesidad de movimientos residenciales de ajuste que era la norma hasta la actualidad. Además de una reducción de la intensidad, el doble ingreso económico, mejor dicho la necesidad de coordinar dos carreras y localizaciones laborales reduce aún más la propensión a una posible migración de larga distancia. Es decir, el mantenimiento de la ocupación laboral de la

mujer fuera de la vivienda repercutiría en un menor número de movimientos pero más concentrados en distancias cortas, en la movilidad residencial urbana. Sin embargo, el proceso de decisión de la localización de la vivienda en el interior de las áreas urbanas se complica. Ahora hay que coordinar el espacio de vida del hombre y el de la mujer.

Las localizaciones espaciales y las frecuentaciones temporales que constituyen los espacios de vida de cada miembro de la pareja son diferentes, especialmente en lo que respecta a la localización del trabajo y la distribución de las tareas domésticas. La desigual distribución de estas últimas en contra de las mujeres está favoreciendo, paradójicamente, su posición en el proceso de decisión¹⁰. Su principal argumento es que ellas han de hacer compatible el trabajo (a tiempo parcial o jornada partida) con el deseo de atender a los hijos al mediodía o llegar pronto por la tarde, realizar las compras necesarias, etc., por lo que empujan a ser las menos perjudicadas en consumo de tiempo en los desplazamientos diarios. El hombre compensa su menor contribución a las obligaciones del hogar con un castigo en tiempo de desplazamiento diario. El resultado en forma de localizaciones que surge de esta negociación puede ser muy diferente dependiendo de dónde están ubicados los respectivos trabajos, las preferencias residenciales concretas y, sobre todo, del grado de imbricación de cada miembro en las tareas de reproducción física y mantenimiento emocional del hogar. Brevemente, puede volverse conflictiva una ubicación periférica en vivienda individual cuando eso significa una pérdida de ventajas locacionales para la mujer (Fagnani, 1990, 1992). Volveremos a este tema cuando hablemos de las estrategias residenciales.

Ya se ha apuntado que el divorcio afecta más intensamente a la población urbana. Los desplazamientos a que da lugar se producen, igualmente, a distancias cortas, siendo movimientos residenciales intraurbanos. Incluso es posible que la relocalización de uno o de los dos miembros de la pareja siga una decisión conjunta en que la separación es una ruptura de la unión sexual de la pareja, pero no una ruptura de una cierta "familiaridad" del grupo doméstico, lo que implica el deseo de minimizar también la distancia física (Buisson, Mermet, 1990)

El interés del impacto de la movilidad residencial en edades avanzadas no es tanto en los posibles efectos redistributivos de la población, como en la oferta de viviendas al mercado¹¹. Este efecto es máximo cuando se libera una vivienda neta si el destino migratorio es una institución (Filius, 1994) o hay una desaparición física del último miembro de la pareja en el caso que fuera autónomo residencialmente (Filius *et al.*, 1992; Curbelo, Martín, 1992; Garrido, 1993). Estas viviendas libres constituirían un segmento de la oferta primaria junto con la vivienda nueva (Gleeson, 1981). Las cadenas de vacantes que generan son mayores que en el resto de viviendas dejadas al mercado, es

¹⁰ Véase apartado 2.6.3.

¹¹ Véase también la página 98 y siguientes para una ampliación de este tema

decir, se benefician más hogares y sobre todo los de recursos más débiles, demandantes de vivienda de segunda mano.

La reflexión en torno a los itinerarios que se dibujan en el espacio urbano por el encadenamiento de cambios de vivienda conduce ineludiblemente a un primer plano la consideración de la heterogeneidad. Cada grupo social tendrá un conjunto de preferencias residenciales con elementos seguramente comunes. Pero hay que ser consciente de que los individuos de una misma categoría tienen orígenes y experiencias familiares diferentes, tienen también una particular percepción del territorio en función del lugar de residencia durante la infancia y juventud, formulan proyectos de futuro propios. El resultado final de esa reflexión debe mantener un equilibrio entre la homogeneidad absoluta, representada por el diseño de esquemas unidireccionales, y la renuncia a la existencia de itinerarios residenciales compartidos. Tan interesante como la identificación de comportamientos mayoritarios en función de ciertas características es el estudio de la dinámica temporal de los itinerarios. Este tema de por sí es suficientemente complejo desde el momento en que sólo se puede captar totalmente el desarrollo de un itinerario concreto en su dimensión longitudinal. Sin embargo, los apuntes en este sentido que aparecen en la literatura especializada ayudan a descubrir el poco carácter normativo de los itinerarios “modélicos” ya que son producto de una observación transversal que no considera la evolución histórica. Así, pasa por ejemplo con las transformaciones del contexto económico y político en que se sitúa la experiencia migratoria: los itinerarios considerados tipos se modifican. Lacroix (1995) en un interesante artículo constata las consecuencias de los cambios de política de la vivienda en los itinerarios de movilidad de los franceses.

2.7.4 Estructura espacial urbana e itinerarios residenciales.

Si existe una complejidad manifiesta en los actores, los escenarios donde se sitúan no les van a la zaga. La estructura espacial de la oferta residencial no está organizada en zonas perfectamente delimitadas, sino que es producto del funcionamiento actual del mercado de la vivienda pero también de la historia anterior del territorio. Una de las constataciones más evidentes en este sentido se refiere a la heterogeneidad de las periferias metropolitanas, producto de que en casi siempre son territorios que cuentan con una historia de poblamiento o en los que la metropolización ha llegado a un alto grado de madurez. Estos dos procesos implican la existencia de diversidad en los mercados de la vivienda, ya sea por la tipología o por la edad. La diversidad residencial significa que la demanda

potencial puede cubrir segmentos de la población localizados en diferentes sectores del área urbana, no sólo centrales, y, por supuesto, no sólo la ejercen parejas de reciente constitución. En Europa Occidental esta idea puede parecer bastante obvia, pero no así en Estados Unidos donde el estudio de la estructura territorial de la movilidad residencial metropolitana basado exclusivamente en la oposición centro-periferia todavía tiene suficiente fuerza, como se demuestra cuando se sigue el debate al respecto de la existencia o no de contraurbanización. (Geyer, Kontuly, 1996). Muchos autores, sin embargo, rechazan esta simplificación. Por ejemplo, Moore y Clark (1990) se refieren a la necesidad de tener en cuenta la complejidad residencial para explicar sus resultados aunque sigan utilizando el esquema centro-periferia. Concretamente, explican la disminución en las ciudades americanas de los flujos periferia-centro como la prueba de que el sector del mercado que tradicionalmente se situaba en el centro (vivienda barata, apartamentos) puede ya encontrarse en otras localizaciones periféricas. Igualmente, Gober (1990) al utilizar una escala más grande, los *tracts*, (secciones censales en las ciudades estadounidenses) implícitamente supera la simplificación centro-periferia. Asimismo, se comienza a cuestionar la necesidad de que todos los itinerarios hayan de transcurrir en algún momento por la periferia, por cuanto la transformación del ciclo de vida normal se traduce directamente en una disminución del tiempo medio que un individuo pasa en un hogar "normal" y destinado por tanto a ubicarse tarde o temprano en los suburbios unifamiliares periféricos (Frey, Kobrin, 1982).

En Europa la diversidad de la periferia urbana normalmente se ha tenido en cuenta. La causalidad que lleva a los migrantes a este sector metropolitano puede variar desde la búsqueda de un entorno urbanístico agradable, mediante la cercanía a los espacios abiertos y la posesión de una vivienda individual o la necesidad de deslocalizarse del centro para poder acceder a una vivienda en propiedad, aunque sea en bloque. La heterogeneidad urbanística de esa periferia, para poder satisfacer esta demanda tan variada, es evidente (Arribas, Módenes, 1994). A lo largo del tiempo la distribución de los migrantes que acceden a la periferia desde el centro metropolitano en función de las distintas causas varía. Así Milovanovitch (1988) destaca el aumento en Francia de la participación de las clases medias y bajas durante las últimas décadas a medida que se han ido integrando en trayectorias de acceso a la propiedad en vivienda unifamiliar. La diversidad social de la periferia también estriba, apunta Milovanovitch muy acertadamente, en la presencia de un contingente originario del lugar, ya sea porque descende de la antigua población rural o de los primeros inmigrantes urbanos. Por lo tanto, hay que tener en cuenta que existen, y cada vez más, multitud de itinerarios residenciales que tienen su origen en algún lugar de la periferia metropolitana.

La comparación entre distintas realidades urbanas puede servir de ayuda para detectar las grandes tendencias comunes en cuanto a la organización espacial de los flujos migratorios. Sin embargo, hay que tener en cuenta que variables aparentemente homogéneas pueden ocultar cierto

grado de diversidad. Así pasa con el papel que cumple cada segmento del mercado de la vivienda en las trayectorias residenciales de cada grupo de población, el cual no es el mismo en todos y cada uno de los sistemas urbanos de movilidad (véase en pág. 100 la aportación de Lévy al respecto).

Se ha mencionado ya que un elemento importante en el estudio de los itinerarios espaciales es el número de desplazamientos efectuados. Pues bien, habrá que prestar una atención especial a aquellos hogares o individuos que presentan itinerarios mínimos o nulos. El análisis de la movilidad comporta además el estudio de la sedentariedad (Bonvalet, 1993). La no movilidad puede ser producto de que el hogar se halle al final de su itinerario espacial. Pero habrá que discernir en otros casos si esta no movilidad responde a un elevado grado de satisfacción residencial, sobre todo debido a la integración en el vecindario, como comenta Bonvalet, o más bien a la acción combinada de diferentes restricciones, creando una población cautiva de “asignados a una vivienda” (Bernard, 1995: 20), formada por residentes en vivienda marginal de alquiler social o, incluso, por hogares de bajos ingresos que aspiran a la propiedad y que de hecho quedan desplazados del centro metropolitano en los grandes conjuntos suburbanos.

La acción combinada de la multitud de itinerarios residenciales espaciales que actúan al unísono y a lo largo del tiempo tiene su incidencia sobre la estructura social urbana. Se podría pensar que ayudan a modificarla, aunque fuera de una manera lenta. Autores como Rhein (1990a) opinan lo contrario: la movilidad tendería a mantener las grandes diferencias de estructura demográfica y no tendría más que un papel marginal relativo sobre la evolución de las formas de división social del espacio. La movilidad residencial sería uno de los mayores procesos de reproducción del esquema de polarización social preexistente. Y, se podría añadir, lo reproduce y multiplica en los nuevos espacios de crecimiento metropolitano. El estudio de los itinerarios espaciales, por lo tanto, se configura como la vía concreta y precisa de observar los comportamientos y las estrategias de los actores individuales, de pasar de la idea de las relaciones y construcciones ideales y sociales a la praxis del comportamiento real tangible, en relación con la estructura urbana, marcada por la diversidad y la separación espacial de los distintos grupos sociales, en cierta manera, por la existencia y reproducción de una cierta segregación residencial (Brun, 1994: 42).

No debemos acabar este apartado, que en el fondo trata sobre las maneras en que la población aprovecha los márgenes de libertad para ubicarse en el espacio residencial, señalando la opinión que un experto en estructuras territoriales metropolitanas como Indovina (1990) tiene sobre la libertad en los movimientos residenciales en las áreas urbanas, opinión que contrasta fuertemente con los que abogan por la aproximación estratégica a la movilidad residencial. Y con algunas de sus opiniones es fácil estar de acuerdo. Indovina piensa que la redistribución territorial de la población en el interior de las áreas urbanizadas es en buena parte una imposición a los migrantes. La mayor parte de los desplazamientos residenciales responderían a tres motivos: la pérdida de calidad y el incremento del

coste de la vida en el centro urbano, el aumento del coste de la vivienda y los procesos de salida del centro de la clase media para la que los precios de las viviendas destinadas a su estrato social ubicadas en el centro han sobrepasado su capacidad de gasto, por lo que eligen una nueva localización suburbana antes que ir a residir en zonas socialmente inferiores pero más céntricas. Este cuadro para Indovina no indica una mejora de las posibilidades de elección espacial de los individuos, tal como se suele apuntar para explicar la suburbanización. Esta suburbanización, digamos, “coaccionada” estaría acompañada por la polarización social de los centros urbanos, que se produciría por la emigración más importante de los estratos sociales intermedios y una inmigración selectiva de los estratos altos y bajos.

Indovina opina que la imagen del migrante suburbanizador que persigue las ventajas de vivir en la naturaleza manteniendo la cercanía con el centro urbano está distorsionada. Este migrante, si existe, es minoritario. Muchos de estos, además, son atraídos por una “idea” de la suburbanización que a la hora de la verdad no encuentran: incremento de la pesada movilidad diaria, menor integración social, menor cantidad de servicios... Este contraste entre el deseo y la realidad de la vida en el suburbio de baja densidad está magníficamente recogido, mediante entrevistas a los propios protagonistas, miembros de esas amplias capas sociales intermedias, en la tesis doctoral de Antoni Durà (1995) sobre la emigración metropolitana del municipio de Santa Coloma de Gramenet en el área de Barcelona. Muchos estudios sobre la suburbanización de la población harían pasar por normal y general lo que es patrimonio de una minoría, socialmente identificada. En palabras de Indovina, se quiere pasar como elección libre lo que no es más que una coacción.

Incluso, podemos apuntar nosotros, algunos de estos emigrantes “coaccionados” intentan racionalizar su desplazamiento mediante la adopción de las supuestas ventajas del modelo de “migrante metropolitano libre”. En el estudio de Durà se observan casos paradigmáticos que, a pesar de encontrarse con problemas evidentes de adaptación a las nuevas condiciones de vida en la periferia, se aferran en destacar aquellos aspectos que echaban de menos en su lugar de residencia anterior.

2.8 Movilidad residencial y segregación espacial de la población urbana

2.8.1 Concepto de segregación residencial, antecedentes, mecanismos.

En cualquier investigación sobre estrategias residenciales o sobre itinerarios espaciales hay implícita una idea: el espacio residencial no es accesible por igual a toda la población. Cuando se decide efectuar una migración en el interior de un área metropolitana se está jugando con las posibilidades que se ofrecen como factibles y dejando de lado desde el principio las irreales. Las personas son conscientes de ello y tienen una idea bastante aproximada de su “campo de lo posible”, usando la terminología de Conninck (1990), para localizar su próxima vivienda. Normalmente, los “campos de lo posible” de los individuos de semejante posición social tienden a coincidir espacialmente y están claramente separados de otros “campos de lo posible” correspondientes a otros colectivos. En definitiva, el espacio residencial urbano está segmentado y dividido en función de las distintas categorías y grupos poblacionales que lo habitan; es lo que se ha dado en llamar segregación residencial.

Los estudios sobre segregación residencial tienen su raíz en la ecología humana o urbana, cuyos antecedentes más inmediatos pueden encontrarse en Park y Burgess del departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, durante los años veinte, los cuales protagonizan la transferencia de conceptos y enfoques propias de la ecología natural a las ciencias sociales. Las primeras referencias a la segregación residencial tienen que ver con el inicio de la lucha social y política contra las normas jurídicas segregativas de la población negra, iniciada en aquellos años. Así seguramente el primer texto consagrado exclusivamente a la segregación residencial en áreas metropolitanas como parte esencial de la diferenciación interna de éstas, según Rhein (1994), es el de Burgess (1928). La segregación residencial de los negros, según Burgess, no sería sólo producto del racismo existente, sino que resulta de procesos de llegada de nuevos grupos, de invasión y de sustitución espacial dentro de una dinámica de fuerte crecimiento por inmigración de la población urbana. Es decir, introduce la variable temporal al hablar de evolución de estructuras urbanas, en conexión con itinerarios residenciales de sus habitantes. En este y sucesivos estudios de la escuela de Chicago (Duncan, Duncan, 1957; Lieberman, 1963; Taeuber, Taeuber, 1965) se reiteran los mismos intereses ya recogidos por Burgess: interés por los dispositivos espaciales, por la dinámica intraurbana, por los movimientos migratorios inter e intrametropolitanos, por la investigación de las interacciones entre dinámicas demográficas, sociales y morfológicas, aunque con una mayor complicación metodológica (Rhein, 1994). Los puntos de vista actuales, no sólo franceses, sobre esta temática pueden ser repasados rápidamente en la obra colectiva *La ségrégation dans la ville* (Brun, Rhein, 1994),

La definición de segregación residencial se mueve, todavía, en un terreno ambiguo. En primer lugar, es un fenómeno con una doble vertiente. Por un lado se trata de un hecho social, un grupo mantiene separado de sí a otro, y es un hecho espacial, porque esta separación significa una distancia física (Grafmeyer, 1994). Para que se pueda hablar de segregación residencial, por lo tanto, deberíamos encontrarnos simultáneamente con las dos vertientes. Sin embargo, tal como indica Brun (1994), la distancia, aunque últimamente se ha convertido en elemento central de la definición de segregación, no siempre se haya presente en todos los mecanismos de exclusión.

Castells (1974) prefiere a la existencia de distancia física, incluir en su definición de la segregación residencial la existencia de jerarquización entre las áreas y de fronteras ecológicas claramente marcadas y reforzadas por ciertas pautas de socialización interna al grupo. La segregación residencial sería para él un proceso, más que una estructura: “tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia, sino de jerarquía” (p.204). Esta tendencia sería más o menos común a todos los espacios urbanos. La intensidad de la segregación estaría más bien en relación con la situación local de las interrelaciones y/o enfrentamientos sociales, que alimentarían la creación de subculturas particularistas, reforzando, como decíamos, las fronteras socioespaciales.

Como proceso social, parece que “el nudo semántico de la noción de segregación es efectivamente la idea de discriminación” (Brun, 1994: 24). Según este autor, si no existe una discriminación más o menos voluntaria de unos grupos sociales respecto de otros hablar de segregación es superfluo. En esta línea, Grafmeyer (1994) indica dos condiciones para hablar de segregación, que tienen que ver con las dos vertientes, social y física. La existencia de concentración espacial y la existencia de prácticas y de lógicas de exclusión o de relegación. Tiene que haber una cierta coerción en la separación porque la concentración espacial de las categorías altas es en ocasiones mucho mayor que la de las categorías bajas. La segregación, en definitiva, afecta a los más desfavorecidos, a los más “pobres” económica y socialmente.

Según Grafmeyer, se podría hablar de diferentes escalas de “gravedad” o intensidad en la definición de la segregación residencial en las áreas urbanas. Un primer nivel reuniría a todas aquellas diferencias de localización en función de diversos criterios sociales o demográficos. Se hablaría de segregación desde el momento en que se la mezcla social se instituye como ideal al que hay que tender. Un segundo nivel, se relacionaría con la existencia de oportunidades desiguales de acceso a

diversos bienes, en nuestro caso la vivienda. La localización residencial en este nivel de la definición sería la “traducción material de lógicas colectivas que se relacionan con los lugares respectivos en una estructura social”. El tercer nivel, el más grave y que se traduciría en la formación de enclaves o guetos, asociaría formas de concentración espacial con poblaciones especialmente desfavorecidas. En los dos últimos casos, especialmente el tercero, la separación física es institucional o autoritariamente preservada e, incluso, promovida.

Ahora bien, tal como apunta Bernard (1994) desde el punto de vista de los efectos de la segregación residencial no es necesario que exista una voluntad deliberada de exclusión por parte de los grupos dominantes, basta quizá con que sea vivida así por los habitantes. Esta percepción, y no sólo la coerción, influye en los comportamientos de movilidad posteriores de la población. Por ello, el estudio de las trayectorias residenciales es un poderoso instrumento de análisis de la respuesta de los habitantes a la diferenciación residencial (Brun, 1993). Algunos autores, como Schelling (1978, citado en Krugman, 1996), estudian los mecanismos de producción de segregación residencial completa en los Estados Unidos a partir de decisiones individuales que, conscientemente, no son abiertamente racistas y que son adoptadas por todos los grupos involucrados. Se trataría de un mecanismo sutil, ligado a la percepción del medio local, en que se quiere evitar la sensación de automarginación, más que buscar la de los demás. El problema, Schelling concluye, es que un hipotético esquema residencial de integración y tolerancia es muy inestable frente a perturbaciones aleatorias. Las interacciones locales y de corto alcance serían capaces de generar estructuras a gran escala (Krugman, 1996: 24-32).

2.8.2 Tipos de segregación residencial.

El nivel más intenso de segregación residencial se produce cuando la característica que define la discriminación es la etnia o cultura de pertenencia. El caso más estudiado y también de los más evidentes es el estadounidense. La tradición de estudios sobre la desigualdad espacial de la localización de los distintos grupos étnicos se remonta a los inicios de los estudios urbanos, tal como se ha visto al comentar el papel de la Escuela de Chicago. Un hito dentro de la geografía urbana lo constituyó la publicación de *Geography of the Ghetto*, (Rose, 1972) que estudiaba de una manera profunda y crítica diversos aspectos de la realidad y la constitución de la máxima expresión espacial de la segregación residencial. En esta obra Morrill (1972) realiza la genealogía del fenómeno en la realidad urbana norteamericana, mientras que Harvey (1972) analiza la causalidad desde una perspectiva radical.

El interés por el tema no ha cesado en los últimos años a tenor del mantenimiento de un elevado grado de segregación racial, sobre todo en las áreas urbanas de Estados Unidos. Se siguen

investigando las causas de este tipo de segregación y de su mantenimiento y se establecen debates sobre cuáles son los principales motivos. Clark (1986) mantiene que el principal motor de la segregación étnica tiene que ver con la estructura socioeconómica de los Estados Unidos, así como a las redes de información y el peso de las preferencias residenciales combinadas de los distintos grupos. Esta idea es apoyada recientemente por Farley *et al.* (1996) que describen la preferencia de muchos individuos de raza negra, incluso de clase media, por vivir en vecindarios donde sean mayoría étnica. Por contra, Galster (1988) no comparte esta opinión y destaca el papel de la acción consciente individual en la discriminación residencial. A esta dicotomía (segregación consciente o segregación por condiciones económicas) se le añade la posible acción de los agentes políticos, sobre todo locales (Luce, 1993). Una auténtica obsesión se produce después del levantamiento de los censos por tal de medir la posible disminución de la segregación racial. Este interés alimenta una interesante línea de análisis de dinámica de la segregación. La evolución de la segregación tiende a relacionarse con la de la suburbanización de la población metropolitana. Aunque se reconoce la creciente participación de las minorías étnicas, entre ellas los negros, en las pautas de desconcentración (Schneider, Phelan, 1993), otros autores no dejan de culpar del mantenimiento de la segregación a una sociedad eminentemente suburbanizada que debido a una desconcentración selectiva de población y empleo, potencia el aislamiento y la inmovilización de las minorías empobrecidas en el centro metropolitano (Frey, Fielding, 1994).

Indudablemente, la movilidad residencial juega un papel clave en esta evolución. Diferentes autores han estudiado las trayectorias espaciales de cada grupo étnico y han llegado a la conclusión de que buena parte de los individuos prefieren vivir y trasladarse dentro de vecindarios con mayoría de su propio grupo (Fong, 1995). Pero la pregunta más formulada, la de si la segregación residencial étnica está disminuyendo o no, no tiene por el momento una respuesta clara. Mientras que autores como Clark, de manera bastante coherente con su pretensión de que la segregación no es un asunto de discriminación consciente, no constatan una mejoría apreciable, otros autores creen ver una ligera disminución. Quizá el punto de vista más razonable es el formulado por White (1987) que encuentra que, efectivamente, la segregación racial disminuye pero la estrictamente socioeconómica se mantiene. Mientras tanto se van afinando los instrumentos de análisis. Se desarrollan indicadores que miden cuantitativamente el umbral de "tolerancia" de cada grupo étnico respecto los demás (Kaufman, Krivo, 1994). Con el desarrollo de estos índices se entiende que últimamente en algunas áreas urbanas de los Estados Unidos disminuya la segregación debido al pequeño tamaño de los grupos minoritarios: no se alcanza el máximo de tolerancia.

En sociedades más “igualitarias”, tal como nos vemos los europeos, seguramente con un grado elevado de error, la desigualdad social se traduce sobre todo en segregación residencial (Grafmeyer, 1994). Por supuesto, existe un cierto nivel de segregación social residencial en las áreas urbanas. La diferenciación del parque de viviendas según precio, calidades y tipo de tenencia lo hacen evidente, tal como se mencionó en el apartado 2.1. Sin embargo, existen dos procesos que, en los países europeos más próximos al nuestro, encaminan la distribución social del espacio residencial hacia una verdadera segregación, cuando aparecen comportamientos de evitación y sustitución espacial.

La evitación de ciertos espacios residenciales, presente en cierto grado siempre que existen preferencias locacionales bien definidas, se exagera por la transformación del parque de vivienda pública de alquiler en la periferia de muchas de las grandes ciudades de Francia o de Gran Bretaña. En estas viviendas, originariamente concebidas como un puente temporal para las parejas jóvenes en su camino hacia la propiedad, se han ido quedando aquellos hogares que no han podido mejorar lo suficiente en su nivel socioeconómico, sobre todo tras los estragos provocados por la crisis industrial de los setenta. La percepción de este deslizamiento por los hogares mejor situados explica su salida rápida de este tipo de vivienda, inducida por la potenciación, ideológica y material, de la vivienda en propiedad, a la que sólo se puede acceder en forma de vivienda individual en la periferia (Hamnett, 1989). Sin embargo, tal como señala Rhein (1990b), citando a su vez distintos trabajos de carácter local, existe una elevada complejidad interna en el parque público, tanto del momento del ciclo de vida en que se encuentran los hogares, todavía de la posición social, como del origen étnico de los ocupantes. Marginación social corre el peligro de hacerse equivalente, sobre todo en Francia, a marginación por origen étnico. Quizá el peligro de guetización que se corre en Francia se debe en parte también, paradójicamente, a la menor capacidad de control por parte de las autoridades locales de los criterios de selección de los ocupantes de sus viviendas públicas, donde concurren diferentes instituciones que interfieren entre sí y provocan la asunción de criterios teóricamente no selectivos (Lévy, 1984).

Los procesos de sustitución residencial encuentran su paradigma en la llamada gentrificación. Son muy diversas las explicaciones dadas a este fenómeno por el cual hogares jóvenes de clase media y superior optan por localizarse en los centros de las grandes ciudades, previamente abandonados por sus homólogos de clase, provocando una revalorización de esos emplazamientos, la aparición de movimientos especulativos, el auge de la rehabilitación de viviendas, y la sustitución de los hogares que habían permanecido, de peor capacidad de renta y en situaciones de fragilidad familiar, como los de ancianos solitarios. Una selección de argumentos explicativos puede encontrarse en el artículo de Solé (1996), comprendiendo los políticos, los ligados con la terciarización, con la sustitución del alquiler por la propiedad, con la nueva corriente de usar el urbanismo como regenerador urbano, los factores relacionados con los nuevos estilos de vida de las

nuevas clases medias. Sin embargo, una aportación muy interesante se encuentra en Rhein (1990b), en la que se cita una serie de trabajos que relativizan la importancia de este proceso de sustitución residencial en los centros metropolitanos. Se trata de un proceso no comprobado de una manera general y que comprende dos componentes que a veces no coinciden: la rehabilitación de viviendas en los barrios centrales degradados y la transformación de la composición social. La rehabilitación casi nunca alcanza una extensión general en un centro urbano y se limita a intervenciones bastante puntuales, aunque eventualmente muy espectaculares. La sustitución social se produce con individuos que, a su vez, no son homogéneos, comprendiendo niveles de renta y dedicaciones laborales muy amplias. De todos modos, algunos estudios generales sobre el incremento del nivel social en los centros urbanos no han llegado a conclusiones relevantes. Ni siquiera está claro que se trate de un movimiento de retorno de las capas altas que anteriormente habían elegido localizaciones suburbanas. Legates y Hartman (1986) demuestran en una encuesta realizada en Nueva York que los supuestos gentrificadores son jóvenes provenientes de hogares instalados a su vez en la ciudad. Sin embargo, el reparo mayor viene por un argumento demográfico: la mayor parte de la demanda residencial urbana la generan hogares jóvenes y estos se ubican con mayor frecuencia en las llamadas capas medias ligadas a la terciarización de la economía. Estos hogares son mayoría en la demanda residencial ejercida en el centro de las ciudades, como lo son allá donde el parque de viviendas crece o se renueva (Rhein, 1990b: 329).

La segregación (residencial) demográfica es definida por Rhein (1988) como "...la desigual distribución de los diferentes grupos de edad y de sexo en el seno de las aglomeraciones o de las regiones urbanas" (p.129). No se trataría de un fenómeno de separación de los grupos de edad por la disolución y la autonomización de las unidades familiares, que también está presente, sino a disfunciones locales del mercado de la vivienda, principalmente debido a su rigidez, a la falta de flexibilidad de la oferta. Los jóvenes no encuentran en los barrios donde viven con sus padres viviendas que sean adecuadas para ellos. Ciertas zonas se especializarían en ofrecer vivienda a ciertos grupos demográficos (Arribas, Módenes, 1994)

Existiría una cierta tensión entre las fuerzas del mercado de la vivienda que tenderían hacia una especialización de los distintos subsectores espaciales residenciales con las fuerzas de cohesión familiar y social que, como se ha visto al comentar las estrategias residenciales, tienden a todo lo contrario, a aproximar la residencia de los miembros de una misma red familiar. Las trayectorias residenciales de la población y la estructura residencial espacial de las áreas urbanas son el producto de estas dos fuerzas opuestas.

La segregación demográfica es menos marcada en las categorías altas (Bonvalet, Merlin, 1988b). La explicación estriba en parte a lo apuntado en el párrafo anterior: la voluntad de mantenimiento de la red familiar y, sobre todo, de la cohesión social de grupo implica el reforzamiento

de la selección de unos pocos lugares como residencia. La concentración espacial de las categorías altas cruza todas las edades de sus partícipes, al evitarse la dispersión residencial de sus miembros, incluso de los que inician su historia residencial (Pinçon, Pinçon-Charlot, 1990).

2.8.3 *Intervención pública y segregación residencial.*

No sólo la estructura de los mercados de la vivienda influyen en la creación de segregaciones demográficas. La división político-administrativa de las áreas urbanas y metropolitanas, con la disparidad de políticas y de reglas en relación con la vivienda, coadyuvan a su potenciación. La intensidad global, el nivel de apertura exterior y la distribución por edad de la movilidad a nivel micro-espacial está condicionada por las políticas municipales existentes. Castells (1974: 217), en esta línea, llega a afirmar que la autonomía local perpetúa la desigualdad, siempre que los recursos públicos locales dependen principalmente del nivel económico de su población. Las comunidades privilegiadas tenderían a cerrar sus fronteras con las comunidades en peor situación.

Esta idea es apoyada por los estudios de varios autores. Ostendorf (1986) se refiere al caso de los Países Bajos en que las autoridades municipales tienen un elevado control sobre sus mercados locales de la vivienda. Los municipios, como en el caso español, pueden intervenir en la cantidad de suelo en oferta y en la velocidad de construcción. Así mismo, se interviene en el tipo de ocupación que se desarrolla, o lo que es lo mismo en la calidad y la cantidad de vivienda que entra en el mercado. Pero además, los municipios holandeses pueden asignar directamente viviendas de promoción oficial: se crean listas de espera, se exigen determinados requisitos para ser candidato (como ser residente en el municipio desde un número determinado de años, tener lazos laborales con el municipio. De manera que se puede crear un déficit o un exceso en la oferta de viviendas de un tipo concreto que son demandadas por habitantes exteriores indeseados o deseados, respectivamente. El resultado final es que los municipios en la práctica practican políticas de vivienda dirigidas a seleccionar un tipo específico de población de manera que pueda potenciarse o mantenerse una cierta identidad (p.46).

Otras ideas, además de la constatación del mantenimiento de una cierta segregación por *status*, se derivan del artículo. Este control espacial del acceso a la vivienda influye en el mantenimiento de una cierta segregación por edades. Por ejemplo, los municipios periféricos de las áreas urbanas con un predominio de viviendas unifamiliares de propiedad ocupadas por hogares de clase media o superior terminan por expulsar a los hogares recién constituidos de jóvenes, que sólo

pueden acceder en municipios en crecimiento más intensivo. Pero para acceder a este tipo de vivienda (generalmente de promoción pública) deben de inscribirse en una lista de espera y para poder tener asegurada una a una edad prudente los jóvenes se suelen inscribir incluso con 18 años. Mientras tanto, pueden acceder al mercado de alquiler, más accesible, del centro de la ciudad. Este sistema puede llegar a influir en la edad de emancipación residencial definitiva de los jóvenes (o si no en la fecha de la unión, en el momento del matrimonio, etc., según la situación familiar en que se quiera acceder a dicha vivienda). Por supuesto, los itinerarios residenciales metropolitanos se ven también afectados. Como dice Ostendorf, los suburbios (de calidad) expulsan a sus habitantes que inician su vida residencial autónoma, el centro metropolitano expulsa a la gente que quiere moverse (y mejorar su vivienda). Podríamos decir, pensando ya en nuestro contexto territorial, que lo que para nosotros significa el elevado precio de la vivienda libre (incertidumbre y retraso de emancipación y formación de hogares en relación con la situación del mercado laboral), en sistemas de vivienda pública extendida realiza un papel comparable la lista de espera (se retrasan los transcurso de hogar más clásicos).

En nuestro país, no hemos sido ajenos a las observaciones sobre el papel que la intervención pública en materia de vivienda ha tenido y tiene sobre la distribución socioespacial de la población. Vilagrasa (1997) realiza un estudio de la creación del espacio urbano de Barcelona en el que identifica a la segregación social residencial como una de las consecuencias más evidentes. Para él, la segregación residencial "...hay que entenderla como un reflejo de la distribución en el espacio del ingreso (y la parte que más queda fijada en el espacio es la vivienda) y de los procesos redistributivos. (...) Los procesos redistributivos territoriales incluyen tanto las inversiones públicas en vivienda como las efectuadas en equipamientos e infraestructuras. (...) La vivienda pública, por sus características de vivienda mínima, construida de forma barata y en áreas escasamente urbanizadas, reforzó la creación de áreas intensamente segregadas (p. 69). Vilagrasa concluye esta reflexión destacando la ambivalencia de las políticas públicas de vivienda: complementaron una demanda existente en su momento de vivienda barata, sin otras posibilidades en el mercado de la vivienda, pero a su vez reforzaron la estructura segregada de Barcelona.

Luce (1993) que ha analizado la influencia de los controles políticos en la evolución de la segregación residencial en los Estados Unidos, concluye que la cantidad de instrumentos públicos usados para controlar el crecimiento local de la población y la actividad creció durante los años ochenta, y que estos controles buscaban influir en la composición social y racial de la población. Everaers y Clark (1984) analizan también la estructura espacial de los flujos de movilidad residencial en los municipios holandeses y encuentran que el intercambio entre municipios se incrementa directamente a la cantidad de criterios para obtener una vivienda. Sin embargo, la movilidad interna se acrecienta con el número de instituciones públicas que intervienen en el mercado local.

2.8.4 Estructuras espaciales e itinerarios residenciales segregados.

La segregación residencial se construye y se mantiene gracias a la existencia de flujos diferenciales de movilidad residencial, de la existencia de itinerarios segregados en función de las distintas características sociales, en los que determinados lugares del territorio urbano se especializan en grupos concretos. Sin embargo, la reproducción de las situaciones de segregación una vez establecidas se debe sobre todo al mantenimiento y la inmovilidad de la población, y a la producción de itinerarios residenciales estrictamente locales.

El establecimiento de itinerarios esencialmente locales es propio de situaciones de segregación de base étnica. Una de las características de los vecindarios de mayoría negra en las ciudades norteamericanas es la intensa frecuencia del cambio residencial (ligado a la dependencia del mercado de alquiler) pero en un radio espacial muy corto, circunscrito al vecindario (en relación con la imposibilidad de acceder a otros mercados de la vivienda). En mercados en que domina la vivienda en propiedad, a la que también se ven inducidos a acceder las clases menos pudientes, como es el caso español y el tendencial en otros países europeos, como Francia, los que entran en el mercado de la vivienda sin muchos recursos se ven poco menos que obligados a participar en el mercado de segunda mano. En este segmento es más importante el recurso a la red social y al conocimiento territorial, por lo que el acceso se suele producir en el medio local, reforzando los anclajes intraurbanos locales.

Generalizando esta idea, aunque en un marco en que se excluye la distorsión provocada por la segregación étnica, diversos estudios en los Estados Unidos han encontrado una intensa relación entre nivel de movilidad y grado de apertura de los flujos de movilidad residencial en el interior de las áreas metropolitanas (Moore, Clark, 1990). Algo semejante creemos que sucede en la región metropolitana de Barcelona: la restricción del nivel de la movilidad involucra también a la distancia de los desplazamientos. Emmi (1986, citado en Moore y Clark, 1990) vincula esta relación con el creciente aislamiento y fragmentación de los sistemas metropolitanos en los Estados Unidos, lo que vendría a corresponderse con las observaciones sobre el predominio de lo local en las relaciones cotidianas metropolitanas en el caso de Barcelona.

Una idea muy sugerente es imaginarse una segregación no sólo de la población sino de las trayectorias residenciales de la población. Haumont (1993) se aproxima a estas cuestiones desde la experiencia de los procesos de marginalización y segregación de los suburbios urbanos franceses, y, por ende, de la vivienda pública de alquiler. Estos barrios están estigmatizados a los ojos del resto de

la población y los evitan como lugares de paso (de etapa) de sus trayectorias residenciales. Los poderes públicos se verían obligados a facilitar vivienda de primera etapa en otros lugares, agravando la marginación de los antiguos barrios. Haumont se imagina un futuro metropolitano en que a la mayor parte del territorio, compatible con los objetivos y las normas de la movilidad residencial de la clase media, se le opongan los barrios y unidades de poblamiento que responderían a otras normas de conducta residencial.

La interrelación entre movilidad de vivienda, trayectorias espaciales y segregación residencial demuestra la importancia de tener en cuenta siempre una perspectiva diacrónica de la evolución de ésta, que complete el estudio de los cortes sincrónicos efectuados cuando se estudian las estructuras espaciales (Grafmeyer, 1994). Sin embargo, hay que tener en cuenta que algunos procesos de aparente segregación, pueden en realidad manifestar la existencia de solidaridades y recursos sociales inscritos en el territorio urbano. La lucha contra la de-segregación, en palabras de Grafmeyer, puede aparecer para algunos como un simple proceso de desagregación.

Hay otros problemas metodológicos que plantea Grafmeyer y que creo que son útiles para acabar estas reflexiones sobre la segregación residencial. El primero es el de la elección de las categorías sociales pertinentes, en el que no profundizaremos. A continuación viene el del uso de unidades espaciales. Las divisiones administrativas arrastran una cierta interpretación del territorio, esta interpretación también se produce en la composición social de la población. Desde el punto de vista más formal, la comparación de la composición de las diversas unidades se complica por la falta de homogeneidad del tamaño y de la forma. Incluso cabe recordar que un mismo grupo social no significa lo mismo, no cumple el mismo papel en todas las unidades donde se ubica. Y algo muy interesante, la presencia en un mismo espacio de categorías diferentes no presupone la existencia de una mayor intensidad de la coexistencia y de la interrelación. La proximidad espacial puede favorecer las relaciones sociales, pero también exacerbar las tensiones.

2.9 Elementos teóricos considerados en la investigación.

Para comprender la dinámica de la estructura territorial de las áreas metropolitanas es imprescindible el estudio de la movilidad residencial. La comprensión de muchos procesos de

interacción social y de desarrollo familiar se ve facilitada por un fenómeno que relativamente es fácilmente mensurable y cuantificable como es el del cambio residencial. La movilidad residencial en ámbitos urbanos aparece pues como una herramienta metodológica útil para ver como los procesos sociales interaccionan con el espacio para su resolución y, al mismo tiempo, es un buen indicador de las estructuras territoriales que se configuran en los espacios urbanos, incluso, cada vez más, en la totalidad del territorio a partir de las actividades de los habitantes.

Estudiaremos la movilidad residencial, en la medida de las posibilidades de las fuentes utilizadas, en tres planos de análisis y agregación. El primero es el plano personal y del hogar de pertenencia. El instrumento de análisis de esta perspectiva es el ciclo de vida familiar en el cuál sintetizamos el impacto que el discurrir del tiempo vital y la formación y el desarrollo de un hogar propio, en interacción con los otros miembros del hogar, tiene en la historia residencial. Este desarrollo podrá ser ampliamente discutido en esta tesis. Discutiremos la influencia que un determinado modelo de desarrollo familiar tiene sobre la intensidad de la experiencia residencial a lo largo de la vida de los individuos.

El segundo plano hace referencia a la estructura familiar extensa donde se integra ese hogar. Esta interrelación entre el hogar y su red familiar se produce mediante flujos tangibles (financieros, ayuda cotidiana, intermediación en la búsqueda de vivienda) e intangibles (emocionales, seguridad) que estructuran, sociológicamente, una de las bases fundamentales de interacción en las sociedades humanas. Pero esta interrelación necesita, para su ejecución óptima, el mantenimiento de una cierta proximidad espacial. Puede especularse que existe una cierta relación directa entre necesidad de disponer de la red familiar y cercanía residencial de la red familiar extensa, por lo que puede deducirse que este campo de interacción compromete efectivamente la decisión residencial, más concretamente la preferencia o no por el medio local para ubicar la nueva vivienda.

El tercer plano que mencionábamos lo situamos en el contexto social en que se desenvuelve el hogar. En la literatura en la que aparece información sobre las redes de sociabilidad y de solidaridad, especialmente en el caso de Barcelona, se insiste en el carácter local de esas redes, no sólo las familiares. Igualmente, el espacio de la actividad cotidiana de los habitantes urbanos no coincide con la amplitud de las áreas metropolitanas; se circunscribe en la mayor parte de las actividades al propio barrio, al municipio o a otros municipios cercanos. El espacio de vida de los habitantes metropolitanos es un territorio reducido en torno al lugar de residencia. La integración en la vida metropolitana es mayoritariamente local, a lo que hay que añadir un uso, a veces sólo simbólico, del centro metropolitano. Esta experiencia local, que se consolida con el aumento de edad, pero al que la evolución generacional seguramente relativizará en el futuro, se refleja también en el aspecto residencial. Los cambios de vivienda y aquellos que superan el marco municipal se concentran en un área muy cercana al municipio de residencia anterior. La observación agregada de

este comportamiento migratorio dibuja áreas de relación migratoria centradas en los principales centros urbanos del ámbito metropolitano. La suburbanización, la salida del medio local, frecuentemente se realiza con una intensa sensación de proximidad, de ausencia de ruptura. De tal manera, que pueden mantenerse determinados vínculos sociales y familiares.

La movilidad residencial responde a dos niveles de causalidad: decidir si moverse o no moverse y decidir dónde instalarse. La decisión sobre llevar a cabo un cambio de vivienda implica el estudio de dos aspectos si consideramos que el individuo se encuentra ante este dilema más o menos frecuentemente a lo largo de su vida. El primero se refiere al número de cambios de vivienda que efectivamente realizará y el segundo, por supuesto, al momento en que esto ocurrirá. Para tratar la demanda residencial es útil la relación con el ciclo de vida de los hogares. Parte de los movimientos están condicionados directamente por transiciones que se producen en la historia del hogar en que se inserta: la formación de la pareja es la más importante. Este tema será tratado extensamente.

Sin embargo, otros movimientos residenciales metropolitanos no tienen una relación directa con el desarrollo familiar y responden a otro tipo de causas (Bruyere, 1985, citado en Mendizábal, 1992). Nos referimos a los cambios de vivienda provocados por el deseo de conseguir una vivienda más grande, mejorar la calidad de la vivienda, o el estatuto de tenencia, o en búsqueda de una localización más atractiva. Estos movimientos suelen cubrir un porcentaje elevado que en el caso del área de Barcelona se eleva al 30% del total de cambios (Mendizábal, 1992), pero se producen precisamente en las etapas avanzadas del desarrollo de los hogares. Este tipo de movimientos (una importante proporción del total) se convierten en un acontecimiento puntual en la vida de los habitantes metropolitanos sin consideramos la larga etapa vital en que pueden producirse. Se observará cómo cuánto más estable familiarmente es el hogar menos movilidad residencial se produce.

El estudio de las motivaciones en la movilidad residencial se extiende a la consideración del lugar de destino del cambio. En la tesis se abordará desde dos puntos de vista: la decisión de permanecer o no en el mismo municipio de residencia, importante en las primeras etapas de formación del hogar en conexión con la compaginación de las experiencias territoriales de los dos miembros de la pareja (cuando proceda) y el deseo de facilitar el mantenimiento de los lazos con la red familiar próxima. El segundo punto de vista afecta a la localización escogida cuando se decide abandonar el municipio de residencia, en el dibujo de los itinerarios residenciales potenciales. Quedará de manifiesto la existencia de preferencias espaciales diferentes según el momento del ciclo de vida, en parte independientes del lugar de residencia anterior. Lo cual conduce a la existencia de una cierta especialización residencial en segmentos concretos de la demanda residencial del espacio metropolitano, considerado en la dimensión de tamaños de población de los

municipios. Los motivos concretos para cada elección no son directamente abordables con las fuentes utilizadas, pero se podrán realizar reflexiones contextuales bastante interesantes.

La aproximación al tema de la movilidad residencial no se quedará, por lo tanto, en el estudio de los flujos agregados que se establecen entre los puntos de origen y destino del territorio metropolitano. También iremos algo más allá que la mera descripción de los elementos de selectividad demográfica de los migrantes. Intentaremos darle protagonismo a los individuos, y más aún, al tiempo de los individuos. Pero recuperaremos la visión de las estructuras espaciales que se derivan del uso residencial que la población realiza a lo largo de su vida.

Este enfoque es posible gracias al uso de encuestas que ofrecen información, actual y retrospectiva, de los individuos y que exploran diferentes aspectos de su vida: su relación con el territorio mediante la historia residencial, o mediante su movilidad habitual, pero también introducen elementos para realizar una aproximación demográfica (las distintas temáticas se pueden abordar considerando las diferentes ópticas de análisis temporal) y sociales (suelen considerarse las distintas redes de relación). En nuestro ámbito de estudio hay dos encuestas que ofrecen este tipo de información. Las Encuestas de condiciones de vida y hábitos de la Región Metropolitana y la Encuesta Sociodemográfica estatal de 1991. La primera ofrece información del momento de realización de la encuesta, es decir con poco fondo histórico de las personas. Sin embargo, el abanico de temas tratados, en relación directa con la temática residencial, es digno de encomio: movilidad residencial propiamente dicha, características familiares, redes de sociabilidad, movilidad espacial cotidiana, percepción del territorio... La segunda es la fuente principal de datos para la redacción de la presente tesis y permite la interrelación temporal entre la historia residencial y el resto de desarrollos vitales.

Por lo tanto, el estudio de la demanda residencial resulta bastante satisfactorio con los instrumentos a la mano. El contraste de la demanda efectiva con la oferta residencial no ha sido objeto de esta tesis. En un principio estaba previsto explotar la información que la Encuesta Sociodemográfica ofrece sobre el tipo de tenencia (propiedad, alquiler, cesión). Pero la desagregación de estos tipos no consideraba el modo de acceso a la propiedad, ni se ofrece información sobre si se continúa o no pagando una hipoteca, si la vivienda se adquirió nueva o era de segunda mano, etc. Tampoco sobre el alquiler se distinguía si éste era de renta libre o protegida, ni la duración del contrato. Por todo ello se ha optado por dejar pendiente este tema, que habría sido resultado con conclusiones precarias. Pero, del estudio de la literatura sobre el tema resalta el interés de realizar estudios sobre distribución espacial de los mercados de vivienda, en relación con por ejemplo la segregación residencial, o la consideración de la vivienda como un activo temporal al cual pueden aplicárseles algunos de los instrumentos del análisis demográfico.

La tendencia en la literatura actual es englobar la causalidad de la movilidad residencial dentro del concepto mayor de estrategia residencial. Intentaremos adoptar también este enfoque en el que las decisiones residenciales no son meros hechos puntuales, sino que se integran en procesos de decisión y satisfacción territorial de mayor calado temporal. La movilidad residencial es un medio en manos de los sujetos para la consecución de otros fines, más allá de la ocupación de una vivienda. Y es para asegurar esos fines que se organizan los flujos de población en el espacio metropolitano. La población, aparte de querer tener un alojamiento mínimamente digno y acorde a sus aspiraciones, persigue la optimización de su movilidad cotidiana, la realización de su vida familiar, el mantenimiento o potenciación de sus relaciones sociales y familiares, conseguir que la localización espacial de la vivienda esté de acuerdo con el *status* social real o percibido, la integración en un medio residencial atractivo y cómodo, etc.

Todos estos fines no tienen que manifestarse simultáneamente, por lo que pueden dar lugar a cambios residenciales en distintos momentos de la vida de los individuos. Cuando se plantean varios fines al unísono, en ocasiones requieren soluciones residenciales opuestas y hay que elegir. En condiciones adversas del contexto exterior, por las condiciones de acceso a la vivienda o de la coyuntura laboral, los fines tienen que quedar insatisfechos, porque exigen un cambio de vivienda que no puede ser costeadado. En otras ocasiones, una misma vivienda puede servir para resolver sucesivos fines.

Los cambios de vivienda dibujan itinerarios residenciales, que son la traducción espacial efectiva y real de los proyectos residenciales. Estudiaremos los itinerarios potenciales que se dibujarían de decidir un cambio residencial ante las circunstancias propias de cada edad y de las diferentes situaciones familiares del hogar. Los itinerarios más recorridos ofrecen una nueva imagen del espacio residencial de Barcelona, en que determinados tipos de municipios acogen y son abandonados por grupos concretos de la población. Esta selectividad territorial interacciona con la estructura existente influyendo en la evolución de la diversidad social y demográfica de la región.

3. ESTRUCTURA ESPACIAL DE LOS FLUJOS MIGRATORIOS EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE BARCELONA¹

En este capítulo abordaremos la cuestión de la estructura espacial de la movilidad residencial metropolitana a partir de las fuentes clásicas sobre migraciones. Por ello, sólo se tendrán en cuenta los movimientos entre municipios dentro de la región metropolitana de Barcelona. A pesar de ello, llegaremos a visualizar un sistema en que priman las relaciones migratorias de tipo local en perjuicio de una consideración unitaria del espacio metropolitano por parte de sus habitantes.

3.1 La desconcentración de la población en la región metropolitana de Barcelona.

3.1.1 *Una primera aproximación a los procesos que intervienen en la desconcentración de la población.*

La definición de región metropolitana desde un punto de vista geodemográfico implica una situación de elevada concentración de la población en el centro que comienza a deshacerse al iniciarse un crecimiento superior en la periferia. En ese momento se inicia la desconcentración de la población. En un principio se trata solamente de una desconcentración relativa: el centro sigue creciendo pero la velocidad es superior en las áreas periféricas. Podemos decir que la desconcentración se produce en el marco del crecimiento poblacional conjunto de la región metropolitana. Es la situación de Barcelona entre 1950 y aproximadamente 1975-1980.

En la segunda fase, de desconcentración absoluta del centro, la pérdida de población de este sector explica parte del crecimiento de la periferia. En el caso de Barcelona, la práctica desaparición de la inmigración a Cataluña desde 1975 ha provocado que actualmente casi todo el crecimiento de la periferia se explique por las pérdidas del centro. No es objetivo de esta parte de la investigación tratar los mecanismos concretos por los que se inicia una pérdida de población: colmatación urbanística, descenso o anulación de la inmigración, cambio de los patrones de preferencias residenciales de parte de la población lo que da lugar a la suburbanización, reducción del tamaño medio de los hogares, encarecimiento y pérdida de accesibilidad de la vivienda existente, nuevo o de segunda mano.

¹ Este capítulo es una actualización de una parte de la memoria de tercer ciclo presentada en el Departament de Geografia de la Universitat Autònoma de Barcelona en 1995 y que figura en bibliografía con la forma Módenes (1995a).

Una combinación de todos estos procesos efectivamente se ha producido en Barcelona. La extensión superficial del municipio central, demasiado pequeña para la importancia y el papel funcional de la ciudad, ha provocado la colmatación prácticamente total del espacio edificable. Las posibilidades de aumento cuantitativo significativo del parque de viviendas son, por ello, limitadas. En parte por la escasez de suelo y, sobre todo, por los procesos especulativos de los últimos años de los años ochenta y primeros noventa, el precio de la vivienda, tanto nueva como usada, se encareció terriblemente, limitando extraordinariamente el acceso a la vivienda de amplios sectores sociales con ingresos bajos o medios. Por otra parte, entre los niveles socioeconómicos altos se extiende la preferencia por un nuevo tipo de vivienda en el que se valora el entorno físico donde está situada; la vivienda a menudo adopta una tipología individual segregada, que difícilmente puede encontrarse en un espacio urbano consolidado y densificado. Esta tendencia en el cambio de preferencias ha motivado la difusión social del modelo de la casa individual entre la población de ingresos medios o medios-altos, esta vez en forma de vivienda adosada. El cambio a este tipo de vivienda, provocando un movimiento suburbanizador, lo protagonizan individuos situados en un momento del ciclo de vida de consolidación profesional y extensión familiar.

3.1.2 La consolidación de la desconcentración en la Región Metropolitana de Barcelona

Los procesos mencionados en la práctica se traducen en el incremento de la emigración desde el municipio de Barcelona con destino a los municipios del resto de la región. El destino concreto de los flujos se explica mediante los diferentes motivos y los tipos de individuos que los protagonizan. Las parejas jóvenes, recién formadas, con ingresos bajos y elevada precariedad, buscarán vivienda en los mercados que disponen de una oferta más barata, por ejemplo alquiler o segunda mano. Una localización espacial preferencial de esta vivienda se encuentra en el resto de municipios del continuo central. Por otro lado, los municipios localizados en las alturas boscosas relativamente cercanas ofrecen el tipo de vivienda buscado por la demanda más exigente. En medio, encontraremos un abanico amplio de situaciones. Cada demanda específica, encuentra una oferta también específica, a pesar de los problemas de escasez y encarecimiento actual, oferta específica que significa a menudo una localización espacial propia. Esta idea fue considerada en una investigación de los tipos de crecimiento urbano de varios municipios del sur de la comarca del Vallès Occidental, municipios periféricos inmigratorios, de la que extraemos la siguiente cita:

"...la oferta diversificada se relaciona intensamente con la estructura urbanística anterior del municipio, con la historia pasada, que, al condicionar la evolución presenta y futura, continúa reproduciendo los mecanismos de diferenciación espacial que hemos analizado..." (Arribas, Módenes, 1994: 31)

Sin embargo en la reducción de la población del municipio central operan otros mecanismos relacionados más directamente con la evolución demográfica que con la urbanística o de poblamiento. Un primer mecanismo de reducción de la población se relaciona con la disminución del tamaño medio familiar, o si se quiere aunque la equivalencia no sea exacta, del número de personas que vive en cada vivienda principal. Si todo lo demás permaneciese igual, la reducción del tamaño se bastaría para explicar la disminución de la población (proceso teórico poco imaginable, ya que tendría implícita la emigración de los miembros que se independizan, por ejemplo). La disminución del tamaño responde a la considerable reducción de la fecundidad, que provoca la reducción del número medio de hijos por familia, y también a la prolongación de la esperanza de vida, que implica el aumento de los hogares formados por parejas en las últimas fases de su ciclo de vida o, incluso, por personas solas. Un proceso que puede impedir en parte la reducción del tamaño familiar es la dificultad de que los jóvenes puedan emanciparse y vivir en pareja saliendo del hogar paterno. Precisamente, el aumento de la vida media conseguido por la población anciana y la consecución de una mayor autonomía financiera, provoca el incremento constante de los hogares formados por este segmento de población, lo que implica a su vez el estancamiento paralelo de la oferta de viviendas de segunda mano. Este puede identificarse como un motor adicional del aumento de la emigración. Sin embargo, este proceso llegará a un punto de inflexión cuando una cantidad considerable de personas ancianas alcancen las etapas fatales de su ciclo de vida, por lo que puede esperarse en los próximos años un aumento de la "mortalidad domiciliar" (Garrido, 1993: 166).

Estos procesos no tan solo son aplicables al municipio de Barcelona, sino genéricamente a todos los municipios del continuo urbano, ya que comparten a grandes rasgos la misma evolución demográfica y de poblamiento. Efectivamente, tal como se ve en el Mapa 3.5 que refleja los incrementos absolutos de población de los municipios de la región metropolitana entre 1991 y 1996, Barcelona pierde población en este período como sucede desde 1980. Pero también la pierden otros municipios contiguos, más o menos el mismo ámbito que podemos identificar como el continuo urbano de Barcelona.

Como se observa en la Tabla 3.1 la primera corona por distancia² es la única que padece una disminución de la población. Todas las restantes coronas aumentan de población. La razón principal

² He utilizado coronas de distancia al municipio de Barcelona de 10 km. como una aproximación válida para captar el escalonamiento de las tendencias, aunque como se verá repetidamente se hace una crítica de los modelos simples de desconcentración centro-periferia y que, mediante los mapas, se matizan y se mejoran las interpretaciones. Por otro lado, podrá observarse que utilizo dos escalas de distancias temporales: distancia lineal y distancia según el Nomenclátor de Población. Cuando no se indica distancia lineal se refiere a distancia según el Nomenclátor (por carretera). La causa de este doble uso estriba en que he aprovechado, como se referencia en cada caso, material que utilizaba las dos escalas. La principal diferencia entre ambas escalas es que los municipios más exteriores aparecen más lejanos según el Nomenclátor, lo que da lugar a la existencia de una corona más.

es la redistribución interna de la población, es decir, la desconcentración del centro que, mediante flujos migratorios, provoca la instalación de población en el resto de la región metropolitana. Sin embargo, el crecimiento del resto del territorio no es homogéneo. En primer lugar, el crecimiento absoluto es directamente proporcional a la distancia respecto del centro. Son los municipios más cercanos al centro los mayores beneficiarios de la disminución poblacional del centro. Sin embargo, no es tan regular la pauta de los crecimientos relativos. La corona que experimentó a finales de los ochenta la tasa más elevada es la sexta, concretamente la situada entre los 50 y 60 kilómetros. Son municipios bastantes alejados que comparten diversas características: pequeño tamaño demográfico, medio ambiente atractivo (costa o montaña), poblamiento muy modificado por las urbanizaciones lo que facilita el tránsito de viviendas secundarias hacia un uso principal e, idea ésta que vale la pena retener, están cerca de otros municipios urbanos densificados. La segunda y la tercera corona, es decir, los municipios situados entre los 10 y 30 kilómetros, van a continuación en lo que se refiere a la velocidad de crecimiento. Son, naturalmente, los municipios más cercanos al centro metropolitano.

En los primeros noventa se mantiene la jerarquía de los crecimientos absolutos, más intensos cuanto más cercanos al centro metropolitano, pero algo se mueve intensamente en los crecimientos relativos. Se consolida la periferia exterior como el sector donde se localizan las tasas positivas más elevadas. Parten de cifras de población relativamente pequeñas y el impacto del crecimiento (debido a inmigración) es mucho mayor. La corona que obtiene la tasa más elevada es la de 60-70 kilómetros, pero se observa que en general los municipios situados más allá del umbral de 30 kilómetros tienen tasas muy elevadas. El decrecimiento de los municipios centrales se intensifica aunque hay que considerar posibles problemas en el empadronamiento de dichos municipios, como ha dejado de manifiesto un reciente estudio del Ayuntamiento de Barcelona, en el que se estima la población

Tabla 3.1. **Evolución de la población total por coronas de distancia al centro metropolitano. 1986-1996.**

Distancia (km.)	1986	1991	1996	Crec. abs. 1986-1991	Crec. abs. 1991-1996	T.C.A.A. 1986-1991	T.C.A.A. 1991-1996
0-10	2.585.629	2.512.166	2.337.239	-73.463	-174.927	-5,75	-14,33
10-20	631.412	672.868	719.436	41.456	46.568	12,80	13,47
20-30	508.917	547.270	579.871	38.353	32.601	14,64	11,64
30-40	284.930	299.635	331.870	14.705	32.235	10,12	20,65
40-50	143.786	151.967	170.665	8.181	18.698	11,13	23,48
50-60	61.171	66.155	72.559	4.984	6.404	15,79	18,65
60-70	13.682	14.361	16.407	679	2.046	9,73	27,00
Total	4.229.527	4.264.422	4.228.047	34.895	-36.375	1,64	-1,71

Nota: T.C.A.A. (tasa de crecimiento anual acumulativa). Por mil habitantes.

Fuente: Elaboración propia.

residente no empadronada de dicho municipio en 100 mil individuos (*El País, La Vanguardia*, 31-3-1998).

Podemos detallar más las pautas de crecimiento demográfico de los municipios metropolitanos si a la variable distancia le añadimos la de tamaño municipal, de una manera sencilla, semejante a las categorías de tamaño que utilizaremos en sucesivos capítulos (Tabla 3.2). Por tamaño se observa que, en conjunto, la población de los municipios de más de 100 mil habitantes disminuye tanto en 1986-1991 como en 1991-1996. Ahora bien, entre estos dos quinquenios sólo se intensifica el crecimiento relativo en los municipios menores de 20 mil habitantes. En los municipios entre 20 mil y 100 mil habitantes el ritmo de crecimiento disminuye (también en términos absolutos) debido a un inicio de saturación. Y en los grandes municipios de la región, especialmente el de Barcelona, el crecimiento negativo se hace más grave.

Tabla 3.2. Tasas (%) de crecimiento de la población según tamaño del municipio* y distancia a Barcelona.

1986-1991		Tamaño del municipio				
Distancia (km.)	Menos de 5 mil h.	5 mil-20 mil h.	20 mil -100 mil hab.	Más 100 mil h. (no BCN)	Barcelona	Total tamaño
0-10	-----	18,50	-0,58	-4,93	-6,94	-5,75
10-20	31,64	14,81	11,97	-----	-----	12,80
20-30	51,81	28,20	15,78	3,32	-----	14,64
30-40	41,28	18,78	-----	-2,56	-----	10,12
40-50	22,13	11,00	6,28	-----	-----	11,13
50-60	14,31	16,81	-----	-----	-----	15,79
60-70	8,94	10,34	-----	-----	-----	9,73
Total	32,08	20,38	8,50	-2,38	-6,94	1,64

1991-1996		Tamaño del municipio				
Distancia (km.)	Menos de 5 mil h.	5 mil-20 mil h.	20 mil -100 mil hab.	Más 100 mil h. (no BCN)	Barcelona	Total tamaño
0-10	-----	13,05	-5,05	-11,55	-16,96	-14,33
10-20	22,42	12,94	13,28	-----	-----	13,47
20-30	44,26	31,34	-3,58	-2,14	-----	11,64
30-40	52,86	26,21	-----	7,23	-----	20,65
40-50	49,24	27,96	7,62	-----	-----	23,48
50-60	23,59	15,20	-----	-----	-----	18,65
60-70	38,33	18,02	-----	-----	-----	27,00
Total	41,97	24,49	7,44	-6,14	-16,96	-1,71

* La clasificación por tamaño de municipio se mantiene fija según la situación en 1991.

Fuente: Elaboración propia.

Entre 1986 y 1991 los municipios que crecían más rápido eran los de menos de 5 mil habitantes situados entre 20 y 30 kilómetros de Barcelona; entre 91-1996 este máximo continúa en manos de este tamaño de población, pero de municipios situados entre 30-40 kilómetros. Se confirma el desplazamiento hacia el exterior de la onda de máximo crecimiento. Entre los municipios de 5 a 20 mil, el máximo crecimiento en los últimos años de la década pasada tenía lugar también entre los 20-30 kilómetros, lo que confirma este tramo de distancia como el territorio que recibía el máximo impacto suburbanizador. Entre 1991-1996, aunque ligeramente, sigue siendo ese tramo de distancia donde se produce el máximo crecimiento de los municipios de 5 a 20 mil habitantes.

En la década de los ochenta, el crecimiento en los sectores más alejados de la región (más de 50 kilómetros) tenía lugar con preferencia en municipios de más de 5.000 habitantes. En Módenes (1992: 258-259) ya se comentaba este fenómeno, indicándose que el crecimiento en zonas tan alejadas todavía buscaba la existencia de servicios urbanos y facilidad de transporte. Sin embargo, entre 1991 y 1996 la situación ha cambiado: las tasas de los municipios de menos de 5 mil habitantes son sistemáticamente mayores en toda la región, independientemente de la distancia a Barcelona. La suburbanización afecta ya indudablemente a todo el espacio metropolitano.

Consideremos algo que a menudo se olvida o no se tiene en cuenta en todas sus implicaciones. Disminución de la población, en las áreas más centrales y en los municipios más poblados de la región, a menudo no es sinónimo de disminución de las unidades residenciales constituidas por los hogares (Tabla 3.3). En el caso de la región metropolitana, la emigración que da lugar a la desconcentración de la población no agota la dinámica residencial y familiar de la población. Como se verá en la siguiente parte de esta tesis, las familias de base del centro metropolitano, unidades de origen de los cambios migratorios, permanecen en su mayoría en dichos municipios, mientras que los hogares que se desgajan suelen elegir mayoritariamente no emigrar. Si el número de habitantes ha disminuido en el continuo central, no ha sido así, ni mucho menos, con el número de unidades de decisión independientes, es decir, hogares. El continuo central vio un aumento del 2,34% durante la década de los ochenta, incremento que se repite en todos los municipios que lo forman, incluida Barcelona con un 2,04%. En conclusión, la formación de nuevos hogares, en un contexto de baja fecundidad, supera cuantitativamente la emigración de parte de estos nuevos hogares y de hogares ya consolidados. Falta por ver qué ha pasado en lo que llevamos de años noventa, en un contexto de apreciable incremento de la movilidad residencial.

Tabla 3.3. Número de hogares residentes según distancia lineal a Barcelona. Región Metropolitana de Barcelona, 1981-1991

Distancia (km.)	1981	1991	Incremento relativo (%)
0-10	834.730	854.244	2,34
10-20	234.969	276.797	17,80
20-30	126.651	150.549	18,87
30-40	32.116	40.111	24,89
40-50	38.516	44.528	15,61
50-60	9.555	11.745	33,39
Total	1.276.537	1.378.974	8,02

Fuente: Elaboración propia. Nomenclátor 1981, 1991.

Una manera más elaborada de considerar el cambio de la distribución de la población, de captar el proceso de desconcentración de la población dentro del espacio metropolitano barcelonés, es mediante un indicador derivado del coeficiente de concentración de Gini. Se trata del Índice de contribución sintética parcial (Cortés, Rubalcava, 1983), que aplicamos en un estudio anterior (Módenes, 1992). La información que ofrece es la contribución de cada corona espacial a la variación del coeficiente de Gini global entre dos momentos, en este caso los tres quinquenios desde 1981 hasta 1996. Los resultados están recogidos en la Tabla 3.4.

Hay que recordar que el índice de concentración de Gini es para 1996 de 0,70, el de 1991 era de 0,72, en 1986, 0,73 y el índice de 1981 era de 0,74. Es decir, la evolución indica una intensificación de la desconcentración en los últimos años, respecto el ritmo de los años ochenta. La desconcentración se muestra por el progresivo alejamiento respecto del nivel máximo de

Tabla 3.4. Índices de contribución sintética parcial a la desconcentración metropolitana por coronas de distancia. Región metropolitana de Barcelona, 1981-1996.

Distancia (km.)	1981-1986	1986-1991	1991-1996
0-10	-0,00107	-0,00129	-0,00212
10-20	0,00129	0,00196	0,00284
20-30	0,00321	0,00412	0,00451
30-40	0,00351	0,00259	0,00745
40-50	0,00208	0,00208	0,00637
50-60	0,00150	0,00159	0,00282
60-70	0,00024	0,00026	0,00099
Total	0,01076	0,01130	0,02285

Fuente: Módenes, 1992:265. Actualización 1991-1996, elaboración propia.

concentración cifrado en 1. La situación en 1991 implicaba que para alcanzar teóricamente la plena homogeneidad de la distribución de la población sobre la región metropolitana de Barcelona, se debería mover el 60% de la población, según el índice de disimilaridad, otro indicador sintético también utilizado en el artículo mencionado.

Sin embargo, cada corona participa diferenciadamente en el proceso de desconcentración. Es lo que señalan los índices de contribución sintética parcial (Tabla 3.4). La contribución total es la diferencia entre los índices de Gini (en positivo; los valores positivos de los índices parciales significan recepción de población en forma de aumento en el peso sobre el total, los negativos pérdida). Todas las coronas exteriores aumentan su participación en la distribución total de la población.

Se evidencia la diferente participación en la desconcentración de cada una de las coronas. En el primer quinquenio de los años ochenta, el mayor dinamismo se situaba en la franja de territorio metropolitano situada entre los 20 y los 40 km. de Barcelona. Se trata justamente de la llamada "segunda corona metropolitana", organizada alrededor del conjunto de ciudades intermedias. La corona inmediata al centro colaboraba menos debido al inicio de la saturación urbanística. A partir del límite 40 km., la participación en la desconcentración se reducía intensa y progresivamente. Este límite vendría a coincidir con el del mercado de trabajo de Barcelona, es decir, con el área de movilidad pendular del centro metropolitano. En este sentido, la exploración que Manuel Esteban realizó sobre la movilidad por trabajo en la RMB nos permite mantener esta afirmación (Esteban, 1989: 23-27). Él identifica su definición de región metropolitana, el área de influencia no inmediata y global de la ciudad, con aquellos municipios que envían más del 5% de sus emigrantes pendulares a Barcelona o bien es ésta su destino principal. Pues bien, si se analizan los municipios que definen la frontera de esta área (inferior a nuestro ámbito global de estudio) se encuentra que la distancia media respecto de Barcelona es de 41,9 km., según la información del Nomenclátor. Hay una relación, como mínima estadística, entre el territorio afectado por la dependencia funcional laboral y el territorio más afectado por los procesos de crecimiento demográfico dentro de la región. Delimitaciones recientes del alcance metropolitano de Barcelona, siguiendo los criterios de Cheshire y de Lecomte (Salvador *et al.*, 1997) o la metodología de los censos norteamericanos (Clusa, Roca, 1997), con datos de 1991, muestran la paulatina, pero reducida, extensión de ese umbral. Ambas delimitaciones, aunque dan lugar a áreas ligeramente diferentes, coinciden en ofrecer una distancia media de su borde exterior a Barcelona de unos 45,5 km.

A pesar de que el proceso de fondo que lleva a la desconcentración de la región metropolitana de Barcelona no ha variado esencialmente, sí lo ha hecho la plasmación en el detalle territorial. Entre 1981 y 1991 se aprecian ligeros cambios en la pauta de desconcentración que, sin embargo, no la modifican substancialmente. La corona 30-40 pierde importancia relativa y la gana la corona 10-20 y la 20-30. Es decir, se intensificó el recurso a los municipios más cercanos al continuo barcelonés,

tipológicamente suficientemente diferenciados del resto del territorio y, sobre todo, de los constituyentes de la "segunda corona". La participación de las coronas exteriores continuaba siendo relativamente reducida. Una primera conclusión es que habría aumentado la demanda de vivienda barata que cada vez más estaba localizada fuera del continuo barcelonés, mientras que la demanda de gran calidad se había estabilizado. La de calidad media también se incrementaría, pero es más dependiente de la distancia respecto de Barcelona y de la existencia de grandes cantidades de suelo urbanizable, lo que explicaría el fuerte crecimiento de la corona 20-30 km.

A partir de 1991 se está insinuando una radical transformación de este esquema redistribuidor. El centro metropolitano experimenta, como se sabe, una pérdida demográfica que prácticamente dobla el ritmo de los años ochenta. El recurso a las coronas interiores se mantiene e incluso se intensifica, pero si tenemos en cuenta el aumento de la salida del centro puede pensarse que pierde importancia relativa en el esquema global. El recurso a las coronas intermedias, 30-50 km., se multiplica, siendo su aumento demográfico un elemento principalísimo de la redistribución de la población metropolitana. Se observa igualmente un aumento notable de la participación de las coronas exteriores. Observamos, pues, un cambio en la redistribución de la población que debe de deberse a un aumento de los intercambios migratorios.

Apuntemos aquí otra insinuación. Buena parte de la transformación de las coronas exteriores no tiene por qué estar ligada a la salida de población desde Barcelona. También pueden estar relacionados otros movimientos redistributivos del interior de la región metropolitana de Barcelona. Este reparto de "cargas" lo podremos además encontrar en las coronas interiores de la RMB.

3.2 Las migraciones metropolitanas como principal factor explicativo de la desconcentración.

Las migraciones constituyen actualmente el principal factor que explica las variaciones en el volumen de la población. Tanto la concentración primaria de la población como la posterior desconcentración relativa del núcleo central tienen lugar por el movimiento de grandes flujos de personas. Durante la etapa de las grandes inmigraciones en décadas pasadas, la colmatación de los diferentes centros urbanos obligó a que los sucesivos migrantes instalasen sus residencias definitivas en municipios contiguos. Las causas y la funcionalidad de los migrantes para el desarrollo de la región metropolitana eran muy similares. Únicamente variaba el lugar donde encontraban la vivienda.

Tabla 3.5. Componentes del crecimiento de la población a la Región metropolitana de Barcelona, 1975-1996.

Período	Crecimiento total	Crecimiento natural	Saldo migratorio
1975-1981	221.679	204.745	16.934
1981-1986	-9.349	91.002	-100.351
1986-1991	34.895	38.422	-3.537
1991-1996	-36.375	16.023	-52.398

Fuente: CED, 1993:49 y elaboración propia; Cabré, Módenes, 1997:66.

El inicio de la desconcentración absoluta de la población barcelonesa coincidió con la finalización de la inmigración exterior durante los años setenta (Tabla 3.5). Se produjo, por tanto, la transformación total de la estructura de las migraciones dentro del espacio metropolitano. Una parte cada vez más importante de la movilidad residencial registrada por los municipios metropolitanos tenía como origen o destino otro municipio de la región metropolitana de Barcelona; es una movilidad intrametropolitana. Es la etapa de la consolidación del espacio metropolitano residencial.

3.2.1 La movilidad metropolitana, principal componente de la inmigración de los municipios de la RMB

Una manera de profundizar en este tema es mediante el análisis de los orígenes de la inmigración. En las siguientes tablas se resume la situación en el conjunto de la RMB.

Tabla 3.6. Distribución por orígenes de los inmigrantes a los municipios de la región metropolitana de Barcelona, 1986-1990.

Origen	Frecuencias		Medidas descriptivas de la distribución municipal		
	Inmigrantes	%	Media de los porcentajes	Dispersión de los porcentajes	Coefficiente de variación
RMB	189.279	67,19	80,35	12,49	15,54
Resto de Cataluña	18.357	6,52	5,70	5,82	102,05
Resto de España	53.533	19,00	10,01	7,79	77,83
Extranjero	20.549	7,29	3,95	5,35	135,71
Total	281.718	100,00	-----	-----	-----

Fuente: Elaboración propia a partir datos censales, 1991

Tabla 3.7. Distribución por grandes orígenes de la inmigración interna a los municipios de la región metropolitana de Barcelona, 1991-1995.

Origen	Inmigraciones	%
RMB	333.090	73,43
Resto de Cataluña	30.022	6,62
Resto de España	70.800	15,61
Extranjero	19.718	4,35
Total	453.630	100,00

Fuente: Serra, 1997:80, *Estadística de variacions residencials* (IEC) y elaboración propia.

Las diferencias que se encuentran en la Tabla 3.6 entre la distribución porcentual de la inmigración de la RMB y las medias municipales dan una primera idea de la estructura territorial. Siempre que la media municipal sea superior al porcentaje global significa que los municipios grandes (el continuo central más los grandes municipios periféricos) reciben un porcentaje reducido del mencionado componente, y viceversa. En los primeros años noventa se aprecia un aumento espectacular de los movimientos migratorios entre municipios de la región, lo que podemos afirmar a pesar de la diferente fuente de los datos migratorios de ambos quinquenios. La pregunta que aparece ahora es si este aumento de los intercambios migratorios ha robado protagonismo a los cambios residenciales intramunicipales o si bien estos han sufrido un aumento igual de espectacular.

Un paso adicional consiste en explorar el comportamiento concreto de los municipios metropolitanos, empezando por la inmigración procedente de los otros municipios de la región metropolitana de Barcelona (Mapa 3.6). En la inmensa mayoría de municipios este componente de la inmigración es el que tiene mayor peso. Sólo en tres municipios la inmigración extrametropolitana fue la más importante a finales de los ochenta. Se trata de los de Gallifa, Mataró y Barcelona. Gallifa es un municipio pequeño, con una inmigración muy reducida que presenta problemas de significación estadística. El caso de Mataró es digno de mención. Es una ciudad intermedia que desempeña un papel clave en la estructura territorial migratoria metropolitana, como se verá en el apartado 3.4. Sin embargo, no es un centro atrayente destacado, lo que permite que la inmigración remanente, que procede del resto de España, gane importancia relativa. Igualmente se ha constituido en uno de los centros preferentes de la inmigración extranjera (inmigración africana en la comarca del Maresme). El caso de Barcelona es hasta cierto punto coherente con la explicación que venimos ofreciendo. Los factores que promueven la emigración de la población actúan para impedir los desplazamientos en dirección contraria. Por lo tanto, la inmigración total (relativamente reducida) está más que proporcionalmente compuesta por flujos de otras procedencias. Además, Barcelona nunca ha abandonado su papel como punto de llegada referencial de los inmigrantes exteriores que, en parte, posteriormente se difundirán por el resto del territorio metropolitano. Esto se confirma en los años

noventa; Barcelona deviene el único municipio en que la inmigración extrametropolitana es mayoritaria (Mapa 3.7), denotando el incremento de los intercambios migratorios internos en la región.

Esta observación efectuada tras observar el caso de Barcelona, puede hacerse extensible a otros municipios. Especialmente se aplica al resto de municipios del continuo. Con Barcelona dibujaban un área donde la participación de la inmigración metropolitana no supera el 70% en los ochenta. Las principales ciudades intermedias de la segunda corona tampoco alcanzaban este umbral. Sin embargo, en los noventa algunos de los grandes municipios del continuo han visto incrementada la participación de la inmigración metropolitana. Mientras tanto, la mayoría de los centros urbanos de la segunda corona siguen manteniendo una importante vinculación inmigratoria con el exterior de la región. Queda clara así, la diferencia en los papeles funcionales de los subcentros periféricos, núcleos activos y definidores de relaciones territoriales, y los grandes municipios periféricos que como Santa Coloma de Gramenet o Badalona, se convierten meramente en grandes reservas para determinado tipo de vivienda accesible pero atrayente sólo para algunos habitantes metropolitanos.

Por último, un cuarto de los municipios metropolitanos no tienen otra fuente de inmigración que no sea la metropolitana, cifra que temporalmente se mantiene estable. Estos municipios se encuentran distribuidos por toda la región, configurando pequeñas agrupaciones: Garraf-Ordal-Penedès, Sant Llorenç de Munt, Montseny, Marina, autovía de l'Ametlla... Son áreas alejadas del centro metropolitano, localizadas en espacios atractivos ambientalmente y caracterizadas por una inmigración que busca una vivienda de calidad. A sus inmigrantes se les ha identificado como los genuinamente metropolitanos. Se da la paradoja, en cierta medida, de que los procesos migratorios más "puramente metropolitanos" suceden en los "límites" del radio de acción metropolitano. En realidad, estos flujos son los que construyen y extienden el espacio metropolitano, en una primera fase. La *metropolitan fringe* es la expresión conceptual de la dinámica aquí estudiada.

3.2.2 *Evaluación de la intensidad de la movilidad metropolitana en los municipios de la RMB*

Centrémonos a partir de ahora en los movimientos migratorios que se desarrollan en el seno de la región metropolitana de Barcelona. Puede realizarse una primera aproximación a partir de la evaluación de los flujos absolutos que salen y entran de cada municipio metropolitano.

3.2.2.1 Las entradas y salidas absolutas de población de los municipios metropolitanos.

En primer lugar, consideraremos la emigración metropolitana con la información suministrada por el Mapa 3.8 (1986-1990) y 3.9 (1992-1995). Se ofrece en ellos el volumen que salió de cada municipio para ir a residir a otro municipio metropolitano. Cabe indicar ante todo la gran variabilidad del

tamaño de los flujos. El recorrido estadístico de la emigración va desde las 0 ó 7 personas en el caso de Granera a las 65.794 o 86.544 salidas originadas en el municipio de Barcelona, respectivamente en cada período. Por supuesto, la intensidad absoluta de la emigración depende ante todo del volumen inicial de habitantes de los municipios. A mayor población, mayor número de emigrantes. El cambio entre ambos períodos es de intensidad, pero no en la distribución territorial. Si emplazamos un umbral convencional entre los municipios más emigratorios y el resto en la cifra de 1.000 emigrantes totales durante el último quinquenio de los ochenta, se observa un área central homogénea de gran movilidad que abarca el continuo central y el área situada entre éste y la conurbación Sabadell-Terrassa. Además se alarga por los municipios costeros hasta casi llegar a Mataró hacia el norte y a Vilanova i la Geltrú hacia el sur. Esta área coincide con el sector central de la RMB donde se concentra la mayor parte de la población. La observación detallada de los mapas delata la existencia de otra serie de municipios considerablemente emigratorios. Se trata de los ya mencionados núcleos conformadores de la segunda corona.

Los Mapas 3.10 y 3.11, que recogen las entradas de personas procedentes del resto del territorio metropolitano, no parecen diferenciarse en exceso del anterior. En un primer vistazo, nos damos cuenta de que el área principal de inmigración coincide con el de emigración. En efecto, la inmigración depende también, en primera instancia, del volumen de población del municipio receptor. No se trata tanto de una dependencia funcional, como de una relación más bien estadística. La dependencia se establece en función de la oferta de vivienda nueva y usada, la cual sí se vincula con la población existente. Por lo tanto, una primera aproximación a la intensidad de las migraciones metropolitanas indica que los principales emisores de población son también los principales receptores.

Cuando seguimos profundizando en la estructura de los flujos inmigratorios totales surgen algunas diferencias interesantes. Por un lado, el recorrido de la variable es mucho menor; el municipio con menos inmigrantes solamente tiene 6 ó 8, el que más, Barcelona, 19.201 o 29.742, durante 1986-1990 y 1992-1995. Estas cifras nos hacen pensar ya en la existencia de muchos municipios en que la emigración es muy superior a la inmigración, entre ellos cómo no el municipio central. En segundo lugar, el área en que la inmigración tiene un volumen importante es sensiblemente más extensa que en el caso de la emigración, y está en expansión. Por lo tanto, hay un sector situada en torno del área central que recibe buena parte de los movimientos no retenidos por ésta. El territorio de la inmigración alcanza a buena parte de la RMB. Solamente quedaría al margen, y relativamente, la comarca del Alt Penedès y los municipios limítrofes con las comarcas del Bages y de Osona. La mayor parte del territorio cumple uno de los requisitos de la definición geodemográfica de área o región metropolitana, el ser espacio receptor de los movimientos desconcentradores de población.

Como consecuencia del balance entre las entradas y las salidas se puede estimar el crecimiento migratorio final de los municipios debido a la redistribución metropolitana, mediante el cálculo de la migración neta.

No tiene que sorprender la semejanza que guardan los mapas de la migración neta (Mapas 3.10 y 3.11) con los correspondientes al crecimiento total de la población. Se ilustra así que el crecimiento de la población es simplemente un reflejo del migratorio. En los ochenta el crecimiento migratorio se extendía por buena parte del espacio periférico, pero los crecimientos intensos, por encima de 500 o 1000 inmigrantes netos se concentraban en algunos núcleos: la vertiente vallesana del Tibidabo, los municipios del Ordal-Llobregat o del Baix Maresme. En los noventa se ha consolidado todo el Vallès central, en conexión con el valle del Llobregat como un sector de fuerte expansión demográfica, al que habría que añadir el intenso crecimiento del Garraf, fruto de la apertura de la autopista.

3.2.2.2 Las tasas municipales de migración metropolitana.

Si nuestro interés se limitara a la evaluación de la distribución de los migrantes, a una aproximación al proceso de redistribución interna de la población, podríamos legítimamente pararnos con las conclusiones extraídas con el estudio de los flujos absolutos. Sin embargo, si lo que pretendemos es considerar los comportamientos y las propensiones territoriales tenemos que ir algo más allá. Lo primero que se debería hacer es intentar separar el efecto que el tamaño de la población tiene sobre la intensidad migratoria total de los municipios.

La manera más directa de realizar esta abstracción es el cálculo de las tasas de migración. Hemos calculado las tasas municipales de emigración, inmigración y migración neta metropolitanas anualizadas. En los tres casos se ha tomado la población media del período analizado, de manera que puedan ser aritméticamente comparables.

La tasa de emigración es una buena aproximación a la situación del comportamiento en lo que se refiere a la movilidad residencial de la población. Puede servir como una estimación de la propensión de la población a realizar un desplazamiento fuera de su municipio de residencia cuando quiere establecerse en una nueva vivienda dentro del marco de la RMB.

Estas tasas han sido recogidas en los Mapas 3.14 y 3.15. Entre los dos períodos estudiados se observa un proceso de heterogeneización de las tasas de emigración. En efecto, la distancia entre las tasas mínima y máxima se ha incrementado espectacularmente. Mientras que la moda a finales de los ochenta se encontraba en la franja 7,5 a 15%, en los noventa ha pasado al segmento 20-25%. Las tasas más elevadas y los incrementos más altos se encuentran, no en el centro, sino en los municipios periféricos. Es decir, los municipios que tienen los mayores volúmenes emigratorios absolutos no eran ni son los que tienen la mayor intensidad emigratoria, medida en forma de tasa. Se confirma la

relación entre tamaño de la población y el volumen emigratorio, pero no la de tamaño de la población e intensidad de la salida.

Las tasas máximas no están ubicadas en el área central más poblada. No se encuentran prácticamente en el continuo central tasas superiores al 15% en los ochenta o al 20-25% en los noventa. El municipio de Barcelona tiene siempre una tasa por debajo de la moda de la región metropolitana. Las razones tienen que buscarse por una lado en los elementos que configuran la demanda residencial, por otro en los factores propios del mercado local de la vivienda y, finalmente, en el tamaño superficial del municipio, que influye en la proporción de cambios de vivienda que se convierten en migraciones al cruzar una frontera municipal (Courgeau, 1973). El que el tamaño superficial medio de los municipios metropolitanos sea pequeño (lo que implica que los mercados locales de la vivienda son relativamente pequeños, tanto en cantidad como en variedad, y que están muy próximos los unos a los otros) facilita tanto en la región como en el continuo urbano central la intensificación de la emigración. En realidad, buena parte de la movilidad residencial entre distintos municipios se desarrolla entre municipios contiguos. Es decir, la mayoría de los movimientos migratorios intrametropolitanos tienen un alcance local, incluso a veces el que se mueve tiene la sensación de no cambiar de barrio, especialmente en los municipios centrales, aunque oficialmente haya efectuado una migración a otro municipio. Casos ejemplares dentro del continuo serían Esplugues de Llobregat, un municipio de reducida extensión y con una tasa emigratoria elevada, y en el límite exterior del área central se situaría el Prat de Llobregat, que es una unidad de poblamiento (un mercado local) más claramente definido y que cuenta, paralelamente, con una tasa emigratoria más reducida.

Generalizando a todo el ámbito metropolitano, hay que esperar que la operatividad de los motivos que conducen a un cambio de residencia sean aproximadamente los mismos. Las dificultades de inserción en el mercado de trabajo de los jóvenes, de formación de nuevos hogares y de consolidación de la seguridad económica de las familias en crecimiento son similares. Por lo tanto, había una cierta restricción general de la migración metropolitana por vía de una restricción de la movilidad residencial, que se ha relajado en los últimos años.

Sin embargo, varios elementos dependientes de la localización espacial nos obligan a pensar que pueden existir diferencias territoriales en el interior de la región metropolitana. En este momento de la tesis nos movemos con información sobre cambios de municipio y no estrictamente cambios de vivienda, por lo que hasta cierto punto utilizaremos los primeros como aproximación a los segundos.

La accesibilidad a la vivienda es función directa del precio y éste varía por diversos factores entre los que se encuentra la centralidad o cercanía a los municipios centrales. A más centralidad, todo lo demás igual, más cara tiende a ser la vivienda. De aquí resultaría que, suponiendo una movilidad espacial de la población restringida a un muy corto radio, la intensidad emigratoria, aquí como indicador

de movilidad residencial, sería mayor cuanto más hacia la periferia hiciéramos el cálculo, ya que el acceso a la vivienda o el cambio de ésta sería más fácil. Sin embargo, en una región metropolitana se supone la capacidad de la población de moverse y de ubicar su vivienda en un amplio radio a partir de la vivienda anterior sin una merma decisiva de la capacidad de mantener los puntos fundamentales de su espacio de vida, lo que supone que la población ubicada en el centro incrementará y posiblemente igualará su movilidad residencial a la del resto mediante el recurso, precisamente, a la emigración hacia sectores con un acceso más fácil a la vivienda.

Cabría esperar que las tasas de emigración fueran inversamente proporcionales a la superficie del municipio (o la distancia media respecto los núcleos de población de los municipios vecinos). El tamaño del municipio puede servir como indicador de la diversidad interna del mercado local. A mayor tamaño, más diversidad, por lo que es lógico que una parte mayor de la demanda residencial quedase satisfecha en el mismo municipio.

No se puede olvidar que no toda la migración metropolitana es producto estrictamente de la movilidad residencial, de cambios de vivienda ligados al ciclo familiar o las necesidades y características de la vivienda. Una pequeña parte continúa respondiendo a motivos laborales: a menudo, el empleo se encuentra fuera del mercado local y fuera del límite espacial razonable de movilidad pendular diaria, lo que obliga a una migración de media distancia. Pienso que cabe esperar que este componente laboral de las migraciones metropolitanas será más elevado cuanto más periférico, más pequeño y más agrario sea el municipio en cuestión. La ruralidad también provocaría un mayor número de migraciones protectoras de personas ancianas, hacia las viviendas de los hijos en el medio urbano o hacia instituciones geriátricas. Por lo tanto, la ruralidad todavía funcionaría, en este sentido, como potenciadora de la movilidad.

En los ochenta se observaban, a pesar de la relativa homogeneidad existente, tres sectores bien delimitados con una intensidad emigratoria elevada, ninguno de ellos coincidente con el continuo urbano central. La primera área incluye la mayor parte de los municipios rurales de la comarca del Alt Penedès, la segunda abarca los pequeños municipios de la vertiente sur del sistema montañoso Bertí-Montseny y la tercera afecta a los municipios extraordinariamente reducidos en superficie de la comarca del Baix Maresme. Como áreas de baja emigración figuraban diferentes centros urbanos, como los de Vilafranca del Penedès, Vilanova i la Geltrú, Sabadell, Terrassa o Mataró. Es decir, los subcentros metropolitanos no se caracterizaban por una emigración, relativa a su población, considerable. En los noventa, el incremento de las tasas es general, pero es más intenso en los municipios periféricos más beneficiados por la inmigración y especializados en un tipo de poblamiento estrictamente suburbano. ¿Estamos ante la plasmación de una cierta emigración de fracaso, de un retorno metropolitano?

La distribución de las tasas de inmigración ha dibujado desde hace años mapas esencialmente heterogéneos (Mapas 3.16 y 3.17). Se observa en ellos el impacto que la inmigración representa sobre la situación anterior, tanto en el plano demográfico como en el plano urbanístico y del mercado de vivienda local.

Si los mapas de la inmigración metropolitana absoluta permitían apreciar que la mayor parte de los intercambios de población tenían lugar en el continuo central y en el área más urbanizada y poblada del resto de comarcas centrales, la consideración de las tasas de inmigración permite dibujar una especie de frente (a pesar de ser discontinuo, desigual y, a menudo, poco definido) que rodea los sectores de mayor movilidad absoluta y su dinámica temporal. Se podría decir que se trata de una frontera de avance (*fringe*) del sector central, que ya está plenamente urbanizado. A finales de los ochenta, las tasas más elevadas estaban situadas en el sector Ordal-Llobregat, el área montañosa cercana a Terrassa, el eje de la autovía de l'Ametlla y la vertiente de mar de la sierra de Marina en la comarca del Maresme. En los noventa este frente ha penetrado decididamente en el área de Montseny-Tordera, en el Alt Maresme (al norte de Mataró) y está insinuándose en los municipios del Alt Penedès.

Para facilitar la interpretación, nunca se debe olvidar que el valor de la tasa de inmigración es la combinación de un flujo de entrada con la población de base. Una tasa elevada puede ser producto de un gran flujo absoluto inmigratorio y también de la existencia de una población previa relativamente pequeña. La combinación simultánea de las dos alternativas se da en los pequeños municipios medioambientalmente atractivos, antiguos municipios rurales y de montaña, y a menudo con la presencia previa de una infraestructura residencial en forma de urbanizaciones de viviendas secundarias. El valor de situación cerca de la red rápida de carreteras y autopistas es fundamental. En definitiva, el mapa de las tasas de inmigración no informa sobre las áreas receptoras más importantes, para lo cual sigue siendo más adecuado el mapa de los flujos inmigratorios absolutos, sino sobre la ubicación espacial de un tipo determinado de migraciones metropolitanas: la que busca una vivienda diferente a la común en los centros urbanos, individual, con unas condiciones de hábitat más atractivas y donde el uso del coche para los movimientos pendulares se convierte en obligatorio.

La combinación de la distribución de tasas emigratorias relativamente homogéneas y tasas inmigratorias muy heterogéneas da como resultado que la distribución de las tasas de migración neta (Mapas 3.18 y 3.19) se parezcan a la de la tasa de inmigración, aunque ya menos en los noventa. Actualmente, la emigración es un factor que no se puede olvidar en los municipios periféricos de mayor crecimiento. Resumidamente, se puede decir a que los municipios de inmigración relativa baja son los que pierden población por migración metropolitana, en ambos períodos. Esencialmente se trata del continuo central, algunas ciudades de la segunda corona y de algunos municipios rurales de la periferia más alejada de la región.

3.2.3 *Tratamiento del efecto de la estructura de edad sobre la intensidad migratoria.*

Hay un problema añadido cuando se quiere comparar tasas de emigración, como indicador comparativo de la intensidad migratoria. La tasa bruta, la que reúne en el denominador toda la población, está ligeramente sesgada por la estructura de edad de la población de cada municipio ya que las propensiones a migrar varían en función de la edad.

Las edades adultas-jóvenes y las infantiles son las más móviles. No entraremos de momento a caracterizar la influencia de la edad en la intensidad de la movilidad residencial y migratoria. Solamente cabe destacar aquí que las tasas brutas de emigración de un municipio joven tenderán a ser más elevadas que las de un municipio viejo, aunque las tasas específicas correspondientes a cada edad sean las mismas, ya que la tasa bruta no es más que la media de las tasas específicas pero ponderada por el tamaño del colectivo en cada edad. En consecuencia, si se quiere comparar de una manera efectiva las tendencias a la movilidad residencial de las poblaciones municipales hay que controlar de alguna manera el sesgo que produce la diversidad de las estructuras por edad.

Una vía para neutralizar este efecto es estandarizar las estructuras. Si la tasa bruta es la media ponderada por la población en cada edad de las tasas específicas, podría pensarse en seleccionar una misma estructura de edad para todos los municipios y recalcular así las tasas brutas, las cuales presentarían un único e idéntico sesgo debido a la estructura y, por lo tanto, las diferencias en el nivel de las tasas serían atribuibles totalmente a la distinta intensidad efectiva de la movilidad. Estaríamos empleando una estandarización directa, método utilizado con mucha frecuencia en demografía.

3.2.3.1 El cálculo de los índices sintéticos de migración metropolitana

Hay un tipo concreto de estandarización que es el utilizado aquí. Se trata del cálculo de un índice sintético de migración. El índice sintético consiste en una estandarización en que el tamaño de los grupos de edad de la estructura escogida es idéntico. En realidad la concepción del índice no considera tanto la existencia de una estructura estándar sino de un grupo teórico de personas (normalmente una o mil personas) que, sin intervención de la mortalidad, pasan por cada edad acumulando la experiencia migratoria ofrecida por las sucesivas tasas específicas. Esta *síntesis* del comportamiento migratorio se realiza así a partir de la suma de las tasas parciales. Como cada tasa parcial no es más que el número de movimientos que realiza una persona o mil personas (en función de cómo expresemos el índice) a cada edad, la suma indica el total de movimientos migratorios efectuados. Si lo expresamos por una persona, obtendremos la media de desplazamientos que una persona efectuaría a lo largo de su vida si las condiciones que se encuentran en el presente (es decir, las tasas migratorias por edad correspondientes a personas pertenecientes a generaciones

diferentes) se mantuviesen inmóviles indefinidamente. Consiste, por lo tanto, en una valoración de la movilidad del momento en términos del número de movimientos que realizaría a lo largo de su vida una generación ficticia.

Como en este punto de la tesis se trabaja con las migraciones internas en la región metropolitana de Barcelona, en realidad calculamos un índice sintético de migración metropolitana. Tenemos un indicador resumen que nos ofrece un dato muy gráfico: cuántos desplazamientos entre municipios llevaría a la práctica una persona en el interior de la RMB según las condiciones del momento en que se calcula. Antes que nada, hay que hacer algunas precisiones.

El índice sintético de migración tiene una interpretación más directa aprovechando los datos de emigración, ya que se relaciona el fenómeno, la migración, con la población que protagoniza los movimientos, el colectivo en que sus miembros son candidatos. El uso de la emigración nos permite captar directamente la propensión de la población a moverse de municipio para cambiar de vivienda.

Estrictamente hablando, el índice sintético de movilidad migratoria sólo se podría calcular en unidades espaciales que comprendiesen en su interior el origen y el destino de los desplazamientos analizados. El único índice que metodológicamente es totalmente correcto sería el que se refiriese al conjunto de la región metropolitana, porque todas las migraciones metropolitanas tienen lugar *por completo dentro* de la región y el supuesto de acumulación de movimientos tendría todo su sentido, ya que el sujeto o sujetos siempre residirá, aunque se mueva, *dentro* de la región. Esto no puede ser así para los índices calculados en cada municipio concreto. En el momento en que una persona emigra de su municipio anterior de residencia, lógicamente se queda fuera de la observación de la migración de dicho municipio por lo que no podría continuar siendo afectado por las tasas locales de edades posteriores. No podría acumular más de una emigración *en el mismo municipio* (a no ser que efectuase un retorno posterior). No obstante estas observaciones, se ha decidido calcular los índices de movilidad migratoria en la escala municipal. En primer lugar, por su capacidad para sintetizar la información de la intensidad migratoria de una manera muy gráfica. El índice se interpreta como el número de migraciones que una persona *ficticia* realizaría a lo largo de su vida *si* permaneciese como habitante del municipio estudiado. Nos ayuda a esta interpretación la constatación de que en pocos casos de la región metropolitana de Barcelona el valor del índice supera la unidad, no se llegaría a un cambio migratorio a lo largo de la vida de los individuos. Adicionalmente, hay que tener en cuenta que en el análisis demográfico hay otro antecedente de un indicador sintético en que el cálculo no sigue una lógica estricta: el índice sintético de nupcialidad de primeras nupcias en que la población de referencia de las tasas específicas contiene siempre los que ya se han casado.

Con el índice sintético de movilidad migratoria anulamos del análisis de la intensidad migratoria tanto el efecto del tamaño de la población del municipio como, además, el efecto de la estructura de edad. Sin embargo, no soluciona la distorsión que la estructura territorial del municipio (tamaño, forma

y cercanía respecto los núcleos de población vecinos) introduce en el cálculo de los indicadores migratorios que ya comentamos para el caso de las tasas brutas. Cuanto más grande sea la extensión del municipio, menor será el índice sintético, permaneciendo el resto de variables igual.

Las comparaciones espaciales entre los índices sufrían, en consecuencia, de una pequeña desviación en función de este pequeño problema. Sin embargo, creo que no se anula el interés de llevar a cabo un análisis de este tipo, por lo que operaremos como si no existiese este sesgo. Pero la cuestión queda aquí planteada y sería muy interesante desarrollar futuras soluciones encaminadas a *estandarizar* la influencia de las divisiones territoriales (Courgeau, 1973).

El problema de la comparación espacial de indicadores migratorios es más grave de lo que parece a simple vista. Piénsese si quisiéramos comparar nuestros índices sintéticos municipales con estimaciones calculadas para unidades locales de otras realidades metropolitanas o no, en que ni el tamaño medio, la forma ni la relación con el poblamiento de base es la misma. Esta dificultad comienza, no lo olvidemos, desde el momento en que pretendemos comparar simples tasas migratorias (de regiones, países...).

No nos desanimemos; el trabajo con índices sintéticos es ideal cuando se realizan comparaciones temporales de la misma realidad territorial. Las variaciones a lo largo del tiempo en el nivel del indicador para cualquier unidad submetropolitana serán atribuibles a oscilaciones en la intensidad migratoria, sin que los cambios en la estructura por edad tenga nada que ver.

Los índices sintéticos en demografía se suelen calcular considerando los períodos vitales directamente relacionados con el fenómeno. Así los índices sintéticos de fecundidad y de nupcialidad consideran la población (casi siempre mujeres en el caso de la fecundidad) que cuenta de 15 a 49 años de edad, dos límites convencionales entre los cuales se considera que se suceden la inmensa mayoría de los acontecimientos (nacimientos, matrimonios). El caso de la migración es diferente. Uno puede migrar en cualquier momento de su vida. Ahora bien, aquí hemos limitado el análisis a los migrantes que han cumplido como mínimo 15 años, por dos razones. La primera, puramente circunstancial, se debe a los problemas en los datos migratorios del padrón de 1986 sobre la consideración de la residencia del recién nacido cuando la madre reside en otro municipio diferente de donde ha dado a luz. Como se trabaja con el grupo entero 0-15 años, las dificultades contaminan todo este grupo. Aprovechando esta dificultad, el dejar de lado los movimientos en edad infantil se potencia la parte de la movilidad total de los individuos que se desarrolla de manera autónoma y donde tienen una elevada implicación en la toma de decisión de la migración.

3.2.3.2 Los índices sintéticos de migración metropolitana en Barcelona

No es posible efectuar muchas comparaciones entre nuestros datos y otras investigaciones. No he sido capaz de encontrar algún cálculo de índices sintéticos a nivel local, aunque sí existen referencias que nos permiten valorar el nivel de la movilidad migratoria interna del conjunto de la región metropolitana. Por ejemplo, en Vinuesa *et al.* (1994) se recoge una serie de cálculos muy interesantes de índices sintéticos de migración de España según el ámbito de la migración para el año 1990 a partir de la información recogida en el Censo de 1991. El índice sintético para el conjunto de movimientos migratorios internos era de 1,23, de los que 0,56 corresponde a movimientos entre provincias y 0,67 al índice sintético de migraciones intraprovinciales. Esta última cifra es la que nos puede servir de comparación más útil ya que podemos comparar la movilidad migratoria en el interior de la RMB con la intensidad alcanzada en el interior del conjunto de provincias españolas, una generalización aproximada de nuestro caso en un marco espacial superior. Ejemplos de indicadores parecidos de movilidad migratoria intrarregional con unidades parecidas a la provincia no los he encontrado en la literatura (sí como veremos en la parte II sobre intensidad bruta de cambios de vivienda). Por ejemplo en Livi Bacci (1992) encontramos el cálculo del índice sintético de movilidad migratoria global italiano que se sitúa bastante por encima del 1,23 español en aproximadamente 1,8 cambios de una comuna a otra a lo largo de la vida de un italiano ficticio. En Rogers, Willekens (1986) se ofrecen indicadores parecidos pero sobre emigración desde multitud de regiones de países europeos, migración interregional y no intrarregional como nos interesa a nosotros. Sin embargo, es interesante constatar que en algunos países europeos la movilidad entre regiones es superior a la propia movilidad intrarregional que se da en España. La intensidad de la migración, tanto a larga como a corta distancia, al igual que, como se verá en la parte II la intensidad de la movilidad residencial global, es baja en nuestro contexto territorial.

El índice sintético de movilidad migratoria entre municipios de la RMB era de 0,51 en el primer quinquenio de los ochenta y de 0,57 en el segundo quinquenio. La movilidad migratoria de corta distancia es menos intensa en la región que en el conjunto de España si adoptamos el valor 0,67 del índice de migraciones intraprovinciales de Vinuesa *et al.* (1994). Sin embargo, hay que tener en cuenta que nuestros indicadores sólo contemplan las migraciones tras cumplir los 15 años de edad, por lo que podemos decir que la intensidad es bastante semejante.

Ya hemos anunciado que los primeros resultados que llegan sobre el comportamiento migratorio metropolitano de la década de los noventa señalan un incremento espectacular de los intercambios. El cálculo de los índices sintéticos de movilidad anual, aprovechando información de las estadísticas de variaciones residenciales y las estimaciones postcensales de población año a año que realiza desde 1991 el *Institut d'Estadística de Catalunya*, lo confirman meridianamente. En la siguiente tabla ofrecemos estos cálculos que en comparación con los valores de la década anterior ponen de

manifiesto la existencia de un punto de ruptura clarísimo, pero ¿de intensidad de la movilidad residencial total o de la estructura espacial, migratorio o local, de los destinos?

Tabla 3.8. Índices sintéticos de migración intrametropolitana. Región metropolitana de Barcelona.

Período temporal	Índice sintético de migración (todas edades)	Índice sintético de migración (mayores de 14 años)
1981-1986*		0,51
1986-1991*		0,57
1990**	0,97	0,77
1992***	1,10	0,85
1993***	1,28	1,00
1994***	1,45	1,13
1995***	1,62	1,28

* Explotación censal 1986 y 1991. Año de última llegada al municipio. Estos datos están ligeramente infravalorados respecto los de los años siguientes ya que registran migrantes (los que se mueven varias veces aparecen sólo una vez).

** Resultado para la provincia de Barcelona. Censo de población de 1991. Pregunta sobre movilidad entre 1990-1991.

*** Estadística de variaciones residenciales.

Fuente: Elaboración propia

En los Mapas 3.20 y 3.21 hemos cartografiado los índices sintéticos de migración intrametropolitana (para una edad superior a los 14 años) de los periodos 1986-1991 y 1992-95 respectivamente. Observamos que la moda de la distribución de los municipios metropolitanos en 1986-1991 se encuentra situada entre 0,5 y 0,75 cambios migratorios. Dicho de otra manera, un poco más de una persona de cada dos (o entre 50 y 75 de cada 100) acabaría al final de sus vidas de trasladarse de municipio según las condiciones de entonces. Por lo tanto, la movilidad migratoria metropolitana estaba lejos de ser un fenómeno fatal demográficamente hablando. La prolongación de la situación de los ochenta hubiese significado que buena parte de la población metropolitana no habría experimentado un cambio de municipio en el interior de la región. La extrapolación de la situación de los noventa en términos del comportamiento de una generación ficticia implica que todos los habitantes efectuarán como mínimo un cambio de municipio en el interior de la RMB a lo largo de su vida.

El paso del valor agregado del índice de 0,51 a 0,57 durante la década de los ochenta parecía indicar la existencia de un ligero aumento de la intensidad de los intercambios migratorios, que se ha confirmado plenamente en los noventa, con la mejora de las condiciones exteriores. En el período 1992-95 se ha alcanzado el nivel 1,00. La media aritmética de los índices sintéticos municipales es sensiblemente superior a los índices agregados en los tres quinquenios, siendo de 0,75, 0,73 y 1,37 respectivamente. La diferencia entre el índice agregado y la media de los índices municipales revela

una ligera relación inversa entre tamaño de población e intensidad emigratoria, lo que viene a reafirmarnos en nuestra idea previa de que el comportamiento más emigratorio no se daba precisamente en los municipios más poblados de la región, lo que sigue confirmándose en los años noventa, también en los años más reciente. Mientras que el ISM intrametropolitano de la RMB en 1995 era de 1,62, el mismo indicador en el municipio de Barcelona se situaba en 1,17.

El aumento de la movilidad residencial en los primeros años noventa no ha implicado, sin embargo, un cambio apreciable en la estructura territorial de los índices sintéticos de migración metropolitana municipales. Se confirma que los municipios centrales, los más urbanos, los más densos no son los que tienen una emigración más intensa. Incluso, podríamos decir que el aumento de la movilidad de los últimos años ha retrasado aún más a los grandes municipios en la “jerarquía” de intensidad de la emigración.

3.2.4 Ensayo de identificación de las áreas de expulsión y de las áreas de atracción de población. La complejidad intuida.

Si nos ubicáramos en un enfoque clásico de estudio de los procesos migratorios dentro de la región metropolitana de Barcelona, tendríamos que identificar en primer lugar un área de expulsión y un área de atracción de los migrantes (Tabla 3.9 y Tabla 3.10).

Mediante los volúmenes globales migratorios hemos podido identificar un sector central claramente emigratorio, dependiente de su potencial poblacional. Los municipios situados a menos de 10 kilómetros del centro metropolitano, el continuo urbano central, dieron salida a 114.298 emigrantes en los últimos cinco años de los ochenta. Esto representaba un 60,4% de todas las salidas municipales registradas en la RMB. Ahora bien, piénsese que la población de estos municipios también representaba un 60,0% del total. Si se neutraliza el efecto del tamaño de población con el cálculo de tasas brutas de emigración el comportamiento territorial de la región es claramente homogéneo. La tasa del continuo es de 8,97‰ y la global de la región es de 8,91‰. Se trata de diferencias en las centésimas. Por lo tanto, no existían zonas eminentemente emigratorias. Hay dos coronas metropolitanas que incluso superan la tasa del continuo central: los municipios adyacentes y los situados entre 30 y 40 kilómetros de distancia lineal.

En los años noventa se produce una intensificación de los movimientos migratorios en la región. La desconcentración se acentúa ligeramente. Sin embargo, la proporción de movimientos migratorios originados en el centro metropolitano (la corona 0-10) es menor que en el quinquenio anterior. Pasa del 60,4 al 55,1%. Las salidas migratorias han crecido más en los municipios periféricos, sobre todo en las coronas exteriores.

Tabla 3.9. Análisis de la migración* metropolitana según coronas de distancia (línea recta) a Barcelona. Región Metropolitana de Barcelona, 1986-1990

Distancia (línea recta)	Población media	Inmigrantes	Emigrantes	Migración neta	Tasa inmigración	Tasa emigración	Tasa mig. neta
0-10	2.548.898	51.369	114.298	-62.929	4,03	8,97	-4,94
10-20	910.270	73.537	43.511	30.026	16,16	9,56	6,60
20-30	484.362	36.625	18.651	17.974	15,12	7,70	7,42
30-40	122.795	16.314	5.886	10.428	26,57	9,59	16,98
40-50	141.091	8.228	5.576	2.652	11,66	7,90	3,76
50-60	39.560	3.206	1.357	1.849	16,21	6,86	9,35
Total	4.246.975	189.279	189.279	-----	8,91	8,91	-----

* Último movimiento migratorio entre 1986 y 1991. La emigración y la inmigración se refieren a salidas y entradas de los municipios pertenecientes a cada corona, por lo que se incluyen las migraciones internas a cada corona.

Fuente: Elaboración propia

Tabla 3.10. Análisis de la migración* metropolitana según coronas de distancia (línea recta) a Barcelona. Región Metropolitana de Barcelona, 1992-1995

Distancia (línea recta)	Población media	Inmigración	Emigración	Migración neta	Tasa inmigración	Tasa emigración	Tasa mig. neta
0-10	2.424.703	73.349	150.787	-77.438	7,56	15,55	-7,98
10-20	957.390	97.312	67.455	29.857	25,41	17,61	7,80
20-30	518.855	52.254	30.917	21.337	25,18	14,90	10,28
30-40	144.084	29.825	11.883	17.942	51,75	20,62	31,13
40-50	148.343	15.139	9.623	5.516	25,51	16,22	9,30
50-60	44.332	5,812	3.026	2.786	32,78	17,06	15,71
Total	4.237.706	273.691	273.691	-----	16,15	16,15	-----

* Variaciones residenciales. La emigración y la inmigración se refieren a salidas y entradas de los municipios pertenecientes a cada corona, por lo que se incluyen las migraciones internas a cada corona.

Fuente: Elaboración propia

Por lo que respecta a la inmigración el estudio de los volúmenes migratorios repite la identificación de un área central metropolitana coincidente con la más poblada. El recurso a las tasas de inmigración nos descubre la presencia de varios sectores situados en una segunda corona que reciben un impacto bastante mayor sobre la población residente. Son estos los municipios que *cambian* sus características, que padecen intensas transformaciones estructurales que aparte de urbanísticas son sociales, económicas e, incluso, políticas. Estos municipios identificados con unas nuevas características de poblamiento (menos densidad de edificación, construcciones modernas, más equipamientos sociales y de comunicación, vivienda individual, urbanizaciones que se reconvierten en primera residencia, inserción en un medio ambiente que recuerda la naturaleza...) habitualmente han sido descritos como las *verdaderas* áreas de la inmigración metropolitana.

La aproximación clásica desde la movilidad migratoria residencial al tema de la metropolización y la suburbanización del territorio identifica un centro expulsor de la población y una periferia, cada vez más alejada, que recibe la población desplazada. Los criterios para llegar a esta conclusión son, sin embargo, contradictorios o, como mínimo, incoherentes.

Para la emigración se escoge como criterio principal para identificar las áreas principales de salida el volumen absoluto de la emigración, que como sabemos depende muy directamente del volumen demográfico de los lugares de procedencia. Sin embargo, las tasas de emigración, que se aproximan mejor al análisis de las intensidades, de los comportamientos, no son casi nunca tenidas en cuenta. Para la inmigración se plantea normalmente la elección contraria. Las tasas son las que definen las áreas de atracción. En este caso sí que se identifican los sectores metropolitanos que están evolucionando demográfica y urbanísticamente más deprisa, pero a menudo nos olvidamos que en buena parte son municipios con una relativa poca capacidad de acogida, que los flujos que acceden a ellos no son excesivamente numerosos y que, en definitiva, estamos infravalorando los verdaderos flujos mayoritarios que casi siempre se establecen entre municipios muy poblados. En un análisis por coronas, el segmento metropolitano que recibe más inmigrantes es precisamente el continuo central, inmediatamente después de sus municipios adyacentes.

Esa visión tradicional, que intentamos combatir, se aviene perfectamente con la idea de una región metropolitana en evolución que en un contexto de estancamiento del crecimiento conjunto de la población total, registra una gran emigración fundamentalmente dirigida hacia la periferia, que representa el espacio de extensión de la metrópolis que se transformaría totalmente por una masiva inmigración. Esta imagen es con seguridad una exclusivización de la movilidad residencial y migratoria como si sólo resultara en una dinámica de intercambios entre el centro y una periferia cada vez más lejana. Este esquema de explicación, es mi opinión, esconde otra vertiente de posibilidades de relaciones territoriales que surgen de la movilidad migratoria interna, y que también colaboran en la formación y la consolidación de un espacio metropolitano.

No hay una sola área de atracción. Tenemos las áreas conocidas de suburbanización de la segunda corona, que por cierto no forman anillas concéntricas sino que responden a pautas complejas de localización, pero también los municipios del continuo central y los municipios cercanos a los diferentes centros urbanos de la región. Tampoco podemos hablar de una única área de expulsión, quizá porque no existe ninguna. La cifra de emigrantes desde los municipios centrales es elevada, pero las tasas de muchos municipios de la periferia rural también lo son, al igual que las de algunos centros urbanos situados en la segunda corona... Creo que debemos rechazar, hasta cierto punto, la simplicidad de la idea de un movimiento migratorio unidireccional de centro a periferia y reivindicar la riqueza y la complejidad territoriales de la movilidad migratoria en el seno de las regiones metropolitanas.

3.3 Análisis de los orígenes y los destinos de los migrantes dentro de la Región metropolitana de Barcelona.

Comencemos en este punto a estudiar diferenciadamente los diversos flujos migratorios en el seno de la región metropolitana de Barcelona. La información de los flujos diferenciados espacialmente según su origen y destino sólo la disponemos para el segundo quinquenio de los años ochenta. El primer criterio discriminatorio, adoptado por primera vez en este capítulo, es identificar los orígenes y los destinos de la migración metropolitana, y las relaciones territoriales que se establecen.

3.3.1 Contrastando el punto de vista monocéntrico. La migración que llega o sale del municipio de Barcelona.

La unión conceptual de migración metropolitana y descentralización de la población constituye una reducción de la estructura territorial que construyen los flujos migratorios. En este capítulo intentaremos evaluar la importancia que los flujos relacionados con el municipio central de Barcelona tienen sobre el sistema migratorio metropolitano.

Indudablemente, la movilidad migratoria que tiene origen en el municipio de Barcelona (Tabla 3.11) constituye el principal flujo municipal dentro de la región metropolitana de Barcelona. Los emigrantes que entre 1986 y 1990 salieron del municipio de Barcelona, 65.794, y que se dirigieron a otros municipios metropolitanos representan un 34,76% del total de 189.279 migrantes metropolitanos, poco más de un tercio de los migrantes totales. Podemos ajustar un poco más y calcular qué peso representan los 65.794 emigrantes barceloneses sobre los 170.078 personas que entraron en el resto de 161 municipios procedentes de la RMB. Es este caso, la importancia de la emigración barcelonesa se cifraría en un 38,68% (Tabla 3.11). El mismo cálculo puede efectuarse para el período 1992-1995 con datos de las estadísticas de variaciones residenciales. En Barcelona se originaron 86.544 emigraciones con destino al resto de la región metropolitana, un 31,6% del total de migraciones intrametropolitanas. Igualmente la emigración barcelonesa representa un 35,5% del total de inmigración metropolitana recibida por el resto de municipios de la región. En resumen, paralelamente al aumento de los intercambios de población dentro de la región, hay una pequeña reducción de la contribución del municipio central, reflejando la disminución de su peso demográfico. El aumento de la movilidad migratoria actual hay que atribuirlo a una intensificación de los intercambios residenciales en *toda* la región metropolitana y no sólo en su centro.

Lógicamente el papel de Barcelona como centro inmigratorio es mucho más reducido, lo que favorece la óptica reduccionista hacia la desconcentración. Las personas que cambiaron su vivienda para ir a Barcelona procedentes del resto del territorio metropolitano en el período 1986-1990 sólo llegaron a 19.201 personas. La pérdida neta migratoria fue en esos años de -46.593. Sin embargo, las

entradas registradas en Barcelona procedentes de la región en los años 1992-1995 subieron a 29.742. El aumento generalizado de la movilidad residencial en estos últimos años provoca que la atracción de Barcelona por los emigrantes de los otros municipios esté estancada en torno del 15,9%, con una ligerísima tendencia al alza.

Tabla 3.11. **Migraciones metropolitanas con origen o destino en el municipio de Barcelona según distancia lineal del desplazamiento en la región metropolitana de Barcelona, 1986-1990.**

Distancia a Barcelona	Movilidad residencial de BCN		Distribución relativa per coronas		Peso de la movilidad de BCN sobre la de las coronas ¹	
	Emigración	Inmigración	Emigración	Inmigración	Emigración	Inmigración
0-10	14.625	10.270	22,23	53,49	45,46 ²	21,17 ³
10-20	29.507	5.339	44,85	27,81	40,13	12,27
20-30	11.503	1.865	17,48	9,71	31,41	10,00
30-40	6.610	938	10,05	4,89	40,52	15,94
40-50	2.580	643	3,92	3,35	31,36	11,53
50-60	969	146	1,47	0,76	30,22	10,76
Total	65.794	19.201	100,00	100,00	38,68	15,55

Fuente: Elaboración propia. Peso de las migraciones de Barcelona sobre la de las coronas estima a partir de la Tabla 3.9

1. Se ha calculado el peso que la emigración del municipio de Barcelona dirigida a cada corona tiene sobre el total de la inmigración metropolitana recibida en la misma corona (columna Emigración) y el que la inmigración recibida en Barcelona desde cada corona tienen sobre el total de la emigración metropolitana salida de la respectiva corona (columna Inmigración).

2, 3. Se ha excluido del denominador respectivamente la inmigración total y la emigración total recibida y emitida por el municipio de Barcelona o a la RMB.

Sin ninguna clase de dudas este volumen de personas que sale de Barcelona tiene un impacto considerable sobre el poblamiento del resto de la región metropolitana. Si los municipios que tienen una migración neta positiva sumaron entre todos ellos unas entradas netas de 68.535 individuos durante el último quinquenio de los ochenta y 81.632 entre 1992 y 1995, se puede decir que sólo con las pérdidas netas de Barcelona (46.593 en 1986-1990 y 56.802 en 1992-1995) se explicaba el 68,0% y el 69,6% respectivamente en cada período del crecimiento migratorio de los municipios metropolitanos. El grado de dinamismo de la emigración metropolitana ante el relativo bajo nivel de la inmigración se puede captar con el cálculo del índice de efectividad. El 54,8% de toda la movilidad residencial que entraba y salía de Barcelona en los últimos años ochenta se traducía en pérdida de habitantes, una cifra considerablemente más elevada que la normal en los municipios emigratorios. Este balance tiene a ser menos grave en el primer quinquenio de los noventa: sólo acaba en pérdida de habitantes el 48,8% de los intercambios migratorios de Barcelona con el resto de la región.

El principal destino de la emigración barcelonesa se ubicaba durante los ochenta en los municipios situados entre los 10 y los 20 kilómetros de distancia, es decir, los municipios de rápido crecimiento adyacentes al continuo urbano central. Podemos decir que son los municipios destinados a formar parte de él. Los municipios del sur de la comarca del Vallès Occidental (Sant Cugat del Vallès, Cerdanyola del Vallès), del Baix Maresme (Alella, el Masnou, Premià de Mar) o del delta del Llobregat (Castelldefels, Gavà, Viladecans) serían las principales áreas de recepción de la desconcentración barcelonesa, ya que se instalan en ellas 29.507 personas, un 44,85% del total de la emigración metropolitana. El siguiente destino en importancia son el resto de municipios del continuo urbano central, donde encontraron nueva residencia 14.625 personas que representan un 22,23% del total de la emigración barcelonesa. A partir del límite de los 20 kilómetros la cantidad de barceloneses que se instalaba disminuye bastante proporcionalmente con la distancia: el 80% de los emigrantes metropolitanos de Barcelona se quedó en un municipio que no dista de Barcelona más de 30 kilómetros. El mercado de la vivienda, la facilidad de mantener una movilidad pendular razonable, pero también quizá un deseo de no alejarse en exceso del medio espacial y social anterior, están en la base de la explicación.

La dependencia de la distancia para explicar la inmigración es todavía más decisiva. Más de un 50% de la inmigración metropolitana de Barcelona salía directamente de otro municipio del continuo central. Buena parte de la inmigración a Barcelona tiene, actualmente, un carácter local. Si, una posibilidad fácilmente imaginable, estos municipios se hubieran agregado al de Barcelona, estaríamos hablando de cambios de vivienda intramunicipales. El siguiente origen de los inmigrantes barceloneses se localizaba en los municipios adyacentes al continuo, el 27,81%. El restante 20% de los inmigrantes metropolitanos vino del resto de la región. Por supuesto, la migración neta de Barcelona es negativa en relación a todas las coronas de distancia. El volumen neto más negativo se estableció con la corona 10-20 km. (-24.168 personas), aunque la efectividad negativa de los flujos es mayor cuanto más alejado del centro está el destino.

El estudio de la migración metropolitana relacionada con Barcelona se puede completar con el cálculo de tasas específicas por origen y destino mediante las cuales se estima el impacto sobre la población residente del flujo de entrada de barceloneses o bien, la propensión a realizar un cambio de residencia hacia Barcelona (Tabla 3.12).

En este capítulo no entraremos en diferenciar las características de la movilidad y de los que se mueven en función del destino o de la distancia. Ahora bien, cabe decir que las curvas por edad de la movilidad migratoria (entre municipios) y de la interna a los municipios se asemejan extraordinariamente (En este capítulo no entraremos en diferenciar las características de la movilidad y de los que se mueven en función del destino o de la distancia. Ahora bien, cabe decir que las curvas por edad de la movilidad migratoria (entre municipios) y de la interna a los municipios se asemejan

extraordinariamente (Gráfico 4.3): en esencia, responden al mismo sistema de determinantes. Únicamente destaca la punta de movilidad de los adultos-jóvenes, más pronunciada en la movilidad residencial interna.

Gráfico 4.3): en esencia, responden al mismo sistema de determinantes. Únicamente destaca la punta de movilidad de los adultos-jóvenes, más pronunciada en la movilidad residencial interna.

Según este análisis la corona que recibe una mayor influencia de los emigrantes barceloneses es la de 30 a 40 km., todos municipios más bien pequeños situados en el Vallès Oriental, el norte del Vallès Occidental y la frontera entre Garraf, Alt Penedès y Baix Llobregat. Reiteremos que son los que reciben un impacto más fuerte sobre su situación inicial pero no los que reciben el flujo absoluto mayor. La reflexión inversa se deduce de observar la relación con el continuo central: su población se ve menos renovada a causa de la migración procedente de Barcelona, a pesar de la intensa relación absoluta y de que prácticamente la mitad de su inmigración procede de Barcelona (Tabla 3.11).

Los mismos municipios de la corona 30-40 son los que tienen una mayor propensión a emigrar hacia Barcelona, tras por supuesto de los municipios del continuo. Los primeros, quizá, por su carácter rural; los segundos porque en realidad se trata de movilidad residencial local.

Tabla 3.12. Tasas de migración en cada corona de distancia lineal en relación con Barcelona . Región metropolitana de Barcelona, 1986-1990.

Distancia a Barcelona	Tasa (‰) de inmigración	Tasa (‰) de emigración	Tasa de migración neta (‰)
0-10 ¹	3,33	2,34	0,99
10-20	6,48	1,17	5,31
20-30	4,75	0,77	3,98
30-40	10,77	1,53	9,24
40-50	3,66	0,91	2,75
50-60	4,90	0,74	4,16
Total	5,11	1,49	3,62

Fuente: Elaboración propia.

1. Excepto, precisamente, el municipio de Barcelona.

En conjunto el crecimiento migratorio del resto de la región metropolitana de Barcelona debido a la emigración barcelonesa durante el quinquenio 1986-1990 fue del 3,62‰ anual. En términos de transformación de la población original por la proveniente de Barcelona sería más correcto referirse a la tasa de inmigración que sube al 5,11‰, es decir cada año se incorporaba un barcelonés por cada 196 habitantes del resto de la región. Entre 1992-1995 el impacto de la "barcelonización" se intensificó. El crecimiento migratorio del resto de la región debido a la emigración neta de Barcelona ha sido del

5,69‰ anual, mientras que el ritmo de transformación de la población por inmigración procedente de Barcelona era del 8,67‰ anual, se añade un barcelonés por cada 115 habitantes en el resto de municipios. El ritmo de “barcelonización”, aunque se va intensificando poco a poco, no parece que conduzca a una radical transformación de la estructura de la población metropolitana a corto plazo.

3.3.2 *Adoptando un punto de vista no monocéntrico. La parte de las migraciones metropolitanas no explicada por Barcelona.*

Es el momento de iniciar un análisis territorial más detallado del impacto de la emigración barcelonesa en el resto del territorio metropolitano. Esta reflexión se puede realizar partiendo de dos cuestiones: ¿hasta qué punto la inmigración de los municipios metropolitanos depende de la salida de migrantes de Barcelona, de su proceso de desconcentración? Y, como consecuencia, ¿qué impacto tiene la inmigración procedente de Barcelona en el volumen de la población de los municipios?

Estas preguntas pueden empezar a ser respondidas con la observación de dos mapas referidos al quinquenio 1986-1990. El primero (Mapa 3.22) refleja el porcentaje que la inmigración de barceloneses representa sobre el total de la inmigración metropolitana en los otros 161 municipios restantes de la región. El segundo (Mapa 3.23) cartografiará la tasa de inmigración específica según el origen Barcelona, que se convertirá en una medida de la velocidad de cambio de la población por la llegada de antiguos habitantes del municipio central o, más directamente, en una medida de la “barcelonización” de los municipios metropolitanos.

El Mapa 3.22 representa la primera aproximación al tema de la dependencia territorial de la región respecto de Barcelona. La mayor parte de los municipios reciben una proporción importante de su inmigración metropolitana desde Barcelona. Sin embargo, teniendo siempre en consideración que solamente tratamos los movimientos migratorios intrametropolitanos, los porcentajes no son excesivamente elevados. La moda se sitúa entre un 20 y un 30%. Pero la dispersión de valores es intensa tanto por encima como por debajo. Treinta y cuatro municipios no pasan del 20%. El valor máximo es el de Sant Cugat del Vallès que tuvo un 72,94% de barceloneses entre sus inmigrantes metropolitanos. Indudablemente, Sant Cugat del Vallès se está convirtiendo en un suburbio barcelonés en el sentido geográfico anglosajón del término. Por otro lado, sólo el 2% de la inmigración metropolitana del municipio de Rellinars procedía de Barcelona. El contraste de situaciones es evidente y la distancia es un factor primario que lo explica. Sant Cugat es un municipio cercano a Barcelona, con las comunicaciones mejoradas en rapidez (túneles de Vallvidrera) como frecuencia del transporte público (Ferrocarriles de la Generalitat). También la selectividad de los inmigrantes desempeñada por el segmento medio-alto y alto de la vivienda ofrecida en el mercado de Sant Cugat ayudan a que encuentre en Barcelona la mayor parte de nuevos demandantes. Contrariamente,

Rellinars se encuentra en los límites metropolitanos y además está claramente incluido en el área de influencia directa de Terrassa.

La distancia espacial no explica totalmente las diferencias en la dependencia migratoria respecto al municipio central. Además de los municipios adyacentes al de Barcelona, hay otros núcleos (no dispuestos en forma de corona sino más bien como ejes radiales) que mantienen una vinculación muy estrecha. Los municipios del Baix Maresme, los ubicados en el recorrido de la autovía de l'Ametlla, el eje Castelldefels-Sitges, el sector del Vallès Oriental situado entre Cardedeu y Sant Celoni, entre otros, dependen de Barcelona en porcentajes cercanos al 50%. Características comunes son la cercanía a ejes viarios importantes y, quizá con más importancia, la relativa lejanía respecto de los centros urbanos estructuradores de la región metropolitana, que, precisamente son de los municipios cuya inmigración depende menos de los flujos barceloneses.

Otra vía de continuar explorando esta cuestión discurre por el análisis de las tasas de inmigración específicas para el origen Barcelona (Mapa 3.23). Si en el mapa anterior podíamos saber la parte de la inmigración metropolitana que había procedido de Barcelona, en éste podemos calibrar el impacto de estos flujos sobre la población residente en cada municipio, como decíamos, una evaluación de la "barcelonización" del territorio metropolitano. El mapa da mayor contraste a las áreas mencionadas en el párrafo anterior. Aparecen nuevas áreas de gran vinculación con Barcelona como el sector del Ordal, cuyos municipios tienen varias y potentes fuentes de inmigración lo que relativiza la importancia de Barcelona sobre el total de inmigrantes. Es decir, no existe una correspondencia directamente proporcional entre municipios con mayor porcentaje de inmigración barcelonesa e intensidad total de la inmigración, aunque sí es mejor la relación entre tasas de inmigración específica desde Barcelona y tasas de inmigración metropolitana totales.

El Mapa 3.23 evidencia mejor la existencia de amplios sectores en que la relación migratoria con Barcelona es relativamente reducida (aunque no olvidemos que Barcelona siempre ejerce un peso importante en la estructura migratoria de toda su región metropolitana). Un ejemplo evidente de relativa baja vinculación migratoria con Barcelona lo encontramos en la mayoría de las ciudades intermedias localizadas fuera del continuo central. Estos municipios grandes ofrecen pocas oportunidades para una velocidad rápida de cambio de su población: la renovación y aumento de su parque de viviendas, entre otras razones, no puede ser tan elevada como en los pequeños municipios en que las nuevas promociones alteran rápidamente la situación anterior. Ahora bien, existe toda una serie de municipios pequeños, con capacidad de crecimiento que se hace efectiva, tal como demuestran sus tasas de inmigración metropolitana total, que no muestran una especial vinculación con Barcelona. Estos municipios suelen estar situados en los contornos de las ciudades intermedias metropolitanas.

En definitiva, la inmigración de muchos de los municipios del ámbito metropolitano se explica no sólo por la salida de población desde el centro del área que es Barcelona sino también por los flujos procedentes de otros municipios de la región. Incluso, hay municipios que encuentran un origen individual en la región que contribuye más a su inmigración que Barcelona. Esta afirmación se ve respaldada por el Mapa 3.24, que identifica los orígenes principales de la inmigración interna de la región metropolitana de Barcelona. Durante el quinquenio 1986-1990, como era de esperar, la mayor parte de los municipios tienen en Barcelona el principal origen de su inmigración metropolitana. Pero no todos.

Cuarenta y cuatro municipios de la región metropolitana de Barcelona no tenían a Barcelona como primer suministrador de inmigrantes. Diecinueve son los municipios que se convierten en principal origen de la migración de como mínimo otro municipio. Los 44 municipios aludidos guardan una gran homogeneidad territorial ya que se agrupan por orígenes comunes. Además, el origen común es adyacente a los municipios receptores. Es decir, existen otras áreas de desconcentración migratoria, de menor alcance por supuesto que la de Barcelona, pero seguramente con parecidos mecanismos de explicación funcional, que se organizan en torno a diversos municipios de la región metropolitana. Entre estos centros de desconcentración están todas las ciudades intermedias. Vilanova i la Geltrú, Vilafranca del Penedès, Terrassa, Sabadell, Mollet del Vallès, Granollers y Mataró eran el principal emisor para como mínimo un municipio. En todos los casos esos municipios *dependientes* son colindantes con el *centro* emisor. La ordenación de los centros emisores según el número de municipios vinculados es la siguiente: Vilafranca del Penedès (12 municipios), Sabadell (6), Terrassa (5), Badalona como Granollers y Mataró (3), l'Hospitalet de Llobregat y el municipio de Sant Celoni (2). Los otros orígenes principales, que sólo ejercen con un municipio son: Castellterçol, Mollet del Vallès, Pineda de Mar, Sant Boi de Llobregat, Sant Feliu de Codines, Sant Pere de Vilamajor, Viladecans, Vilanova i la Geltrú. Hagamos a continuación una primera caracterización del grado de vinculación entre los centros emisores y los municipios vinculados migratoriamente, aislando por un lado el caso de Barcelona y agrupando por otro el resto de orígenes principales (Tabla 3.13).

Tabla 3.13. **Distribución de los municipios según la proporción de su inmigración metropolitana explicada por Barcelona u otros centros principales. Región metropolitana de Barcelona, 1986-1990.**

% inmigración metropolitana	Barcelona	Resto de centros
15-30	33,0	25,0
30-50	51,3	43,2
50-70	14,8	27,3
>70	0,9	4,5
	100,0	100,0
	(115)	(44)

Fuente: Elaboración propia.

En ambos casos la mayoría de municipios recibieron de su principal origen entre un 30 y un 50% del total de la inmigración metropolitana. En pocas ocasiones este tipo de vinculación migratoria supera el 50%, incluso para el caso del origen Barcelona. En resumidas cuentas, la vinculación con un origen principal no se convierte casi nunca en una dependencia absoluta. El sistema migratorio no se organiza en un esquema basado en la desconcentración de un centro a una periferia dependiente, ni tan solo en una versión multipolar. La desconcentración se estructura, como estamos viendo, jerárquicamente en diferentes niveles y al esquema migratorio habría que añadir la tendencia a una comunicación entre las diferentes áreas de desconcentración y la existencia de flujos transversales, centrípetos y en otras direcciones. La coherencia del conjunto metropolitano, creo, se ve así reforzada.

La vinculación que se establece entre los *otros* centros suburbanizadores y sus áreas de relación es más intensa que la que establece el municipio de Barcelona con los municipios que le tienen como principal origen. En efecto, más del 30% de los municipios vinculados a los otros centros, llamémosles subcentros para diferenciarlos del *centro* principal, Barcelona, cubrían con ese flujo de entrada más de la mitad de las entradas. Esta vinculación tan intensa sólo la logra Barcelona con poco más del 15% de sus municipios. Barcelona está más vinculada con su territorio metropolitano pero de una manera más extensiva que en el caso del resto de subcentros.

Es posible encontrar diferencias significativas entre el grado de vinculación que cada subcentro obtiene de sus municipios cercanos. En los términos relativos con los que estamos hablando, Mataró y Granollers han desarrollado un área de relación migratoria más intensa con los municipios adyacentes.

3.4 La identificación de los subcentros migratorios metropolitanos.

En el apartado anterior hemos ido descubriendo la necesidad de considerar la existencia de una elevada complejidad en la estructura territorial de las migraciones metropolitanas. El municipio de Barcelona no es el único organizador de las relaciones y ni siquiera es el principal origen de la inmigración de un buen puñado de municipios.

El sistema migratorio metropolitano de Barcelona está compuesto, por un lado, de los movimientos que van o proceden del municipio de Barcelona (que podríamos haber extendido al continuo central), pero por otro de todos los movimientos migratorios que se desarrollan entre el resto de municipios. Algo más del 55% de los cambios migratorios en el interior de la región se establecen entre municipios que no son Barcelona. De aquí el interés por descubrir la estructura territorial que está más allá de la simple desconcentración del municipio central.

También hemos visto que estos movimientos, digamos, laterales no carecen de una clara organización territorial. Hemos descubierto la existencia de varios centros urbanos, las ciudades intermedias, que se han constituido en el principal origen de bastantes municipios. Estas áreas de relación principal seguramente se extienden con menos intensidad a otros municipios cercanos que continúan teniendo como principal punto de referencia de su inmigración a Barcelona.

Estos elementos nos llevan a querer explorar la estructura territorial de las migraciones que no dependen de Barcelona, una estructura que con seguridad nos informará sobre cuáles y cómo son las áreas de relación local en el interior de la región. El presente apartado intentará responder, pues, a la siguiente pregunta: ¿qué estructura territorial nos desvelan las migraciones metropolitanas si obviamos los movimientos que van y vienen de Barcelona?

Por un lado estudiaremos la estructura de los destinos de la emigración y por otro la estructura de las procedencias de la inmigración. En un principio resultarán dos imágenes territoriales de la movilidad migratoria metropolitana. Pero, como se verá, las dos se fusionarán en una única explicación global de las áreas de relación.

3.4.1 Metodología de análisis. Antecedentes. Conceptos.

Operativamente, esta exploración se ha realizado utilizando una variante de la técnica del *análisis de flujos nodales*, técnica usada entre otros por Bell (1980) o también Méndez (1994), que para el área metropolitana de Madrid realiza lo que denomina un análisis de ligazones principales. La explicación sucinta de esta técnica aplicada a flujos migratorios puede encontrarse en Winchester

(1985), referida a una investigación sobre movilidad residencial intraurbana en Grenoble donde se consideraba al distrito urbano como unidad de estudio:

“La matriz de migración intraurbana es analizada mediante el uso de la técnica del análisis de flujos nodales (Bell, 1980). Los subdistritos se ordenan de acuerdo al número de inmigrantes. Los flujos de primer orden se identifican como los mayores flujos de salida de cada distrito en el caso que se dirijan a un distrito situado más arriba en la lista de destinos. Los distritos cuyos mayores flujos de salida van a un destino de posición inferior son considerados como distritos independientes.” (Winchester, 1985)

Esta cita se refiere a las vinculaciones de dependencia estudiadas a partir de la emigración. Si una unidad A envía su principal flujo a otra unidad B, se considera que B es de un orden jerárquico superior que A, en otras palabras, A dependería de B. Se consideraría B como centro superior organizador si su principal flujo emigratorio se dirigiese a un municipio de orden inferior. Por el contrario, si se valora la inmigración a los municipios, A dependería de B si la mayor parte de las entradas en A proviniesen de B.

Este uso de las migraciones residenciales para aproximarnos a la vinculación funcional es similar a las metodologías normalmente empleadas para los estudios sobre cohesión territorial a partir de la movilidad obligada. Un ejemplo significativo es el estudio *"Cohesió, centralitat i àrees funcionals a Catalunya el 1986"* donde se exploran las relaciones de cohesión existentes en la totalidad del territorio catalán. La siguiente cita aparece en el primer borrador del Plan Territorial General de Cataluña, donde se resumen los resultados³:

"Dados dos municipios A y B, se toman en consideración los porcentajes que sus respectivos flujos de uno hacia el otro representan respecto a la Población Ocupada Residente (POR) y Lugares de Trabajo Localizados (LTL) de cada uno de ellos, y se vincula un municipio A a la zona de cohesión de otro B si un 15% o más de la POR de A trabaja en B y/o también si un 15% o más de los LTL de A están ocupados por residentes de B. Al municipio B se le denomina cabecera." (Departament de Política Territorial i Obres Públiques, 1992: INFO.8.35)

En nuestro caso, la operativa ha sido la siguiente por lo que respecta a la emigración. Se han incluido en el análisis todos los flujos migratorios entre municipios que superaban el 10% del total de las salidas del municipio emisor. Este umbral, convencional y empírico, permite eludir muchos flujos pequeños, poco significativos pero que, en algún caso, podrían erigirse como flujo principal. De los flujos emigratorios de un municipio que superan el 10% del total de las salidas seleccionamos el flujo más numeroso o el siguiente si el primero tiene como destino a Barcelona. Las relaciones de vinculación se establecen entre el municipio de origen y el de destino, y considero al municipio origen

³Una explicación resumida de los resultados de la investigación mencionada se puede encontrar en los dos artículos de Margarita Castañer i Vivas publicados en 1994 y citados en bibliografía.

como municipio dependiente. En este caso, un municipio es centro de área, es decir, es centro de un área migratoria dependiente, cuando su principal flujo emigratorio va a parar a Barcelona o a otro municipio, que a su vez, es dependiente de él, y, claro, tiene una serie de municipios que se le vinculan.

Por lo que se refiere a la inmigración, un municipio depende de otro en el caso que el principal flujo inmigratorio del primero provenga del segundo, superando el umbral del 10% de toda su inmigración metropolitana. Un municipio es centro de área si su principal flujo inmigratorio procede de un municipio dependiente o de Barcelona, mientras que un conjunto de municipios se articula a su alrededor, es decir, se convierte en el principal centro emisor de migrantes para esos municipios.

Creo que el análisis de la emigración, mejor dicho de la estructura formada por el estudio de los principales destinos, nos sitúa en una investigación de las áreas de relación vinculadas a las migraciones metropolitanas con rasgos más tradicionales, familiares a menudo a las clásicas migraciones del campo a la ciudad pero de corta distancia. La emigración tiende a polarizarse hacia un mismo centro receptor, común a un conjunto de municipios. Por el contrario, opino que el análisis de la inmigración, o bien de la estructura formada por el estudio de los principales orígenes, nos introduce más en el análisis de los procesos de suburbanización del territorio que, sin embargo, no dependen del centro metropolitano, sino de la movilidad migratoria de los habitantes del resto de núcleos urbanos de la región metropolitana de Barcelona. Se trata de fenómenos de expansión espacial de las ciudades puesto que la mayoría de la inmigración de los municipios tiene como lugar de procedencia un único sitio, un único municipio, frecuentemente la ciudad más cercana.

Las relaciones de dependencia que se establecen de esta manera no siempre son directas, es decir, no siempre cada área tiene un único nivel territorial de dependencia, tanto por el lado de la emigración como por el de la inmigración. Muy a menudo hay un paso intermedio en la dependencia, existen municipios que dependen de un centro superior pero que a su vez son puntos de referencia migratoria para otro u otros municipios. En estos casos, hemos simplificado el análisis agrupando todas estas relaciones dentro del área de dependencia del centro superior. A veces, estas interrelaciones son verdaderamente complejas y se construyen auténticas cadenas de dependencia. Por ejemplo, Sant Antoni de Vilamajor enviaba su mayor contingente emigratorio durante los últimos años de los ochenta a Llinars del Vallès, y éste hacía lo propio con Cardedeu, municipio que dependía por último de Granollers, el centro superior del área.

3.4.2 *Las relaciones migratorias centrípetas.*

Llamaremos relaciones centrípetas a las que se establecen por la emigración desde los municipios a un centro jerárquico superior. Anteriormente hacíamos la correspondencia de este tipo de vinculación migratoria con las migraciones más semejantes a lo que era el patrón tradicional. Sin embargo, no es correcto considerar que los movimientos migratorios ascendentes en la jerarquía metropolitana tengan una naturaleza diferente del resto de movimientos. Por ello es más neutro bautizarlos con un adjetivo, centrípeto, que no prejuzga la causalidad de los movimientos y hace referencia a la dirección espacial, en verdad su característica más distintiva. Efectuaremos una comparación entre los dos quinquenios de los ochenta, ya que no he podido incluir la estructura territorial de los flujos en los noventa. Aunque la información ya es antigua, podremos valorar también tendencias evolutivas que nos hagan intuir la situación actual.

El Mapa 3.25 nos muestra las relaciones migratorias centrípetas y las áreas de dependencia migratoria local que se derivaban durante el período 1986-1990. Lo primero que destaca es la multiplicidad de centros superiores existentes, veintidós, ejemplificándose de esta manera la complejidad territorial de las migraciones. Igualmente nos indica la importancia de los núcleos urbanos secundarios para explicar la organización metropolitana.

Un elemento importante es que los municipios dependientes de los centros mantienen una considerable contigüidad territorial, o sea, forman áreas espacialmente compactas. Hay pocos casos de municipios enclavados que dependen de centros más alejados que otras alternativas más próximas.

Sin embargo, el número de municipios que integran estas áreas de relación centrípetas es muy variable. Hay áreas formadas solamente por dos municipios (la de Montgat) y otras muy extensas, como la de Vilafranca del Penedès en la que se incluyen 25 municipios. Indudablemente, nos muestran la heterogeneidad de las relaciones que se encuentran bajo la etiqueta de centrípetas. Posiblemente la dependencia del área de Vilafranca se aproxima más a las relaciones tradicionales propias que establecían las capitales comarcales. Cuanto más cerca del centro metropolitano más pequeñas son las áreas de vinculación centrípetas. La atractividad de los subcentros disminuye en intensidad y tienen un alcance espacial menor. Normalmente, los municipios cercanos a Barcelona la tienen como centro migratorio preferente. Paralelamente, las diferencias en el tamaño de la población y el papel funcional se hacen menos evidentes entre el centro y el resto de municipios. Tal es el caso del área centrada en Cerdanyola del Vallès del que dependen Ripollet y Montcada i Reixac. Sin embargo, la correspondencia entre centro migratorio y centro funcional es evidente en las extensas áreas de la periferia metropolitana: Granollers, Vilafranca o Terrassa se constituyen en centros muy definidos, para los que recibir migrantes de los municipios de su entorno es otra de las funciones adscritas a la capitalidad territorial histórica que han desarrollado.

Esta diferenciación entre los tipos de área migratoria centrípeta puede observarse también en función del tipo de centro. La mayoría de centros de la periferia exterior metropolitana son centros autocontenidos, es decir, que su principal flujo emigratorio se dirige a otro municipio de su área de influencia: Sabadell, Terrassa, Granollers, Mataró o Vilanova i la Geltrú. Al revés, la mayoría de centros de la periferia inmediata tienen como principal destino el municipio de Barcelona: l'Hospitalet de Llobregat, Badalona, Sant Cugat del Vallès, Cerdanyola del Vallès... Es decir, podríamos aplicar la etiqueta de tradicionales quizá a las de la periferia exterior organizadas por las ciudades intermedias de la segunda corona. El ejemplo paradigmático sería el de Vilafranca del Penedès. Envía su principal flujo emigratorio a Barcelona, es decir, no es un área autocontenida como es normal en el resto de áreas periféricas, pero eso resaltaría el modelo tradicional por el que el centro de área depende a su vez del centro superior absoluto.

El corte entre la periferia inmediata y la periferia exterior se aplica también al tipo de polaridad que el centro mantiene con su área. En la periferia exterior los centros ejercen una atracción directa sobre los municipios de su alrededor, mientras que en la periferia inmediata, que presenta relaciones más complejas y donde la presencia de Barcelona es difícilmente olvidable, la mayoría de dependencias son indirectas; hay una multitud de subcentros interpuestos. Son ejemplos las áreas de l'Hospitalet, Viladecans o Sant Feliu de Llobregat.

También es interesante saber si los municipios dependientes de las distintas áreas emiten su principal flujo emigratorio directamente a su centro (o subcentro de nivel inferior) de área o sólo tras descartar el flujo hacia Barcelona. La inmensa mayoría de los municipios se vincula directamente con su centro local. Solamente algunos municipios de los más cercanos a Barcelona se le vinculan antes que a su centro local. De esta manera, algunas áreas de migración centrípeta, como la de Badalona, envían su principal flujo emigratorio absoluto en primer lugar a Barcelona.

Las áreas que aparecen tienen semejanza con otras unidades territoriales conocidas, y muchas de las cuestiones de asignación de dependencias y alcance espacial de la influencia ejercida son parecidas. La atraktividad migratoria ejercida por los centros es una plasmación más de su influencia funcional sobre el territorio circundante. El área migratoria centrípeta de Vilafranca del Penedès coincide prácticamente con la comarca del Alt Penedès con las excepciones de los municipios de Sant Llorenç d'Hortons y Gelida, dependientes del área migratoria de Martorell. O el área de Granollers que acoge toda la parte central del Vallès Oriental dejando fuera los sectores vinculados tradicionalmente con Mollet del Vallès o Sant Celoni. También se reconoce la personalidad del Garraf en torno a Vilanova; la del sector central del Maresme con Mataró; la dualidad de la capitalidad de Sabadell y de Terrassa sobre el Vallès Occidental; la complejidad de lo que se ha denominado Baix Llobregat donde conviven los centros de Esparreguera, Martorell, Sant Feliu de Llobregat, Viladecans y l'Hospitalet de Llobregat; el desmembramiento del Baix Maresme con Montgat, el Masnou y Premià

como centros autónomos. O las capitalidades de Arenys de Mar y de Pineda de Mar en el Alt Maresme. Es decir, la emigración polarizada en un destino deja de manifiesto la configuración funcional del territorio en su sentido amplio.

Si las áreas centrípetas reflejan la realidad funcional del territorio metropolitano significa que ese sistema debe tener una elevada estabilidad temporal. Efectivamente, si se compara el mapa de la situación de los últimos años ochenta (Mapa 3.25) con el del período 1981-85 (Mapa 3.26) no se encuentran diferencias apreciables. Los centros de área son prácticamente los mismos, así como la disposición y el tamaño de las áreas. Son pequeños y pocos los cambios, pero quizá sea interesante repararlos rápidamente. Aparecen nuevos centros en zonas poco polarizadas con anterioridad o que eran cercanas al continuo barcelonés. Al primer grupo pertenecen los nuevos centros de Esparreguera y, hasta cierto punto, Sant Feliu de Llobregat. Sant Feliu se constituye en punto de referencia, según el método escogido, de un área de polaridad compleja y compartida con Molins de Rei. Al segundo grupo pertenecen los nuevos centros de Rubí, Cerdanyola y Montgat, para los que las ganancias en cohesión funcional con los municipios vecinos provoca que la vinculación tradicional con sus antiguos puntos de referencia (Terrassa, Sabadell y Badalona, respectivamente) pierda importancia, arrastrando a los municipios que forman las nuevas áreas de cohesión.

También durante la década de los ochenta se observó la consolidación de las áreas. Los centros polarizan con más intensidad la emigración de sus municipios dependientes, paralelamente a la pérdida de atractividad de Barcelona, como pasa en los casos de Granollers y Mataró. Las áreas en algunos casos aumentan su extensión, especialmente en el sector Bertí-Moianès en provecho de Sabadell, Caldes de Montbui y Granollers.

3.4.3 Las relaciones migratorias centrífugas.

Para mantener una cierta simetría conceptual con las áreas centrípetas, denominamos a las relaciones que se construyen a partir de la inmigración como centrífugas, aunque reflejen claramente un tipo de vinculación suburbanizadora (Mapa 3.27, período 1986-1990).

Vemos que hay una reducción del número de centros respecto a las que se establecían con las relaciones centrípetas, hasta 11. Además hay otros nueve municipios que son origen principal de sólo un municipio, mientras dependen a su vez tan solo de Barcelona.

Sin embargo, sí hay un aumento del grado de complejidad de las relaciones que se establecen en el interior de cada área. En realidad, algunos de los centros que en el análisis de la migración centrípeta encontrábamos organizando su propia área de dependencia se encuentran en este caso integrados en las tramas de dependencia de otros centros como puntos de referencia de niveles

jerárquicos intermedios. Esto sucede en los casos de Viladecans y Martorell respecto de l'Hospitalet de Llobregat; el Masnou y Premià de Mar respecto de Badalona.

El aumento de complejidad, es decir, el incremento en los niveles intermedios de dependencia en lo que se refiere a la desconcentración de la población se refleja, por lo tanto, en el elevado número de subcentros existentes en algunas de las áreas de relación centrífuga, y no sólo con la presencia de centros centrípetos. Por ejemplo, el área de relación centrífuga de l'Hospitalet presenta siete subcentros que a su vez son principal origen de nueve municipios. El área de Badalona contiene cuatro, la de Pineda de Mar dos.

Mientras que algunos centros suburbanizadores (l'Hospitalet o Badalona) integran en sus áreas de dependencia municipios que organizaban áreas de relación centrípeta, otros centros centrífugos dependen, sin embargo, de otros centros por lo que respecta a las relaciones centrípetas. Esto sucede con la multitud de pequeñas áreas de relación centrífuga que se establecen en la periferia exterior entre dos municipios que reciben la mayor parte de su inmigración directamente de Barcelona: Sant Antoni de Vilamajor y Cardedeu, pequeños centros que son orígenes importantes de la inmigración a los municipios rurales de Montseny y Vilalba Sasserra respectivamente, enviaban la mayor parte de su emigración a Granollers, mientras que la mayor parte de su inmigración procede directamente de Barcelona.

En realidad, la superficie de las áreas de relación migratoria centrífuga depende directamente del tamaño demográfico del centro de área, de la disponibilidad cuantitativa de potenciales migrantes. Lógicamente, el área de relación centrífuga más grande sería la formada por el propio municipio de Barcelona que abarcaría casi la totalidad de su región metropolitana. Por ello también el área de l'Hospitalet de Llobregat era, de las analizadas, el área con más municipios, seguida de Badalona y Sabadell. Sin embargo, Vilafranca organiza un área propia suburbanizadora de una extensión similar a la centrípeta, principalmente por la relativa debilidad de la influencia barcelonesa emigratoria en el Alt Penedès.

En definitiva, hay centros cuyas áreas de atracción son más importantes que las de suburbanización o al revés. Al primer caso, pertenecerían Granollers, Mollet del Vallès, Vilanova i la Geltrú o Vilafranca del Penedès; al segundo caso indudablemente l'Hospitalet de Llobregat y Badalona. Otros centros mantienen áreas de relación migratoria estables en los dos sentidos de la vinculación. Es el caso de Sabadell y Terrassa.

La mayor complejidad de las relaciones centrífugas se manifiesta también en una pérdida de la continuidad y contigüidad espaciales que eran propias de las áreas de influencia centrípeta. Aparecen muchas relaciones de dependencia a distancia, sobrepasando posibles centros alternativos más

cercanos. Estos saltos se producen en las áreas de Badalona, Mataró, l'Hospitalet de Llobregat y Sabadell.

No hay ningún centro de relación centrífuga que fuera autocontenido, es decir, que el flujo principal de inmigrantes proceda de otro municipio de su área. Todos tienen como origen principal de su inmigración al municipio de Barcelona, lo que prueba que en realidad todas estas áreas se integran en la estructura migratoria de conjunto de la región metropolitana. Los centros de área, centros suburbanizadores, son a su vez lugar de destino de la migración que sale del centro metropolitano, de Barcelona. Igualmente, la cantidad de municipios que reciben su primer flujo inmigratorio del centro de área es más bien reducido, la inmensa mayoría lo recibe directamente de Barcelona. Es decir, el carácter metropolitano de la estructura territorial de las migraciones residenciales se observa mejor en el análisis de los principales orígenes, de las relaciones centrífugas.

Esta vinculación entre las relaciones centrífugas y la lógica metropolitana quizá explique, en parte, la mayor velocidad de cambios de las áreas suburbanizadoras, en comparación con las relaciones centrípetas (Mapa 3.28). Áreas de relación centrífuga que encontrábamos en el primer quinquenio de los ochenta desaparecen en el segundo, y viceversa, a lo largo de la década anterior surgieron nuevos centros que organizan áreas de dependencia a su alrededor. No representan, en realidad, cambios repentinos. Se trata más bien de una readecuación de los niveles de jerarquía, cuando se independizan subcentros ya existentes o se integra un centro dentro del área de influencia de otro centro superior. Así, Sant Celoni que mantiene una influencia suburbanizadora bastante estable sobre los municipios del Montseny-Tordera pasa a recibir una mayor influencia centrífuga desde Barcelona, suplantando la anterior influencia de Granollers. Este sería el caso de desvinculación más claro, otros serían el de Vilassar de Mar respecto de Mataró, o Cardedeu también respecto de Granollers. Estos casos de desvinculación, se deben sobre todo a un incremento de la inmigración procedente del resto de municipios de la región, especialmente de Barcelona y el continuo central. Granollers, por ello, pierde participación en la inmigración de su territorio cercano pero aumenta su vinculación centrífuga sobre los municipios contiguos.

El caso más representativo de integración de antiguas áreas de relación centrífuga es el de l'Hospitalet de Llobregat. A lo largo de los ochenta, gracias al aumento de su emigración ha ido ganando posiciones dentro del ranking de orígenes de la mayoría de municipios de la comarca del Baix Llobregat, de tal manera que algunos antiguos centros que se vinculaban a Barcelona directamente ven aumentada su inmigración procedente de l'Hospitalet y pasan a depender de él. Le sucede esto a Viladecans, Gavà y Martorell, o desaparecen antiguos subcentros de segundo nivel como Molins de Rei, Sant Feliu de Llobregat o Sant Vicenç dels Horts. Otros ejemplos en esta línea serían la desaparición del subcentro de Sant Sadurní d'Anoia dentro del área de dependencia

centrífuga de Vilafranca del Penedès, o la integración del área de Premià de Mar dentro de la de Badalona.

Puede decirse, a grandes rasgos, que la ampliación de la influencia suburbanizadora de los diferentes centros se produce más por sustitución de antiguas relaciones que por la profundización de la dependencia respecto de los municipios vinculados con anterioridad. Solamente Mataró, Sabadell y Vilafranca del Penedès logran aumentar el número de municipios para los que son el principal origen de inmigración. Aunque en este apartado hemos pretendido olvidarnos hasta cierto punto de Barcelona, no podemos dejar de lado el papel desempeñado por el incremento de la emigración barcelonesa en la falta de intensificación de la influencia del resto de centros.

La plasmación territorial de las diferentes áreas de dependencia centrífuga guarda similitudes. La mayoría de los centros son el principal origen absoluto, por encima de Barcelona, de los municipios adyacentes, y son el segundo origen tras Barcelona en los municipios exteriores de sus áreas de relación.

Como consecuencia de este capítulo se han identificado una serie de centros urbanos, que organizan espacios de relación migratoria a su alrededor: Badalona, Granollers, l'Hospitalet de Llobregat, Mataró, Mollet del Vallès, Sabadell, Sant Celoni, Terrassa, Viladecans, Vilafranca del Penedès, Vilanova i la Geltrú..., además de Barcelona. Hemos confirmado la existencia de un sistema migratorio más complejo y rico que el ofrecido por el esquema desconcentrador centro-periferia. Las migraciones tienden a concentrarse en los municipios cercanos al punto de origen, mayoritariamente permiten a sus protagonistas mantener los lazos locales. Los siguientes capítulos continuarán las pesquisas para entender la preferencia por la proximidad en un marco funcional metropolitano.

4. EVALUACIÓN DE LA INTENSIDAD DEL CAMBIO DE VIVIENDA.

Usaremos diferentes fuentes de información sobre movilidad residencial provenientes de la Encuesta Sociodemográfica y del Censo de Población, ambos de 1991. En este capítulo, queremos aumentar el bagaje de conocimiento sobre la intensidad de la movilidad residencial, considerando la totalidad de los desplazamientos entre viviendas, independientemente de si por medio se cruza una frontera municipal. Para ello emplearemos el bagaje metodológico de la demografía para un tema de intensa relevancia para la geografía urbana, la sociología, o, incluso, la misma demografía.

4.1 Indicadores básicos de intensidad de la movilidad residencial.

Normalmente estamos habituados a trabajar con indicadores de movilidad migratoria, es decir, de los cambios de vivienda que superan los límites municipales, pero no, por falta de información estadística, a indicadores sobre el total de la movilidad residencial, del total de cambios de vivienda. En los siguientes subapartados presentaremos las tasas de movilidad residencial del área de Barcelona durante la década de los ochenta, las diferencias entre sexos y una introducción a la evolución de la dinámica residencial en función de la edad.

4.1.1 *¿Cuántas personas cambian de vivienda cada año?*

El nivel de movilidad residencial de los habitantes de la provincia de Barcelona que en 1991 tenían más de 10 años oscila entre un 3 y un 4,5% anual. Este nivel de movilidad residencial es relativamente bajo en comparación con otros ámbitos. Sobre todo, si se compara con otros países occidentales, pero también, aunque en menor medida, si se hace con la movilidad normal en el conjunto de España (Tabla 4.1 y Tabla 4.2 respectivamente).

España tenía una movilidad residencial algo más elevada. Sin embargo en el contexto internacional la población española registra una extrema estabilidad de la vivienda. Un primer factor explicativo es el dominio del sistema de propiedad en nuestro caso. La propiedad de la vivienda es un elemento disuasorio de la movilidad residencial, al contrario que el alquiler. Los que viven en alquiler deben cambiarse cuando no se prolonga un contrato y la mayoría quiere cambiarse para acceder a la propiedad. Otro elemento de la baja movilidad española, relacionado en parte con lo anterior, es el retraso de la edad de emancipación de los jóvenes, de tal manera que entre nosotros se elimina una de las etapas de mayor turbulencia residencial del ciclo de vida. El coste de la vivienda, tanto de propiedad, sea nueva o usada, pero también de alquiler es otro freno importante de la movilidad.

El factor coste de la vivienda es el único elemento claramente diferenciador entre las diversas comunidades autónomas españolas, ya que en todas ellas domina el sistema de propiedad, la emancipación es tardía y todas juntas atraviesan aproximadamente las mismas coyunturas económicas. Las comunidades más urbanas, donde la vivienda por término medio es más cara, son las que tienen, por lo general, las tasas de movilidad residencial más bajas. Madrid, sin embargo, parece que obtiene una tasa más elevada que la correspondiente a la provincia de Barcelona, aunque para comprobarlo fehacientemente habría que estandarizar las tasas.

Tabla 4.1. Porcentaje de la población que cambió de vivienda en el intervalo temporal indicado. Varios países (1981), España y Cataluña (1991)

País	Intervalo de un año		País	Intervalo de cinco años	
	Población total (en miles)	Proporción que cambió ^a		Población total (en miles)	Proporción que cambió ^a
Nueva Zelanda	3.176	19,4	Canadá	24.343	47,6
Estados Unidos	226.546	17,5	Australia	14.576	47,1
Australia	14.576	17,0	Estados Unidos	226.546	46,4
Gran Bretaña	53.557	9,6	Nueva Zelanda	3.176	45,3
Suecia	8.320	9,5	Hong Kong	5.021	38,3
Japón	117.060	9,5	Suiza	6.366	36,0
Francia	54.335	9,4	Israel	3.899	29,8
Países Bajos	14.144	7,7	Puerto Rico	3.206	29,6
Bélgica	9.638	7,3	Japón	117.060	22,6
Irlanda	3.463	6,1	Austria	7.555	20,1
España	38.872	5,3	España	38.872	18,5

Fuente: Long, 1991: 136. Información censal. Para España elaboración propia a partir Censo de Población, 1991.

^a Los porcentajes de movilidad de un año fueron calculados sobre la población de un año o más de edad; los de cinco años sobre la población de cinco o más años de edad. Los porcentajes de incluyen los desplazamientos internacionales.

Tabla 4.2. **Porcentaje de la población que cambió de vivienda entre 1990 y 1991 en las comunidades autónomas españolas.**

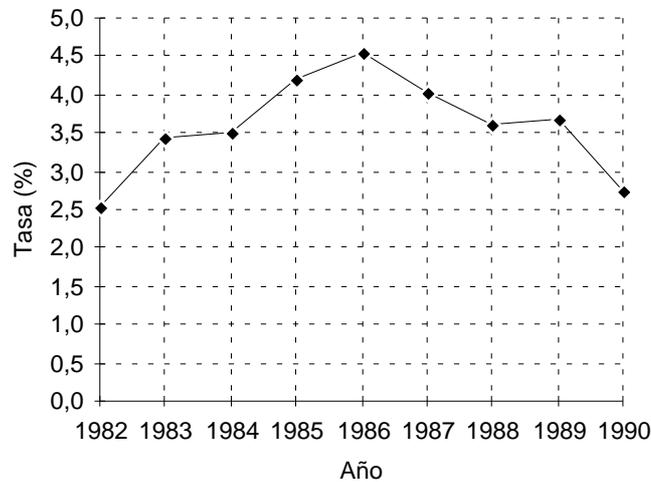
Comunidad Autónoma	Tasa bruta de movilidad residencial (%)
Andalucía	5,6
Aragón	5,5
Asturias	5,5
Baleares	7,6
Canarias	6,7
Cantabria	5,3
Castilla y León	5,6
Castilla - La Mancha	5,3
Cataluña	5,1
<i>Barcelona</i>	4,8
<i>Gerona</i>	6,7
<i>Lérida</i>	5,3
<i>Tarragona</i>	6,0
Com. Valenciana	5,5
Extremadura	5,9
Galicia	5,7
Madrid	5,7
Murcia	5,1
Navarra	5,5
País Vasco	4,7
La Rioja	5,9

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población, 1991

Sin embargo, el nivel global de la movilidad residencial no se mantuvo estable durante esos años (Gráfico 4.1). Se produjeron oscilaciones al alza y a la baja que configuran un máximo en los años centrales (1984-86) y sendos mínimos a inicio y final de la década. De esta manera estamos ante una onda completa de fluctuación del nivel de la movilidad.

En una primera aproximación, sin entrar en el detalle de quiénes eran los que se movieron y si las características de los que se movieron cambiaron juntamente con el nivel, podemos relacionar esta onda con la evolución social y económica externa.

Gráfico 4.1: Evolución temporal de las tasas de movilidad residencial (mayores de 10 años). Provincia de Barcelona. 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia

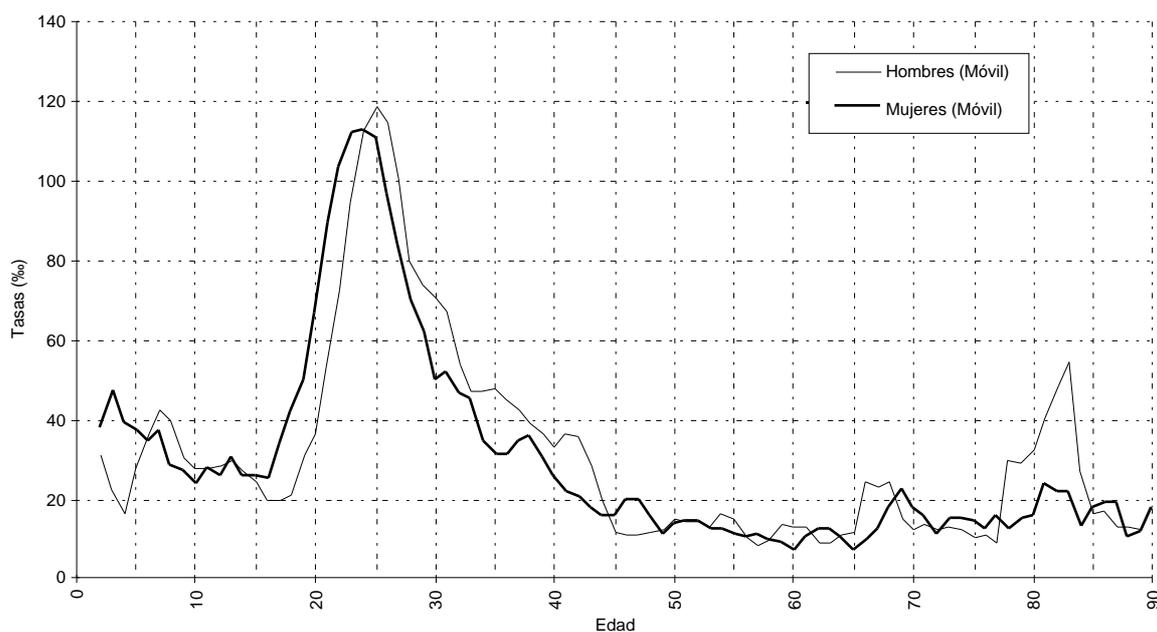
La onda de movilidad residencial es paralela a la evolución de la economía catalana durante el período. El primer quinquenio de los ochenta coincide con los años de recesión tras el segundo choque del petróleo de los años 1979-1980. La punta de movilidad se alcanza cuando la economía catalana ha entrado decididamente en un período de elevado crecimiento económico que durará justo hasta poco después del cambio de década. Es interesante retener que el descenso en la onda de movilidad residencial se produce precisamente en un momento en que el crecimiento económico era positivo. ¿Por qué no están acompasados ambos ritmos? Pareciera que hay un desfase de dos o tres años entre el momento álgido de la movilidad residencial y el de la economía catalana.

Sin querer extendernos en esta explicación global, que no es el propósito que perseguimos, diversos elementos entraron en juego. En primer lugar, el aumento espectacular de los precios de la vivienda acompañado de un alza de las tasas de interés lo que hacía realmente difícil el acceso a la vivienda en propiedad; por su parte, el mercado de la vivienda en alquiler sufrió los efectos de la liberalización de contratos y sus precios tuvieron una evolución paralela. El aumento de la participación laboral de la población se hizo a costa de una precarización galopante de los contratos y de un retraso del calendario de entrada. Los impedimentos opuestos por el mercado de la vivienda y por el mercado de trabajo ayudaron a que continuase el retraso en la formación de las parejas. Pero, sobre todo, eliminaron la confianza en los hogares ya constituidos que limitaron los cambios de vivienda que no fuesen estrictamente necesarios. Algunos de estos puntos podrán argumentarse mejor con la información que ofreceremos en adelante.

4.1.2 La movilidad residencial por edad.

El perfil de la movilidad residencial por edad ofrece un perfil clásico (Gráfico 4.2). La mayor parte de los movimientos residenciales son protagonizados por los adultos jóvenes. Los individuos de edad superior efectúan progresivamente menos movimientos. Esta pauta es coincidente, en sus rasgos generales, con otras pautas desarrolladas para otras poblaciones, como por ejemplo las de Rogers y Willekens (1986). Sin embargo, en la bibliografía científica sobre el tema es difícil la comparación de la curva que refleja la totalidad de los cambios de vivienda por edad: los ejemplos existentes (p. ej., Speare, Goldstein, Frey, 1975: 129, para el caso de los Estados Unidos a comienzos de los setenta) muestran una misma forma de la curva, la selectividad por edad es semejante, aunque los niveles de las curvas suelen estar muy por encima, es decir, la movilidad residencial en nuestro ámbito es bastante más baja en *todas* las edades.

Gráfico 4.2. Tasas de movilidad específicas por edad y sexo. Media móvil (3). Provincia de Barcelona, 1982-1990.

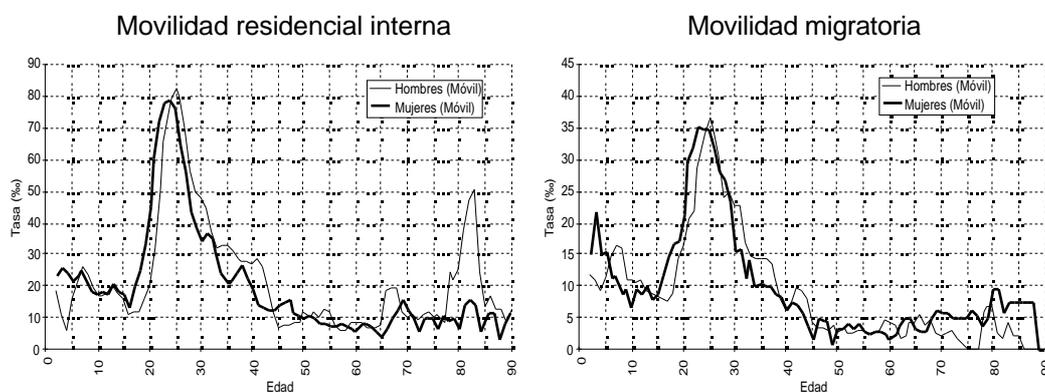


Fuente: ESD, elaboración propia

En este capítulo no entraremos en diferenciar las características de la movilidad y de los que se mueven en función del destino o de la distancia. Ahora bien, cabe decir que las curvas por edad de la movilidad migratoria (entre municipios) y de la interna a los municipios se asemejan extraordinariamente (Gráfico 4.3): en esencia, responden al mismo sistema de determinantes.

Únicamente destaca la punta de movilidad de los adultos-jóvenes, más pronunciada en la movilidad residencial interna.

Gráfico 4.3. Tasas de movilidad residencial interna y de movilidad migratoria por edad y sexo. Media móvil (3). Provincia de Barcelona. 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia.

No se descubre nada si adelantamos aquí que la mayor parte del total de la experiencia de cambios residenciales de la población se concentra alrededor de la emancipación respecto de casa de los padres y la formación de un nuevo hogar mediante la coresidencia con el otro miembro de la pareja. Estos cambios en la dinámica familiar exigen en la mayoría de las ocasiones un cambio residencial. Esta relación tan directa no es presente en otros momentos del ciclo familiar, excepto en los casos de disolución de la pareja por vía de separación o divorcio y, en este caso, no para los dos miembros. De esta manera en el grupo 25-34 se observa una tasa de movilidad residencial conjunta del 7,5% anual. Si se observan las tasas de las edades simples, se observa que la tasa más elevada se situaba para el conjunto de la década en los 23 años de la mujer y los 25 del hombre, en un valor que oscila el 11,6-18% respectivamente.

Igualmente, la etapa que coincide con ser adulto-joven, entre 20-35 años, concentra la mayor parte de la experiencia migratoria de la población en relación con su historia laboral. Sin embargo, en la década de los ochenta este tipo de movilidad había perdido buena parte de su fuerza para explicar la experiencia residencial de la población de la provincia de Barcelona.

La movilidad de los jóvenes, con anterioridad a su emancipación residencial y familiar, está ligada, por definición, a la del hogar en que reside. Es una movilidad dependiente y así la

denominaremos de ahora en adelante. Esto es totalmente cierto para el grupo 0-14 años⁴ cuya movilidad oscila en el 3% anual semejante al nivel de sus hipotéticos padres (sujetos entre 30 y 50 años). El uso de tasas por edad no permite en un primer momento diferenciar hasta qué punto la movilidad del grupo 15-24 es movilidad dependiente o no, es decir, movilidad autónoma. Sin embargo, sí cabe apuntar que el decidido aumento a partir de los 16 años en las mujeres y los 18 en los hombres es atribuible al inicio de las emancipaciones residenciales.

La movilidad residencial menos intensa se observa en el tramo de edad comprendido entre los 45 y 64 años. Se alcanza un nivel muy estable y extraordinariamente bajo de alrededor del 1% anual. Es una etapa de estabilidad residencial o bien de estancamiento residencial, según el tipo de experiencia de sus protagonistas. Indudablemente coincide con un largo período de estabilidad de los individuos en los diferentes campos de su desarrollo vital: se producen pocas transiciones familiares, las emancipaciones de los hijos cuando tienen lugar no afectan las condiciones residenciales de los padres, existe una gran estabilidad laboral (y cuando no es así, suele ser para peor), la vivienda suele responder incluso sobrar a las necesidades del hogar. Los individuos de este tramo de edad, como veremos, no suelen encontrarse en situaciones de fragilidad: paro, viudez, soledad, vivienda inadecuada o de tenencia inestable.

4.1.3 Diferencias entre los dos sexos.

Las curvas de movilidad por edad de hombres y de mujeres no coinciden. Los desajustes se producen especialmente en el grupo más móvil de los jóvenes y adultos jóvenes, entre los 15-20 y 34 años, alargándose posteriormente hasta los 45 años. El desfase se traduce en un avance en la curva de máxima movilidad por parte de las mujeres, achacable sin duda a la diferencia media de edad entre hombres y mujeres en la formación de pareja. Además, como se verá también, las rupturas de pareja tienen un efecto superior en la movilidad residencial de los hombres lo que se nota en el incremento de la diferencia positiva a favor de los hombres entre los 33-45 años; mientras que las tasas de las mujeres descienden francamente, las de los hombres se resisten a acabar de reducirse hasta pasados los cuarenta años de edad.

⁴ Estas tasas, como el resto, están calculadas sobre el total de personas-año que tenían esa edad (de 0 a 14 años) entre 1981 y 1991, pero que tenían 10 años o más en 1991. Por lo tanto, la significación estadística de estas tasas es peor cuanto menor es la edad.

Tabla 4.3. Relaciones de masculinidad en los flujos absolutos y las tasas de movilidad residencial. Provincia de Barcelona. 1982-1990.

Edad	Flujos	Tasas
0-14	1,03	0,99
15-24	0,74	0,71
25-34	1,17	1,19
35-49	1,19	1,24
50-64	0,98	1,08
65-74	0,80	1,19
75 y más	0,70	1,48
Total	0,99	1,05

Fuente: ESD, elaboración propia.

Podemos insistir en el tema de la relación entre sexos de la movilidad residencial. La relación de masculinidad puede efectuarse en la doble vertiente de los flujos y de las tasas de movilidad (Tabla 4.3). El análisis de los flujos refleja no sólo las diferencias de comportamiento sino también las diferencias de los efectivos por edad en riesgo de moverse. En consecuencia destaca la falta relativa de hombres entre los individuos que se mueven en el último tercio del ciclo vital: sólo hay 70 hombres por cada 100 mujeres que se mueven con más de 75 años. El panorama en este sector de edad varía completamente al observar las tasas de movilidad. Si bien el nivel de movilidad de ambos sexos es relativamente bajo en ese tramo, del orden del 2% anual, el de los hombres es un 50 por ciento superior.

Las tasas de movilidad de los hombres son superiores en casi todos los tramos de edad, excepto entre los 15 y los 24 años. Las oscilaciones en este grupo y en el tramo 25-34 responden esencialmente, como se ha dicho, a la distinta edad de entrada a la vida autónoma en pareja. Pero la sobremasculinidad de las tasas entre los 35 y 49 años, un 20% superior, se debe, como se verá, a la mayor propensión de los hombres a moverse en situaciones de ruptura familiar.

Se puede también apuntar algo sobre la relación de masculinidad de las tasas globales a lo largo de la década de los ochenta. Posiblemente haya algún problema de significación estadística, ya que se presentan oscilaciones puntuales (años 1985 y 1989) difícilmente explicables, al menos en este nivel básico de aproximación al tema. Se podría concluir que existe una tendencia a una mayor movilidad global de los hombres. Su tasa de movilidad es un 5% superior a la de las mujeres.

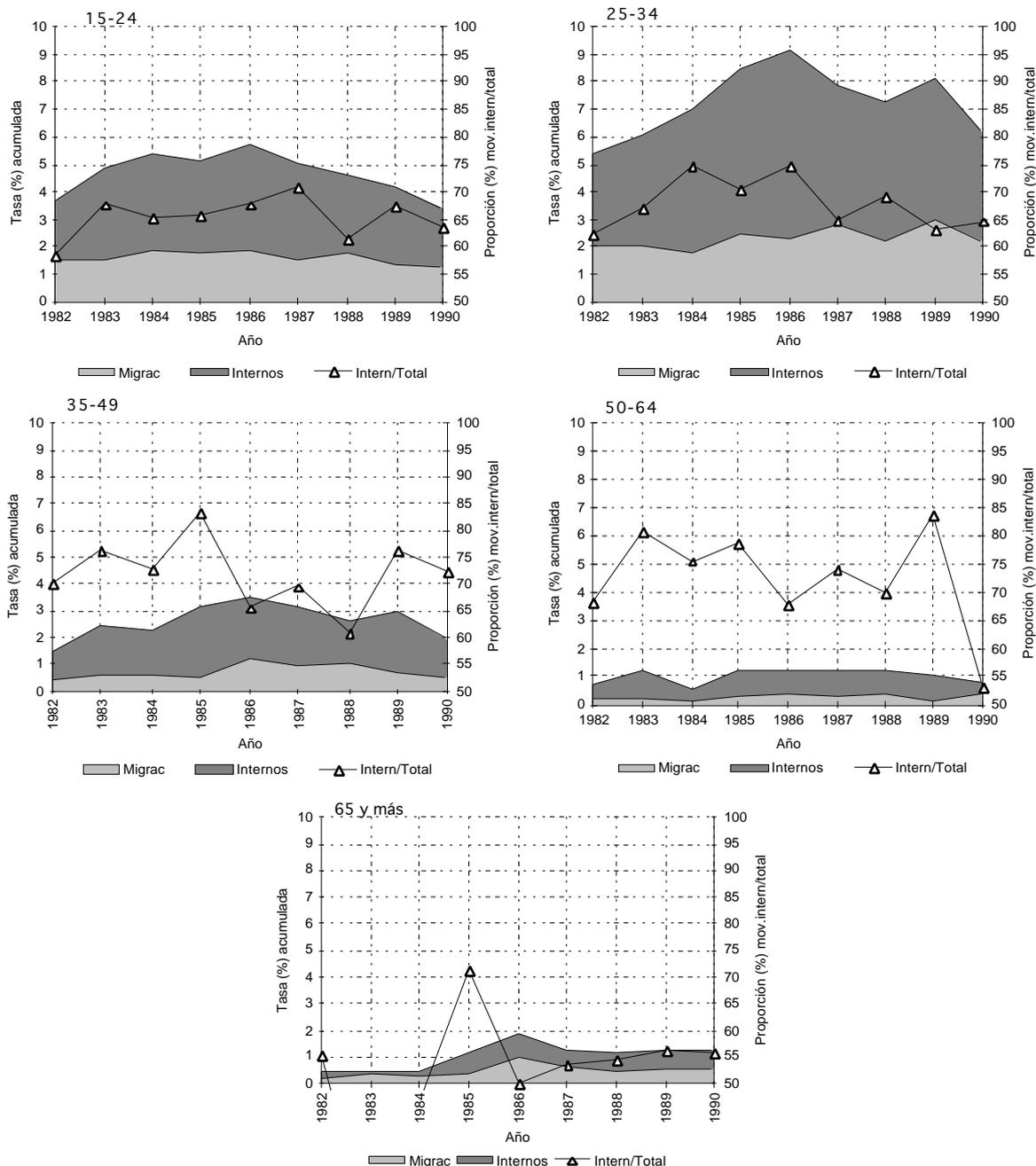
4.1.4 *El cambio durante los años ochenta del comportamiento por edad y sexo.*

La evolución de los niveles globales de movilidad también se ve acompañada por la evolución de la forma de las curvas a lo largo de la década. Los principales cambios son, resumiendo, la consolidación del tramo de edad 25-34 como el de mayor incidencia de la movilidad residencial, producto en parte del retraso de la edad de emancipación y, como veremos, de la disminución de la movilidad de acompañamiento de los jóvenes no emancipados en paralelo al descenso de los movimientos familiares regidos por sus padres. Igualmente se observa un ligero aumento de la movilidad de las personas de más de sesenta y cinco años.

El cambio temporal según sexo es más intenso. Las mujeres al final de la década ya tienen su período de mayor movilidad residencial entre los 25 y 34 años en detrimento del tramo anterior. Por otra parte, el aumento de la movilidad residencial de los viejos parece ser que es cosa sobre todo del sexo masculino. Efectivamente, mientras que en los primeros años ochenta la propensión a cambiar de vivienda en ambos sexos era similar y bastante baja, hacia el final de la década la movilidad de los hombres se acrecienta. Debemos descomponer este grupo para comprender mejor esta evolución, ya que la mayor parte de estos hombres siguen formando pareja y el cambio residencial, como veremos, es escaso en esta situación familiar. Es posible, por tanto, que nos encontremos ante un proceso de dualización del comportamiento residencial de las mujeres en función de su situación de pareja: un aumento de la movilidad entre las emparejadas, casadas en su inmensa mayoría, un estancamiento entre las demás, sobre todo viudas.

Como consecuencia de la concentración de los cambios residenciales en el tramo 25-34 y el significativo aumento de la movilidad de los viejos se incrementa la impresión de nula movilidad del tramo 50-64. Ahora bien, recordemos que hasta aquí se está efectuando un análisis transversal de la información. Las tasas en las diferentes edades no han sido recorridas por ninguna persona real, ni lo serán. Indudablemente, si pudiéramos calcular tasas de movilidad total en todas las edades de generaciones reales, éstas diferirían de las que hemos presentado.

Gráfico 4.4. Evolución de las tasas específicas de movilidad residencial por grandes grupos de edad, según tipo de desplazamiento. Proporción de movilidad interna. Provincia de Barcelona. 1982-1990.



Fuente: ESD, elaboración propia

La evolución de las tasas por edad a lo largo de los años ochenta es, en buena parte, un reflejo de la de las tasas brutas (Gráfico 4.4). Se reproduce en casi todas ellas lo que hemos denominado una onda de movilidad residencial en que los mínimos se producen en los años extremos y el máximo en torno al año 1986. Por tanto, podemos apuntar la existencia de un claro efecto coyuntural o del momento ya que la inflexión de la evolución afecta a colectivos de personas con motivaciones y

características muy diferentes. Lo que las une a todas ellas es el contexto exterior en que se movían: situación socioeconómica, en un plano general, y situación del mercado de la vivienda, en un plano más concreto.

4.2 Indicadores sintéticos de la movilidad residencial.

4.2.1 Algunos comentarios metodológicos.

El cálculo de las tasas de movilidad residencial por edad y sexo nos permite calcular los dos indicadores demográficos básicos para fenómenos no fatales y repetibles, como es el cambio de vivienda. Como en el caso de la fecundidad, no todo el mundo tiene que efectuar obligatoriamente un desplazamiento residencial, pero sí que puede hacerse más de uno. Calcularemos el índice sintético de movilidad y la edad media de movilidad, si bien esta última dada la posibilidad que un cambio de residencia se efectúe en cualquier momento de la vida no sintetiza adecuadamente el calendario del cambio, sino que más bien indica la tendencia a un envejecimiento o rejuvenecimiento del calendario si se dispone de la evolución temporal del indicador. La interpretación del índice sintético de movilidad es similar a la del índice sintético de fecundidad: número de cambios de vivienda que realizaría una persona ficticia que durante toda su vida pasara por las sucesivas tasas específicas de movilidad por edad. Se ofrece una cifra de fácil interpretación al traducir el conjunto de movimientos de la población en cambios de vivienda por persona y duración de vida. Como es propio de cualquier índice sintético se obvian los efectos no deseados que la estructura por edad tiene en el cálculo de tasas simples y no se consideran los efectos de la mortalidad.

Dado el hecho de que reconvertiremos información retrospectiva de la E.S.D. en indicadores transversales se nos presentan algunos problemas. El principal de ellos es que no podemos tratar despreocupadamente la movilidad de los menores de 10 años. Sí que obtendremos movimientos de sujetos que el 1991 superaban ese límite pero que tenían una edad inferior durante los años ochenta. De esta manera, la información sobre el grupo 0-10 se incrementa conforme retrocedemos hasta el inicio de la década pero no puede compararse entre sí. Por lo tanto, hemos optado por eliminar este tramo de edad de los cálculos de índices sintéticos de años simples de calendario. Algo parecido sucede con los últimos años de vida por cuanto conforme se retrocede disminuye el número de personas que están presentes en las últimas edades. Una persona que en 1991 tuviese 90 años tendría 80 en 1981, pero una que hipotéticamente tuviese 90 en 1981 con mucha probabilidad no habrá podido ser entrevistado en 1991. Para homologar lo máximo posible los indicadores sintéticos anuales los hemos calculado para el tramo de edad 10-79. Se pierde una cantidad mayor de información cuando se eliminan los movimientos en edad infantil ya que en esos años se realiza

aproximadamente entre un 10% y un 20% de la movilidad residencial total efectuada a lo largo de la vida. Sin embargo, en el análisis pormenorizado de las relaciones entre movilidad residencial y dinámica familiar hemos calculado diferentes indicadores teniendo en cuenta ese tramo de edad ya que en este caso no queremos efectuar comparaciones temporales; hasta cierto punto se infravalorará la movilidad infantil por cuanto tendrá menos peso la de los primeros años, el período de máxima intensidad durante la infancia.

4.2.2 ¿Cuántos cambios de vivienda realizaría la población a lo largo de su vida?

La movilidad agregada de la población en toda la década ofrece un índice sintético de movilidad de 2,2 movimientos en el tramo 10-79 y de 2,7 en todo el arco de edades. Esta última cifra sufre efectivamente de un pequeño subregistro pero podemos considerarla como válida. La interpretación del indicador es sencilla: si se mantuviesen las condiciones medias de la década de los ochenta un recién nacido habría efectuado ese número de cambios de vivienda hasta su muerte, situada por convención nuestra a los 85 años, o bien 1.000 individuos efectuarían 2.663 cambios de vivienda.

Los indicadores de intensidad deben compararse con los elaborados en otras investigaciones para valorar el nivel de la movilidad residencial de nuestra población. El estudio de las tasas globales de movilidad residencial nos evidenciaba que la población de la provincia de Barcelona presentaba en los ochenta ciertamente una movilidad residencial baja. Sin embargo, nos es muy difícil comparar directamente nuestros índices sintéticos. Un ejemplo de este indicador se encuentra en el prefacio de la obra colectiva *Migration models* (Stillwell, Congdon, 1991a) en que se dice textualmente que “las estadísticas del Censo [británico] de 1981 sugieren que, como media, los británicos cambian el lugar de residencia habitual al menos seis veces durante el curso de sus vidas”. Más del doble que en nuestro caso.

Los referentes de indicadores similares encontrados en estudios franceses se realizan en una visión puramente longitudinal para generaciones que desarrollan el grueso de su historia residencial en décadas anteriores. Lelièvre (1990b) y Bonvalet (1990a) calculan un indicador similar, número medio de viviendas en que ha residido un individuo, pero en el tramo de edad de edad comprendido entre la emancipación y los 45 años para diferentes generaciones de residentes en Francia o el área de París respectivamente. Bonvalet encuentra que los nacidos entre 1911 y 1935 y residentes en París en el momento de la encuesta⁵ vivieron en 3,2 viviendas de forma autónoma, es decir, realizaron

⁵ Se trata de una encuesta retrospectiva denominada “Peuplement et Dépeuplement de Paris. Histoire résidentielle d’une génération” elaborada en 1986 a partir de 1.987 individuos situados entre los 50 y 60 años de edad, residentes en la región de Paris en ese año.

un número igual de cambios de vivienda en situación de no dependencia de hogar (contando la emancipación residencial). Más adelante seremos capaces de calcular indicadores de semejante precisión. Baste aquí decir que una cifra equivalente para Barcelona en los años ochenta en visión transversal no supera los 1,6 movimientos autónomos. La movilidad de los barceloneses durante los ochenta es muy inferior de la que fue (durante la década de los 50, 60 y 70) la de los parisinos.

La movilidad de los barceloneses tiene que situarse, definitivamente, en una banda de baja movilidad en una comparación espacial. La consideración de las tasas brutas de movilidad y a sabiendas de que las estructuras por edad no son muy dispares nos indicaban que actualmente los demás países de nuestro contexto económico se sitúan en posiciones más elevadas. Ya llegará el momento de realizar las debidas interpretaciones y explicaciones. Sigamos, por el momento, con el comentario de los resultados cuantitativos obtenidos.

Habíamos dicho que las tasas globales de movilidad indicaban una ligera sobremasculinidad del orden del 5%. Este nivel de sobremasculinidad de la movilidad residencial se confirma con los índices sintéticos: 2,75 de los hombres por 2,61 de las mujeres. Si sumamos sólo los movimientos entre los 10 y 79 años tenemos 2,26 para los hombres y 2,19 para las mujeres.

Los indicadores hasta ahora referidos comprenden a todos los individuos presentes en la provincia de Barcelona en 1991, el momento de realización de la encuesta. En esta población, están incluidos los que han residido durante la década de los ochenta en la provincia pero también los que han inmigrado del exterior durante ese período. Por definición, estos individuos han realizado como mínimo un cambio de vivienda a algún municipio de la provincia por lo que alteran hacia arriba el nivel de los indicadores de intensidad de la movilidad residencial. Podemos controlar esta circunstancia, calculando el índice sintético de movilidad residencial de aquellos que durante todo el período analizado han vivido en la provincia. El resultado es de 2,46, unas dos décimas por debajo del índice general. El mismo índice para el tramo de edad 10-79 es de 1,99 cambios.

Creo que es interesante introducir aquí, como corolario de lo expuesto ahora, la diversidad en el nivel de la movilidad residencial según el municipio de la provincia en que se habitaba antes del cambio. Veremos que no hay diferencias extremas pero sí sugieren algunas ideas interesantes.

Los individuos más móviles fueron los que habitaban los municipios más pequeños y periféricos, mientras que destacan por su baja movilidad los habitantes de los grandes municipios fronterizos con el de Barcelona. Barcelona se coloca en una posición intermedia. La distribución de los índices según el lugar de destino (dentro o en otro municipio de la provincia), nos anuncian que cuánto más grande es el municipio de residencia más se tiende a permanecer en él tras el cambio residencial. La gran excepción viene de los grandes municipios de la primera corona metropolitana: a pesar de moverse poco (podemos pensar en restricciones de tipo económico), los que se efectúan

han de convertirse en cambios migratorios con mayor intensidad que en el resto de municipios grandes, aunque además de la escasez de oferta residencial juega también el hecho de que estos municipios estén integrados en el continuo urbano central. Parte de estos movimientos migratorios serían en realidad cambios locales.

Tabla 4.4. Indicadores sintéticos de movilidad residencial por tamaño de municipio de residencia anterior al cambio.

Tamaño de municipio	Índ. sint. mov. resid. total (a)	Índ. sint. mov. intramunic. (b)	Índ. sint. de migración	% mov. intramun. (b/a)	Índ. sint. mov. total (tramo edad 10-79)
<5.000 hab.	2,9	2,0	0,9	69	2,3
5.000 - 20.000 hab.	2,8	2,1	0,7	75	2,1
20.000 - 100.000 hab.	2,5	1,8	0,7	72	2,0
>100 mil hab. 2a cor.	2,7	2,2	0,5	81	2,0
>100 mil hab. 1a cor.	2,0	1,5	0,5	74	1,7
Barcelona	2,4	1,9	0,5	80	2,0
Total residentes antes de 1981	2,5	1,9	0,6	76	2,0

Fuente: ESD, elaboración propia

4.2.3 La onda de movilidad residencial de los ochenta: un efecto de momento

La evolución temporal de los índices sintéticos de movilidad de 10 a 79 años reproduce de nuevo una onda con máximo en los años centrales de la década (Tabla 4.5). En el año 1982 el índice era de 1,57 y se fue incrementando hasta alcanzar el máximo en 1986 con 2,94 movimientos por persona. Se trata de un incremento del 87% en sólo cinco años. Este cambio brusco muy posiblemente estuvo ligado a la mejora del contexto socioeconómico. Una vez alcanzado el máximo, y como explicábamos anteriormente, el nivel de movilidad vuelve a hundirse hasta el 1,75 de 1990.

Aunque todos los grupos de edad sufrieron esta evolución en onda, el análisis de las tasas que componen el índice sintético ofrece algunas pistas muy interesantes. Entre 1982 y 1986 incrementaron su movilidad aquellos grupos en que el cambio de vivienda está más ligado a una toma de postura respecto a la propia vivienda y el mercado, es decir, aquellos en que la movilidad residencial está menos ligada a los imperativos de ciertas transiciones familiares. Así, la intensidad de la movilidad más que se dobló entre los 40 y 49 años, aunque entre los 30 y 39 años el incremento también es mayor que el del total. Ligados a estos grupos como hijos dependientes también se incrementó en la misma magnitud la movilidad de los menores de 20 años. Aunque con menor

trascendencia en el índice total, también es interesante observar que los individuos entre 50 y 69 años padecieron similar evolución.

El descenso posterior también afectó con más intensidad a los mismos grupos de edad que habían protagonizado los mayores incrementos en los primeros años de la década. Los individuos entre 30 y 44 años se movieron en 1990 con la mitad de intensidad que en 1986. Descensos semejantes obtuvieron los que contaban más de sesenta años de edad.

Tabla 4.5. Evolución de diferentes indicadores sintéticos de movilidad residencial. Provincia de Barcelona. 1982-1990.

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
ISM*	1,57	2,01	2,00	2,60	2,94	2,49	2,22	2,29	1,75
EMM*	34,6	32,8	31,1	35,7	37,9	35,5	34,4	35,0	35,3
% <20	9,7	15,5	14,3	12,0	11,7	11,5	12,6	11,2	10,7
% 20-24	23,3	20,2	24,2	17,6	15,9	19,0	18,3	16,6	18,0
% 25-29	22,6	17,1	22,3	18,8	18,8	17,5	19,9	22,6	24,6
% 30-34	10,5	12,1	11,5	12,5	11,2	13,3	11,5	11,6	9,8
% 35-39	6,8	10,1	8,2	8,8	7,3	7,2	10,1	9,4	7,1
% 40-49	7,1	7,1	8,3	9,0	10,2	11,2	7,1	9,4	9,4
% 50-64	8,0	10,7	5,15	7,7	6,8	7,7	8,8	8,0	7,8
% 65-79	12,3	7,6	6,2	14,1	18,5	13,0	12,2	11,5	12,9

* Calculado para el tramo de edad 15-79. ISM = Índice sintético de movilidad residencial. EMM = Edad media del cambio de vivienda.

Fuente: ESD, elaboración propia.

¿Cómo interpretar esta evolución? Todo parece indicar que entre 1985 y 1987 se produjo una concentración de cambios residenciales. Es posible que cambios que en otras condiciones se hubiesen realizado con anterioridad, como las segundas transiciones residenciales, pero que fueron pospuestos o simplemente no considerados por la situación de fuerte crisis económica, se produjeran en esos años, de relativa bonanza y en que los precios del mercado de la vivienda todavía no se habían disparado. Este efecto de atraso podría explicar el fuerte aumento del grupo 45-49 por ejemplo. Al mismo tiempo, esas condiciones favorables facilitaron la formación de nuevos hogares entre las edades jóvenes, aunque no impidió el paulatino atraso en la edad de emancipación: el grupo 25-29 incrementó más la movilidad en los primeros ochenta que el 20-24. En cuanto las condiciones del mercado de la vivienda empeoraron volvió a desaparecer buena parte de la movilidad, digamos, menos obligatoria, la no ligada con la formación o la disolución de hogares, aunque sea este un quinquenio de mejora de las condiciones económicas. Sin embargo, la relación precio vivienda/renta empeoró (Naredo, 1996; Calvo, 1997; Martínez, 1997), así como la estabilidad de los nuevos contratos laborales obtenidos por los jóvenes (Fernández Cordon, 1997:79-80). Sin embargo, la movilidad de los grupos de edad que concentran las emancipaciones y formaciones de nuevos

hogares no descendió tanto como lo hizo el indicador total: sólo un 23% en el grupo 25-29 por un 40% del índice sintético de 10 a 79 años.

La evolución de la edad media de movilidad residencial, que se sitúa durante la década en torno a los 34-36 años, se muestra coherente con lo dicho en el párrafo anterior. Los años con mayor movilidad residencial son también los años con una edad media algo superior. Sin embargo, es más significativa la participación sobre el total de los grupos 25-34 dominados por los procesos de creación de hogar. Su evolución es inversa a la de la movilidad global: cuánto más alto es el índice sintético menor es su participación (oscila entre un 34%, por ejemplo en 1983, 1989 y 1990, y un 30% de 1986).